historia contemporánea de japón

José Luis Rodríguez Jiménez

ACCESO ABIERTO

EDITORIAL SINTESIS

Temas de Historia Contemporánea
Coordinadora: Pilar Toboso Sánchez

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE JAPÓN

José Luis Rodríguez Jiménez

EDITORIAL SINTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

CREATIVE COMMONS

2020

© José Luis Rodríguez Jiménez

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-135756-8-1

Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

1. JAPÓN A MEDIADOS DEL SIGLO XIX 11

1.1. *El lugar donde nace el sol. Situación geográfica y condición insular* 11
1.2. *Leyendas japonesas. La cultura llegada de China. El sincretismo religioso* 15
1.3. *La aristocracia guerrera y el shogunato* 22
1.4. *El aislamiento, en el contexto del imperialismo europeo en Asia* 26
1.4.1. Concentración de poder y cierre al exterior 26
1.4.2. El modelo social. La familia 29
1.4.3. Voces críticas al sistema. Y los extranjeros occidentales llaman a las puertas de Japón 30

2. RESTAURACIÓN IMPERIAL Y REVOLUCIÓN MEIJI (1868-1894) 33

2.1. *El fin del aislamiento* 33
2.1.1. La apertura de China, un presagio para Japón 33
2.1.2. El gobierno de Estados Unidos fuerza la apertura de Japón 34
2.2. *El descontento ante los Tratados Desiguales. Años de conflictos internos* 37
2.2.1. Una nación obligada a aceptar la presencia extranjera 37
2.2.2. La reacción xenófoba y nacionalista 38
2.3. *El Meiji o gobierno iluminado* 39
2.3.1. La restauración del poder imperial en el príncipe Mutsuhito 39
2.3.2. La modernización del país mirando a las potencias occidentales 40
2.4. *Modernización sin renunciar a una parte de la tradición* 47
2.4.1. La primera constitución, o carta otorgada 47

2.4.2. Tecnología occidental (copiar e inventar) y espíritu japonés 50
2.4.3. La situación de las mujeres 52
2.4.4. La reforma religiosa, en clave nacionalista 53
2.4.5. La mirada de los extranjeros 55
2.5. *Del aislamiento a una política exterior expansionista* 60
2.5.1. El nacionalismo japonés, en el contexto del siglo del imperialismo 60
2.5.2. Nacionalismo e imperialismo, pensando en Corea 62

3. Dos modelos para un Japón poderoso: Liberalismo restringido y nacionalista y autoritarismo ultranacionalista (1894-1937) 67

3.1. *Las guerras contra China y Rusia* 67
3.1.1. La guerra contra China 68
3.1.2. La guerra contra Rusia 70
3.2. *Evolución política y económica hasta la Primera Guerra Mundial* 77
3.2.1. La política. Estabilidad y hegemonía del conservadurismo liberal, mientras crecen otras fuerzas políticas y sociales 77
3.2.2. La economía. Prosigue el crecimiento 80
3.3. *Japón entre los vencedores en la Primera Guerra Mundial* 82
3.3.1. La política exterior antes de la guerra 82
3.3.2. La entrada en la guerra mundial 84
3.3.3. Los réditos obtenidos. El primer imperio japonés 86
3.4. *El período entre una guerra y una depresión de ámbito mundial* 88
3.4.1. Un modelo político de liberalismo restringido .. 88
3.4.2. Los gobiernos de Washington y Londres ponen límites al potencial militar japonés 91
3.5. *La depresión económica* 92
3.5.1. Crisis económica, interior e internacional 92
3.5.2. Los gobiernos giran a la derecha 94
3.6. *El militarismo japonés en la era de los virajes hacia otra Gran Guerra* 95
3.6.1. Japón no renuncia a aumentar su presencia en China 95
3.6.2. Creación de un Estado títere en la provincia china de Manchuria 99

3.6.3. Japón se retira de la Sociedad de Naciones..... 103
3.6.4. Las sociedades patrióticas. Ideario y proyectos golpistas..... 105
3.6.5. Panasianismo y militarismo. Camino de la invasión de China..... 110

4. La guerra conduce al desastre (1937-1945)..... 115

4.1. *Japón se lanza a la invasión de China*..... 115
4.2. *Los crímenes del ejército japonés en Nanking*..... 117
4.2.1. Camino de Nanking. Aprendiendo a asesinar a los prisioneros..... 117
4.2.2. La toma de Nanking y los crímenes japoneses.. 119
4.3. *Las esclavas sexuales para el ejército japonés. Crímenes con marchamo oficial*..... 121
4.4. *Los costes de la decisión de ir a la guerra*..... 123
4.4.1. La victoria, insuficiente, japonesa..... 123
4.4.2. Los efectos negativos de la invasión..... 125
4.5. *Los nuevos planes de expansión territorial. Los objetivos y sus riesgos*..... 129
4.5.1. Los ultras consideran propicia la coyuntura europea. El pacto militar con Alemania..... 129
4.5.2. La escalada de tensión entre Washington y Tokio 134
4.6. *La guerra contra Estados Unidos y Gran Bretaña*..... 138
4.6.1. Una guerra, dos guerras, tres guerras... 138
4.6.2. El ataque a Pearl Harbor..... 140
4.6.3. La Esfera de Coprosperidad. Los territorios y los prisioneros..... 143
4.6.4. La guerra entre Japón y Estados Unidos..... 146
4.6.5. La resistencia japonesa. Los crímenes de guerra de Estados Unidos..... 149
4.6.6. Testimonios de los bombardeos atómicos..... 159
4.7. *Japón se rinde*..... 162
4.7.1. La muy tardía capitulación..... 162
4.7.2. El emperador habla..... 164

5. Ocupación, segunda occidentalización y recuperación económica (1945-1963)..... 167

5.1. *El precio de la derrota*..... 167
5.1.1. La política inicial de Estados Unidos..... 167

5.1.2. Las pérdidas humanas y materiales y las consecuencias morales de la derrota 169
5.1.3. El general MacArthur gobierna Japón 170
5.1.4. El emperador dice que no es un dios 172
5.1.5. Una amarga derrota conduce a una liberación condicionada de los japoneses 173
5.2. *Los juicios a los criminales de guerra japoneses* 175
5.2.1. El Tribunal de Tokio 175
5.2.2. Las inmunidades y los temas pendientes 177
5.3. *La reorganización económica, social y política. La nueva Constitución* 180
5.3.1. Un segundo Meiji 180
5.3.2. Reformas agraria, laboral y educativa 181
5.3.3. La Constitución de 1946 183
5.4. *El tratado de paz y el acuerdo militar con Estados Unidos* 186
5.4.1. El comienzo de la Guerra Fría en Asia oriental .. 186
5.4.2. El tardío tratado de paz 189
5.4.3. El acuerdo de defensa con Estados Unidos 190
5.4.4. Las relaciones con la URSS y las dos Chinas 193
5.5. *Los gobiernos conservadores aliados de Washington y la recuperación económica* 194
5.5.1. El despegue económico 195
5.5.2. La hegemonía conservadora 198
5.6. *Dos grandes temas de debate: la alianza con Estados Unidos y el rearme de Japón* 201
5.6.1. El antiamericanismo gana terreno 202
5.6.2. Antiamericanismo de izquierdas 202
5.6.3. La conflictiva renovación del tratado de seguridad 205
5.6.4. El antiamericanismo, tema de ida y vuelta 208

6. Japón es una potencia económica mundial (1964-1989) 211

6.1. *Una nueva imagen de Japón llega al mundo* 211
6.2. *El* milagro japonés: *Japón es la segunda economía mundial* 213
6.2.1. El desarrollo industrial 213
6.2.2. Otros factores explicativos del *milagro japonés* .. 215
6.2.3. El papel del Ministerio de Comercio 217
6.2.4. El modelo de sindicato de empresa 218
6.2.5. La lealtad a la empresa 219
6.3. *La crisis del petróleo* 222

6.3.1. Los efectos de la crisis en un país sin petróleo .. 222
6.3.2. La rápida salida de la crisis 224
6.4. *El crecimiento japonés alarma a Estados Unidos* 225
6.4.1. La revolución tecnológica nipona 225
6.4.2. Estados Unidos fuerza la revaluación del yen 228
6.5. *La sociedad de un país en permanente modernización y de escasa geografía* 230
6.5.1. El reparto desigual del crecimiento demográfico y económico 230
6.5.2. El déficit de espacio 232
6.5.3. Algunos cambios en la situación social de la mujer 234
6.5.4. Los efectos negativos del modelo de desarrollo .. 235
6.6. *La nueva izquierda y la reacción de la derecha* 237
6.6.1. La nueva izquierda 237
6.6.2. La reacción de la derecha tradicional 239
6.7. *La política exterior* 240
6.7.1. Las relaciones con Corea y China 240
6.7.2. El pacifismo y el desarme nuclear. Las relaciones con Estados Unidos y el proyecto de la Cuenca del Pacífico 242
6.8. *El PLD entra en crisis, pero conserva la hegemonía política* 247
6.8.1. El escándalo Lockheed 247
6.8.2. Crisis y derechización del PLD 249
6.9. *El mundo cultural y artístico* 252
6.9.1. La literatura 252
6.9.2. El cine 255
6.10. *Muerte y sucesión de Hirohito* 257

7. El Japón actual 259

7.1. *Economía y política: Del segundo al tercer puesto en la economía mundial. La derecha se mantiene en el poder* 259
7.1.1. La respuesta a la apreciación forzada del yen 259
7.1.2. Estalla la burbuja económica. Cambio de ciclo .. 261
7.1.3. El PLD pierde las elecciones y, enseguida, regresa al poder 263
7.1.4. Japón tercera economía mundial. Continuidad política e incertidumbre económica 267
7.2. *Política exterior y de seguridad* 272

7.2.1. Las relaciones con las dos Coreas 272
7.2.2. Las relaciones con Rusia y China 274
7.2.3. Estados Unidos: el principal aliado 276
7.3. *Grandes retos a los que se enfrenta Japón* 277
7.3.1. La demografía. Una sociedad envejecida 277
7.3.2. Depresión y suicidios 279
7.3.3. La fuerza de la naturaleza 280
7.4. *La cultura japonesa a la que mira el mundo* 284
7.4.1. Elementos propios de la cultura japonesa 284
7.4.2. *Manga* y *anime* 286
7.4.3. La soledad, tema del arte 287
7.5. *El comienzo de una nueva era* 288

Selección de textos 291

1. *El pensamiento Jôi, Aizawa Seishisai, 1782-1863* 291
2. *La Constitución de 1889. Entre la modernización y la tradición* 292
3. *Directrices para la expansión en Asia* 293
4. *Japón ataca a Estados Unidos y la Segunda Guerra Mundial llega al Pacífico* 294
5. *Los efectos del bombardeo atómico desde los ojos de un japonés* 295
6. *Declaración del Tenno aceptando las condiciones de rendición incondicional de Japón, 14 de agosto de 1945* .. 296
7. *Declaración del Primer Congreso de Madres Japonesas* .. 297
8. *La cooperación Estados Unidos-Japón en materia de defensa* 299
9. *La obra de Oe Kenzaburo, Premio Nobel de Literatura 1994* 300
10. *Palabras del presidente de Estados Unidos, Barack Obama, en el Parque de la Paz de Hiroshima, el 27 de mayo de 2016* 303

Cronología 305

Bibliografía 311

1

Japón a mediados del siglo XIX

1.1. *El lugar donde nace el sol. Situación geográfica y condición insular*

Japón es una nación insular ubicada en el este de Asia, más concretamente el archipiélago se extiende a lo largo de la costa asiática este del océano Pacífico. Limita al este con ese inmenso océano, en dirección al lejano continente americano; al oeste con el mar de Japón y, más allá, con el Asia continental, las dos Coreas y la República Popular China, el tercer estado más extenso del planeta, y la Federación de Rusia, que es el estado más extenso del mundo; al norte con el mar de Ojotsk; y al sur con el denominado mar de China oriental y la isla de Taiwán, que es el territorio de la República de China, de limitado reconocimiento a nivel internacional. El lugar más cercano a Japón en el continente asiático es la península de Corea, que se encuentra a unos 200 kilómetros de distancia.

Como en otras historias nacionales, la geografía propia y la geografía y el resto de características propias de las naciones vecinas han influido sobre

la vida de los habitantes del archipiélago; casi cabe decir que esas estructuras de larga duración han determinado la historia del pueblo japonés. Del archipiélago, o archipiélagos, cabe decir que una de sus notas características es su fragmentación, pues se cuentan más de seis mil islas e islotes, algo que es inusual en la geografía humana. Además, la extensión no es grande si la comparamos con la de otras naciones menos pobladas, 369.813 kilómetros cuadrados (la extensión de Francia es 643.801 y la de España 505.370, el tercer y cuarto país más extensos del continente europeo), y sobre todo si tenemos en cuenta que albergaba, ya en el siglo XIX, una muy numerosa población. Las islas más grandes son Hokkaido, Honshu, Shikoku y Kyushu, de norte a sur, las cuales ocupan el 98 % del territorio japonés, y Okinawa, ubicada a 600 kilómetros al sudoeste de Kyushu. La principal es Honshu, nombre que, si no se hace en japonés, se escribe a menudo con una línea horizontal encima de la u en varios países que no son España, por cuestiones lingüísticas en las que no vamos a entrar. En esta isla se encuentra el Área del Gran Tokio, que es hoy en día la mayor área metropolitana del mundo, con más de treinta millones de residentes, es decir, más de la mitad de la población española, casi la mitad de la población francesa, y donde está la ciudad de Tokio, la capital.

El nombre de Japón es el resultado de una apreciación geográfica, en el lugar donde surge el sol, visto desde China. Hablamos del este del planeta. Pero sabido es que, si bien creemos tener claro que el norte y el sur están en algún sitio, y que por lo tanto se puede llegar allí, a los polos, otra cosa distinta es si hablamos de los puntos cardinales, los sentidos que conforman un sistema de referencia cartesiano para representar la orientación en un mapa. Sabemos que podemos desplazarnos hacia el oeste o hacia el este, pero no llegar hasta su punto final, al sitio exacto donde está el oeste o el este, y que, al representar la orientación en un mapa o en la propia superficie terrestre, el este viene señalado por el lugar, aproximado, donde, si tomamos como sistema de referencia a nuestro planeta, sale el sol cada día en su movimiento aparente. Por este motivo, siendo oriente el lugar desde el que nace el sol, los denominados europeos dieron el nombre de *Extremo Oriente* a la zona geográfica correspondiente a Asia oriental y Japón, al igual que utilizaron y utilizan las denominaciones Oriente Próximo y Oriente Medio. Pero, lógicamente, los habitantes del este de Asia habían prestado atención a esta circunstancia, y por eso al país se le empezó a conocer como Nippon/

Nihon (las dos denominaciones se usan en el país, pero es más común la segunda), *Tierra del Sol Naciente*, al parecer denominación de origen chino rápidamente asumida por la corte japonesa.

Las islas japonesas, en general de recortadas costas, se extienden en un arco de 2.790 kilómetros de longitud, de forma que, en las zonas del norte, el clima es siberiano, y en las del sur es cálido. La población pertenece a dos etnias. La inmensa mayoría a la de los japoneses, que es una fusión de elementos mongoloides procedentes de Corea y elementos indonesios, ambos aportados por gentes que se instalaron en el territorio antes y después de que el agua marina lo separara del continente asiático; aunque los caracteres étnicos no son uniformes, con variaciones en el color de la piel, del pálido al mate, casi todos tienen los cabellos de color negro ébano y hablan la lengua japonesa, que tiene algún parentesco con el coreano. Una pequeña parte, en la actualidad escasísima, pertenece a la etnia ainu, que es una población de piel más clara, más pelo corporal, cabellos rizados y castaños y ojos rasgados, que componen una serie de elementos diferenciadores muy llamativos. Existe además una minoría coreana, descendiente de los llegados para trabajar en la industria en las primeras décadas del siglo XX o traídos a la fuerza como mano de obra esclava o para servir en la armada imperial. El idioma es el japonés, lengua propia, antigua, y cuya conservación y desarrollo fue favorecido por el relativo aislamiento del país durante la mayor parte de su historia.

El clima se caracteriza por estaciones muy marcadas. Aunque bañado por el mar, y las corrientes marinas que acentúan los contrastes, el archipiélago recibe la influencia continental. El invierno es frío, o muy frío, en Hokkaido y Honshu, las dos grandes islas del norte, y a la vez muy soleado, y el verano caluroso y húmedo. A diferencia de España, en Japón no hay meses secos y los fuertes calores coinciden con las grandes lluvias. Hay dos períodos de lluvias continuas, de junio a principios de julio, y en septiembre, este segundo provocado por los tifones y con precipitaciones más abundantes y en menos días; estos tifones, fenómeno tropical de lluvias torrenciales y vientos muy violentos, se forman en las islas Filipinas y ascienden en dirección norte, para golpear Taiwán, China y Japón.

El territorio es muy montañoso, con picos que culminan a más de 3.000 metros. El paisaje admite numerosos adjetivos, como fascinante, con el dominio de la naturaleza con agua: espesos bosques, que cubrían hasta hace pocos años más del 60 % de las tierras, numerosos ríos, cortos y rápidos por

lo accidentado del relieve, lagos abundantes, cadenas montañosas, en las que nada falta, no desde luego los volcanes. Pese a la orografía, el clima es favorable a la vegetación y a la agricultura. Además, el mar que rodea el archipiélago, proporciona abundantes recursos alimenticios. El cereal, que es un vegetal que proporciona un elevado rendimiento calórico por unidad de superficie y fácil de conservar, y, en proporciones descendentes, el pescado, el marisco, las frutas y la carne, han sido los componentes principales de la dieta de sus pobladores. Como en el Mediterráneo, nos encontramos ante una cultura cerealista, esta, como otras asiáticas, basada principalmente en el cultivo del arroz, primero con cultivo de secano y después con técnicas de regadío; a menudo, el arroz, cereal mucho más productivo que otros cereales euroasiáticos, se cultivaba en un campo irrigado en verano, después desecado para el cultivo de mijo, cebada o trigo, dando forma a una agricultura intensiva que dio lugar a un fuerte crecimiento de la población.

El archipiélago forma parte de una zona de mucha inestabilidad geológica conocida como herradura del Pacífico. Es esta circunstancia la que explica la existencia de volcanes vivos y apagados, las fuentes termales, los terremotos, así como los tsunamis, cuando los epicentros son submarinos, es decir, cuando a causa del choque de las ondas sísmicas el nivel del mar puede elevarse varios metros, dependiendo la altura de si la disposición de la costa favorece el fenómeno o no, y avanzar en forma de muro líquido; y los tifones de junio a octubre, en ocasiones con efectos devastadores para las costas y las viviendas. Obviamente, los terremotos y maremotos han modificado el relieve de Japón a lo largo de su historia, con movimientos horizontales y verticales. En el maremoto de 1703 mueren en torno a 100.000 personas. En 1891, un seísmo provoca el hundimiento del gran templo budista de Ogaki. En 1923, un terremoto devasta Tokio y Yokohama, dejando un rastro de otras 100.000 personas muertas y graves desperfectos en viviendas e infraestructuras; las sacudidas rompen las conducciones de gas y de agua, y el incendio provocado arrasa miles de casas de madera, material utilizado precisamente por la ininterrumpida actividad sísmica. El terremoto y tsunami de 2011, con epicentro frente a la costa de Honshu, y olas de hasta cuarenta metros, ha sido, hasta la actualidad, el seísmo más grave en la historia de Japón, y el cuarto más potente del mundo. Otros daños han sido causados por los volcanes, capaces de destruir poblados y cosechas, y de esterilizar el suelo durante años, por la proyección de cenizas ardientes, y por

supuesto de mantener atemorizada, o al menos pendiente, a la población ante la posibilidad de una nueva erupción. Y es que Japón cuenta con más de 150 volcanes apagados, siendo el Fuji Yama el más impresionante, por su cono puntiagudo, y su altura, 3.776 metros, por lo que es símbolo nacional; y con más de 50 activos, y los terrenos eruptivos ocupan un tercio del territorio nacional. La naturaleza aporta otro enemigo, este en forma de tifones; el de 1934, procedente de Guam, trae ráfagas de viento con una velocidad de 324 km, capaces de volcar el expreso Tokio-Shimonoseki y de lanzar, en Osaka, un barco de 2.000 toneladas sobre un campo de aviación.

Pero la naturaleza en Japón es mucho más que fuerza y destrucción. En forma de altas montañas y bellísimos, heterogéneos y exuberantes bosques y valles, la naturaleza es una constante fuente de inspiración para la religión, siendo las peregrinaciones una de sus manifestaciones, a los ciruelos en febrero, a los cerezos en marzo. También para la literatura, que expresa en verso y en prosa amor, admiración y culto a las distintas manifestaciones de la naturaleza. Uno de los poetas más recordado es Saigyô, del siglo XII, una especie de sacerdote peregrino que escribió sobre su amor por la naturaleza y la identificación con su entorno, que le aportaba no solo sensaciones, como "la exquisita belleza de las ramas de los cerezos en flor", de flores rosas, casi blancas, en abril, que caen con las primeras borrascas, también espiritualidad, a partir de la cual superaba la soledad de la existencia humana: "Sentado esta noche bajo un cerezo/desearía que me cubriera con todas sus hojas al caer/y así morir, sin nada más ver".

1.2. *Leyendas japonesas. La cultura llegada de China. El sincretismo religioso*

Los orígenes del pueblo japonés son confusos, por dos factores: la tardía aparición de fuentes textuales, ya que la escritura comenzó a utilizarse en el siglo VI después de Cristo, y el hecho de que las crónicas aparecidas posteriormente fueran encargos de una corte que imponía el contenido que le interesaba. Historiadores japoneses han escrito que población procedente de su territorio colonizó y dominó Corea, y, ciertamente, existen testimonios arqueológicos y escritos de expediciones militares japonesas, cruzando el mar, y de la victoria de uno de estos ejércitos sobre reinos existentes en

la península a finales del siglo IV, después de lo cual hubo un período de influencia nipona. Por su parte, historiadores coreanos han expuesto que fueron gentes originarias de su península las que crearon las primeras formas de vida en comunidad en el archipiélago, y es posible que fuera así, aunque también llegaron *emigrantes* procedentes de otros lugares; desde luego, letrados, emisarios y monjes coreanos llevaron tributos a la corte japonesa o se ofrecieron para servirla, y fueron ellos los que introdujeron los caracteres o pictogramas del chino clásico, cuya expansión permitiría la del budismo y otros conocimientos.

Como en cualquier otro lugar, siglos atrás se elaboraron leyendas sobre el origen de la nación japonesa, relatos plagados de dioses, héroes y bestias mitológicas, que tenían una función religiosa, didáctica y de entretenimiento, y que están en el origen de las primeras creaciones literarias en japonés. Una de las más antiguas leyendas cuenta que del apareamiento del dios Izanagi con la diosa Izanami, siguiendo las instrucciones de los otros dioses, nacieron las principales islas japonesas, y después numerosas deidades que iban a embellecer las tierras recién creadas. La investigación histórica apunta a que la nación japonesa se originó en el sur y en el centro del archipiélago, y que en la zona central se construyeron los principales santuarios y las antiguas capitales. También sabemos que en el siglo III comenzó la expansión de la cultura china en Japón, que fue la más importante influencia extranjera hasta el siglo XIX. Esa civilización, *superior*, más desarrollada que la japonesa, llegó a través de la península de Corea, como consecuencia de la mayor cercanía geográfica, y consistió en técnicas materiales (fabricación de papel, hilatura de algodón y seda), calendario, escritura, dado que la corte adoptó la lengua china escrita, filosofía, religión, literatura y sistema administrativo.

La historia de Japón fue moldeada por el hecho religioso, de forma similar a lo sucedido en el resto de antiguas civilizaciones. Como en el conjunto de las no *occidentales*, los múltiples aspectos de la cultura japonesa, su literatura, su arte, sus maneras de vivir, seguían teniendo su origen en el relato religioso en la segunda mitad del siglo XIX, cuando las elites japonesas copian formas de producción y de organización occidentales; incluso entonces la religión sigue influyendo en el formato de las relaciones sociales y económicas y la clase política utiliza la religión con propósitos nacionalistas.

Durante siglos, hasta la actualidad, Japón ha sido, primero, una suma de territorios con mando político distinto y, a continuación, tras la aparición

del Estado Yamato, una nación caracterizada por el pluralismo cultural, resultado de aportaciones propias y de la asimilación de culturas exteriores, de India, China y Corea, y de Europa; la influencia europea, de la mano de comerciantes y religiosos, comenzó en el siglo XVI y se intensificó en la segunda mitad del siglo XIX, ahora siguiendo la estela de la penetración por la fuerza impuesta por Estados Unidos. El pluralismo cultural, la capacidad de absorción selectiva de culturas foráneas sin perder su identidad nacional, es una de las características y distintivo específico de la cultura japonesa (Lanzaco, 2000: 39 y 54). Otra característica es el sincretismo, que es algo diferente al pluralismo, a la circunstancia de que en un territorio convivan grupos culturales distintos, como ha ocurrido y ocurre en varios lugares de Europa. Lo característico en la sociedad japonesa no es solo que hayan convivido pacíficamente, casi siempre, y lo sigan haciendo hoy en día, diferentes corrientes intelectuales y prácticas religiosas, sino que muchas personas profesen al mismo tiempo diferentes filosofías y/o religiones y que en su vida cotidiana incluyan el cumplimiento de ceremonias que corresponden a religiones distintas. Las culturas son shintoísmo, confucianismo, taoísmo, budismo, cristianismo y la cultura occidental nacida de la revolución científica e industrial y a la que los japoneses han ido dotando de rasgos específicos.

La religión es creada por los hombres para disponer de un elemento de protección ante las adversidades de la vida y para la prosperidad material, principalmente en forma de fertilidad de la tierra y de los humanos. La tradición japonesa indígena se basaba en el culto a la Naturaleza, con actitud reverencial de admiración ante su fuerza y su belleza y de temor ante su capacidad para sorprender a los humanos con fenómenos imprevistos, no estacionales, y destructivos, y también en el culto a los muertos y a la dinastía imperial. El culto a la belleza con la que se manifiesta la Naturaleza, de la que el hombre forma parte, junto con el cielo y la tierra, será una constante de la cultura japonesa. El modelo religioso, paulatinamente con varias religiones, es muy distinto al judeo cristiano, dado que no existe un dios (masculino) creador, un principio único superior separado del hombre y de la naturaleza, nada semejante al relato bíblico de la creación.

Una de las religiones practicadas durante la Edad Contemporánea es autóctona, algo de lo que no pueden presumir los países occidentales. Se trata del shintoísmo, que significa El Camino de los Dioses, y cuyos tres pilares son el culto a la naturaleza, la veneración a los antepasados y la as-

cendencia divina de la familia imperial; por lo tanto, el término *shinto* se asocia a la legitimación del emperador basada en su origen divino. Es una religión sin fundadores oficiales, sin textos sagrados, politeísta, no basada en doctrinas, más bien en mitos, en ritos, en ideas, que contiene elementos de chamanismo y de animismo, y que está muy implicada en la existencia en este mundo, más que en el de ultratumba. Es a esta religión a la que más atención se presta en estas páginas, pues vive una época de esplendor durante el Meiji, al ser utilizada, y durante un tiempo impuesta, como religión oficial, y algunos de sus elementos alimentarán el militarismo japonés de las primeras décadas del siglo XX. Como otras religiones, el shintoísmo evolucionó desde una forma primitiva de pensamiento, en cuyo panteón la figura más importante es Amaterasu; esta, diosa del sol y del día, es una herencia de los primeros mitos, surgida del ojo izquierdo de Izanagui, y serán ella y uno de sus hermanos los protagonistas de los sucesivos ciclos mitológicos. Hasta el siglo V de la era cristiana, no existía una religión nativa con nombre propio ni con fundador histórico, ni organizada en escrituras divinas o un cuerpo dogmático. Por este motivo, los historiadores hablan de shintoísmo primitivo cuando se refieren a las creencias religiosas de los habitantes del archipiélago antes de la llegada de cuerpos doctrinales y religiones procedentes de China. Posiblemente, grupos de población originarios de Polinesia y el Asia continental fueron dando forma a ese shintoísmo primitivo, a partir de sus propias creencias e influidos por la comparación entre sus lugares de procedencia, inhóspitos o de naturaleza más agresiva para el hombre, y la tierra que encontraron, por casualidad o siguiendo una ruta abierta por otros. Paulatinamente, fueron tomando forma distintos ritos de culto a los *Kami*, palabra de sentido amplio, que suele utilizarse para hacer referencia a todo aquello que no es un ser ordinario, aunque traducciones habituales son ser superior y deidad: seres singulares de la naturaleza circundante (montaña, cascada, lago), a los que se atribuyen poderes especiales; los antepasados, los de la propia familia, los de las familias poderosas y los del fundador del clan principal, Yamato, de quien desciende la familia imperial; y fuerzas abstractas con poder vital generativo. Esos ritos consisten en la asistencia a los lugares sagrados, donde viven o a donde descienden los dioses, así como en ceremonias familiares y grupales con distintos fines (culto a antepasados, purificación), en festivales estacionales (los de primavera para pedir una buena cosecha) y en prácticas de adivinación y exorcismos.

A partir del siglo V de la era cristiana, al shintoísmo se sumaron doctrinas originarias de India y China, traídas por letrados y sacerdotes budistas coreanos que se establecieron en la corte en calidad de funcionarios y sacerdotes: el taoísmo, el confucianismo y el budismo. A partir de las enseñanzas de Laozi en el sur de China, en el siglo VI antes de Cristo, el taoísmo propugna la paz y la libertad del espíritu, sencillez, misticismo, quietismo religioso, liberación de las obligaciones convencionales de la sociedad, el camino de la Gran Naturaleza, en la que el hombre debe volver a sumergirse para encontrar la paz, el camino del Cielo. El confucianismo, nacido del pensamiento de Confucio (el maestro Kong, norte de China, siglo VI antes de Cristo) y de su escuela, posee componentes religiosos, pero es sobre todo un conjunto de doctrinas políticas, filosóficas y éticas, y llega a Japón en el siglo V. Da forma a una ética laica humanista que proporciona a la sociedad japonesa un código de conducta que alcanza su edad de oro en el período 1600-1868, y que conserva su influencia hasta más allá de mediados del siglo XX: el universo es una unidad de la que el hombre y la sociedad son una parte, siendo la familia el centro de la vida humana, principios a los que acompañan la piedad filial, la rectitud, el decoro, el deseo de aprender, el desarrollo moral del hombre dirigido al bien de la sociedad y el Estado, la integridad moral de los gobernantes, y la correlación entre el comportamiento moral del hombre y el mundo físico, de forma que el mal gobernante actúa contra el orden natural y causa la ruina de su pueblo. El budismo surgió en India a partir de las ideas de Siddhartha, llamado el Sabio y, en China y Japón, el Buda (el iluminado), un crítico del modelo del panteón védico y maestro en el camino de liberación espiritual que permite al hombre escapar de la cadena fatídica de nacimientos y muertes sucesivas. Con sus diferentes escuelas y sectas, el budismo conforma una de las tres grandes religiones en la Historia. Es decir, a diferencia de taoísmo y confucianismo, es una religión, cuenta con un fundador y se dota pronto de escrituras sagradas, rituales litúrgicos, jerarquías, congregaciones masculinas y femeninas, y múltiples interpretaciones institucionalizadas; su cuerpo de doctrina establece que el mundo es un lugar de sufrimiento, causado por los deseos humanos y el afán de poseer, que los actos realizados en existencias anteriores han sumido al ser humano en deseos no positivos y le han predestinado a una cadena de reencarnaciones, y que la forma de librarse de ese sufrimiento y alcanzar la iluminación es través de un camino, el de las ocho vías, hasta llegar a otra existencia, en

el más allá de la Tierra (Lanzaco, 2000: 240-241). El budismo llegó a China en el siglo I antes de Cristo y, a través de Corea, una variedad de esta religión entró en Japón en el siglo VI de nuestra era, extendiéndose con rapidez.

Tanto la mentalidad popular como la corte asumieron elementos de las diversas escuelas de pensamiento y religiones citadas, muy especialmente del shintoísmo y de las sectas budistas. Entre otras cosas, el shintoísmo aporta ritos de nacimiento, crecimiento y unión matrimonial fecunda, y el budismo ofrece, mediante la meditación, liberación de los sufrimientos de la vida terrena, así como ritos funerarios y de comunicación con los difuntos y reposo después de la muerte. En general, en todas las corrientes de pensamiento orientales la naturaleza tiene enorme importancia religiosa, al ser, la montaña, el árbol, la flor, la rama de flores, manifestaciones del reino de lo sagrado. Esa relación determina la importancia de los ritos de purificación física y espiritual, mediante el agua, la sal y el fuego, y, asimismo, el culto a los antepasados, que en la religiosidad china y japonesa se interpreta como rito necesario para la unidad y la continuidad de la familia; shintoísmo y budismo prescriben que en los pequeños templos de los hogares se pongan tablillas con los nombres de los difuntos, que se rece ante ellas, y que se les ofrezcan flores o frutas.

Poco después de que el budismo comenzara a extenderse en Japón, la corte y la mayor parte de los jefes de clanes consideraron que esta religión, con su estructura organizativa, era útil para el funcionamiento del sistema político. Por su parte, el confucionismo aportó una ética nacional y el modelo político-administrativo chino propio de las dinastías Sui y Tang en la corte del clan Yamato, lo que propicia la estabilidad del país y el crecimiento económico, de acuerdo con los intereses de las clases dominantes. A partir de entonces, la idea del bienestar del clan, del país, de la empresa y de la familia se sitúa por encima del provecho individual. Lo importante para el samurái, para el comerciante, para el ciudadano, para el obrero, es la pertenencia, lealtad y servicio al grupo y a las organizaciones sociales en que uno vive, como obligación moral sin otros límites éticos.

Pese al avance del budismo, el shinto fue dando forma a una religión nacionalista, propia de un territorio insular, en la que el emperador era descendiente de una diosa y tenía como misión extender su poder sobre el mundo. A partir de las creencias shintoístas, y conforme el clan Yamato se imponía a los restantes grupos tribales, se fue organizando, en parte por

influencia budista, una casta sacerdotal en la corte imperial, en cuya cúspide se situó el rey-sacerdote, que tenía el poder supremo político y religioso, conocido como emperador. En el siglo VII, el emperador Kotoku se apoyó en la casta sacerdotal para proclamarse dios viviente y emperador del reino Yamato. Asimismo, el shintoísmo fue concretando una visión cosmológica, con un universo dividido en tres niveles: la Alta Pradera Celestial; el mundo de los hombres y otros seres de la Naturaleza, mundo intermedio y visible; y la región de las tinieblas, a donde llegan los espíritus malignos e impuros (Lanzaco, 2000: 63). Ya existía una religión organizada desde el poder, con una elite político religiosa, creencias, rituales y santuarios, aunque esto no era contradictorio con el culto a diversos dioses. Tampoco lo era con el sincretismo religioso, que dominaría la corte y las prácticas populares. Durante los siglos siguientes, la influencia budista aumenta entre la nobleza imperial, hasta ser la religión principal; y los dioses nativos, como Amaterasu, se convierten en encarnaciones de las divinidades budistas. Más adelante, a partir del siglo XIII se dan períodos de revitalización del shintoísmo, que es de nuevo sistematizado en varios tratados.

Si nos situamos en el siglo XIX, algunas costumbres religiosas japonesas son diferentes a las europeas, por ejemplo, no existe un día semanal dedicado al culto, y tampoco un organismo central de coordinación de la religión, Otras son muy similares, como las peregrinaciones en las fiestas del Año Nuevo a los santuarios shintoístas y los ritos para la conmemoración anual de los difuntos. Como se ha dicho, una característica en materia religiosa es la interacción, el sincretismo. Mientras que, en la Europa de las edades Media y Moderna, la religión dominante es una, el cristianismo, y el culto de una de sus ramas (catolicismo, protestantismo, calvinismo) oficial y excluyente, en Japón conviven varias religiones, aunque, en algunos períodos, una de estas es asumida por el Estado. Por este motivo, si comparamos la situación de Japón con lo ocurrido en el conjunto de Europa, el predominio de la tolerancia hace que las luchas religiosas tengan escasa importancia. A un europeo le hace pensar en el imperio romano, cuando la existencia de una única religión verdadera no era algo fundamental, cuando no era necesario que una religión reclamase para sí una posición de unicidad absoluta, y cuando todos los dioses y ritos, incluso de los pueblos *bárbaros*, podían ser adoptados, porque servían para renovar los ritos y porque ayudaban a resolver las necesidades de la vida ordinaria.

1.3. *La aristocracia guerrera y el shogunato*

Como en otras civilizaciones, el grupo o clan que, sucesivamente, consiguió imponer su fuerza a buena parte de las tribus o clanes vecinos buscó legitimar su poder en las leyendas y relatos religiosos. El denominado Estado Yamato, conformado hacia el año 400 después de Cristo, fue el embrión del Estado nipón. El poder era político-religioso, pues tanto los respectivos jefes de clan como el jefe que se aseguró, parcialmente, la sumisión del resto, decían tener vínculos sanguíneos con los dioses del panteón shintoísta.

Entonces, y durante los siglos siguientes, la relación con China y Corea es intensa. En el transcurso de los siglos V y VI, el Estado Yamato pierde una serie de aliados y de posesiones en la península de Corea y las relaciones se reducen, pero no se interrumpen; incluso aumenta la emigración coreana, integrada por las elites del reino que fuera aliado de los nipones, recién sometido por otro reino coreano aliado de China. Desde entonces, la corte japonesa vive pendiente de la expansión cultural y militar de China. La influencia china, de larga duración, no es impuesta, sino el resultado de la comunicación entre ambas cortes imperiales y de la asimilación de rasgos culturales y del sistema administrativo chino por la corte japonesa, con la aplicación del confucianismo a la estructura administrativa y a la educación. Durante el siglo VIII, la corte introduce una serie de reformas, conocidas como reformas Taika, que afianzan el control imperial de la población. Los campos de arroz, base económica del poder militar de los jefes de clan, son expropiados en beneficio de la casa imperial, y redistribuidos para el uso temporal de las familias agricultoras; a cambio de la parcela recibida, los propietarios se obligan a pagar a la administración imperial una parte de la cosecha, a trabajar en las obras públicas y a prestar el servicio militar, ahora obligatorio, para así alimentar un ejército permanente capaz de extender el control imperial en las islas del norte, y en previsión de una invasión procedente de la admirada China. Los jefes de clan son reconvertidos en nobleza cortesana, los ryomin, y estos empleados, con carácter hereditario, en el control del pago de impuestos; y funcionarios de rango menor, labradores, artesanos y pescadores dejan de depender de la vieja aristocracia para ser súbditos del Estado.

Sin embargo, el deseo de varios emperadores de crear un Estado fuerte similar al de la China de la dinastía Tang, capaz de ejercer un control

efectivo de la tierra y de la población mediante un sistema centralizado de organización política, social y administrativa, no se ve cumplido. Como consecuencia de la imposibilidad de la corte de asumir los gastos del reclutamiento obligatorio y de un ejército permanente, los clanes militares recuperan parcelas de poder y surge una clase militar profesional, los samuráis o bushi, miembros de familias poderosas. De los samuráis, que habían sido campesinos-guerreros, originalmente guerreros a caballo diestros en el empleo del arco y de la espada de hoja curva que seguían a su señor en tiempo de guerra, nacen, paulatinamente, conforme la guerra gana en complejidad, dos profesiones diferenciadas, y el combate pasa a ser cuestión exclusiva de especialistas (Beasley, 1995: 22); en un largo proceso, mientras los campesinos se dedican al cultivo de la tierra, los samuráis se entrenan y residen en fortalezas. Ni el emperador ni el shogun poseen la fuerza suficiente para controlar a todos los jefes de clanes que se mueven por la corte y tampoco para evitar que los shugos, los intendentes provinciales-gobernadores militares, utilicen las lealtades personales y la fuerza propia en el territorio que administran para sumar el poder militar y económico necesario para convertirse en daimyos, nombre con el que se conoce a los señores feudales de raíz militar. Esto no significa que, al menos a nivel popular, la figura del emperador deje de ser objeto de veneración, pero sucesivos emperadores son depuestos por jefes de un clan distinto al que ejerce el trono, y algunos emperadores optan por una retirada simbólica a un monasterio, con el fin de conservar una parte del poder real y de asegurar la continuidad del dominio de su clan en la corte. Tampoco significa que no exista un poder central, pero con este coexisten núcleos de poder regional y la desmembración territorial del Estado es la norma durante varios de los siglos siguientes. Entre tanto, no cesa de aumentar el poder de los monjes de las antiguas y nuevas escuelas budistas, gracias a las donaciones de tierras y otros bienes a los templos, la acumulación de privilegios y su influencia en la corte. Así va consolidándose un nuevo sistema feudal, en el cual el nuevo estamento militar tendrá un papel principal.

El archipiélago japonés nunca es invadido, circunstancia que permite una notable homogeneidad nacional. Pero, aunque la invasión no llega a producirse, sí que es planificada e intentada desde el Asia continental a finales del siglo XIII. El protagonista es Kublai Khan, quien, al frente del imperio mongol, se ha convertido en emperador de China y ocupado la

península de Corea. En 1266 ofrece a la corte japonesa la alternativa del sometimiento voluntario mediante el pago de tributos, o la de invasión. Los japoneses se aprestan a defender el archipiélago, con éxito. En 1274, hacen frente a una primera flota invasora, que transporta a un ejército integrado por mongoles, chinos y coreanos, en la bahía de Hakata; después de varias derrotas, los japoneses consiguen la retirada de la fuerza invasora haciéndole frente con un ejército igual o superior en número y con la ayuda de una tormenta, que destruye parte de los navíos enemigos y obliga a su flota a retirarse. Los preparativos para la defensa, en previsión de un nuevo ataque, y la ayuda de la naturaleza resultan de nuevo determinantes cuando, en 1281, las fuerzas navales chinas y coreanas intentan por segunda vez la ocupación de Japón. La resistencia en tierra obliga a los invasores a retornar a sus navíos. Mientras sus mandos planean otro ataque o el repliegue definitivo, un tifón azota las costas de Kyushu durante dos días y dispersa y arrasa gran parte de las embarcaciones. Los japoneses dan el nombre de *kamikaze* (divinidad-viento) a ese tifón, por considerarlo una señal de que el pueblo japonés es el preferido por los dioses, que velan por su seguridad; esta idea será propagada, y rentabilizada, por los templos, sobre todo por los monjes budistas. Ya desde el siglo IX, y ahora por los citados intentos de invasión, los lazos con China se debilitan, y esta situación ayuda al desarrollo de modelos políticos, lingüísticos, culturales, simbólicos y estéticos japoneses, de forma que avanza la creación de una identidad nacional que, siglos después, podrá ser reivindicada como propia.

Durante las décadas anteriores, los clanes más poderosos se han enfrentado en una serie de guerras civiles. El jefe victorioso se ha proclamado shogun en 1192. Este término, abreviatura de Seii Taishogun, *Gran general apaciguador de los bárbaros,* referencia a la resistencia siglos atrás de las tribus del noreste de Honshu al gobierno imperial, era el rango militar y título histórico equivalente a general en jefe del ejército, el cual había venido concediendo el emperador con carácter temporal. Así, la figura del shogun adquiere un carácter distinto. Además, el shogunato se va a convertir en institución permanente; durará cerca de setecientos años. Pues las pasadas guerras civiles y el temor a una invasión venida de las costas del Asia continental, como en la península ibérica las guerras civiles y el temor de los reinos cristianos a una nueva invasión procedente de África, ofrecen la excusa para la consolidación de un régimen feudal centralizado, basado en el gobierno de un emperador

y de un shogun o generalísimo. Aunque el emperador simboliza la máxima autoridad política, las atribuciones que a partir de entonces le correspondan serán sobre todo las religiosas, y será el shogun quien ejerza la autoridad política y administrativa.

Sin embargo, ni el establecimiento del shogunato ni el paulatino asentamiento de un gobierno militar dan paso a la desaparición de los conflictos internos. Las luchas por el poder entre diferentes clanes volverán a ser una constante, con especial virulencia en los siglos XV y XVI. Hay competencia y lucha armada entre daimyos, entre estos y el Bakufu, la administración central del shogun, entre uno o varios jefes de clan para cambiar al emperador, así como conflictos entre clanes por el poder político del shogunato, estos ocasionados por el intento de varios emperadores de recuperar el poder perdido por sus antecesores, también conflictos cortesanos entre el emperador reinante y el emperador retirado que ostenta el poder real a modo de regente, y otros, numerosos, de funcionarios estatales con señores feudales y organizaciones religiosas.

Esta inestabilidad política no impide el desarrollo de nuevas técnicas de explotación agrícola, el aumento de la productividad en el cultivo de arroz y la diversificación de cultivos, con grandes extensiones dedicadas al té y a la soja, cuyos excedentes alientan el desarrollo de la actividad comercial y la creación de nuevos mercados, en ciudades, monasterios y puertos; el té se populariza en el siglo XIII, primero como bebida medicinal y a continuación placentera, consumida en ceremonias específicas que realzan un nuevo espacio de sociabilidad de la corte y la nobleza, a base de conversación, reglada mediante complicados rituales, improvisación de poemas y juegos de azar. En el siglo XIV, a la compra en el continente de artículos de lujo y bienes culturales y artísticos, demandados por los grupos pudientes, se añade la exportación de materias primas y de plata, y el comercio es una de las más rentables formas de creación de riqueza, no solo de intercambio cultural.

Pues los citados intentos de invasión procedentes del continente no cortan las relaciones comerciales y culturales con Corea y China. Sí ponen fin, hasta el presente, a los intentos de invasión de Japón desde el continente asiático. No a la opción contraria. De hecho, uno de los daimyos más poderosos planea expediciones a territorios vecinos, entre estos, Taiwán y las islas Ryukyu, para garantizar o potenciar el vasallaje, e incluso el sojuzgamiento de la China Ming. Este proyecto no llegará a realizarse, pero de resultas del

mismo, dado que el trayecto pasa por la península coreana, tienen lugar dos intentos de invasión de este territorio en la última década del siglo XVI, ambos fracasados.

Por otro lado, este siglo trae nuevos visitantes a las costas japonesas, primero marinos portugueses y, a continuación, españoles, que actúan de intermediarios en el comercio con China, y con ellos algunos misioneros; entre los españoles destaca la llegada del navarro Francisco Javier, miembro de la Compañía de Jesús, a Kogoshima, en el extremo sur de Kyushu, en 1549. Las conversiones al cristianismo se benefician del apoyo de algunos daimyos, que incluso envían delegaciones para entrevistarse con el pontífice de Roma; una de estas se detiene en 1615 en España, donde es recibida por el mismo rey Felipe III. Es difícil conocer cuántos japoneses son convertidos al cristianismo por los misioneros portugueses, españoles e italianos, y por el clero nativo, pero el número es en cualquier caso escaso y el cristianismo no tendrá influencia alguna en la evolución social y económica del país, aunque algunos misioneros participen en actividades comerciales. Más influencia tendrá la introducción de elementos culturales y tecnológicos procedentes de Europa, como técnicas médicas y de navegación, armas de fuego más modernas, que revolucionan la forma de hacer la guerra, bebidas alcohólicas, técnicas de pintura y tejidos.

1.4. *El aislamiento, en el contexto del imperialismo europeo en Asia*

1.4.1. Concentración de poder y cierre al exterior

La introducción de nuevas tácticas de guerra, más costosas, como una infantería numerosa capaz de resistir las cargas de la caballería, con picas y arcabuces, y apoyada por la artillería, y la construcción de fortalezas que resistan el fuego del armamento pesado, reducen el número de señores feudales capaces de afrontar los gastos necesarios para crear un ejército competitivo o dominador. Precisamente, durante el siglo XVI, algunos daimyos que mandan ejércitos bien pertrechados van a la guerra para extender su poder y, además, acometer reformas que incentiven la productividad y la actividad económica. El sistema de pactos que establecen con ese doble fin abre el camino a la

reunificación del territorio. Entre los logros cabe destacar el establecimiento de un sistema oficial de pesas y medidas, la liberalización del comercio y la elaboración de un censo catastral. Se dan también otros cambios sociales impuestos desde arriba. Por necesidades militares, como se ha dicho, y para un mayor control del campesinado, el poder impone la desaparición de los guerreros rurales, con lo que los poblados pierden capacidad de autodefensa. Además, se establecen zonas de residencia para cada estamento social, quedando los artesanos y samuráis concentrados en las ciudades y fortalezas. La población queda dividida en estamentos con un mayor rigor que en épocas pasadas, sin posibilidad de movilidad social: nobles, militares, artesanos, comerciantes, campesinos, y grupos considerados parias o inferiores a estos, prostitutas, exconvictos y los sepultureros y los encargados de la muerte de animales y de otros oficios *sucios*; la distinción fundamental es entonces la existente entre nobles y samuráis y el resto de la población. Los campesinos son semiesclavos, como lo son muchos europeos en el Medievo, y aún después: están ligados a una tierra que no les pertenece, no se les permite viajar, están obligados a otros trabajos no remunerados, viven en la precariedad, y se les mantiene en situación de analfabetismo.

El movimiento de concentración del poder culmina, tras una última guerra entre dos alianzas de daimyos, con el ascenso de Tokugawa Ieyasu al puesto de hombre más poderoso del país y, a continuación, en 1603, con la concesión por el emperador del título, en desuso, de shogun. El poder alcanzado le garantiza una lealtad suficiente del resto de señores feudales para que su familia herede el cargo. Así, sus descendientes conservan la preeminencia del clan Tokugawa, instalados en Edo, ciudad que es el centro de la vida política, administrativa y cultural de Japón, y que no para de crecer, hasta pasar de un millón de habitantes; mientras, la corte imperial continúa en Kyoto. El del clan Tokugawa es el tercer y último shogunato que se prolonga durante dos siglos y medio (1603-1868), con quince shogunes.

Progresivamente, los Tokugawa limitan los contactos con el exterior, en sentido general. Respecto al comercio, el deseo de controlar los intercambios con el exterior responde al propósito de impedir que los daimyos se beneficien de los rendimientos de esta actividad, cuyo monopolio pretende el shogun, y que accedan a la importación de armas de fuego. El cierre al exterior es más severo en materia religiosa. Ahora tiene lugar la segunda asociación del budismo al Estado y se dan nuevos pasos para la proscripción

del cristianismo, mientras evolucionan el confucianismo y el shintoísmo. Las primeras medidas contra el cristianismo se habían adoptado en la etapa anterior, al considerar que esta religión trabajaba en favor de un poder extranjero, político-religioso, el papado, y que podía actuar como vanguardia de la flota de uno de los imperios europeos. En 1587, un decreto había prohibido esta religión y ordenado la salida de los jesuitas. Lo establecido entonces solo se ejecuta parcialmente, pero no tardan en llegar medidas más estrictas, por los motivos ya citados y por el temor del clan Tokugawa a que algunos nobles refuercen su poder con el apoyo de España y Portugal: el empadronamiento familiar obligatorio en los templos budistas y, desde ese año hasta 1639, la persecución, mediante asesinatos y edictos de expulsión. No obstante, un grupo muy reducido de japoneses seguirá practicando, de forma oculta, el cristianismo.

La política aislacionista se mantiene durante los dos siglos siguientes. Sucesivos decretos prohíben la salida de barcos y de ciudadanos al exterior sin permiso de la autoridad, así como viajar más allá de la isla de Ezo y las costas coreanas, e imponen el confinamiento de extranjeros en una isla, para su posterior expulsión (ingleses, españoles y portugueses), seguida por la de los descendientes de extranjeros. También se prohíbe la entrada de barcos extranjeros, de hecho, los que arriban son destruidos y la mayoría de sus tripulantes ejecutados. Solo se mantiene el comercio con Corea y las islas Ryukyu, y limitadas operaciones con holandeses y chinos en la isla artificial de Dejima, en la bahía de Nagasaki. En cuanto a la relación cultural con Occidente, solo se permite la desarrollada por un número reducido de holandeses, en agradecimiento por su apoyo durante una revuelta protagonizada por cristianos, y porque aportan conocimientos científicos (medicina, física, química, astronomía, cartografía) en los que están interesados los dirigentes políticos. Japón no es un caso único de política aislacionista en Asia. En general, las relaciones entre los Estados de Asia oriental y occidental y los países europeos habían disminuido, siendo ejemplos significativos, además del propio Japón, Indochina, y, hasta hacía muy pocos años, China. En la restricción de las relaciones debe verse un reflejo defensivo de los gobiernos, inquietos por las consecuencias del contacto de sus súbitos con nuevas ideas y técnicas; pero también el temor a que, como ha sucedido en India, la llegada de extranjeros sea un factor decisivo para la destrucción de sus Estados como formaciones políticas independientes (Chesneaux, 1976: 15).

1.4.2. El modelo social. La familia

El país, muy poblado, se calculan treinta millones de habitantes, se repliega sobre sí mismo por orden del todo poderoso clan Tokugawa. No obstante, la estabilidad política favorece la actividad económica, el comercio interior y el crecimiento de las ciudades: Edo llega al millón de habitantes a finales del siglo XVIII, y Osaka y Kioto al medio millón, la misma población que alcanzará Madrid a finales del siglo siguiente. También propicia el desarrollo de las artes, de la educación, para los estamentos intermedios, casi nunca para las niñas, así como del budismo, en convivencia con el shintoísmo, y el asentamiento de las instituciones propias, junto a un modelo social basado en preceptos confucianos, los cuales son mantenidos vivos por las escuelas neoconfucianas encargadas de legitimar la pirámide social. Así pues, varias leyes reglamentan aún más el modelo social, para que la pertenencia a un estamento u otro siga siendo hereditaria. En la cúspide de la pirámide se encuentra el emperador, dios y hombre, seguido por el shogun y este por la aristocracia cortesana y funcionarial, habiendo diferencias entre unos tipos de señores y otros, y los *buke* o *bushi* o clase samurái, que desempeñan tanto tareas de formación militar como administrativas; dado que las guerras civiles han finalizado, una parte de los samuráis son empleados en las tareas propias de funcionarios. No obstante, los samuráis disfrutan de privilegios sociales y distintivos, pues, a diferencia de estamentos inferiores, poseen apellido y pueden llevar dos espadas, y se diferencian de todos por seguir el denominado código del guerrero, el bushido, sustentado en la lealtad, el valor y el sacrificio. Aunque no hay guerras, los samuráis, de varios rangos, asumen que deben morir, si preciso fuere, por causas justas, y que morir al servicio del emperador es el más alto honor; y que deben suicidarse si alguna vez incumplen sus obligaciones en el servicio militar, mediante un ritual, el *seppuku* o *harakiri:* el guerrero encuentra la muerte cortándose el estómago para demostrar la pureza de su alma (se cree que el alma reside en el centro del cuerpo), en soledad o ante testigos, para que un amigo le ayude a morir cortándole la cabeza. Los samuráis son una elite, pero no una categoría excepcional, pues su número es alto, hasta 400.000 familias o dos millones de una población total de treinta millones de habitantes. Además, han perdido utilidad como estamento militar, y el aumento de los precios y la disminución de los sueldos y de los estipendios que reciben por diferentes funciones

empujan a la mayoría hacia abajo en el escalafón social, mientras que campesinos y comerciantes ricos acceden a nuevos bienes y usos sociales, pese al mantenimiento, en teoría, del modelo estamental.

En esta sociedad, la familia, extensa si es posible, desempeña una función fundamental. Lo habitual es que en una casa vivan miembros de varias generaciones. El tronco familiar lo componen los abuelos, el heredero y sus hijos y hermanos solteros, mientras que los otros hermanos e hijos forman ramas independientes del árbol familiar cuando se casan, y las hijas dejan la familia al contraer matrimonio. En un sistema social en el que los individuos supeditan sus intereses a los del grupo, y buscan su identidad en los símbolos del mismo, linaje, propiedades, tradiciones y antepasados; y el papel de la mujer es muy dependiente, respecto al marido y la familia de este (Junqueras, 2012: 200-201). En cuanto a la mujer, una de las cosas que más sorprenderá a los viajeros occidentales tiempo después es la labor de las *geishas,* por desconocer una tradición de las mujeres como depositarias y transmisoras de la literatura oral que ha ido sepultando la escritura china, las *kataribe,* relatoras de mitos e historias, una parte de las cuales han accedido a la condición de *uneme,* damas de compañía de la corte imperial, reteniendo su vieja condición literaria. Claro que, aparentemente, esas eran damas de compañía de mujeres ilustres, no de hombres. Después, el crecimiento del comercio y de las ciudades trae el de los teatros, los prostíbulos y las casas de té y, ya en el XIX, la aparición de las *geishas,* mujeres que trabajan como acompañantes profesionales de hombres que pagan no solo por su compañía en público y en privado, sino por sus habilidades para la representación de formas artísticas tradicionales, el baile, la música y la poesía.

1.4.3. Voces críticas al sistema. Y los extranjeros occidentales llaman a las puertas de Japón

El período de estabilidad y de paz social llega a su fin en los años treinta del siglo XIX. A causa de varias malas cosechas y de las epidemias de peste, viruela y tifus beneficiadas por el hambre, se producen revueltas campesinas y disturbios en las ciudades. La participación popular en los tumultos es notable y la protesta en muchos casos violenta, en forma de asaltos a graneros públicos, edificios de la administración y propiedades de los ricos. El shogunato

reacciona reprimiendo las revueltas e introduciendo una serie de reformas que pretenden la reducción de los precios y del gasto público, suprimiendo funcionarios, entre otras medidas, y también impedir que samuráis y señores feudales continúen endeudándose para mantener un alto nivel de vida. Las medidas adoptadas no resuelven el problema principal, el aumento del coste de los alimentos y de todo tipo de bienes. Por primera vez en mucho tiempo se alzan voces críticas al shogunato Tokuwaga entre daimyos y samuráis.

No se trata de críticas esporádicas. Como fruto de las revueltas surgen nuevas corrientes intelectuales críticas con la situación del país y que reclaman el regreso de la figura imperial al centro de la vida política. Entre las clases populares tienen éxito una serie de sectas shintoístas que acusan al shogun de olvidarse del deber de ayudar a los débiles, lo que implica, en un doble sentido, político y religioso, la reivindicación del emperador, garantía de la continuidad de la nación y realidad inmutable por su origen divino. En esto coinciden con sectores de las clases ilustradas, que han impulsado la escuela nativista, la cual afirma que la mejora de las condiciones sociales pasa por la recuperación de las tradiciones más antiguas: en los orígenes místicos de la Casa del Tenno, descendiente de una diosa, estarían las bases para una religión nacional y el elemento de legitimidad de ese poder, algo de lo que carecería el shogun. También pide la eliminación de las influencias extranjeras, apuntando en esta ocasión a la doctrina confuciana, y el regreso al culto shintoísta, con una intencionalidad política.

Entre tanto, el imperialismo europeo sigue su curso. Los imperios español y portugués conservan grandes extensiones de territorio en ultramar y Gran Bretaña, Francia y Holanda se expanden y dominan las rutas comerciales por mar. Los imperios han existido desde muy antiguo, entendiendo por tal conquista y civilización, pero es ahora cuando se empieza a difundir el término imperialismo, algo lógico dado que se trata de un fenómeno con características propias. Entre estas figuran la extracción de materias primas (antes solo metales preciosos y productos exóticos), para alimentar la revolución industrial, el crecimiento, en progresión geométrica, de la exportación de capitales y la emigración de personas, así como la conflictividad entre las grandes potencias, las cuales tratan de controlar las mismas zonas y en ocasiones se hacen presentes en ellas casi al mismo tiempo; además, se multiplican los mecanismos de explotación, a la búsqueda de la mayor rentabilidad, siguiendo los parámetros del capitalismo de la época, y las empresas

procuran explorar la totalidad del territorio, no solo la costa o determinadas áreas. En la década de 1850, Gran Bretaña es dueña de casi toda la India, de la mano de la East India Company, Holanda tiene posesiones en Indonesia, España casi todo el archipiélago filipino, mientras que Francia, Portugal y Dinamarca tan solo una serie de factorías, y de menor entidad que las de dos siglos antes. Debe también señalarse que los progresos de la expansión europea en Asia van unidos a dos objetivos, que son la conquista de vías de acceso terrestre al mercado chino y la consolidación de las fronteras de la India. En ambos casos, los intereses ingleses, económicos en China, estratégicos en las regiones que defienden el Pendjab, se ven amenazados por las iniciativas francesas y, más que nada, por las rusas.

En Japón, el crecimiento de los sectores críticos al sistema político y a las injusticias sociales erosionan la legitimidad del shogunato. De forma diferente a como sucediera en etapas del pasado, pues ahora son varios los grupos sociales que coinciden en el rechazo al modelo político. No sabemos qué habría ocurrido sin la irrupción de un factor externo, pero desde luego este desempeña un papel importante en la crisis final del shogunato. Nos referimos a la llegada de cuatro navíos de guerra procedentes de los Estados Unidos de América al puerto de Uraga en julio de 1853, bajo el mando del comodoro Matthew C. Perry.

2

Restauración imperial y Revolución Meiji (1868-1894)

2.1. *El fin del aislamiento*

2.1.1. La apertura de China, un presagio para Japón

Hasta mediados del siglo XIX, el área central de Extremo Oriente, China, Corea y Japón, ha sido casi inaccesible para viajeros y comerciantes de las naciones occidentales y poco permeable al influjo de la cultura europea. Entonces, las relaciones de Japón con el exterior se limitan a la reducida presencia de holandeses en Dejima, y al comercio con China y Corea a través del puerto de Nagasaki y una serie de islas. Sin embargo, pese a las prohibiciones de otras relaciones, el shogunato es consciente de la dificultad de mantener esta política de cierre al exterior. Un aviso lo ha dado la llegada de barcos rusos a las costas del archipiélago a finales del siglo XVIII, aunque su entrada en puerto fuera rechazada, lo mismo que la de distintos navíos ingleses durante las tres primeras décadas del siglo XIX. El segundo aviso lo aporta la creciente presencia de buques británicos en los mares de China y la

victoria inglesa en la primera guerra del Opio, que se salda con la imposición a China de una serie de tratados comerciales. El tercer aviso consiste en el aumento del número de los países que acceden a los puertos chinos.

La debilidad china sorprende a los gobernantes japoneses. Pues el enorme imperio chino de la dinastía Qing, establecida por los manchúes en Pekín dos siglos antes, no había sufrido las desintegraciones internas ni el dominio extranjero que sí afectaba a las sociedades asiáticas de la zona occidental del continente. No se trata de una apertura del país, sino de la obtención por extranjeros y mediante la fuerza de una serie de tratados. El gobierno chino no ha cedido, todavía, en la cuestión de la apertura de relaciones diplomáticas regulares y los extranjeros no poseen el derecho a viajar fuera de los cinco puertos abiertos al comercio. Pero el tratado de Nanking asesta un duro golpe al prestigio imperial y el gobierno chino sabe que los occidentales desean ampliar los beneficios conseguidos. La crisis de la dinastía manchú se agrava con el inicio, en 1851, de la denominada rebelión Taiping, que desemboca en una guerra civil de quince años de duración. En este movimiento se mezclan protestas populares por la escasez de alimentos, debido a malas cosechas y al aumento de población, el rechazo a los extranjeros, nuevas ideas religiosas, que incorporan elementos del cristianismo protestante, y difusas promesas de regeneración política y redistribución de la tierra. La agravan aún más los propósitos de una serie de sociedades secretas, de base popular y muy activas en el sur del país, opuestas a la dinastía y a las cesiones de esta a gobiernos extranjeros, y la segunda guerra con Gran Bretaña, provocada por esta en 1856 para ampliar su influencia en el país; en seguida, Francia se suma a la guerra contra China, con los mismos propósitos. Y, por supuesto, la guerra civil china proporciona a Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y Rusia la posibilidad de alcanzar mayores ventajas.

2.1.2. El gobierno de Estados Unidos fuerza la apertura de Japón

Hasta entonces, el territorio japonés ha sido objeto de atención por los occidentales en función del mercado chino, ya que podría aportar puertos en las rutas marítimas de China. Ahora aumenta el interés de varios países

occidentales por este motivo, mucho más que por la importancia concedida al comercio con Japón. De hecho, el cuarto aviso de la dificultad, o imposibilidad, de que los dirigentes japoneses mantengan el sistema del *Sakoku*, el *país cerrado*, son las noticias sobre el deseo del gobierno zarista y de políticos y empresarios estadounidenses de establecer relaciones comerciales y diplomáticas, conscientes de la importancia del comercio en el Pacífico y de la toma de posiciones de las potencias europeas occidentales en China. Por lo tanto, la presión decisiva no viene de la mano de Gran Bretaña, cuyo interés en Extremo Oriente se centra en el comercio chino, sino de otro país, más próximo en términos geográficos, y el interés comercial de este es secundario, dado que ninguna exportación japonesa alcanza la importancia del té chino. Lo determinante es que la colonización de la costa americana del Pacífico, después de la guerra victoriosa sobre México, y la apertura de la ruta marítima San Francisco-Shanghái eleva la relevancia de Japón para las empresas oceánicas; por este motivo, empresarios y políticos norteamericanos desean penetrar en Japón, y ser los primeros, para obtener una estación de abastecimiento de carbón en la ruta marítima del Pacífico.

El presidente estadounidense Fillmore escribe una carta dirigida a los representantes del emperador, en un acto de respeto, y no al shogun, en la que solicita la protección japonesa para los marinos que lleguen a su costa, el acceso de barcos estadounidenses a los puertos japoneses, para avituallamiento, y la firma de dos acuerdos, uno de carácter diplomático y otro comercial. No es un aviso, sino un golpe de efecto bien calculado, la llegada de una expedición compuesta por dos barcos de vapor y dos veleros de la marina de guerra norteamericanos, al mando del comodoro Perry, que hace su entrada en el puerto de Uraga, cerca de Edo, el 8 de julio de 1853; con esta jugada, el gobierno norteamericano se adelanta por muy poco al ruso, el cual, bajo el impulso del gobernador general de Siberia, ha establecido un puerto militar en el Pacífico, ocupado la desembocadura del Amur y enviado desde el Báltico una escuadra con destino en las costas japonesas. Esta vez, la llegada de extranjeros es el anuncio definitivo de la apertura forzada de Japón al exterior. Perry, que es portador de una carta de su presidente, exige ser recibido por el gobernador local y le deja dicho que regresará seis meses después para recibir la respuesta. Si nos atenemos a la escolta con la que se presenta el emisario del presidente y al contenido de la carta, no hay duda sobre la única respuesta aceptable para Washington: "la amistad no podrá

existir mucho tiempo a menos que Japón deje de tratar a los estadounidenses como enemigos".

Por entonces, inicia su desarrollo el denominado establecimiento internacional de Shanghái, ciudad que se ha convertido en el principal centro comercial de China y donde británicos y norteamericanos presionan, unas veces, y otras amenazan, para que las autoridades chinas renuncien a su administración.

La clase política japonesa se divide respecto a la respuesta que debe darse al gobierno norteamericano. El rechazo a la llegada y establecimiento de extranjeros, con la sola excepción de un puñado de comerciantes chinos y holandeses, no significa que las elites japonesas desconozcan lo que sucede en Asia, al menos en China, y que entiendan el por qué. No obstante, son pocos los japoneses con una cierta idea del mundo ajeno a Japón y, o bien carecen de capacidad para influir en la política nacional, o no se atreven a dar su opinión a los mandatarios. En la corte, la postura sigue siendo favorable al aislacionismo. El shogun, Ieyoshi, que duda sobre la respuesta a Estados Unidos, fallece unas semanas después. El clan Tokugawa, cuestionado por los señores feudales más poderosos, actúa dividido sobre la figura del sucesor y respecto a la conveniencia y la posibilidad de mantener el país cerrado al exterior. El sucesor es Iesada, que asume las tesis negociadoras basadas en la idea de reducir al mínimo los contactos con esos nuevos extranjeros. Sin embargo, la información sobre lo sucedido en China y la demostración de fuerza de Estados Unidos le hace comprender que eso ya no es posible. Pues el regreso de Perry está bien escenificado: le acompañan ocho buques de guerra, todos movidos por máquinas de vapor, que dejan un rastro de humo negro, por lo que son denominados por los japoneses como *los barcos negros*. Mediante el tratado de Kanagawa, de 31 de marzo de 1854, el shogun acepta tratar con respeto a los marineros estadounidenses, permitir el avituallamiento de víveres y carbón de los buques en los puertos de Hakodate y Shimoda, y la llegada de un representante diplomático, que se instalará en una pequeña ciudad alejada de la corte y de la capital política; no quedan establecidas ni relaciones comerciales ni diplomáticas. En seguida, Gran Bretaña, Rusia y Holanda consiguen acuerdos con un contenido semejante. Además, en Estados Unidos trabajan ya para conseguir la firma de un nuevo acuerdo. Y las autoridades japonesas saben que los occidentales y los rusos imponen sus deseos en China mediante la fuerza.

2.2. *El descontento ante los Tratados Desiguales. Años de conflictos internos*

2.2.1. Una nación obligada a aceptar la presencia extranjera

La profunda y rápida transformación de Japón, a punto de producirse, es resultado de iniciativas japonesas y de intervenciones exteriores. A las críticas vertidas por daimyos y pensadores sobre el clan Tokugawa por no haber resuelto los problemas económicos de las décadas de 1830 y 1840, y por usurpar poderes que corresponden al emperador, se suma ahora la de ser incapaz de mantener el país libre de influencias extranjeras, no solo de la intelectual y religiosa procedente de China, sino también de la económica y política de origen occidental, que es impuesta.

La oposición a los tratados con los extranjeros, y a otras medidas aperturistas, como la creación del Centro de Estudios Occidentales, en Edo, nombre sustituido pronto por el de Centro de Investigación de los Libros Bárbaros, pero donde oficiales y funcionarios estudian ciencia, tecnología y lenguas europeas, no hace sino crecer entre sectores de la nobleza feudal. Unos aprovechan la nueva coyuntura para, sencillamente, intentar ganar cotas de poder mediante el debilitamiento del shogunato, el clan de unos primeros ministros perpetuos y, se dice, incapaces de salvaguardar las esencias nacionales. Otros para reivindicar la restauración del poder imperial, cuya función estatal ha quedado reducida a la práctica de ritos religiosos, y acceder así a la condición de nobleza palaciega. Todos los sectores críticos utilizan el argumento de que el shogun ha perdido legitimidad para gobernar, y van forjando alianzas para derrocarlo. Asimismo, todos acaban entendiendo que el rechazo a los extranjeros, unido a la bandera de la restauración del poder de la corte imperial de Kyoto, es muy útil si de lo que se trata es de agitar a la población. En el pasado han tenido lugar intentos del emperador por recuperar el poder perdido en beneficio de los samuráis o del shogunato. De esto hace mucho tiempo y, entonces, los ejércitos imperiales fueron derrotados. Pero, en breve, la figura imperial va a regresar al primer plano político, inicialmente sin el recurso a un ejército, pues carece de fuerza militar propia.

En 1858, Estados Unidos impone un nuevo tratado a Japón. El shogun, Iesada, pretende que el emperador Komei de su visto bueno. Sin éxito, pues

este acepta la opinión del grupo nobiliario que rechaza el contacto con los occidentales y acusa al shogun y su equipo de traidores a las esencias patrias. El shogun opta entonces por no tomar en cuenta la opinión de la corte. El tratado de Harris, nombre del cónsul norteamericano, supone la apertura de más puertos, el establecimiento de una representación diplomática en Yedo, la libertad de viaje y la extraterritorialidad para todos sus ciudadanos residentes en Japón. El shogun fallece en 1858, y se especula con la posibilidad de un asesinato. Le sucede en el puesto Tokugawa Iemochi, no descendiente directo del anterior y menor de edad, por lo que los asuntos gubernamentales pasan a manos de una serie de miembros del clan y asesores de este, varios con ambiciones propias.

2.2.2. La reacción xenófoba y nacionalista

La no sanción del emperador a este tratado y a los siguientes obtenidos por Gran Bretaña, Francia, Holanda y Rusia, conocidos como Tratados Ansei o como Tratados Desiguales, dan argumentos a quienes los rechazan y alienta el movimiento xenófobo. A los gritos de "¡Afuera los extranjeros!, ¡Expulsemos a los bárbaros!, ¡Reverenciad al Emperador!", tomados del libro de un pensador de la escuela Mito publicado en 1825, les siguen ataques a los extranjeros establecidos en los puertos y a las misiones diplomáticas en Yedo. Este movimiento xenófobo cuenta con el respaldo imperial, unas veces declarado, otras encubierto.

Desde la perspectiva japonesa, los tratados constituyen una humillación; y lo son, dado que representan una imposición exterior, establecen una relación desigual y, además, van a tener consecuencias negativas para los japoneses, al menos al principio. Pues la fuerte demanda de té y seda da lugar a un aumento generalizado de los precios, con el arroz afectado por una fortísima inflación, y la entrada de productos extranjeros perjudica a una parte de los productores locales. En esa coyuntura, son bien recibidas en sectores cada vez más amplios de la nobleza guerrera las palabras de quienes hablan de imposición y de traición del shogun, mejor que las de quienes recomiendan aceptar los tratados como un mal menor, útil para evitar represalias de un enemigo poderoso, el cual, por otro lado, no amenaza sus privilegios. El shogun ordena la detención de disidentes a su poder y el encarcelamiento y la

ejecución de samuráis que expresan la misma oposición y alientan el movimiento contra los extranjeros. Pero el asesinato del principal negociador japonés de los tratados Ansei, en 1860, es seguido por el de varios extranjeros.

Respaldado por señores feudales y comerciantes desafectos al shogunato, en 1863 el emperador ordena al shogun la expulsión de los extranjeros. Cuando los consejeros del shogun responden que esto no es posible, el señor de Choshu toma la iniciativa, cerrando el paso a los barcos extranjeros en los estrechos de Shimonoseki. Una expedición naval conjunta británica, holandesa, francesa y norteamericana liquida su artillería de costa y restablece la navegación. Tras otros incidentes, los gobiernos occidentales deciden imponer la ratificación de los tratados al emperador. Con este fin dirigen sus escuadras a la bahía de Osaka. El emperador se ve obligado a aceptar lo ya pactado. Esta acción imperial es una muestra de su debilidad, pero también un acto político con el que muestra que es él quien toma las decisiones, lo que erosiona aún más el shogunato. Varios señores feudales firman acuerdos de defensa mutua y critican la gestión política del shogun. Es el preludio de una guerra civil, que comienza en el verano de 1866 después de que Tokugawa Iemochi solicite tropas a varios señores para someter a los rebeldes a su autoridad.

2.3. *El Meiji o gobierno iluminado*

2.3.1. La restauración del poder imperial en el príncipe Mutsuhito

A comienzos de 1867 fallece el shogun Iemochi. Su sucesor va a durar poco en el cargo, pero es interesante destacar que sus asesores, en contacto con representantes de las potencias occidentales, plantean una reorganización del Bakufu, con departamentos especializados al estilo de un consejo de ministros occidental y una reforma militar. No es posible entonces, pues aumenta la oposición al shogunato. Los señores rebeldes suman nuevas fuerzas, agrupados en torno a la figura del 122º emperador, el joven de 15 años Mutsuhito, entronizado el 3 de febrero de ese año. En enero de 1868, estos señores feudales declararon finalizado el poder del shogun y proclaman la restauración del poder del emperador, evento conocido como Restauración

Meiji. No obstante, la guerra civil prosigue, con el resultado favorable a los partidarios del emperador. Estos, señores feudales con intereses propios, pero que aceptan, por opinión antigua o nueva, que no es posible oponerse al poder occidental, son los impulsores del restablecimiento del poder imperial y, en seguida, de la adopción de aquellos conocimientos extranjeros útiles para el desarrollo de Japón. Aunque sea en nombre de las instituciones antiguas y de los dioses tradicionales del país.

El 23 de octubre de 1868, el joven emperador *escoge* el nombre de Meiji, Gobierno Iluminado (de *mei,* luz), para su período de reinado, que será autoritario y modernizador del país; la situación nos recuerda al europeo Siglo de las Luces y la política ilustrada ejercida por un monarca absoluto, pero en el caso japonés con una clase política y militar mucho más poderosa. No obstante, con el paso de los años, el emperador irá imprimiendo su sello a una época histórica en la que el protagonista es colectivo, una clase política y económica renovadora y portadora de unos afanes que ilusionan a buena parte del pueblo japonés. Comienza una nueva época caracterizada por la modernización del país y el restablecimiento de la autoridad imperial, elementos no contradictorios, si pensamos en la Europa de la Ilustración, pero sí a contracorriente de lo que ha sido hasta entonces el siglo XIX, el siglo del liberalismo, desde una perspectiva eurocéntrica. Mientras China se debilita, los nuevos gobernantes japoneses conducen a su país a la condición de gran potencia asiática.

2.3.2. La modernización del país mirando a las potencias occidentales

Todo el poder se centraliza alrededor del emperador. En realidad, son sus asesores los que, desde las nuevas instituciones dirigen la política nacional, pero nada importante se hace a partir de entonces sin la aquiescencia del emperador. Desde esa lealtad, los gobernantes introducen numerosos cambios en Japón, modificando la política, la economía, la organización social, la fiscalidad, la educación, la religión, el ejército, casi todo. En poco tiempo, no mucho más de dos décadas, habrá un nuevo Estado, un Japón unificado muy distinto al de 1868, el año de la Revolución de la Gloriosa en España. Aunque ese Japón conservará una parte de sus tradiciones, de su cultura.

Las instituciones feudales son suprimidas, para sustituirlas por una administración centralizada. Las posesiones del clan Tokugawa son traspasadas al Estado, y lo mismo los dominios de los daimyos, a cambio de una indemnización, y sus territorios se convierten en prefecturas. Los gobernadores son designados por el emperador, quien escoge en muchas ocasiones a señores que han cedido *sus* tierras, y cuyo personal depende del gobierno central, como en el modelo chino y el de varios países europeos. Respecto a este gobierno, cabe decir que muy pronto se introducen instituciones que copian parcialmente a las occidentales, la primera un consejo de gobierno compuesto de varios ministerios, ya existente en períodos de la historia japonesa previos a la del clan Tokugawa. El sistema estamental es abolido de forma paulatina, para dar paso a una nueva estructura social basada en la igualdad ante la ley; en consecuencia, desaparecen los privilegios personales y las restricciones a ejercer determinadas profesiones. En 1869, la residencia del emperador se traslada del oeste al este, de Kyoto a Edo, que recibe el nombre de Tokio, y así el emperador ocupa el palacio que fue del shogun.

Una parte de quienes acceden a los puestos directivos proceden de la vieja oligarquía, pero la mayoría vienen de familias de rango medio, a menudo con formación militar, por pertenecer al estamento samurái, por lo que no cabe afirmar, sin más, que la base social del Estado no se transforma, que simplemente se amplía. En cualquier caso, quienes ejercen a partir de entonces poderes en nombre del emperador no lo hacen en calidad de miembros de una nobleza hereditaria, sino de funcionarios designados para desempeñar una tarea concreta. Ya antes de la era Meiji, una minoría se había expresado a favor de asimilar elementos occidentales. Respecto al resto, es ahora, tras el cambio político, y su ascenso social, cuando hablan en favor del modelo imperante en Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania y Francia, el surgido de las revoluciones científica e industrial, que es lo determinante a ojos de los dirigentes japoneses, aunque de ese modelo forme parte también la revolución política que ha supuesto el liberalismo, conservador y progresista. Este sistema político no ha sido un objetivo de la clase gobernante japonesa, desde luego no en su vertiente progresista, no es algo por lo que hayan luchado, algo que admiren (caso distinto es el de los reformistas rusos), simplemente lo aceptan, paulatina y parcialmente, como un añadido necesario para el mejor funcionamiento de la actividad económica y con el

que es preciso cargar para que Japón se relacione mejor con los países más ricos y poderosos del mundo; una mejor relación que debe culminar, una vez probado a los occidentales que Japón es un país *civilizado,* en la abolición de los tratados desiguales.

Así pues, la clase gobernante evoluciona desde el rechazo a los extranjeros y sus formas de vida a su aceptación, y no solo por imposición. El proceso es rápido. El aprendizaje de idiomas extranjeros, la contratación de asesores europeos y norteamericanos y los viajes a Europa y Estados Unidos, ya no a China, se convierten en costumbre entre la clase dirigente. La occidentalización supone cambios en las costumbres y en las leyes, estos de lenta aplicación pues afectan a costumbres centenarias que muchos japoneses se resisten a abandonar: se prohíben los baños públicos mixtos, la edición de obras pornográficas, la práctica del tatuaje y andar desnudo en público; en algunas ciudades, como Tokio, se prohibirá andar descalzo. Los cambios en las costumbres afectan primero y sobre todo a un sector pequeño de la sociedad, el más rico y cercano al poder, de forma que nuevas diferenciaciones sociales, relacionadas con la participación en la cultura occidental, sustituyen a las antiguas: cambios en la vestimenta, con el uso de trajes europeos, eso sí cuando el protagonista acude a un escenario público; en el corte del cabello, para llevarlo corto; en la alimentación, siendo ahora cuando se empieza a comer carne, algo prohibido por el budismo, por la creencia de que los occidentales son más altos y fuertes gracias a su régimen alimenticio. Son nuevos usos sociales y gastronómicos y, como se ha dicho, elementos para diferenciarse. Por ejemplo, en el caso de algunos samuráis, que antes se afeitaban la cabeza y conservaban solo una mecha de pelo anudada, y que no pueden llevar los dos sables, porque está prohibido, si se cortan el cabello a la europea y visten con chaqueta y corbata se singularizan como pertenecientes a la nueva elite. Algunos cambios afectan a todos, como la adopción, en 1873, del calendario gregoriano; el abandono de un calendario de origen chino supone la desaparición del ciclo anual y de los ritmos tradicionales que servían de referencia a la vida personal: las fiestas ligadas a los ciclos vegetales quedan adelantadas de un mes a mes y medio y, por lo tanto, afectada la correspondencia de los ciclos de la Naturaleza y de las festividades humanas (Mutel, 1972: 84).

Este proceso de occidentalización aporta un caso excepcional en la historia, por ser el primero en triunfar fuera del mundo *occidental;* además,

respecto a países menos exitosos en este intento, en Japón el número de expertos extranjeros es menor y se les retiene menos tiempo, pues su coste es muy elevado y lo paga el erario público. Para afrontar los cambios económicos y sociales se establece un sistema monetario nacional, con un modelo decimal con base en el yen; durante esta primera fase de cambios, el sistema decimal solo es aplicado a la moneda. Asimismo, un renovado sistema bancario, y un nuevo sistema fiscal, pagadero en moneda. Esta circunstancia, y el hecho de que los impuestos dejen de ir a los señores feudales para ir a las arcas del Estado, estimula al campesinado a comercializar la cosecha. A su vez, ese sistema fiscal, acompañado del aumento de la producción agrícola y de la liberalización y aumento del comercio, busca proporcionar más ingresos, y capacidad inversora al gobierno. Es decir, los cambios propician la expansión de la economía, en beneficio de casi todos. No obstante, y aunque la reforma agraria supone el fin del feudalismo y la entrega de tierras a una parte de los campesinos, la libertad para la compra y venta de tierras permite, como las desamortizaciones en la España del XIX, que los terratenientes amplíen sus propiedades.

El proceso de industrialización arranca con retraso respecto a los países occidentales. No obstante, existía ya una economía nacional, y de esta formaban parte una agricultura que no es solo de subsistencia, la oferta y la demanda generadas por la actividad de propietarios de pequeñas manufacturas, la circulación de información, gracias a la población que sabe leer y escribir, la distribución de mercancías, la acumulación de capital en manos privadas, y la existencia de comerciantes y prestamistas propios de la fase pre capitalista que se vivió en Europa. Lo fundamental es que la economía crece ahora con fuerza y con rapidez y que este crecimiento transforma la sociedad japonesa, y lógicamente su mentalidad, y que convierte a los dirigentes japoneses en más ambiciosos en lo referido a las relaciones internacionales.

El Estado es protagonista de la modernización, como en Rusia. En el caso japonés interviene en todos los sectores, y casi siempre a partir de sus propios recursos, con una limitada aportación de capital extranjero, en virtud de las medidas establecidas para preservar la economía nacional a su clase dirigente. Una vez tomada la decisión de abrir la economía al exterior, y valorados los primeros efectos, el gobierno planifica el desarrollo industrial, con dos direcciones, sustituir importaciones, objetivo conseguido en gran medida, y corregir el déficit comercial (objetivo parcialmente logrado, pues

el saldo casi nunca será positivo), y favorecer las industrias necesarias para hacer de Japón una potencia económica y aumentar su capacidad militar. Esto supone una fuerte inversión estatal en nuevas fábricas y en la modernización de las industrias nacionalizadas, procedentes de los señores feudales. El gobierno apuesta por el desarrollo de las industrias más modernas, la minería y las infraestructuras, dando la prioridad a los transportes marítimos, dada la geografía del territorio, seguidos por los terrestres, que, en breve, llamarán la atención de los visitantes extranjeros; primero con tecnología e ingenieros extranjeros (ferrocarril Tokio-Yokohama), paulatinamente con personal y sabiduría japonesa. Además, el gobierno favorece el crecimiento de la agricultura, por varios motivos: porque es necesario para atender el fuerte crecimiento demográfico; porque en la primera fase de la era Meiji productos como el té y la seda ocupan el lugar dominante en las exportaciones; y también porque todavía obtiene la mitad de sus ingresos de las contribuciones agrarias.

El despegue y rápido crecimiento industrial se apoya en una buena base de partida, en salarios bajos, el apoyo e intervención del Estado en todos los sectores, la asimilación de tecnología occidental y la capacidad de trabajo y de innovación de numerosos empresarios en los sectores textil, metalúrgico y de maquinaria, electricidad y gas y químico. Es así como, entre 1885 y 1920, Japón vive una fase de crecimiento económico y modernización espectacular, para ser no solo el primer país industrializado de Asia sino también una de las principales economías del planeta. Entre los elementos negativos figuran los costes sociales, entre estos la financiación de una parte del crecimiento con el impuesto sobre la tierra, que grava a los campesinos, el fuerte ritmo de crecimiento de la industria, la banca y el comercio mientras la economía rural evoluciona lentamente, el muy desigual reparto de las plusvalías generadas por los nuevos negocios y la circunstancia de que, sobre todo después de las victorias sobre China y Rusia, el aumento del presupuesto en armamento y en las industrias relacionadas con la guerra detraen recursos para inversiones que habrían beneficiado al conjunto de la sociedad.

El Estado transfiere paulatinamente, en condiciones muy ventajosas, la propiedad y la gestión de las industrias estatales a la iniciativa privada, de la que hay que destacar su capacidad de trabajo, aprendizaje e innovación. La excepción en este proceso nos remite a empresas relacionadas con la

logística para la guerra, como las fábricas de armas y los ferrocarriles, que, en unos casos, no pasan a manos privadas y, en otros, regresan al control estatal; además, más adelante, se crearán otras industrias pesadas con capital estatal. Por otro lado, el capitalismo financiero da paso, antes que en Europa, a la constitución de grandes empresas, aunque no tanto como las firmas del petróleo y el acero que, en Estados Unidos, se han creado y han crecido sin aportación económica estatal. Los principales bancos privados y los estatales aprovechan y respaldan la política gubernamental, deseosa de concentrar los recursos financieros en la creación de una moderna flota mercante, el ferrocarril y grandes conglomerados industriales, una parte industrias estratégicas con fines militares. Varias de las empresas, dotadas de tecnología extranjera y nacional, acceden durante los años siguientes al mercado mundial y conforman grandes grupos financiero-comerciales: Mitsui, Mitsubushi, Sumitomo y Yasuda. Sin embargo, la economía será dual, en el sentido de que la existencia de supergrupos con intereses en el mercado nacional y en el exterior, y con producción diversificada, irá siempre acompañada de muchas pequeñas empresas, las cuales emplearán, en los años veinte y treinta del siguiente siglo, a más de la mitad de la mano de obra ocupada en las manufacturas. Otro factor a destacar es que las exportaciones aumentan y lo hacen también a ritmo vertiginoso; mientras descienden las exportaciones de materias primas, aumentan las de artículos manufacturados. No obstante, casi siempre, el valor de las importaciones (metales, productos químicos, petróleo, alimentos) supera al de las exportaciones.

Otro cambio, paulatino, pero determinante para la futura historia de Japón, es aportado por la reforma militar. Lo sucedido a China, y la propia experiencia japonesa, asientan la idea en la clase dirigente de que es preciso disponer de un modelo organizativo militar distinto al feudal y dotado de armas modernas, para la guerra en mar y tierra, lo que exige, a su vez, un buen equipamiento en comunicaciones. Para resistir a las amenazas extranjeras, para evitar una nueva humillación y, ¿por qué no?, para una expansión territorial. Los ejércitos de los señores feudales han sido disueltos y las milicias irregulares, para campañas concretas, sustituidas por un ejército nacional sustentado en el servicio militar obligatorio para los varones, tres años en activo y cuatro en la reserva; hay excepciones a esa medida, para elites profesionales, y, como en España y otros países, un sistema de redención a me-

tálico. La condición militar se profesionaliza, separando sus funciones de las administrativas y abriendo academias para la formación de los mandos, que ya no proceden exclusivamente de la clase nobiliaria. La compra de armas en el extranjero se acompaña de la contratación de instructores franceses y alemanes para la organización del ejército. Estas medidas molestan al sector conservador del estamento samurái, en extinción como tal, que desea seguir siendo el núcleo de la elite militar. Una parte de los samuráis se adaptan bien a los cambios, empleados en la administración, el ejército, el comercio y el mundo de los negocios, pero otros se empobrecen y una parte, sin verse en esa situación, decide luchar para mantener privilegios del pasado. El recorte, seguido de la suspensión, de sus pensiones, la imposibilidad de una parte de acceder a empleos modernos y la pérdida de privilegios simbólicos, como la de llevar sable, constituyen los elementos que nutren las revueltas. La más importante es la dirigida en 1876 por Saigo Takamori; tras su derrota a manos del ejército imperial, él y sus más allegados se suicidan.

La reforma militar impulsa otros cambios sociales y la cohesión nacional, como consecuencia de la movilidad geográfica del campesinado para cumplir el servicio militar y la abolición de las barreras de clase que proporcionan los uniformes y la vida en los cuarteles; es en el ejército donde los campesinos conocen la vida ciudadana y la civilización occidental, nuevas costumbres y alimentos, y el nuevo nacionalismo que se está forjando, referido al conjunto de Japón, no a uno de sus territorios. Los cambios no cesan. En principio, tanto el ejército francés como el alemán aportan el modelo a seguir, en cuanto a fuerzas de tierra se refiere, y la marina británica para la incipiente armada japonesa; pero el desenlace de la guerra franco-prusiana (1870-1871), unida a la mayor sintonía con la política interior alemana, con un káiser y un canciller con amplios poderes, resulta determinante para consolidar la idea de que el modelo alemán es el conveniente para Japón. Al comenzar la década de 1890, Japón dispone de un ejército de tierra numeroso, dotado de rifles y artillería moderna, y la mayor parte del equipo se fabrica en el país. El desarrollo de la armada es más lento, pero en esa fecha el ejército y la marina absorben un tercio del presupuesto nacional (Beasley, 1995: 107). Se puede pensar, por lo tanto, que en las clases dirigentes existe la voluntad, no solo de organizar mejor la defensa del país, sino, también, la de disponer de una fuerza militar capaz de proporcionar influencia económica y territorios en el Asia continental.

2.4. *Modernización sin renunciar a una parte de la tradición*

2.4.1. La primera constitución, o carta otorgada

Como ha ocurrido en parte de Europa, y ocurrirá después en Rusia y otros países, los cambios propiciados por la revolución industrial afectan a mucha gente, en todos los sentidos. Las elites o clanes superiores conservan su posición social y la consolidan, mediante el control de las profesiones que dan acceso a la dirección de la sociedad. Así el clan de los Satsuma accede al control de los mandos superiores de la Marina, el de Choshu al del Ejército de tierra, mientras que los daimyos y algunos samuráis aprovechan las indemnizaciones recibidas por la supresión de los privilegios feudales para crear empresas industriales y bancarias bien relacionadas con el aparato del Estado. En cambio, una parte de la población japonesa permanece socialmente estancada, al continuar trabajando en sectores no prioritarios o por verse agobiados por los impuestos y por el pago de las deudas contraídas para la actividad agrícola. Otra progresa en escasa medida, y su mejora económica es a cambio de sacrificios, como la emigración y la adaptación a nuevos sistemas productivos. Dicho esto, de forma generalizada en Extremo Oriente, y sobre todo en Japón, la difusión de las técnicas europeas determina cambios profundos en la vida de los pueblos.

Por estos motivos, nuevos políticos, a partir de la lectura de pensadores europeos y japoneses, proponen alternativas al modelo de la era Meiji. En unos casos, plantean las necesidades de grupos sociales desfavorecidos, antes y ahora, y, en otros, los intereses de las viejas elites, aristocracia terrateniente y samuráis, pues una parte de estas no logran reciclarse con éxito. Entre las organizaciones que reivindican un modelo más abierto a la participación ciudadana en la vida política, con más libertades, destacan el Movimiento por la Libertad y los Derechos del Pueblo, el Partido Liberal y el Partido Progresista. Otro elemento novedoso, propio de la sociedad que se está creando, con capacidad de información, comunicación y agitación política, es la nueva prensa. Ante las críticas no deseadas, el gobierno responde con medidas autoritarias, en forma de leyes, como la Ley para el Mantenimiento de la Paz (1887), sanciones y cierres de publicaciones y la disolución de partidos políticos, otra novedad que canaliza la expresión

de elites, clases medias y proletariado. Esta será la tendencia en los años siguientes.

Lógicamente, visto desde Londres o París, el cambio político japonés es más lento y menos ambicioso que el económico. Pero es un cambio también muy notable, que sustituye el modelo chino para las instituciones políticas por el occidental. El primitivo y reducido consejo ejecutivo que se ha ido superponiendo, hasta reemplazarlas, a las antiguas asambleas de consejeros, es sustituido en 1885 por un gabinete con más ministros, con las competencias bien delimitadas y coordinados por un primer ministro, que pasa a ocupar un papel principal en la comunicación con el emperador; dentro del gabinete, los ministros que gozan de mayor autonomía son los de Ejército y Marina, que presumen de su acceso directo a la Casa del Tenno.

En febrero de 1889, se promulga la primera constitución japonesa. De muy lenta gestación, casi siempre en secreto, es un texto, y una maniobra política, a la vez modernizadora, y de homologación con las potencias occidentales, y reaccionaria, en términos comparativos, no solo por ser una concesión del emperador a su pueblo; por este motivo, en la historia nacional se denomina Tenno o imperial al sistema político. Es una constitución de larga vida, vigente hasta después de la Segunda Guerra Mundial. La redacción es coordinada por el equipo de Ito Hirobumi, varios años presidente del Consejo Privado del Emperador y primer ministro y quien ha pasado largas estancias en el extranjero, para conocer sistemas constitucionales, los textos y su funcionamiento, principalmente en Berlín y Viena, y con la participación de dos juristas alemanes. El planteamiento nos recuerda más el modelo de carta otorgada o estatuto real, que el de una constitución liberal. Puede añadirse que el sistema oligárquico establecido guarda relación con el español de la Restauración borbónica y conservadora, con el ejercicio del poder en manos de una minoría y la creación de una alternativa política que permita a los críticos más moderados hacer labores de oposición e incluso acceder al gobierno; pero es más autoritario y, además, sacraliza la figura del emperador, a contracorriente de lo que ocurre en los países dominadores y en los que tratan de imitarles.

En efecto, la filosofía de varias leyes e incluso su articulado se nutre de la tradición, y esto se percibe perfectamente en la ley suprema. Pues, conforme a la tradición japonesa, actualizada por la escuela de pensamiento Mito,

el emperador es la fuente de toda autoridad, anterior y por encima de la Constitución. El artículo primero vincula a la Casa del Tenno, que encarna la armonía social, con una dinastía única, ininterrumpida desde el origen de los tiempos y eterna, y el artículo tercero establece su carácter sagrado y, en consecuencia, inviolable, no sujeto a crítica.

Entre los poderes del emperador figuran los siguientes: el mando supremo de las fuerzas armadas, designar ministros y otros funcionarios, suspender las dos cámaras o disolver la Cámara de diputados y tomar decisiones con alcance de ley fuera de los períodos de sesiones parlamentarias, las cuales servirán de leyes y serán sometidas a la aprobación del Parlamento en el nuevo período; además, solo él puede proponer enmiendas a la Constitución. Un gobierno con abundantes competencias es responsable ante el emperador, y lo mismo sucede con los varios órganos de poder paralelos, el Consejo Privado, el Estado Mayor y el Genro o Consejo de ancianos o Consejo Privado, compuesto por personas vinculadas por lazos familiares o políticos con la casa imperial y que influyen en la designación del jefe del gobierno. Aunque la Constitución sacraliza la figura del emperador, este será más un árbitro de la vida política que un monarca absoluto: no le corresponde ejercer todo el poder, sino que este se centraliza alrededor de la figura imperial y son los dirigentes del sistema quienes tutelan, orientándola, su labor. Lo ya dicho y el resto del texto constitucional establecen una vida política renovada y a la vez sujeta a las tradiciones japonesas, pensando en la permanencia del poder imperial y de las elites; para que así sea, es preciso que la oposición al sistema no esté en disposición de alterarlo. Por lo tanto, el llamado Parlamento se compone de una cámara baja, elegida mediante sufragio censitario muy restrictivo y políticamente inútil, carente de las capacidades legislativa y de control del ejecutivo, con la excepción del derecho a rechazar nuevos impuestos, y una cámara alta compuesta por notables, que son miembros de la antigua nobleza y personalidades seleccionadas por el emperador.

Como ocurre con otras constituciones, una cuestión fundamental es lo que no se dice o regula y la ambigüedad sobre temas importantes, siendo dos los más oscuros. No se dice hasta dónde puede llegar el control del Parlamento, si puede rechazar o modificar todos los gastos y, lo principal, se precisan los poderes del emperador, pero no cómo hará conocer su voluntad y cómo se relacionan la Casa del Tenno y las corporaciones políticas previstas en la Constitución, el Gabinete y el Parlamento. El Consejo Privado

puede hablar en nombre del emperador, pero no se aclara si su opinión prima sobre el Gabinete en caso de conflicto (Mutel, 1972: 121). De cara a futuros acontecimientos convendrá tener en cuenta que, ahora y durante las dos décadas siguientes, los oligarcas desempeñan, gracias a su prestigio y al peso de la tradición, el papel de intérpretes de la voluntad imperial, pero que están surgiendo grupos, económicos, de diputados y de los estados mayores militares, que también van a pretender hablar en nombre del emperador.

Al mismo tiempo, la regulación de los derechos y libertades proclamados en la Constitución, de reunión, asociación, imprenta y otras, nos hablan de un estado autoritario. Pues los *derechos* se ejercen dentro de los límites de las leyes, las cuales establecerán sucesivos mecanismos para garantizar la estabilidad deseada por las elites, de forma que la crítica al modelo constitucional y la justificación de las luchas de intereses sean castigadas como delito contra las esencias nacionales. No obstante, esto no impedirá que surjan voces críticas, en forma de movimientos sociales y de partidos políticos nacidos de las transformaciones económicas y sociales, al margen de los ya citados. En el proceso de globalización, las ideas democráticas y las ideologías propias del movimiento obrero se difunden desde Europa a otros continentes, y China, Japón, India y otros países asiáticos no escapan a esa circunstancia.

2.4.2. Tecnología occidental (copiar e inventar) y espíritu japonés

Por primera vez, un país no occidental adopta las técnicas de la revolución industrial. No solo eso, Japón la asume con ritmo acelerado y se convierte en breve plazo en una potencia económica. Eso no significa que el nuevo modelo de producción implique la desaparición de la cultura japonesa, como tampoco la posterior modernización de China, India o países árabes haya implicado la anulación de sus culturas originarias.

La penetración extranjera, impuesta, los asesores extranjeros y los viajes de políticos y militares a Estados Unidos y Europa, con estancias en países entre los que no figuran España y Portugal, pero sí Bélgica, Holanda, Dinamarca, Austria y Rusia, además de Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia, para estudiar los ordenamientos legales, las técnicas industriales y los métodos de enseñanza, propician, en un tiempo corto, la siguiente idea

en las elites japonesas: el modo de producción económico debe cambiarse, de arriba abajo, y la sociedad parcialmente, sin renunciar a su esencia, a lo auténticamente japonés, es decir, a las estructuras sociales y familiares, a su arte y su filosofía.

Wakon yosai, "tecnología occidental y espíritu japonés", o "ética oriental y ciencia occidental", se convierte en el lema para la modernización del país. Ha sido acuñado por Sakuma Shozan, samurái que trabajó como funcionario en Edo en la época pre-Meiji y expuso, y con él otros que, para evitar el destino de China, debe estudiarse lo que hace fuerte a los occidentales; fue asesinado en 1864 por el movimiento xenófobo. Existe una contradicción en este doble componente de la ideología Meiji, y cabe preguntarse si esa consigna fue aplicada con equilibrio, o si perdió Japón su identidad. En parte sí, algo lógico en un país que era muy distinto de Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos antes de adentrarse en la modernidad. Pero el pensamiento confuciano en su versión japonesa continuará dominando la sociedad durante algo más de un siglo. Por ejemplo, la palabra *obediencia* sigue siendo fundamental en el discurso de los grupos conservadores: obediencia a los espíritus de los ancestros, al emperador y al cabeza de familia, mientras otra obediencia se enseña ya en los cuarteles. Es un componente de la *japoneidad.* Ya quedó señalado que parte sustancial de la cultura procede de China, la lengua clásica, así como la principal filosofía y la principal religión, confucianismo y budismo, y lo mismo una parte de los estilos artísticos y de las formas de relacionarse y de entretenerse de los estamentos privilegiados. No obstante, durante siglos, esos elementos culturales, con la casi excepción del chino clásico, han sido adaptados, fusionados con tradiciones y usos locales, y las generaciones japonesas los han no solo aceptado sino sentido como propios, y en parte lo son.

Al tiempo que conserva elementos culturales, sustentados en leyes, reglamentos y costumbres cuya vulneración sitúa al sujeto al margen del sistema, la sociedad japonesa no adopta un papel pasivo respecto a la ciencia y la tecnología occidental. Los viajes y la contratación de técnicos extranjeros dan como resultado un proceso de captación. Pero hay algo más, y que es otro factor que convierte al modelo japonés de modernización en único en la Historia, y es que en un tiempo breve los científicos japoneses hacen aportaciones importantes. En medicina, en biología, en física y matemáticas, en calderas para barcos, y en armamento ligero y explosivos.

Como en la Francia nacida de la Revolución, una amplia reforma educativa sirve para unificar el Estado y forjar la idea de nación. El Ministerio de Educación, creado en 1871, copia formatos del modelo estadounidense y del francés, con enseñanza primaria, secundaria y universitaria. Japón ha sido uno de los países más desarrollados en materia de educación de la época pre moderna, dotado de una notable red de escuelas públicas y dependientes de los señoríos y también de academias privadas. Pero el esfuerzo dedicado a una educación primaria universal, no gratuita, aunque bajo control del Estado, supone un gran impulso en esta materia. La reforma educativa posibilita un rápido aumento de las tasas de escolarización, y beneficia a ambos sexos: a finales de siglo, la tasa de alfabetización supera el 90%, masculina y femenina. En 1877 nace la Universidad Imperial de Tokio, y rápidamente se extiende la red universitaria en otras ciudades. El Edicto de Educación de 1890 trata estos temas, incidiendo en el papel del Estado en esta materia. La lengua se unifica, en un japonés coloquial, en sustitución de los diversos dialectos e idiomas propios de un territorio compartimentado en señoríos feudales, y a la vez se simplifica el sistema de escritura. Nace también entonces el himno nacional, a partir de un poema antiguo y anónimo y de la música de un compositor alemán, que se canta en todas las escuelas a partir de 1893 (Junqueras y Vies, 2012: 235). Como en otros ámbitos de la nueva sociedad, en materia educativa es notable la influencia de la ética neo confuciana china. Se pone mucho énfasis en la obediencia, en la lealtad, en la idea de que la virtud está identificada con la piedad filial, que se debe al padre de familia, al gobernante y al emperador, en orden ascendente jerárquico. El citado edicto es también una herramienta para afianzar el culto al emperador y a su linaje celestial, pues obliga a los alumnos, a los profesores y a todas las autoridades académicas a estrictos rituales durante la celebración del cumpleaños del emperador; estos incluyen varias reverencias de todos los asistentes ante el estrado donde se sitúan las fotografías del emperador y su esposa, algo impensable en el mundo occidental desde hace bastante tiempo.

2.4.3. La situación de las mujeres

Pese al proceso de occidentalización en marcha, la situación de las mujeres evoluciona muy poco durante esta etapa. Han sido los textos confucianos,

entre estos "Las grandes enseñanzas para las mujeres", contenido en *Onna Shisho, Cuatro libros para mujeres*, los que han determinado durante los siglos anteriores el comportamiento y el espacio de las mujeres en la sociedad, aunque estuvieran destinados a las de alto rango. Como resultado, en la era Meiji el papel de la mujer es de servicio y obediencia al varón. El acceso de las mujeres a empleos distintos de los tradicionales, no solo agricultura, artesanía y prostitución, el proceso de urbanización, la escolarización paulatina de toda la población y la publicación de textos críticos con la idea de la mujer sirvienta del hombre irán abriendo la puerta al cambio. Sin embargo, la igualdad de sexos, como un ideal, y deseado por una parte de la sociedad, solo cobrará fuerza después de la derrota del militarismo japonés en la Segunda Guerra Mundial.

Algunos autores, varones, que han viajado a Europa, y a continuación estudiantes femeninas enviadas por el gobierno a Estados Unidos y Europa para adquirir diversos conocimientos, escriben textos revolucionarios para la sociedad de la era Meiji, por ser críticos con el modelo misógino de relación hombre-mujer. La lucha contra las costumbres y mentalidades ancestrales arraigadas en ambos sexos es muy desigual, pues los gobiernos se esfuerzan en mantener esa situación de diversas formas, entre estas el Código Civil de 1898, que refuerza la autoridad del cabeza de familia, siendo esta la piedra angular de la sociedad, y fomentando la publicación de novelas en las que triunfa la moral tradicional, de la cual forma parte la función de la mujer en el hogar, como generadora de armonía (Cabañas, 2008: 160-162). Dicho con sarcasmo, cuanto más sumisa la mujer, más obediente, sensible, callada y gentil, en todas las clases sociales, y, en las clases pudientes, elegante, refinada en sus gestos, pálida, de manos delicadas y cabello negro y brillante, tal y como fueron y son pintadas, más armónica es la sociedad; nada sustancialmente diferente al modelo nacional católico imperante en España y otros países europeos y americanos.

2.4.4. La reforma religiosa, en clave nacionalista

Una faceta a la que apenas llega la influencia occidental es la religiosa, y eso que también hay cambios notables en esta materia. Pero estos no son impulsados por renovadores religiosos, sino, una vez más, por el poder político.

Se modifica la religión, para configurar, o aparentar, la libertad de cultos al estilo occidental, si bien en la mayoría de los países europeos una religión recibe la protección del Estado. El confucianismo permanece, reconocido como la filosofía nacional: la familia como núcleo de una sociedad armónica y del sistema político, de forma que los padres deben ser obedecidos mientras vivan, y, una vez fallecidos, sus hijos actuar como ellos actuarían. La honra debida a los padres se extiende al gobernante y al Hijo de los Cielos, para garantizar la cohesión interna. El ejemplo virtuoso del gobernante, como en los tratadistas del humanismo europeo, debe guiar al pueblo, y, si no es virtuoso, su razón de ser se desmorona, aunque en Japón, a diferencia de China, sí es un delito contra el Cielo deponer a un emperador, pues su posición depende de su origen divino y no de su virtud. Los funcionarios del emperador llevan su luz a todos los rincones del imperio y el pueblo debe conocer sus deberes y cumplirlos; hay una serie de obligaciones morales, entre soberano y súbdito, padre e hijo, esposo y esposa, hermano mayor y hermano menor, y amigo y amigo. Mientras fomenta el confucianismo, el gobierno intenta eliminar las prácticas sincretistas y el budismo y aprueba sucesivas medidas en beneficio del shintoísmo.

En efecto, en fecha temprana del Meiji, da comienzo una nueva fase de unión de religión y política, en beneficio del *Antiguo Camino* o *Religión Antigua*. En 1868, el gobierno crea el departamento de Culto Shinto, y el shintoísmo es declarada única religión oficial. Tres años después, el departamento es elevado a la categoría de ministerio y varios decretos regulan los ritos nacionales en los santuarios, que pasan a ser subvencionados por el gobierno, y los sacerdotes nombrados por este. Los sacerdotes deben enseñar a sus fieles la ley del Cielo, el culto a los *kami* y la lealtad al trono y la obediencia a las autoridades. Numerosos templos budistas son saqueados, cuando no demolidos. Esas acciones, impulsadas por el poder político, crean descontento popular, ya que el budismo es el credo privado de mayor reconocimiento. Por este motivo, en 1872, el Ministerio Shinto es sustituido por el Ministerio de Religión, que establece la oficialidad de las dos religiones.

Los cambios no han terminado. En 1873 es suprimido el decreto que prohíbe la práctica del cristianismo y dos años después, como resultado de una visita de personalidades japonesas a varios países de Europa y a Estados Unidos, se introducen nuevas reformas para ofrecer la imagen de país moderno, sin religión oficial, al tiempo que se fomenta la conservación de prácticas

religiosas que forman parte de la identidad nacional. Las competencias del Ministerio de Religión, que desaparece, se incorporan al de Asuntos Interiores, y, para salvaguardar los intereses de la nueva corte, se establece una peculiar división en la concepción y el funcionamiento del shintoísmo: shinto de religión, y shinto de Estado; para ambos se establecen reglamentaciones. El shinto de religión determina la enseñanza y propagación de la fe mediante prácticas religiosas y el conocimiento de los fundadores de las sectas shintoístas. Mientras que el segundo shinto, subvencionado por el Estado, busca reforzar la identidad nacional, el espíritu de la denominada raza japonesa, en una coyuntura de aceptación de valores y conocimientos extranjeros, y conservar el culto al emperador, que se dice es de naturaleza patriótica (Lanzaco, 2000: 98). Siendo reglamentaciones del gobierno, queda claro que son de obligado cumplimiento. La Constitución recoge esta idea: la libertad de creencia religiosa queda amparada "dentro de los límites que no perjudiquen a la paz y al orden", y siempre que la práctica religiosa por parte de los ciudadanos no suponga ideas o actos "contrarios a las de sus obligaciones".

2.4.5. La mirada de los extranjeros

A los europeos y norteamericanos que visitan el país, ahora que es posible hacerlo, mientras otros exploran espacios desconocidos de los continentes asiático y africano, les sorprende el proceso de industrialización, su rapidez y su fortaleza, algo nunca visto fuera de un escenario occidental. Y el carácter selectivo de la asimilación, tras estudiar la navegación en Gran Bretaña, los métodos comerciales en Estados Unidos, la administración en Francia, y el modelo militar y la medicina en Alemania. Asimismo, les sorprende el deseo de las clases dirigentes de occidentalizar formas de comportamiento y una parte de las relaciones sociales en las ciudades y en la corte. En estos espacios se muestra la occidentalización en la arquitectura, en el vestuario, chaqueta y corbata en los hombres, además de pelo corto, en la gastronomía, con la incorporación generalizada de la carne, en la música y en otras facetas de la vida cotidiana. Esta moda no tardará en ser imitada por la nueva clase media japonesa. Un caso único en la Historia, por la voluntad de asimilación, que no ocurre en otros lugares durante el siglo XIX, y cuando suceda, en el XX, lo hará en menor medida, y por la rapidez de ese proceso.

El escritor Rudyard Kipling realiza un largo viaje a Japón en 1889. La suya es la mirada de un británico de 23 años que conoce varios países asiáticos y que acaba de abandonar, por segunda y definitiva vez, su India natal, la de un viajero culto y orgulloso del imperio británico. Recoge las imágenes de un mundo en cambio, la del único país no europeo o fundado por colonos blancos que conserva una sólida tradición cultural y a la vez está inmerso en un proceso de revolución industrial a la europea. En su *Viaje al Japón* describe el presente y el futuro. Japón "será una parrilla de vías férreas dentro de poco. Dentro de uno o dos meses se podrá viajar cerca de setecientas millas por la soleada línea del Tokaido de un extremo a otro de las islas centrales"; y añade: "Las cadenas de colinas que forman el espinazo del país son realmente crueles, y pasará algún tiempo antes de que los japoneses puedan tender líneas que las crucen. Pero lo conseguirán". Tokio es ya una de las ciudades más grandes del mundo: "Allí se veía hasta qué punto la civilización occidental había penetrado en ellos. Uno de cada diez hombres iba vestido a la europea desde el sombrero hasta los zapatos", y los rótulos en las tiendas se escriben en inglés y ofrecen muchas mercancías inglesas, aunque muy pocos japoneses hablen inglés (Kipling, 2004: 182-183, 219, 220-221).

Dicho esto, lo que fascina a los visitantes extranjeros es la contemplación de elementos de la tradición japonesa. Todos, y varios lo recogen por escrito, quedan hechizados por las manifestaciones de la cultura nativa, muy especialmente por el empleo de la naturaleza para crear belleza, en todas las artes, incluida la jardinería. Por supuesto, en la pintura y el grabado, y en los kimonos, con las flores como elementos dominantes, de cerezo, glicinias, peonías y otras, o el agua corriendo. Les embelesa la circunstancia de que, además de aspectos determinados de la experiencia humana (el amor, las festividades, las despedidas), el clima, el paisaje físico y las estaciones del año, de nítidos contornos, sean "referencias de gran relieve en los términos literarios japoneses", de forma que *yuki* (nieve), *kawa* (río) o *bayu* (estación de lluvias) cobran otra vida y alimentan la imaginación de poetas y pintores, dando una cualidad simbólica y religiosa a las palabras, en sintonía con la veneración por las fuerzas de la naturaleza y el carácter animista de la religión aborigen. Hasta el punto de haber generado en los japoneses la conciencia de que la persona es un producto de la naturaleza, incluso sin intervención de agentes sobrenaturales, la cual se traduce en una vivencia íntima de gozoso agradecimiento a la naturaleza circundante (Rubio, 2007:

25-26). A los visitantes extranjeros les atrae mucho más la pintura de corte tradicional, *nihonga,* que trata de mantener un estilo único, diferenciado de lo europeo y también de lo chino, que la nueva pintura, de estilo *yôga*, pintura occidental en su traducción, a partir de la asimilación hecha por artistas japoneses que viajan a Europa de las técnicas del óleo, el dibujo del natural, la representación espacial de profundidad, y de los estilos impresionista y los que le suceden. Afín a las tradiciones, el estilo *nihonga* mantiene la denominada pintura de mujeres hermosas, que no excluye a las prostitutas, y el culto a la naturaleza, con títulos como *La caída de las hojas, Nieve de primavera* y *La primera lluvia del invierno,* que debe despertar sentimientos, entre estos la evanescencia de la belleza, y fundir la evocación de la naturaleza y los sentimientos humanos. Otras manifestaciones culturales quedan al margen de su entendimiento, al desconocer el idioma. Pues la traducción y difusión de obras literarias extranjeras, incluidas españolas, inicialmente fragmentos de *El Quijote,* viene acompañada de la aparición de una nueva literatura japonesa. Destacan el manifiesto literario *Shosetsu-shinzui*, de Tsubouchi Shoyoô, en 1895, y varias novelas, *Ukigumo,* de Futabatei Shimei, en 1887, la primera escrita en japonés coloquial, y no en dialecto o japonés clásico, *Gan,* de Mori Ogai, que refleja la transición de la época Edo a la Meiji, y un poco después *Kokoro* (Corazón), de Natsume Soseki.

A todos los viajeros, casi siempre hombres, les sorprende, más bien les entusiasma, el arte japonés, la cortesía y refinamiento en las relaciones humanas, y los espacios naturales. Asimismo, los arrozales escalonados en los flancos de las colinas; las casas de bambú y sus interiores, con tatamis de paja y juncos trenzados para tapizar las estancias, y con un papel blanco tirante en los marcos de madera de los tabiques, que se deslizan, para abrir y cerrar estancias, en un marco de cerezos; la relación de la gente con la naturaleza, real y fabricada en jardines, de contenido artístico (jardines de musgo, árboles enanos, jardines en miniatura), y en ocasiones sagrado; las geishas y el desnudo de la mujer, de la mujer real, y no pintada, en espacios termales donde, todavía, se mezclan, desnudos, hombres y mujeres; la ceremonia del té y las confituras, adaptadas a la vegetación de cada estación; las rebanadas de pescado crudo; las algas, casi siempre secas, para elaborar distintos platos; los templos; la cortesía sonriente, a veces, de los campesinos; las islas; los templos de Shiba; la laca; los volcanes y las fuentes termales; el trabajo en bronce con incrustaciones de oro; y los cristales grabados; en general,

excepto algunos alimentos, les gusta todo y lo que cuentan y escriben a su regreso va creando el japonismo, la imagen occidental de un país habitado por gentes fascinantes, extrañas, en su manera de sentir y de pensar.

En esta época, el escritor más famoso de entre los que allí viajan es Kipling, y su libro el más recordado; de una casa de baños, con vapor y agua caliente naturales, nos dice:

> Las doncellas japonesas de catorce o quince años no son demasiado desagradables de contemplar. Vi tan solo a veinte o treinta. Ninguna de ellas se sintió turbada en lo más mínimo al ver a extraños. Después de todo, aquello era tan solo la playa de Brighton sin los trajes de baño. Al extremo de la garganta el calor aumentaba y el agua caliente era más abundante. Las junturas de las tuberías, en el suelo, despedían chorros de vapor; el humo se elevaba de las rocas en el lecho del río (Kipling, 2004: 171).

Antes y ahora, a los occidentales les gustan los libros de aventuras, las novelas de exploradores, de piratas, de inventos que entonces parecían fantásticos, las de europeos y negros caníbales, y comienzan a tomarle el gusto a las que tratan del honor y el culto a la muerte de los samuráis y de malvados y crueles orientales. Uno de los relatos que resulta más atrayente es el que utiliza la leyenda de los cuarenta y siete ronin. Sucedió, a comienzos del siglo XVIII, que un daimyo desenvainó su sable en el interior del palacio de Edo, un gesto de ira por la ofensa recibida de un dignatario de la corte del shogun. Fue condenado al suicidio y sus bienes confiscados, lo que supuso que sus samuráis pasaran a ser ronin, samuráis sin amo. Cuarenta y siete de estos samuráis se conjuraron para vengar a su señor. Esperaron dos años para cumplir la venganza, entonces atacaron al dignatario que ofendió a su señor y, tras vencer a sus samuráis, lo decapitaron; fueron condenados a muerte, pero, en premio a su lealtad, se les permitió el sepukku, la forma de suicidio conocida como hara-kiri, y enterrados con honor. Si nos fiásemos de los relatos aparecidos en la prensa occidental, habría japoneses suicidándose todos los días, como resultado de los códigos de honor y ser la crueldad y el sadismo condiciones inherentes a los samuráis, negados como clase social pero emboscados en distintas profesiones. Lo cierto es que el suicidio mediante ritual sigue siendo parte de la tradición y del mundo real, y que se incorpora a los recuerdos pensados para *turistas*. Kipling contempla diversos dibujos

del suicidio por hara-kiri en la galería Farsari y, como parte de la visión eurocéntrica y racista propia de los occidentales, escribe que "los japoneses, lo mismo que el resto de los orientales, tienen entre sus propensiones una vena de sed de sangre" (Kipling, 2004: 239).

No es de extrañar que *El Mikado, o el pueblo de Titipu,* ópera cómica estrenada en Londres en marzo de 1885, alcance un gran éxito de público, y sea adaptada al francés y al alemán de inmediato, para acabar siendo una de las piezas de teatro musical más representadas de la historia. Si bien en la obra se utilizan supuestas costumbres japonesas para satirizar la política e instituciones británicas, está ambientada en un Japón gobernado por un mikado o emperador que castiga las faltas de carácter moral con gran severidad, siendo la última normativa que aquellas personas vistas flirteando sin estar casadas son condenadas a muerte por decapitación. El japonismo deja una larga lista de obras. De esta corriente, el autor más influyente entonces es el académico francés Julien Viaud, conocido por el sobrenombre de Pierre Loti, que realiza cinco viajes al país entre 1885 y 1901, y a quien el archipiélago inspira dos novelas. La primera es *Madame Chrysanthème* (1887), presentada como la autobiografía de un oficial de la marina que, cuando es destinado en Nagasaki, paga a una familia de pocos recursos y al casamentero por el matrimonio temporal con una muchacha que se ocupa de su casa, le cuida y le proporciona placer sexual, situación que causa furor entre los lectores masculinos de la primera y las numerosísimas reediciones de la obra y entre los viajeros al país del sol naciente, que demandan la correspondiente ruta turística durante sus estancias en esa ciudad; esta novela inspira en seguida una ópera del mismo nombre y parte del libreto de la ópera *Madama Butterfly* (1904). La segunda es *Madame Prune,* y entre medias, *Japoneries d'automne* (1889), que recoge impresiones de estancias en diferentes lugares, con uno de los capítulos titulado "Kioto, la ville sainte", y otro "Un bal à Yeddo", ambientado en el Rokumeikan, sala de fiestas de dos plantas diseñada por un arquitecto británico. Loti describe el público de esta sala, caballeros con frac, "de alguna manera me recuerdan a monos", y mujeres, "jóvenes solteras pegadas a la silla, y sus madres, alineadas contra la pared como tapices", de las que le causan extrañeza muchas cosas, "probablemente sus pechos son excesivos o insuficientes, los tienen demasiado altos o demasiado bajos o no conocen el corsé que realza las curvas", si bien "su aspecto no es vulgar ni ordinario, con sus manos pequeñitas y sus trajes

importados directamente de París", "son verdaderamente raras y siguen sin resultar convincentes cuando sonríen, con sus ojos estrechos, patizambas, de narices planas". Es esta una imagen de la mujer japonesa bien distinta a la aportada por Kipling, y también a la contenida en la obra de A. B. de Guerville, quien llega al país como comisionado especial de la Exposición de Chicago y escribe *Au Japon* (1904). Este autor expresa admiración por los japoneses, por "su bondad, su dulzura, su educación, su inteligencia", palabras que completan un alegato a favor de un pueblo merecedor del respeto del mundo, que ignora tanto su cultura milenaria como la reciente modernización, y, en el capítulo "Les femmes", las mujeres japonesas son retratadas como esposas modélicas, trabajadoras, poco pudorosas y coquetas, la mayor parte de las cuales rechazan vestirse a la europea, pues los trajes de París "no concordarían mucho con su género de belleza ni su forma de caminar ni sentarse"; y, aunque "marchitan rápidamente", escribe de ellas: "las jovencitas son casi todas guapas, todas gentiles, graciosas, amables, de encantadoras maneras, alegres y animosas".

2.5. *Del aislamiento a una política exterior expansionista*

2.5.1. El nacionalismo japonés, en el contexto del siglo del imperialismo

Como consecuencia de la humillación sufrida con los tratados desiguales, que privan a Japón de su soberanía comercial y jurídica, el orgullo de la clase dirigente queda herido. A partir de ese desgarro, y del poder alcanzado gracias al crecimiento económico, sin que el país pierda su identidad cultural, va tomando forma una ideología nacionalista. Es un nacionalismo nuevo, más complejo que el de etapas precedentes, aislacionista y xenófobo, y que perfila un plan de expansión territorial en el este de Asia. Las rectificaciones de los poderosos extranjeros no cerrarán la herida; aunque otros gobiernos muestren mejor voluntad ante la solicitud de apertura de negociaciones, el británico no renuncia al derecho de extraterritorialidad hasta 1894, y es a cambio del acceso de sus comerciantes a todo Japón y de un nuevo acuerdo de aranceles. Además, el contenido de los nuevos tratados y otras cuestiones de

política exterior dejan a la clase gobernante un sabor agridulce. Por lo ya dicho, y porque, aunque para entonces Japón ha iniciado su proyección en el exterior, los europeos no dejan de expandirse en Asia, y en territorios donde sería *más lógico*, en opinión del gobierno de Tokio, que lo hiciese Japón.

En esta coyuntura de la historia mundial, el imperio ultramarino más extenso y más rico es el británico, seguido de lejos por el francés y, a enorme distancia, por el holandés, portugués belga, alemán, italiano, y español. No obstante, la nueva fase del imperialismo no ha concluido. En la segunda mitad del siglo XIX, el colonialismo comenzó a desarrollarse en el África negra, en el Asia Central y en Indochina. Desde entonces, las potencias europeas no han cejado en asegurarse el dominio de los mercados asiáticos, y las ambiciones no se dirigen solo hacia China. En 1860, Rusia había fundado un puerto militar en Vladivostok, cerca de las fronteras con China y Corea, en breve su principal base naval en el Pacífico.

El nacionalismo japonés se nutre de elementos de la tradición, el principal el culto al primer emperador, en tanto que fundador mitológico de la nación, y la veneración a sus descendientes, incluido el emperador vivo. Con este fin se introducen numerosos ceremoniales y celebraciones, la principal, ya se ha citado, la de su cumpleaños, que es fiesta nacional, en la que se mezcla lo político con lo religioso. Para la clase dirigente, la restauración del poder sacralizado de los emperadores y el aferrarse a una parte de sus tradiciones, en religión y filosofía, ha sido esencial para que el país conserve la integridad territorial, mientras India, China y otros reinos asiáticos eran dominados, cada vez más, por extranjeros. Conforme el crecimiento económico ofrezca una nueva imagen de Japón y su ejército se imponga al de grandes colosos territoriales, a las elites les resultará cada vez más gratificante, y creíble, afirmar que la civilización propia es superior a las extranjeras, y que la tradición, más que la tecnología, es lo determinante para que la suya sea una nación cada vez más poderosa. Y no es solo una idea arraigada en las elites. Los contenidos impartidos en las escuelas consiguen que a finales del siglo XIX la mayoría de los japoneses crean en la superioridad de la cultura japonesa.

Así pues, el nuevo nacionalismo no se nutre solo de tradiciones, sino también de cambios recientes y, paulatinamente, de aspiraciones compartidas por un amplio sector de la sociedad japonesa. Estas aspiraciones se fundamentan, como se ha dicho, en los grandes cambios económicos, y

también en otros dos factores. El primero, el disgusto causado por la nueva oleada de expansión europea en el sudeste asiático, a miles de kilómetros de las respectivas metrópolis, mientras Estados Unidos se expande a costa de México, y después de España, y la rápida asimilación de la idea, tantas veces utilizada en la Historia, de que los pueblos *fuertes* y *superiores,* deben tutelar o dominar a los pueblos *débiles* y beneficiarse de sus recursos. El segundo, las características geográficas del país y el déficit en fuentes de energía en una coyuntura de fuerte crecimiento económico y demográfico.

2.5.2. Nacionalismo e imperialismo, pensando en Corea

Como consecuencia de la fragmentación del archipiélago y de un relieve demasiado accidentado, extensas zonas del territorio japonés no son adecuadas para la producción de alimentos. Si el territorio lo conforman unos 370.000 kilómetros cuadrados, hasta entonces solo una cuarta parte han sido considerados aptos, y utilizados, para la actividad agrícola. La geografía y el clima y, ahora, el desarrollo urbano e industrial, propician un desigual reparto de la población, que se concentra en las llanuras y valles, siendo la zona llana más extensa la región de Kanto, de unos 13.000 kilómetros cuadrados, donde se encuentra Tokio. Las condiciones geográficas han influido en la forma de vida de los japoneses. Sin embargo, esas condiciones, que no son únicas, no han sido ni serán un obstáculo para el crecimiento de su población. De hecho, el aumento de la demografía es una constante, 33 millones de habitantes en 1872, 40 en 1889; este crecimiento se enmarca en la evolución demográfica de las naciones más desarrolladas, pero a la disminución de la mortalidad, gracias a una sanidad cada vez más moderna, se añaden dos elementos originales, el fortísimo aumento de la natalidad, más elevada en las zonas rurales, y la densidad de población, la más alta del mundo atendiendo a la superficie cultivada.

Quienes analizan las previsiones de crecimiento demográfico y económico y aspiran a una nación poderosa, hegemónica en la región, llegan a la conclusión de que son precisos más recursos alimenticios y más territorio, así como asegurar el control japonés de fuentes de energía. Lo cierto es que existe la posibilidad de aumentar la producción de alimentos en suelo nacional, ya que territorios ocupados por bosques pueden transformarse para su

empleo en actividades ganaderas y en cultivos distintos al arrozal anegado, que es el practicado por la inmensa mayoría de agricultores; y que en las zonas donde es posible, por el clima y las condiciones del suelo, en el centro y sur del país, se obtienen dos cosechas anuales, de forma que tras la cosecha de primavera, de trigo y cebada, se planta el arroz. Pero una población en expansión, las características geográficas, la carencia de fuentes de energía y de materias primas para mantener el proceso industrial dan argumentos a quienes defienden la necesidad de que Japón se expanda, como hacen las potencias occidentales y Rusia.

Los gobernantes japoneses han sido obligados a firmar tratados con poderes extranjeros. Conocen bien lo que les ha ocurrido, en detrimento de su soberanía y de sus recursos, a China y a otros territorios asiáticos. Además, han estudiado el diseño de los imperios europeos, con especial atención al británico, dotado de numerosas bases remotas para el abastecimiento y defensa de la metrópoli. A partir de ese conocimiento y de los argumentos citados, planean la expansión territorial, apoyados por la extensión de los sentimientos patrióticos entre la población. La última vez que Japón pretendió obtener territorios en el continente fue en el siglo XVI. Desde entonces, la situación en Asia ha cambiado considerablemente en cuanto se refiere a las fuerzas en presencia. En función de sus capacidades militares, Japón está en disposición de hacerlo en territorios no lejanos y que los europeos no hayan convertido en colonias. Es decir, los planes de los imperialistas japoneses afectan entonces a una zona de Asia y consisten, en dos fases, en disponer, primero, del dominio oceánico en torno al archipiélago metropolitano y en imponer tratados a Corea y China y, a continuación, en alcanzar el dominio territorial de zonas de esos dos estados. En China continúa el asedio de europeos y norteamericanos, pero Corea ha resistido la reciente embestida militar francesa y las presiones chinas y conservado el título de *Reino Ermitaño*. Desde la perspectiva japonesa, lo más lógico es, vista las aspiraciones de otros países, y dada la proximidad geográfica y la relación de fuerzas, que la primera iniciativa se de en Corea y que esta tenga un alcance comercial. Dicho esto, debe señalarse que existe otro motivo para pensar en Corea, que es el deterioro de las relaciones bilaterales desde el inicio de la era Meiji; la causa reside en un cruce de acusaciones relativas a la superioridad de una u otra dinastía. La coalición gobernante coincide en el deseo de situar a Corea en la órbita japonesa, pero no en el método, dividida en belicistas y parti-

darios de utilizar otra forma de presión para alcanzar tratados portuarios semejantes a los ya impuestos en el Asia oriental.

Asimismo, debe tenerse en cuenta, para entender acontecimientos posteriores, que Corea es el principal, pero no el único objetivo territorial. Mientras negocia una revisión de los tratados desiguales, y sobre todo la abolición de la extraterritorialidad, el gobierno trata de alcanzar beneficios económicos y territoriales en el exterior. Japón reclama como propias las islas Bonin, las centrales del archipiélago de Ogasawara, en el Pacífico, por donde pasaron españoles, portugueses, ingleses y norteamericanos, y ningún gobierno emite una opinión en contra. Respecto a China, Japón intenta, sin éxito, conseguir un estatus comercial semejante al de las potencias occidentales; alcanza tan solo la firma de un acuerdo en términos de igualdad, y la relación entre ambos gobiernos se deteriora. Los principales puntos de fricción son las islas Ryukyu, sobre las que ha ejercido autoridad uno de los señores feudales japoneses, y de las que Japón declara que son parte de su territorio en 1879, y la isla de Taiwán, bajo jurisdicción china; en este segundo caso, tras un incidente en el que no ha estado oficialmente involucrado, pero sí ciudadanos japoneses, el gobierno envía allí una expedición de castigo, sin atreverse a cuestionar la soberanía del territorio. En cuanto a Rusia, las relaciones son, por el momento, relativamente cordiales: a mediados del siglo XIX ambos Estados han suscrito un tratado de comercio, navegación y delimitación de fronteras, por el cual la isla de Sajalín es un establecimiento mixto y, en seguida, se han repartido la isla, para a continuación acordar que Sajalín queda en manos de Rusia y esta, en compensación, cede a Japón las islas Kuriles, que se extienden en dirección nordeste desde Hokkaido, hasta la península Kamchatka, en el extremo oriente ruso, separando el mar de Ojotsk del norte del océano Pacífico.

Volviendo a Corea, en 1875, cuando falta poco para que España pierda Cuba, Filipinas y Puerto Rico, en beneficio de Estados Unidos, el estudiante aventajado llamado Japón pone a prueba sus capacidades y aprueba la asignatura de imperialismo obligando a Corea a firmar un tratado. Después de enviar una expedición para exigir la apertura de relaciones comerciales, en septiembre se produce un incidente armado, entre buques japoneses y la artillería de costa coreana. Al año siguiente se firma un tratado similar a los *desiguales* que Japón ha venido sufriendo, el cual establece dos cosas importantes. La primera, la apertura de los puertos coreanos al comercio con

Japón. La segunda, la definición de Corea, que hasta entonces ha entregado de forma periódica un tributo a China, como país independiente y con los mismos derechos soberanos que Japón. La corte china expresa su desagrado y estrecha las relaciones con la familia real coreana, a lo que Japón responde captando para sus intereses a funcionarios coreanos e invitando a jóvenes a adquirir conocimientos en tecnología en escuelas y universidades japonesas.

Los analistas de las relaciones internacionales sacan entonces tres conclusiones. La primera, que un país asiático abandona la actitud pasiva a las presiones occidentales y se inclina por formas propias de presión a otros. La segunda, que existe un factor nuevo en los denominados asuntos de Extremo Oriente. La tercera, que los gobernantes japoneses no se contentarán con lo obtenido. Ahora les toca hacer prospectiva, pensar qué ocurrirá si surgen o resurgen tensiones entre China y Japón, entre Rusia y China, que vienen de lejos, o entre Japón y Rusia, eso si los imperialismos británico y francés se contentan con lo ya obtenido.

En 1878, el gobierno chino realiza obras para reformar los astilleros y ampliar el puerto situado en el extremo sur de la punta de la península de Liao-Tung o Liaodong, al norte del mar Amarillo. Las obras permiten establecer una base naval conforme a las necesidades de su marina de guerra, en fase de renovación. Cuatro años después, en 1882, Japón impone un nuevo tratado a Corea por el que esta acepta el establecimiento de tropas japonesas en la legación de Seúl. Entre tanto, el gobierno japonés amplía y moderniza su marina de guerra para superar el programa de construcciones navales chino. Dado que los gobiernos procuran evitar la captación de créditos en el exterior, los fondos se obtienen mediante un aumento de los impuestos; los focos de oposición popular son mitigados en parte por la fuerza, pero básicamente con la retórica de la defensa nacional y la imagen de China como una potencia enemiga, la cual, como sucederá en los años siguientes, es aceptada por los principales medios de comunicación y organizaciones políticas.

Por su parte, el gobierno zarista, que desea comerle territorio a China, mira con malos ojos la iniciativa de esta en Liaodong. Ese puerto es conocido por los occidentales como Port Arthur, desde que el teniente inglés William C. Arthur guareciese allí su fragata, en 1860, para realizar reparaciones, durante la segunda guerra del Opio. Un nombre más, extranjero, para lugares de Asia.

3

Dos modelos para un Japón poderoso: Liberalismo restringido y nacionalista y autoritarismo ultranacionalista (1894-1937)

3.1. *Las guerras contra China y Rusia*

En menos de medio siglo, Japón deja de ser un país aislado, de sociedad feudal y economía no industrial, posicionado muy por detrás de las potencias occidentales en cuanto se refiere al proceso de modernización, para ser un país capaz de competir en industria, tecnología, redes de comunicación, armamento y estrategia militar. En menos tiempo muestra veleidades expansionistas y es capaz de derrotar a dos imperios de inmensa geografía.

La codicia de los europeos sobre la ya humillada China no ha parado de crecer, pensando en sus materias primas y las posibilidades de explotarlas, en sus mercados y en enclaves territoriales. Y casi todo el sudeste asiático se encuentra bajo dominio europeo, de franceses, holandeses y británicos, pueblos *fuertes* que dominan a pueblos *débiles* de Birmania, Malasia, Indias Orientales, Vietnam, Laos y Camboya; y que compiten entre sí y con otros por ampliar sus ventajas en suelo africano y asiático, mientras Estados Unidos reclama América *para los americanos*.

Lógicamente, ese primer milagro japonés ha sorprendido a todos los observadores internacionales. A continuación, al manifestarse acompañado de la voluntad del gobierno de Tokio de expandirse en Corea y China, reaviva la animadversión de sus homólogos en Pekín y San Petersburgo. Pues Rusia, de forma similar a Estados Unidos, vive un impulso generalizado hacia el Pacífico, de nuevo a la búsqueda de las riquezas del Oriente, tras estancarse su proyección al Mediterráneo y Asia Central por culpa, sobre todo, del imperio británico. A su vez, las victorias japonesas sobre China y Rusia despiertan la preocupación de los gobiernos de Washington y Londres, que tratan a partir de entonces de poner límites al expansionismo japonés.

3.1.1. La guerra contra China

El deseo compartido de controlar Corea alimenta la posibilidad de un conflicto militar entre China y Japón, entre los gobernantes de un viejo e inmenso imperio y los de un país que lleva siglos sin asomarse al exterior y que ahora pretende hacerlo expandiéndose en la que considera su zona de influencia, a la búsqueda del espacio vital *necesario* para atender a las necesidades de su economía y su demografía. Cuando en el verano de 1894 estallan una serie de revueltas en Corea, resultado de la actividad de los reformistas coreanos, de los tradicionalistas antioccidentales y de las intrigas de las embajadas japonesa y china, el monarca coreano solicita ayuda a China, que envía tropas a la zona. Lo mismo hace el gobierno japonés, para mantener o acrecentar las ventajas políticas y económicas conseguidas, mientras algunos políticos y militares reclaman la anexión del territorio para proporcionar una garantía efectiva a los intereses japoneses frente a los chi-

nos y los rusos. La actividad de la Rusia zarista es ya motivo de preocupación para los japoneses, en concreto la inauguración en Vladivostok, tres años antes, de las obras del Gran Ferrocarril Transiberiano, el tendido férreo más largo del mundo, destinado a conectar, por el norte de su inmenso imperio, ese enclave en el Pacífico con la capital imperial.

Pekín y Tokio se cruzan acusaciones, mientras procuran aumentar su influencia en Corea. En julio, las tropas japonesas ocupan el palacio real coreano y a comienzos de agosto se desata la guerra entre China y Japón. Los gobernantes chinos, que han modernizado parcialmente su ejército, confían en ganar esa guerra, sin tener en cuenta la desmoralización de sus tropas, recientemente derrotadas por los franceses; y desconocedores de que se enfrentan a un enemigo bien entrenado y dotado de armamento, en parte de fabricación nacional, y que posee una marina más moderna que la suya, capaz de garantizar las comunicaciones y en consecuencia el aprovisionamiento de su ejército expedicionario. Los japoneses demuestran su superioridad logística y militar en unas semanas. En septiembre, su ejército de tierra ha ocupado la mayor parte de Corea y su marina controla el mar Amarillo. En octubre queda de manifiesto que los japoneses tienen otras ambiciones, pues sus tropas avanzan por el sur de Manchuria, región del noreste de China a la que Rusia ha comido franjas de territorio durante varios siglos, y entran en la península de Liaodong, atendiendo a cuestiones estratégicas y comerciales; en noviembre toman Port Arthur y no se detienen hasta ocupar toda la península. Los japoneses también se imponen en los combates navales y en 1895 amenazan la isla de Taiwán. El gobierno japonés planea incluso una ofensiva sobre Pekín. Entonces, la corte manchú, que ha esperado en vano la mediación de las grandes potencias, se inclina por firmar un tratado de paz, haciendo concesiones. Es esta la primera guerra y la primera victoria del nuevo Japón, vivida con entusiasmo por una buena parte de la población. Es verdad que Japón vence a una China en declive, pero el resultado y la forma en que se produce no dejan de sorprender al mundo. Además, la evolución de las tropas japonesas permite adivinar que, en Tokio, unos políticos, empresarios y militares animados por una serie encadenada de victorias, no solo miran hacia Corea. Debe tenerse en cuenta este factor, así como la circunstancia de que los triunfos militares propician, además del regocijo de la clase gobernante, oleadas de entusiasmo popular, para entender la política exterior japonesa durante las décadas siguientes.

Por el tratado de Shimonoseki, en abril de 1895, China hace a Japón importantes concesiones comerciales, industriales y territoriales, con la entrega a perpetuidad de la isla de Taiwán (también conocida como Formosa, del portugués), las vecinas islas Penghu o Pescadores y, en Manchuria meridional, la península de Liaodong. Además, China reconoce la independencia de Corea, aceptando así su pérdida de influencia, se compromete a pagar una cantidad en concepto de indemnización de guerra y otorga a Japón los mismos privilegios en su suelo que ya disfrutan varios países europeos. Sin embargo, tantos beneficios molestan a varios gobiernos, y los de Rusia, Alemania y Francia presionan al de Tokio, hasta conseguir la renuncia a Liaodong, con el argumento de que esa cesión pone en entredicho la independencia de Corea; para los rusos, la presencia nipona allí supone una amenaza a su ruta a China vía Manchuria, aunque los japoneses argumenten que es solo una forma de proteger la independencia de Corea (Beasley, 1995: 221). La debilidad del imperio chino es aprovechada, una vez más, por los grandes estados europeos, que piden y obtienen concesiones de ferrocarriles y de territorios en arriendo donde extraer materias primas y establecer bases navales, para así adelantarse a Japón. De esta forma, durante los dos años siguientes se dibujan zonas de influencia económica en China de las potencias europeas. Estados Unidos protesta y defiende la política de *puerta abierta,* pero aprovechará la guerra con España para establecerse en Filipinas, y tener así bases navales próximas a China, y se anexionará las islas Hawai y la isla de Guam, para disponer de puntos de apoyo en las rutas marítimas del océano Pacífico (Renouvin, 1982: 479).

3.1.2. La guerra contra Rusia

En 1895 se producen nuevos disturbios en Corea, en torno a la corte, donde los japoneses imponen su influencia. La reina es asesinada y el rey busca refugio en la embajada rusa. A continuación, el gobierno zarista concede al coreano una serie de créditos, en parte utilizados para comunicar la capital, Seúl, con la frontera ruso-coreana. Por su parte, Francia, Alemania y Rusia obtienen de China una serie de derechos exclusivos. Lo que obtiene Rusia es la reducción del coste del Transiberiano a través de territorio chino, por Manchuria, y el arriendo de Port Arthur, en la península de Liaodong, para

establecer allí la base naval de su flota del Pacífico, avanzadilla para la expansión en Extremo Oriente, si bien es un puerto de escaso calado y limitadas capacidades para los buques más modernos. Además, el gobierno zarista obtiene la concesión para unir por ferrocarril Port Arthur con el centro de la costa oriental de China, como parte de la vía que construye la compañía rusa Ferrocarriles del Este de China y que sería la parte final, por el este, del Transiberiano.

En Tokio y San Petersburgo, los respectivos discursos nacionalistas incrementan su virulencia cada vez que tratan de la citada península, de Manchuria y de Corea. El gobierno japonés no se atreve entonces a una respuesta violenta, pero aumenta el presupuesto militar y los efectivos de su ejército y el plan de construcciones navales convierte a su marina de guerra en una de las más potentes del mundo cuando comienza el siglo xx.

Entre tanto, las potencias occidentales y Rusia prosiguen sus esfuerzos para ganar posiciones en China. Esta acción acaba provocando varias agresiones y revueltas de contenido xenófobo en el norte del país durante 1899-1901, bajo la dirección del grupo denominado Yihetuan, al que los ingleses llamaron *boxers,* boxeadores, por la afición de sus dirigentes a las artes marciales. El levantamiento bóxer, al que apoya parcialmente la dinastía manchú, es la excusa perfecta para la formación de una coalición internacional. Cuando las embajadas occidentales en Pekín son asediadas, Japón desempeña el papel de protector de los intereses occidentales en China, con el envío de diez mil soldados, el mismo número que la suma de tropas enviadas por las potencias occidentales. A cambio, Japón es invitado a participar en la conferencia de paz, siendo esta la primera vez que asiste a un evento internacional de esta categoría como miembro de pleno derecho, y obtiene el de estacionar tropas en la región de Peking-Tientsin (Iriye, 1995: 321). A continuación, Rusia decide no retirar las tropas que ha estacionado *provisionalmente* en Manchuria y fortifica las guarniciones a lo largo de la línea del ferrocarril, con la excusa de que, si ocurriese otro levantamiento de los bóxers, sus instalaciones ferroviarias serían destruidas.

Por su parte, la clase gobernante japonesa mira a Corea y a Manchuria, incluso ciertos grupos políticos y económicos piensan en el conjunto de China, atendiendo a motivaciones económicas, de prestigio internacional y territoriales, a una o dos de estas motivaciones, o a las tres; así queda dicho, pues este será un elemento divisivo entre los nacionalistas moderados y los

ultranacionalistas japoneses durante las tres décadas siguientes. Los gobernantes de Tokio envidian los enclaves territoriales de los europeos y son contrarios a la libre competencia en el comercio exterior de China, la llamada política de *puerta abierta,* pues sus industrias no pueden competir con las norteamericanas, británicas, alemanas y francesas. En cuanto se refiere a Manchuria, la mayoría de los gobernantes japoneses consideran esta región china como zona de influencia de su país, pensando en tierras cultivables para sus emigrantes, alimentos para consumo doméstico y hierro y carbón para la industria.

Para sentar las bases de una futura expansión económica y territorial en el continente, políticos y militares japoneses elaboran una serie de informes en los que apuntan la necesidad de un aliado con presencia en la zona, con dos opciones, una Gran Bretaña, que controla el comercio en las provincias del centro y sur de China y posee la marina más poderosa del mundo, y la otra Rusia (Beasley, 1995: 225), más cercana geográficamente, menos poderosa en el mar y con la que habría que llegar a un acuerdo para el reparto de zonas de influencia o dominio territorial (Corea para Japón y Manchuria para Rusia); un tratado de este tipo sería acorde a las prácticas del imperialismo, pero ambas partes se sentirían tentadas a vulnerarlo y, además, el propósito del gobierno japonés es asegurar su influencia en Corea y controlar la Manchuria meridional. El plan militar japonés considera como baza fundamental de triunfo la ventaja de su ejército en un teatro de operaciones muy próximo a sus bases, a priori garantizado, ya que, con su marina, conseguiría y conservaría el dominio del mar en el estrecho de Corea, a no ser que el acuerdo franco-ruso de 1894 otorgase al zar el apoyo de las fuerzas navales francesas; en cambio los refuerzos rusos llegarían por el ferrocarril transiberiano, itinerario de 7.000 kilómetros y que exige el transbordo de una a otra orilla del lago Baikal (Renouvin, 1982: 497).

Finalmente, la compartida animadversión de los gobiernos de Londres y Tokio a la política rusa en Asia desemboca en el tratado suscrito por ambos países en enero de 1902, alianza que supone el reconocimiento del estatus de Japón como gran potencia, otro cambio notable en los acontecimientos de Extremo Oriente. El gobierno británico desea contener la expansión rusa en varias zonas de Asia, y ahora, en concreto, evitar que siga ganando presencia en el nordeste del continente. Por su parte, al japonés, que piensa ya en el recurso a la guerra contra Rusia, le interesa la alianza con la prestigiosa

diplomacia británica y la, todavía, primera marina del mundo y, además, así fuerza a Francia a acercarse a Gran Bretaña para no verse envuelta en un conflicto con esta como consecuencia de las rivalidades ruso-japonesas en Asia. Mediante este tratado, Inglaterra reconoce el especial interés japonés en Corea y Japón el de Inglaterra en China, y ambos gobiernos se comprometen a la adopción de las medidas necesarias para poner a salvo esos intereses si fueran amenazados por disturbios internos o la acción de otra potencia. Además, el acuerdo establece dos puntos importantes, cuyo objeto es la Rusia que no se nombra. Por el primero, la neutralidad de las partes, si una se viera abocada a una guerra en defensa de sus respectivos intereses, y el empleo de medios políticos para impedir que otra potencia proporcione apoyo al enemigo de su aliado. Por el segundo, que en el caso de que un segundo estado diera ese paso, el otro firmante del tratado daría asistencia a su aliado de forma inmediata.

Durante los dos años siguientes, los gobiernos japonés y ruso negocian sobre Corea y Manchuria, sin llegar a un acuerdo. A comienzos de 1904, después de que tropas rusas estacionadas en Manchuria penetren en Corea, Japón culmina sus preparativos para la guerra, entre estos el bloqueo del primer escuadrón ruso del Pacífico, estacionado en Port Arthur, donde solo pueden entrar y salir los buques con la marea alta. Esta guerra ha sido considerada por varios autores como la primera de la era moderna, con graves pérdidas en vidas humanas y materiales. Es también la primera victoria en la edad contemporánea de un ejército asiático sobre un ejército europeo; de los amarillos sobre los blancos se escribirá entonces. Añádase que la batalla naval en las islas Tsushima, en el estrecho de Corea, que separa Japón del Asia continental, es una de las más importantes de la historia.

Con la flota japonesa mandada por el almirante Togo Heihachiro (respetando la convención japonesa de primero el apellido y después el nombre) camino de su primer objetivo, el 24 de enero Japón informa a Rusia de la ruptura de relaciones diplomáticas. No se trata de una decisión que el gobierno tome en solitario. Como ya sucediera en la guerra contra China, partidos políticos, medios de comunicación, profesores universitarios e intelectuales participan en la campaña a favor del uso de la fuerza para expulsar a Rusia de la zona; y para la mayoría es una guerra necesaria, más por una cuestión de prestigio que por los beneficios económicos que se puedan obtener (Iriye, 1995: 322). De inmediato, las tropas japonesas avanzan por

tierra sobre Liaodong y, en la medianoche del 26 al 27 de enero, sus torpederos inician las hostilidades directas atacando al escuadrón ruso situado en la rada de Port Arthur. Japón dispone de una flota importante y, aunque en su mayor parte ha sido construida en el extranjero, sus astilleros ya producen sus propias embarcaciones y sus científicos aportan innovaciones, tanto para los navíos como para su armamento. Durante el primer ataque, sus torpederos averían cuatro navíos rusos y, al día siguiente, durante un combate a distancia, los rusos sufren los peores daños. Togo sitia Port Arthur y, a partir de entonces, el mar será siempre de dominio japonés. Tropas desembarcadas asedian las fortificaciones rusas, mientras otro ejército japonés penetra en Corea y efectivos de su marina navegan hacia el norte, por el río Yalu, para amenazar la presencia rusa en Manchuria y con la intención de tomar el control de la línea férrea recientemente construida, y, más al norte, para bloquear al segundo escuadrón ruso en el Pacífico, en el puerto de Vladivostok. Así pues, la guerra evoluciona en un sentido muy favorable para Japón.

En abril de 1904, desoyendo los consejos de quienes le recomiendan una negociación, Nicolás II, decide enviar una segunda escuadra al Lejano Oriente, con efectivos de la flota del Báltico, la cual debía, al menos, rescatar Port Arthur y, si posible fuera, dominar el mar. La ruta es larguísima. Ya lo es la ruta más corta del mar Báltico al Amarillo, por el canal de Suez, pero, por el temor a una acción de bloqueo o una agresión por parte de Gran Bretaña, el gobierno ruso decide que pocos efectivos tomen esa ruta y que la mayor parte de la escuadra recorra el litoral europeo y después el africano y asiático, hasta llegar al Pacífico.

Con Port Arthur sitiado por tierra y por mar, el escuadrón ruso allí estacionado se hace a la mar a finales de julio, para dirigirse a la base remota de Vladivostok. La escuadra japonesa lo persigue y, con pérdidas, se impone. Los navíos rusos no hundidos regresan entonces a Port Arthur. Durante los meses siguientes, los japoneses continúan bombardeando el puerto y los fuertes. La escuadra rusa de refuerzo, que debe partir de San Petersburgo, no lo hace hasta el 28 de septiembre, tras varios meses de acondicionamiento de los buques y entrenamiento de las tripulaciones. Tras recorrer el canal de la Mancha, una parte del escuadrón se dirige al canal de Suez y al mar Rojo, mientras la mayoría de los navíos circunda África. En diciembre, los japoneses toman varios de los fuertes que dominan Port Arthur y desde allí atacan

a los navíos rusos, para obligarles de nuevo a salir. Cuando lo hacen, su escuadra los aniquila y, a comienzos de enero de 1905, tras sucesivos asaltos y cuantiosas bajas por ambos bandos, toman Port Arthur.

A continuación, el ejército japonés, que ha desplazado dieciséis divisiones al continente, se vuelca en el norte de Manchuria, frena la contra ofensiva rusa y se impone en marzo en la batalla de Mukden. Lo mismo sucede en el mar. La flota rusa, que ha perdido mucho tiempo a causa de la escasa velocidad de una parte de los buques, por las dificultades para el aprovisionamiento, dada la nula permisividad británica y la escasa de los franceses en sus colonias, y también porque su almirante es escéptico respecto al éxito de su misión, entra en el mar de China meridional y se acerca a Indochina a comienzos de la primavera; el almirante confía todavía en recibir la orden de regreso, sabedor de que la mayoría de su gobierno desea alcanzar la paz con Japón, pero el zar sustituye el plan de liberar Port Arthur por el de alcanzar Vladivostok y desde ahí hacer la guerra al enemigo. El 26 de abril, todos los efectivos rusos salidos del Báltico se juntan, en total cincuenta embarcaciones. ¿Dónde les esperará el almirante Togo? La escuadra rusa parte de Indochina rumbo a Formosa el 1 de mayo y después avanza por el estrecho de Corea, que separa Asia continental de Japón, y que está dividido en canales por una serie de islas; finalmente se adentra en el canal oriental, que recibe el nombre de estrecho de Tsushima, que ofrece a los rusos la ruta más rápida a Vladivostok, y donde Togo ha situado una parte de sus efectivos. La idea del almirante ruso es abrirse paso, causando el mayor daño posible a su adversario; la del japonés ir concentrando su fuerza mientras el enemigo entra en el cuello de botella del estrecho y después atacarle. La flota rusa es más numerosa, pero está peor entrenada, y la japonesa dispone de más torpederos y cruceros, es más veloz, está mejor abastecida, mandada y armada, pues su artillería es más abundante y potente, con mucha mayor carga explosiva y capacidad para destruir e incendiar gracias a que sus obuses, aunque no penetran el blindaje, llevan un componente, de fabricación nacional, que, este sí, incendia y destruye el interior de la superficie blindada y explota en numerosas esquirlas que dañan a los tripulantes (Pleshakov, 2003: 277-300; Evans, 1997: 124-125). El 14 de mayo, Togo destruye parte de la escuadra rusa y al día siguiente persigue a los navíos que han huido aprovechando la noche, hunde varios buques y otros se rinden sin entablar combate; muy pocos buques rusos consiguen alcanzar Vladivostok.

La lectura es que Rusia, con un ejército numéricamente superior, es derrotada por un ejército más moderno, mejor dirigido y dotado de unas mejores comunicaciones, y que en el resultado también influye el rechazo de buena parte de la población rusa a su gobierno y a esa guerra, mientras el militarismo japonés dispone de un mayor consenso social. Togo y su buque, el *Mikasa,* se convierten en héroes nacionales y, además, el almirante recibe el título de conde y el mando del Estado Mayor Imperial. Añádase que la guerra contra otros estados, no entre japoneses, ha pasado a ser algo *normal.* Y que el ejército se ha convertido en un elemento clave para reforzar la cohesión nacional, por encima de las diferencias sociales y geográficas, con el servicio militar y dos guerras victoriosas.

Sobre la base de lo conseguido, y atendiendo a los gastos que supone la guerra, al gobierno japonés le interesa la firma de un tratado. Aunque está en disposición de resistir en Manchuria, también al ruso, acuciado por el movimiento revolucionario de 1905, resultado de la confluencia de liberales, demócratas y socialistas contra la autocracia zarista. Con la mediación de Estados Unidos, interesado en limitar los éxitos nipones, cada uno a lo suyo, en septiembre de 1905 se celebra la conferencia de paz en Portsmouth, New Hampshire. El resultado es que Rusia reconoce los *intereses* o *derechos* de Japón en Corea y en la península de Liaodong; es decir, Rusia cede Port Arthur y el territorio arrendado de Guandong, en el extremo meridional de la citada península, y transfiere la línea de ferrocarril que enlaza la península con Harbin, desde entonces conocida como Ferrocarril de Manchuria del Sur, así como la administración de la faja de territorio, yacimientos mineros incluidos, que se extiende en varios kilómetros a ambos lados, que serán elementos fundamentales para el desarrollo del imperio japonés en la región, y China se resigna a aceptar esas cesiones relativas a su territorio. Además, Rusia también cede la mitad sur de la isla de Sajalín, a cambio de una compensación económica. Antes de que la guerra haya finalizado, Japón y Gran Bretaña han confirmado y ampliado su acuerdo militar con una novedad importante: en el caso de que una de las partes vaya a la guerra en defensa de sus derechos territoriales o intereses especiales en el este de Asia o India, la otra la prestará ayuda inmediata. También justo antes e inmediatamente después de la guerra ruso-japonesa, se firman una serie de acuerdos entre los estados europeos que perfilan las alianzas que podrían enfrentarse en caso de guerra en el continente.

3.2. *Evolución política y económica hasta la Primera Guerra Mundial*

3.2.1. La política. Estabilidad y hegemonía del conservadurismo liberal, mientras crecen otras fuerzas políticas y sociales

El proceso de modernización da lugar a cambios económicos, sociales y culturales semejantes a los que ya han ocurrido y siguen aconteciendo en otros países. Lógicamente, con particularidades, debidas estas a la influencia que ejercen la naturaleza, la geografía y las tradiciones, y también a los intereses concretos de una clase dirigente.

Como en Rusia y China, durante la última década del siglo XIX y comienzos del siglo XX ganan terreno las ideas democráticas, en favor de un gobierno representativo sustentado en la voluntad general y las libertades individuales, y también las socialistas. Y como en cualquier otro lugar, los conservadores, que controlan todos los resortes del poder, se aprestan a frenar las primeras e impedir la difusión de las segundas, con medidas policiales y penales. Con este mismo fin alimentan el culto al emperador con celebraciones, relatos en los textos escolares, artículos en la prensa, y numerosos rituales en la vida política y militar. Se le asocia con todas las virtudes, sobre todo con aquellas, como el trabajo, que son consideradas fundamentales para la prosperidad del país. Entre las disposiciones para difundir un espíritu patriótico y combatir el individualismo y el socialismo figura también la creación de una red de asociaciones juveniles dependientes del Ministerio del Interior, las cuales inculcan ideas nacionalistas y la ética confuciana a los jóvenes que terminan la enseñanza secundaria; en 1910 cubren todo el territorio nacional.

Al mismo tiempo, con el propósito de influir sobre el gobierno y de crear una opinión pública favorable a la expansión en el exterior, grupos de políticos, empresarios, militares, periodistas e intelectuales dan forma a sociedades denominadas *patrióticas*. Una de las asociaciones más influyentes es *Kokuryukai*, la Sociedad del Río Amur, conocida entre los extranjeros como Sociedad del Dragón Negro, creada en 1901 por dos exsamuráis bien relacionados con el gobierno. Esta y otras asociaciones elaboran mapas en los que aparecen Japón y las deseadas zonas de expansión territorial y de influen-

cia, que son una parte o la totalidad de las siguientes: Corea, sur de China, Manchuria, Mongolia y Siberia; y a estas se irán sumando las Indias holandesas, la Indochina francesa y otros territorios del Pacífico, en unos casos para ganar mercados y en otros para adquirir el control de recursos naturales. En 1910 nace la Asociación de la Reserva Militar, dirigida por militares con voluntad de hacer política. Sus objetivos: una juventud disciplinada y nacionalista, contrarrestando así la atracción en un sector de los jóvenes urbanos por las modas occidentales, hasta el punto de que el liberalismo y el individualismo son identificados como algo extranjero y subversivo contra los principios ético-religiosos japoneses, y apoyo popular para los nuevos planes expansionistas (Beasley, 1995: 196-197). Sintiéndose respaldados por este tipo de organizaciones, altos mandos del ejército se deciden a presionar al gobierno, con el propósito de que este obligue a China a nuevas concesiones, vulnerando la política de *puertas abiertas*. Sin embargo, algunos políticos consideran innecesario y peligroso para los intereses japoneses el forzar nuevos progresos en China y otras propuestas más ambiciosas, pues de llevarse a cabo pondrían en riesgo la financiación extranjera de una parte de las obras acometidas en Manchuria y las exportaciones japonesas, eso si no conducen a una nueva guerra y contra un adversario más poderoso que Rusia.

Por su parte, los partidos liberales y demócratas difunden sus ideas, apoyándose en la bondad de las mismas, frente al autoritarismo y la subordinación del individuo a la sociedad y al Estado predicada por el confucianismo, y en los cambios sociales y culturales propiciados por el proceso de industrialización. Encuentran apoyo entre quienes han progresado en términos económicos, pero siguen excluidos de la gestión de los asuntos políticos y, en consecuencia, desean acceder a la misma y disfrutar de más derechos individuales, y también entre una parte de quienes no han conseguido salir de la pobreza o, habiendo mejorado, entienden que otros han prosperado mucho más gracias a la protección del poder político. Los programas de estos partidos incluyen el sufragio universal, la democratización de la designación de cargos administrativos, la eliminación de las leyes que restringen las libertades de asociación y de expresión, la reforma del sistema de arriendo de las tierras y una serie de avances en materia de seguridad social. Incluso, algunos grupos de opinión, sustentados en publicaciones periódicas, comienzan a criticar el modelo familiar y los papeles asignados a la mujer en la sociedad, de esposa sumisa al esposo y dedicada al cuidado del hogar y de los hijos.

A su vez, los incipientes grupos socialistas difunden ideas tomadas del movimiento obrero europeo, que resurge tras la etapa de represión desatada en todo el mundo tras la Comuna de París, teniendo como texto base el *Manifiesto comunista,* traducido ya a casi todos los idiomas, chino y japonés incluidos. La corriente marxista es duramente reprimida en todas las ocasiones en que los trabajadores consiguen organizar actos de protesta, ya sean pacíficos, mediante huelgas, o violentos, como sucede en 1907, con motivo del amotinamiento de los trabajadores de las minas de cobre de Ashio. Varios intelectuales y activistas de izquierda son ejecutados antes y después de esa fecha. De una corriente socialista peculiar, por sustentar su programa en los textos de Marx y Engels y en otros pensadores europeos y también japoneses a los que cabe definir como social-cristianos, nacen la Asociación para el Estudio del Socialismo y el Partido Democrático, este en 1901, en seguida acusado de subversivo, por reclamar la abolición de clases, el desarme y la propiedad pública de los medios de producción, y prohibido; la misma suerte corre el Partido Socialista de Japón. Sin embargo, las ilegalizaciones no impiden un pequeño crecimiento de las ideas socialistas, en seguida impulsadas por el triunfo de la revolución soviética en Rusia, un vendaval político que agitará el mundo. A partir de entonces, la izquierda japonesa ofrece una amplia oferta, parecida a la española, aunque en Japón el anarquismo es muy débil y existe una más influyente corriente social cristiana: parlamentarios y antiparlamentarios, y socialistas marxistas, socialistas cristianos y comunistas. Tan amplia como débil a nivel organizativo, incapaz de apartar a las elites tradicionales del monopolio de los órganos de poder, incluso de erosionar el control social ejercido por los grupos conservadores.

En 1890, solo medio millón de japoneses, los de más recursos económicos, disfrutaban del derecho a votar en las elecciones, y eso apenas ha cambiado; ese año, tras un primer ensayo, el sufragio universal masculino había sido restablecido en España. Así las cosas, los políticos de tendencia conservadora y liberal se alternan en la dirección del gobierno y, en ocasiones, forman gabinetes pluripartidistas con el propósito de fortalecer el sistema y defender mejor sus intereses.

En 1912 fallece el emperador Mutsuhito, el de la era Meiji, tras cuarenta y cinco años en el trono. Le sucede su hijo Yoshihito, cuya era, que dura hasta 1926, recibe el nombre de Taisho, *Gran Legitimidad.* La noche del funeral por el emperador fallecido, el general Nogi y su esposa practican la

tradición de *acompañar en la muerte al señor,* el suicidio ritual como acto de lealtad suprema, el cual implica el rechazo a lo moderno y occidental. Estos suicidios abren un debate en la prensa y en la literatura sobre la modernidad japonesa, al menos sobre su naturaleza.

3.2.2. La economía. Prosigue el crecimiento

El fuerte crecimiento de la economía durante el último tercio del siglo XIX pierde intensidad a partir de 1905, a causa de la coyuntura internacional, que es de recesión, y de los elevados gastos militares. Así, políticos, economistas y empresarios toman nota de lo que significa pertenecer a una economía global y depender de las exportaciones de manufacturas a destinos lejanos y de la importación de fuentes energéticas. También de los beneficios que proporciona a la economía nacional, sobre todo a su clase dirigente, la posesión de colonias.

En cambio, el período 1910-1918 es de signo positivo. La economía crece, y con ella el nivel de vida del conjunto de la población, aunque la riqueza esté, como en todas partes, desigualmente repartida. El sector textil está a la cabeza. Se han copiado fábricas inglesas y francesas, y en 1910 Japón es el primer exportador de seda, y en la década de 1920 lo será de tejidos de algodón. Además, gracias a la exportación y a la reducción de compras a las compañías occidentales, las grandes empresas japonesas siguen ganando terreno en el mercado mundial y se expresan a favor de la expansión territorial, para ganar mercados y obtener materias primas. La creación de grandes empresas es fruto tanto de la iniciativa privada como del esfuerzo de los gobiernos por promocionar la cooperación entre fabricantes. Nacen primero, en el XIX, los denominados *dogyo kumiai,* asociaciones comerciales, formadas por empresas grandes y pequeñas que fabrican una determinada mercancía importante para el desarrollo del país, las cuales aceptan orientaciones gubernamentales y reciben subsidios. Después, con el cambio de siglo, mientras el Estado tiene participación activa en las industrias estratégicas, nacen grandes empresas a partir de la inversión de poderosos grupos de negocios a los que se conoce como *zaibatsu,* literalmente peñas de dinero, que son casas de negocios o grandes familias financieras e industriales con intereses muy extendidos, que desempeñan un papel vital en el ascenso económico de Japón, y ocu-

pan, hacia finales de la década de los veinte, una posición dominante en la economía nacional, y no solo en esta, ya que su influencia se extiende a la vida política. Pues las conexiones entre los estadistas que diseñan la política económica y las familias industriales, que pueden proporcionar recursos y medios para apoyarla, se van haciendo cada vez más estrechas, y los *zaibatsu* reciben contratas y suscriben créditos gubernamentales (Allen, 1980: 161-162). Los principales *zaibatsu,* dirigidos por una familia o grupos de familias, son Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda. Mitsui y Mitsubishi aportan buena parte del capital de la Compañía del Sur de Manchuria, el Banco de Taiwán y la Naigai Wata Kaisha, empresa propietaria de varias algodonerías en China (Chesneaux, 1976: 49).

Sin embargo, la industria japonesa no está en disposición de competir con la de las potencias occidentales. Sus productos manufacturados son de peor calidad, por las carencias de técnicos y obreros especializados. Gracias a una mano de obra barata, sus textiles y otras manufacturas tienen un precio inferior a las inglesas y estadounidenses, y podrían abrirse paso en el mercado asiático, si desplazaran a esos competidores. Algo semejante ocurre con la industria pesada, cuyo desarrollo ha dependido de las subvenciones. El volumen de exportaciones a Europa es bajo y lo mismo a Estados Unidos, excepto seda bruta, cuyo importe no da para pagar las importaciones de acero y petróleo. Es durante la guerra mundial cuando aumentan los pedidos de las democracias, de buques, armamento y en general de todo tipo de manufacturas, al tiempo que los productos japoneses encuentran menos competencia en los mercados asiáticos. En consecuencia, la balanza comercial es cada vez más favorable y crecen los astilleros navales, el sector metalúrgico y la industria pesada, en producción y empleo, gracias a la iniciativa privada y a la voluntad gubernamental de impulsar los grandes conglomerados financieros e industriales; ambos sectores, estrechamente relacionados, colaboran: el gobierno establece una planificación indicativa, para favorecer la política exterior, la adquisición de tecnología y el empleo, y las familias que presiden los grandes cárteles la aceptan, para recibir contratos y beneficios financieros gracias a las buenas condiciones de la suscripción de emisiones de deuda interna.

Como en otros países no afectados directamente por la guerra, España incluida, el aumento de las exportaciones y del dinero en circulación ocasionan una fuerte inflación. El desarrollo del proletariado, las condiciones de vida

en los suburbios y la inflación se juntan para favorecer el crecimiento de los partidos obreros en las ciudades y, en menor medida, en las zonas agrarias, donde proliferan las revueltas de arrendatarios y conflictos de rentas. No obstante, la mayoría de las personas que participan en actos de protesta, los principales los denominados *motines del arroz,* no lo hacen por conocimiento y apoyo al socialismo y el comunismo, sino por haber quedado reducidos a una economía de subsistencia y por la escasez y elevado precio del arroz. El gobierno de Terauchi Masatake recurre al ejército para reprimir los motines.

3.3. *Japón entre los vencedores en la Primera Guerra Mundial*

3.3.1. La política exterior antes de la guerra

La mayoría de los japoneses se han sentido orgullosos al leer o escuchar las noticias de los triunfos militares sobre China y Rusia y sobre los beneficios materiales que, según les han dicho y ellos han creído, les van a beneficiar en mayor o menor medida. Desde entonces, una parte de los dirigentes y de los ciudadanos de a pie se convencen de que Japón es invencible. Por este motivo, los nacionalistas más ambiciosos y la población agitada por su prensa consideran que lo conseguido es insuficiente, que Japón merece más. No obstante, Japón ha ganado posiciones en el escenario internacional y obtenido un reconocimiento a sus capacidades. Al mismo tiempo, debe señalarse que esas dos guerras y sus efectos provocan sentimientos de rechazo a los japoneses entre muchos asiáticos, sobre todo en China, y el recelo de algunos gobernantes europeos y norteamericanos, lo que no impide que se alegren por la derrota rusa.

Fruto del compromiso entre sectores políticos, militares y financieros, Japón va a proseguir su expansión en Asia, por el momento con cautela. Sus gobernantes están muy atentos a los acontecimientos que deterioran las relaciones internacionales en Europa y a las estrategias de las grandes potencias en Asia, y aprovechan sus bazas en Extremo Oriente. No hacen nada distinto a lo pretendido y realizado por otros imperialistas, si bien, en su caso, el componente militarista y antiliberal aporta un elemento original, aunque no único, de interesante comparación con el fenómeno alemán.

La mirada de los imperialistas dispuestos a asumir más riesgos se fija en tres territorios: Corea, la región china de Manchuria y otras zonas de China. El primer paso para ganar territorio, y no solo ventajas económicas o zonas de influencia, se da en Manchuria, lo que implica no respetar la política de *puerta abierta* practicada por los europeos y norteamericanos. Para contar con un aliado, y reducir la oposición a sus pretensiones, el gobierno japonés busca el acuerdo con el homólogo que ha sido su reciente enemigo, el ruso. En julio de 1910, mediante un acuerdo secreto, ambos se reparten la inmensa región, el norte para Rusia, el sur para Japón; su aplicación es cuestión de tiempo. Además, el gobierno de Tokio tiene maduro el plan para Corea, que ya no es tan solo una zona de interés nacional. Cinco años antes, con el beneplácito de Londres y Washington, había impuesto al gobierno coreano un tratado por el que este aceptaba el protectorado japonés (como Marruecos el de Francia y España). Esto se tradujo en la obtención de numerosos derechos económicos, para la obtención de materias primas y recursos alimenticios y la construcción de ferrocarriles, que vino acompañada de una política de emigración de población nipona. Y cuando el monarca coreano recurrió a la Sociedad de Naciones, Japón forzó su abdicación en un príncipe más propenso a la negociación. Los independentistas coreanos respondieron con revueltas y atentados, uno de los cuales acabó con la vida del general residente.

Sin freno por parte de China y Rusia, Japón amplía su presencia en Corea y, en agosto de 1910, inmediatamente después del acuerdo con Rusia sobre Manchuria, impone la anexión y Terauchi se convierte en gobernador general de la colonia. Asimismo, inicia la explotación económica de Taiwán. Ha nacido otro imperialismo, sustentado en su potencia industrial y militar. Para los nacionalistas ultras, Japón debe ser más ambicioso, buscar la hegemonía en la región asiática del Pacífico; eso es lo que creen sectores cada vez más numerosos de la oficialidad, sobre todo de la destinada en el continente, y una parte de los políticos en posiciones de poder. Por su parte, los nacionalistas moderados entienden que ir más allá de lo ya obtenido le supondría al gobierno japonés bastante más que el recelo por parte de los gobiernos occidentales y el ruso. Sin embargo, los acontecimientos en China, una guerra civil y la guerra en Europa proporcionan a los imperialistas japoneses, a los moderados y a los radicales, la oportunidad de obtener mayores beneficios en Asia. ¿Cuántos? y ¿con qué consecuencias? serán preguntas habituales en la clase dirigente.

3.3.2. La entrada en la guerra mundial

En China, la caída de la dinastía Qing en 1912, arrastrada por la alianza de fuerzas nacionalistas, democráticas y socialistas, no pone fin a la descomposición del país, pero agrava el problema de la parcelación territorial y, además, acelera los cambios en Asia. El político elegido para presidir la República es Sun Yat-sen, uno de los líderes del Kuomintang, el Partido Nacionalista, desplazado en seguida por Yuan Shih-kai, un personaje especialmente corrupto y autoritario que intenta fundar una nueva dinastía. Entre tanto, la mayor parte del país va quedando bajo el control de señores de la guerra, jefes militares erigidos en gobernantes de enormes territorios y apoyados por los cuadros tradicionales deseosos de conservar sus privilegios al precio que sea. El enfrentamiento entre ambos líderes deriva en una guerra civil, de imprevisible duración, la cual, junto a la competencia entre los líderes republicanos nacionalistas y la posterior guerra civil entre comunistas y nacionalistas, favorecen el inicio de una nueva fase de competencia entre las potencias extranjeras para obtener más concesiones y el control de territorios y riquezas.

El gobierno japonés, que durante 1907-1913 ha conseguido del gobierno chino convenios que le permiten construir ramales del Sudmanchuriano en dirección a la provincia china de Jehol y de Corea, y más concesiones en minas de hulla, encuentra en la crisis interna china y en la guerra que va a comenzar en Europa dos buenas oportunidades para participar en esa nueva operación depredadora y para obtener influencia política en China. Gracias al conflicto chino, los capitales japoneses ganan terreno en la vida económica de la nueva república. Entre tanto, el gobierno de Tokio presiona a los bancos para que concedan empréstitos a los dos contendientes, tanto para prolongar el conflicto como para garantizarse una buena relación con el ganador. Por el momento, la banca nipona no puede competir con los bancos ingleses, franceses y belgas, y las potencias europeas se centran en impedir que Japón obtenga en otras provincias una influencia semejante a la que posee en Manchuria.

No es ese el único resquemor a las aspiraciones japonesas en Asia. En 1910, el gobierno de Londres había exigido al de Tokio la revisión del tratado militar, expresando así su propia preocupación por la expansión nipona en China y muy especialmente la de Washington. De forma que la renovación firmada al año siguiente limitó su alcance, no siendo aplicable en caso

de conflicto entre Japón y Estados Unidos. En 1914, antes de que comience la Gran Guerra, la Dieta japonesa propicia la caída de un gobierno poco propenso a frenar el gasto militar. El nuevo gabinete, aunque bien relacionado con los *zaibatsu* y partidario de la expansión económica en China, se inclina por congelar las inversiones militares y no se plantea una expansión territorial. Pero el inicio de la Gran Guerra, y el hecho de que las grandes potencias europeas tengan que emplear casi todos sus recursos en su propio continente, aleja a estas de los asuntos de China; y abre otra puerta a Japón en ese mercado, y lo mismo en cuanto a expansión territorial se refiere, tal y como sostiene la asociación El Dragón Negro. Y así lo entiende también el gobierno, que se agarra a un pretexto diplomático para hacerse con los derechos en China, de quien cree que no va a poder defenderlos. El objetivo es apoderarse del territorio en arriendo que Alemania posee en la provincia china de Shantung, con la base naval de Tsingtao en la bahía de Kiao-Cheu. Invocando el acuerdo militar con Gran Bretaña, referido en realidad a la defensa común de las posiciones adquiridas en Extremo Oriente e India, que no están amenazadas, el gobierno de Tokio, que posee la cuarta marina de guerra del mundo, exige al de Berlín, que dispone de la tercera (concentrada en aguas europeas, como la británica, que es la primera), la retirada o el desarme de sus buques en Extremo Oriente y la entrega del citado territorio. Ante la negativa alemana, le declara la guerra y procede a la ocupación de esa concesión y a controlar el ferrocarril construido con capital alemán. A continuación, se apodera de las islas alemanas en Micronesia, en el océano Pacífico. En cambio, aunque la prensa francesa anuncia la llegada de un numeroso contingente, Japón no enviará ni un soldado a Europa.

Alemania no está en disposición de enviar refuerzos al Lejano Oriente. Aunque enemigas de las potencias centrales, a Francia y Gran Bretaña les desagrada la actitud japonesa, pero tampoco están en disposición de intervenir ahora allí. Así las cosas, la coyuntura parece inmejorable para que Japón obtenga ventajas en China no solamente en contra de los intereses alemanes, y sin necesidad de una guerra. El documento conocido como las "Veintiuna Peticiones", un ultimátum presentado a comienzos de 1915 por el gobierno de Tokio, directamente al presidente Yuan y no a un gobierno de China, afecta al conjunto del país e insinúa la voluntad de imponer un protectorado. No es de extrañar que Renouvin escriba que la independencia económica y política de China está amenazada "de modo más inmediato y acuciante

de lo que estuviera nunca por la expansión europea" y que también lo están el conjunto de intereses europeos (1982: 683). Pues las peticiones no solo afectan a Manchuria y la que fuera concesión alemana, sino también a la Mongolia Interior oriental, que quedarían como reservas japonesas, zonas donde Japón disfrutaría de derechos especiales. Además, el gobierno chino debería comprometerse a no ceder territorio alguno a ninguna otra potencia, a la ampliación por un siglo del arrendamiento del territorio por el que transcurre el ferrocarril de Manchuria del Sur, obtenido de los rusos, a consultar al japonés determinadas cuestiones de índole financiera, a aceptar como asesores a políticos, economistas y militares japoneses, y a dar prioridad a empresas japonesas en la compra de armas. En mayo, sintiéndose abandonado por ingleses y norteamericanos, y bajo la presión de la llegada de una escuadra japonesa a sus costas, Yuan acepta, pero solo una parte de las exigencias del gobierno nipón. Como consecuencia, la tensión chino-japonesa aumenta y lo mismo el descontento de las diplomacias europeas y de la norteamericana, que se han limitado a presentar notas de protesta en Tokio. Dicho esto, deberá recordarse que no existe unanimidad en las elites políticas y económicas japonesas respecto a China, pues un sector, influyente, considera innecesario el control político para obtener ventajas económicas, y que una actitud agresiva daña los intereses nacionales en el continente y entraña el riesgo de una escalada de tensiones con Estados Unidos.

Mientras durante ese año y el siguiente las tropas japonesas avanzan en Manchuria, en Japón crece el descontento a causa de las malas cosechas y el aumento del precio del arroz. Los conflictos sociales son reprimidos con extrema dureza, tanto en las zonas agrarias como en las mineras e industriales. A lo largo de 1917-1918, la mayoría de los japoneses viven pendientes de sus propias circunstancias, pero la clase gobernante se interesa también por las noticias de la guerra mundial en distintos escenarios, de los conflictos internos en China y de la caída del zarismo y de la guerra civil en Rusia entre el Ejército Rojo y el Ejército Blanco.

3.3.3. Los réditos obtenidos. El primer imperio japonés

Antes de que la guerra mundial termine, Japón ha conseguido que varios países den el visto bueno a una parte de sus ganancias económicas y territo-

riales en Asia. En 1916, un tratado secreto con la debilitada Rusia supone el reconocimiento de la ampliación de sus *derechos* en Manchuria, básicamente en minería y línea férrea. A comienzos de 1917 obtiene de Gran Bretaña la promesa de apoyo en una futura conferencia de paz a sus reivindicaciones sobre Shantung y los archipiélagos alemanes del sur del Pacífico, y en seguida la misma garantía de Francia e Italia. A finales de ese año, también obtiene del Estados Unidos que entra en la guerra mundial buenas palabras respecto a su voluntad de *proteger* su entorno territorial.

Japón es invitado a participar en la Conferencia de Paz de París, que se desarrolla durante los seis primeros meses de 1919, y allí ve ratificadas algunas de las ventajas adquiridas durante la guerra. Obtiene el dominio de las que fueran islas alemanas en el Pacífico norte, Marianas, Carolinas y Marshall, pero en calidad de mandato de la recién nacida Liga de Naciones y no como posesiones de libre uso. Respecto a China, debe dar marcha atrás en varios de los acuerdos obtenidos bajo amenaza militar. Lo sucedido es consecuencia de la labor desarrollada por los nacionalistas chinos durante la celebración de la Conferencia. El Movimiento del Cuatro de Mayo, que se plasma en manifestaciones y disturbios en las grandes ciudades chinas, se alimenta de un discurso antijaponés. El gobierno de Tokio renuncia entonces a parte de los beneficios cosechados cuatro años antes y anuncia el compromiso, no cumplido, de retirar las tropas estacionadas en Shantung y también el ejército expedicionario enviado a Siberia oriental aprovechando la guerra en Europa. En contrapartida, el gobierno de Washington consiente la transferencia a Japón de los derechos que Alemania poseía en la provincia de Shantung. Por otro lado, Japón es admitido como miembro del Consejo de la Sociedad de las Naciones, pero no de su comité interno, y en el seno de la organización no consigue que salga adelante su propuesta de igualdad de razas y que se prohíba cualquier medida discriminatoria basada en diferencias raciales, a la que se oponen, entre otros gobiernos, los de Australia y Estados Unidos, que habrían tenido que aceptar una mayor cantidad de inmigración japonesa. Durante la Conferencia, el presidente estadounidense, el demócrata Woodrow Wilson, es criticado en la prensa de su país: para la cadena Hearst, que le es hostil, las reivindicaciones japonesas en China son inaceptables. Lo mismo sucede a su regreso, por renunciar a sostener la causa china; se emplean a fondo la prensa amarilla, la prensa religiosa y el Senado, que se niega a ratificar el Tratado de Versalles, lo que alentará la

resistencia china frente a la política japonesa, aunque Wilson argumente que ha logrado salvar el pacto para la zona del Pacífico.

Pese a lo obtenido, no todos los nacionalistas japoneses se muestran satisfechos. Los ultras expresan su decepción con críticas a la política exterior de su país, y con actos terroristas; en 1921, el primer ministro Hara Takahasi será asesinado por uno de estos ultras. Pese a las críticas de estos, lo cierto es que, ocupada Corea y parte de Manchuria, y con presencia en China y Micronesia, Japón se ha convertido en la primera potencia económica y militar asiática. Y entre 1922 y 1929, la política exterior se caracteriza por la moderación gracias a una serie de gobiernos partidarios de la expansión *pacífica*, mediante la economía, y que rentabilizan los logros alcanzados en el interior y el exterior del país.

Se ha de tener en cuenta que el conjunto de las elites japonesas son partidarias de la expansión en el sureste asiático, pero que tanto antes como ahora, en la década de 1920, y en la de 1930, difieren en el método. Se impone ahora la expansión pacífica basada en la intensificación de las relaciones comerciales sobre la expansión armada y el dominio directo, la tesis de que Japón ya ha obtenido notables beneficios en forma de zonas de influencia y no deben adoptarse medidas que perjudiquen a las exportaciones y a la obtención de materias primas. Así lo creen los líderes del partido conservador Amigos del Gobierno Constitucional, que dispone durante varios años de mayoría relativa y, asimismo, los portavoces de las asociaciones de industriales y varios de los grandes *trusts*, casi siempre bien relacionados social y económicamente con la clase política; por ejemplo, el barón Shidehara, ministro de Exteriores en 1924-1927 y 1929-1930, es yerno del barón Iwasaki, jefe del grupo Mitsubishi.

3.4. *El período entre una guerra y una depresión de ámbito mundial*

3.4.1. Un modelo político de liberalismo restringido

Los años posteriores a la guerra mundial repiten el modelo de la etapa anterior: urbanización, modernización y crecimiento, en cuanto a economía y sociedad se refiere, y un modelo político de liberalismo restringido. Japón

no es una monarquía constitucional, pero las instituciones establecidas para asimilar el parlamentarismo liberal funcionan con normalidad, de forma que las distintas facciones conservadoras y liberales negocian algunos temas en la cámara baja, y las formas de vida son más libres que a finales del XIX; es decir, como casi siempre, los usos sociales van por delante del espíritu de las leyes. Así se manifiesta en las ciudades, con la asistencia a cafés, grandes almacenes, teatros y cines, y en el contenido de las obras y la forma de comportarse de la gente en los locales citados y en las salas de baile, que causan furor entre la juventud.

El emperador de la era Taisho no posee la fortaleza y la personalidad de su padre. Ha accedido al trono por el fallecimiento de sus hermanos mayores, y su condición física es frágil y, en cierta manera, también la mental. Esta situación posibilita que los dirigentes políticos asuman más decisiones, sin consultarlas con palacio, aunque sin dejar de ser conscientes de la utilidad de la figura imperial. Ninguno se plantea la sustitución del modelo dinástico, por el riesgo de ser arrastrados por esa decisión. Al contrario, lo que desean es un emperador más activo en el ejercicio del papel que tiene asignado. Por eso intervienen en la educación del príncipe Hirohito. Cuando va a cumplir veinte años, le preparan un largo viaje a Europa, de marzo a septiembre de 1921, con estancias en Gran Bretaña, Francia, Bélgica e Italia. Así se le muestra al mundo, y con él a la nación, y nada menos que siendo recibido por el rey Jorge V y jugando al golf con el príncipe de Gales. Ese mismo año, debido al empeoramiento de la salud de su padre, Hirohito es nombrado regente, con autoridad equivalente a la del emperador.

Entre tanto, el comunismo crece en Asia, sobre todo en China. En el caso de Japón, varios grupos procedentes del socialismo marxista identificado con la Tercera Internacional alientan la fundación en 1921 del Partido Comunista, al igual que nacen entonces otros PC por escisiones en las filas socialistas. Dos años después, el partido será prohibido, pero, en cualquier caso, las ideas socialistas e internacionalistas no serán durante las décadas siguientes una fuerza organizada, legal o clandestina, capaz de competir con el nacionalismo. 1923 es además el año del gran terremoto acontecido, el 23 de septiembre, en la región de Kanto, en la isla de Honshu, que destruye casi por completo la ciudad portuaria de Yokohama y más de la mitad de Tokio y de una serie de poblaciones más pequeñas; que esta catástrofe natural frenase durante un corto espacio de tiempo la economía nacional nos habla

de su fortaleza. Por otro lado, la paulatina ampliación del derecho de voto gracias al impulso del Partido Constitucional, hasta que en 1925 se establece el sufragio universal masculino para los mayores de 25 años, supone que el censo electoral aumente de tres a más de trece millones para la elección de la cámara baja, ya que la cámara alta sigue siendo básicamente nobiliaria. Además, aunque la elección del primer ministro y la formación del Gobierno no depende de las cámaras, sino de órganos de asesoramiento al emperador y, en consonancia, las decisiones gubernamentales responden mucho más a esa circunstancia que a programas electorales, los partidos políticos y la Dieta han ganado protagonismo en la formación del Gobierno; en esta evolución influyen la débil personalidad del emperador y, en mayor medida, la desaparición de las grandes figuras políticas de la época Meiji, pues sus herederos no poseen la misma autoridad, que era tanto moral como política. Por otro lado, la ausencia de control del ejecutivo ha favorecido la corrupción en la política nacional, y las dimisiones solo suceden cuando algún político o periodista, en cualquier caso afín al sistema, y por eso con *permiso* para expresarse, denuncia determinados casos, como la aceptación de sobornos para financiar organizaciones o para lucro personal; sucede pocas veces, pero sucede: en 1914, cuando el gabinete dimitió tras salir a la luz que había aceptado sobornos en contratos de armamento naval, con implicación de varias empresas, entre estas la Siemens alemana; por motivos distintos, la represión a tiros de los motines del arroz, tuvo que dimitir el primer ministro Terauchi Masatake. Por si acaso, la ampliación del sufragio viene acompañada de la dotación por parte de los gobiernos de más instrumentos para la limitación de las libertades de expresión, reunión y asociación y la ilegalización de las organizaciones de izquierda a partir del articulado de la Ley para el Mantenimiento de la Paz y otras.

Hemos utilizado el término *liberalismo restringido,* pues a unos gobiernos y parlamentos a menudo dominados por la derecha autoritaria les corresponden, de forma intermitente, leyes destinadas a reprimir derechos individuales y las ideas contrarias al sistema político. Habrá que esperar bastante tiempo para un proceso democratizador, y será por imposición foránea. Lo que ahora avanza, como en otros países (Italia, España, Portugal, Rusia…), es el autoritarismo. Al período parcialmente liberal de la era Taisho (1912-1926) le seguirá uno bien distinto, marcado por la influencia creciente del ultranacionalismo, el autoritarismo y el militarismo. La diversidad histórica

no impide que las sociedades donde avanza el Estado moderno compartan una serie de características: extensión del aparato burocrático, civil y militar; creación de un mercado nacional; centralización del poder estatal, apoyada en, el caso japonés, la institución imperial, de forma que el gobierno sea capaz de llegar a toda la población (educación, servicio militar, impuestos); e incorporación de las masas a la modernidad política y económica.

En diciembre de 1926, el emperador Yoshihito muere con 47 años y le sucede en el trono Hirohito. Este adopta para su reinado, que será de sesenta y dos años (1926-1989), el nombre de *Showa,* que ha sido traducido como Paz y Armonía, Paz Ilustrada y Armonía Brillante. Tal vez había regresado de su viaje a Europa, donde le mostraron los campos de batalla y los daños causados por la Gran Guerra, con la idea de frenar a los militaristas en su propia casa y de trabajar en favor del liberalismo. No obstante, es difícil acceder a su personalidad y a sus preferencias en política interior y exterior. Es lógico que la evolución de los acontecimientos en Europa y Asia y las voces de sus consejeros le creen dudas al respecto, y lo mismo que le afecten los dos intentos de acabar con su vida, en 1923 a manos de un joven anarquista japonés, y en 1932 de un nacionalista coreano.

3.4.2. Los gobiernos de Washington y Londres ponen límites al potencial militar japonés

Muy poco después del cierre de la Conferencia de Paz de París, los gobiernos de Estados Unidos y de Gran Bretaña aumentan sus críticas a la política de Japón en China. En 1921, la nueva administración de Washington, republicana, decide la reanudación del programa de construcciones navales, diseñado con motivo de la guerra mundial, y propone la celebración de una conferencia internacional en la que se examinen las cuestiones del Extremo Oriente y del Pacífico. Las dos decisiones están relacionadas con las crecientes preocupaciones norteamericanas respecto a Japón: sus ganancias en China, el crecimiento de su armada, la emigración japonesa a California y la alianza anglo-nipona. El gobierno británico, agradecido por la ayuda norteamericana durante la guerra, molesta por la política nipona en China, que daña sus intereses económicos, y consciente de que los conflictos internos impiden a Rusia pensar en expandirse en Extremo Oriente, decide

no prorrogar el tratado con Tokio. Entonces, el gobierno japonés acepta la invitación norteamericana a tratar temas espinosos y que uno de sus interlocutores sea China; si lo hace es porque cree que gabinetes anteriores han actuado de forma imprudente en algunas cuestiones de política exterior y que una rectificación beneficiará el desarrollo de la economía nacional.

La Conferencia internacional, celebrada en Washington de noviembre de 1921 a febrero de 1922, trata del Extremo Oriente y del Pacífico y del armamento naval. A Japón no se le plantea problema alguno en lo referido al mandato sobre los tres archipiélagos del Pacífico y conserva los privilegios en la Manchuria meridional. Pero es presionado en materia de armamento y en lo referido al resto de asuntos chinos. Como firmante del denominado Tratado de las Nueve Potencias, se compromete a respetar la soberanía, independencia e integridad territorial y administrativa de China y el principio de *puerta abierta*. Japón también se compromete a restituir a China el territorio arrendado de Shantung, a retirar efectivamente las tropas estacionadas para el control de su línea de ferrocarril y a vender esta a China, la cual, a su vez, debe transferir los anteriores derechos mineros alemanes a una compañía sino-japonesa; también a retirar completamente sus tropas del litoral siberiano. China sigue siendo una nación humillada por los imperialismos, pero Estados Unidos y, en menor medida, Gran Bretaña ejercen el papel de protectores interesados.

En cuanto a armamentos navales, al firmar el Tratado de los Cinco la delegación nipona acepta que la proporción para los navíos de línea sea fijada en tres para Japón, cinco para Estados Unidos y Gran Bretaña, y 1,75 para Francia e Italia. Eso sí, solo firma cuando la delegación norteamericana amenaza con acelerar la carrera de armamentos, dado que sus astilleros no podrían competir con los estadounidenses. Aun así, dado que la marina norteamericana se reparte en dos océanos, la marina japonesa mantiene su superioridad en Extremo Oriente.

3.5. *La depresión económica*

3.5.1. Crisis económica, interior e internacional

A finales de la década de 1920, Japón se ve afectado por una crisis económica interna y, a continuación, por la crisis internacional del capitalismo.

La crisis interna está motivada por las limitaciones del poder adquisitivo de muchas familias, sobre todo en las zonas agrarias, por la fragmentación de la propiedad y el aumento del precio de los arrendamientos. A su vez, el estancamiento de la venta de productos industriales provoca un aumento del desempleo, y esta circunstancia y la crisis de varias empresas se juntan con una crisis financiera ocasionada por la mala gestión de una parte de los préstamos concedidos con motivo del terremoto de 1923.

Lógicamente, la depresión mundial afecta a la economía japonesa. Una menor demanda de productos significa pérdida de mercados para la industria naval, manufacturas y seda en bruto, con fuerte caída en Estados Unidos, y la disminución de la reserva de divisas incide en la compra de materias primas y de combustibles. Además, la vuelta al patrón oro, a mediados de 1929, revaloriza el precio del yen, lo que reduce más las exportaciones. Se ve muy afectada la producción de seda, que es un producto destinado a fabricar bienes de lujo, y en general los textiles y la economía basada en la agricultura, por un fuerte descenso del precio del arroz, a causa de la competencia de las colonias asiáticas y varios años de buenas cosechas. Lo dicho produce empobrecimiento en el sector agrario, desempleo en las ciudades y bancarrotas.

No obstante, paulatinamente, la economía se recupera, y mejor que en Europa, en forma de aumento de la demanda y de la inversión privada, y antes que nadie los grandes conglomerados. El paquete de medidas contra la crisis lo integran el abandono del patrón oro, a finales de 1931, el aumento del gasto público para ayudar a los agricultores y determinadas empresas y la reducción de los tipos de interés. Un lustro después del inicio de la crisis, los sectores naval, metalúrgico, químico y de la maquinaria crecen con mucha fuerza, seguidos de las manufacturas, mientras que los índices de crecimiento del sector agrario son moderados. El modelo de crecimiento tiene dos fisuras: la dependencia energética del exterior, con un petróleo más caro por la devaluación del yen, y la competencia de los países occidentales por los mercados exteriores. Durante los años siguientes, las empresas consiguen aumentar el volumen del comercio con los territorios del este y el sureste de Asia, sobre todo con los territorios dependientes políticamente y bajo control militar, en detrimento de la relación con Estados Unidos y Europa. Pues la iniciativa privada y pública busca mercados donde el cambio de moneda resulta menos desfavorable y donde los gobiernos no pongan obstáculos a la entrada de sus mercancías; esto ya ha ocurrido como consecuencia de las medidas de

protección a su industria por parte de varios gobiernos, y volverá a suceder a causa de las sanciones occidentales al expansionismo japonés. Esto significará un cambio de trascendencia política, económica y militar. Precisamente, el modelo de desarrollo industrial se orienta paulatinamente a las necesidades de un país en guerra, antes de que Japón se lance a la invasión de China.

3.5.2. Los gobiernos giran a la derecha

Tanto una parte de la clase política como las denominadas sociedades patrióticas alientan ideas nacionalistas, xenófobas y autoritarias. Esto no es nuevo, pues la Ley para el Mantenimiento de la Paz, destinada a frenar el avance de los partidos izquierdistas y cualquier manifestación política, cultural o religiosa no acorde a lo que los tradicionalistas consideran espíritu nacional, es de 1925. Si lo es el creciente recurso a esa ley por parte de los gobiernos, con el resultado del aumento de personas encarceladas, amenazadas y torturadas en prisión, y multadas. Unas por delitos *políticos*, es decir, la propaganda a favor del comunismo y el socialismo marxista. Otros por delitos *religiosos,* cometidos por testigos de Jehová, sectas budistas y shintoístas críticas con la guerra y determinadas costumbres, mientras el shintoísmo oficial sigue siendo protegido y financiado desde el poder. Otra faceta represiva es la censura, de prensa, para acallar las críticas al modelo político y silenciar hechos ocurridos en el interior y en el exterior del país, y desde luego las críticas externas a las decisiones de los gabinetes japoneses, y de obras cinematográficas y libros. Los gobiernos no impiden la publicación de algunas novelas que cuestionan los valores convencionales, por ejemplo, construyendo personajes masculinos que encarnan una reivindicación del individualismo, o personajes femeninos que deciden sobre sus actos; pero se ocupan de que esas obras sean desaprobadas en la prensa por periodistas y escritores afines. Otras veces sí se prohíben las obras y se encarcela a los autores, algunos de los cuales se declaran arrepentidos de las ideas expuestas tras su estancia en prisión.

Los gobernantes, cada vez más escorados a la derecha, no se libran de las críticas, y tampoco de la violencia de los ultranacionalistas, que, como en la República de Weimar, les culpan de los problemas económicos y sociales, ya sea por ineficacia o por la renuncia, queriendo significar *traición,* a las

tradiciones e intereses nacionales. Los ultranacionalistas tratan de imponer proyectos de expansión en el exterior, con argumentos utilizados en todos los lugares y épocas, aderezados lógicamente con componentes nacionales. El primero es que el índice de población por territorio es muy elevado, de hecho, la densidad es una de las más elevadas del mundo, y no para de aumentar. El segundo, que para paliar la presión demográfica en un territorio muy montañoso y de recursos naturales insuficientes es preciso expandir la geografía nacional, mediante la anexión de territorios o la sumisión de sus gobernantes, y lo mismo es válido para resolver el déficit de materias primas y de mercados; lo que nadie dice es que una opción sería la restricción de la natalidad, rechazada por la opinión pública. El tercero, que los gobiernos que ponen trabas a estas necesidades lo hacen simplemente por egoísmo, ya que sus naciones ya poseen un imperio. Por lo dicho, Japón necesita un gobierno fuerte, que reivindique las tradiciones propias frente a las ideologías europeas, y decidido a la acción exterior. En resumen, el objetivo es conseguir territorios en donde colocar los excedentes de población y de productos y extraer materias primas, el cual es compartido por moderados y ultras; otra cosa es el método para alcanzarlo y el formato que tendría, zona de influencia, dominio político o anexión.

3.6. *El militarismo japonés en la era de los virajes hacia otra Gran Guerra*

3.6.1. Japón no renuncia a aumentar su presencia en China

La postura de la mayoría de los dirigentes japoneses respecto a China es imperialista, para situarla en una posición dependiente y sumisa. Hay esfuerzos para una mejora de las relaciones, por parte de los reformistas chinos que admiran los logros japoneses, y por parte del nacionalismo moderado nipón, que ve en el chino la posibilidad de una alianza que fortalezca Asia. Pero, no es fácil que, en función del pasado reciente y de los intereses japoneses, se avance en el camino de una colaboración libre y sincera.

En 1924, el Kuomintang y el Partido Comunista sellan un acuerdo destinado a sumar fuerzas frente a los señores de la guerra y las imposiciones

extranjeras, es decir, anteponen la unificación del país y la independencia nacional a cualquier otro objetivo; incluso se proyecta la fusión de ambas organizaciones políticas. Pero en 1925 la muerte de Sun Yat-sen, quien se ha hecho con el control del Kuomintang, sitúa a Chiang Kai-shek al frente del mismo, lo que supone un giro a la derecha. Chiang da un nuevo impulso a la reunificación nacional mediante campañas destinadas a controlar no solo el sur y el centro del país sino también zonas del norte; lo hace todavía en colaboración con los comunistas. Gracias a varios éxitos militares y a acuerdos con señores de la guerra, sus fuerzas controlan extensas zonas del país, lo que a su vez supone una serie de choques con las fuerzas invasoras japonesas. En 1927, Chiang establece su capital en Nanking y anuncia la ruptura con los comunistas y con la URSS. En abril, cuando se recrudece el enfrentamiento con estos, que han establecido repúblicas soviéticas en el sur, el ejército de Chiang, presionado por los representantes de las potencias europeas, toman Shanghái, donde, dos años antes, la policía de la concesión internacional ha causado numerosos muertos entre los asistentes a una manifestación de trabajadores chinos. Shanghái es una de las ciudades más pobladas del país, y la más importante en cuanto a comercio se refiere, gracias a su excelente puerto en la costa del mar de la China oriental, convertido en eje comercial entre el conjunto del territorio y las potencias coloniales, que se han repartido buena parte en concesiones o zonas de influencia, un *derecho* del que ya disfruta también Japón. Las tropas de Chiang cercan y masacran a los obreros y a las tropas comunistas que se han hecho con el control de Shanghái. Al año siguiente, el ejército de Chiang extiende su influencia en dirección a Pekín, la capital del norte y capital imperial, y la ocupa, lo que supone un serio avance en el restablecimiento de la unidad del estado chino; y Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia respaldan esa unidad política si viene de la mano del Kuomintang. Entonces está a punto de producirse el enfrentamiento entre el ejército nacionalista y el del régimen pro japonés establecido en Manchuria. Para el gobierno de Tokio y, en general, para los ultras de dentro y fuera del gabinete, Chiang se ha convertido en el principal adversario en China. Y así es. Pues Chiang, además de extender la zona bajo su control, cuenta con el respaldo occidental, económico y político por parte de Estados Unidos, de gobiernos que han sido aliados de señores de la guerra para obtener contratos, pero a los que ahora interesa, más que nada, la victoria de los nacionalistas sobre los comunistas. También porque Chiang utiliza ya un discurso nacio-

nalista antijaponés como elemento aglutinador de toda la población china, el cual incluye la afirmación del derecho de soberanía de China en Manchuria.

En Tokio, el gabinete moderado presidido por un general, Tanaka Giichi, apuesta por unas buenas relaciones con China, basadas en la expansión comercial. Pero considera que mantener Manchuria meridional como zona de influencia es una prioridad nacional, pensando en su extensión, recursos naturales, siendo la agricultura y el hierro los principales, y situación geográfica, en la otra orilla del mar de Japón, a unos mil kilómetros de Tokio. Su discurso no es el mismo que el de los ultras, que exigen su anexión, al menos alguna forma de dominio político, pero todos coinciden en la relevancia de los lazos existentes entre Japón y Manchuria: el desarrollo de la Sociedad de Ferrocarriles Sud-manchurianos ha sido enorme, pues lo que fue una compañía de ferrocarriles es ya un cártel con decenas de filiales que incluyen transportes, las minas de Fushun y el centro siderúrgico de Anshan (Bianco, 1983: 53), y los colonos japoneses tienen derecho a adquirir tierras, y son ya 240.000, a los que se suman 800.000 súbditos coreanos.

El gobierno de Tanaka envía varias señales a Chang para que detenga su avance en la frontera de esa provincia china, entre estas el desembarco de un nuevo contingente militar. Sin éxito, pues se producen varios choques entre tropas japonesas y chinas. Una parte de la oficialidad del ejército japonés establecido en China es partidaria de un dominio directo de Manchuria, e incluso de ocupar otras partes de China. Necesitan excusas para la guerra y las fabrican, mediante atentados a trenes y otras actuaciones de igual propósito, que atribuyen a los chinos. El gobierno frena sus ansias con amenazas de consejos de guerra. Durante poco tiempo, pues a los imperialistas japoneses les sobran excusas, y las pueden argumentar bien, si el juego que se juega es el del Imperialismo; y así lo hacen los militaristas y los hombres de negocios relacionados con la citada Sociedad de Ferrocarriles, que atacan la gestión de Shidehara, con especial virulencia cuando regresa a Exteriores en 1929. Y es que una parte de los políticos con o sin responsabilidad gubernamental, militares, empresarios y otros profesionales califican como inmensa mentira los ideales de prescripción de la guerra contenidos en los documentos de la Sociedad de Naciones, la Conferencia de Washington (1921-1922) sobre el desarme y el Pacto Briand-Kellogg (1928). No les falta una parte de razón. Pues otros Estados son imperialistas, conservan y dominan las colonias con talante férreo y voluntad predatoria, a la vez que los anglosajones mantienen con orgullo sus ideas racistas, las del

supremacismo blanco emanado de relatos bíblicos y del darwinismo social, y si algunos imperios, como el español, el otomano y el chino se han derrumbado, total o parcialmente, ha sido porque imperios dotados de ingenios bélicos más poderosos les han golpeado y derrotado. Para quien quiera agarrarse a las tesis ultranacionalistas, el rencor nacido de las imposiciones extranjeras a Japón en el siglo anterior sigue vivo y es, además, alimentado por nuevos acontecimientos.

Se ha de tener en cuenta, no obstante, que todavía en 1930 se produce una victoria del sector moderado en política exterior. Así sucede con motivo de la Conferencia Naval de Londres celebrada ese año. El motivo de la Conferencia celebrada por los estados que poseen las más poderosas marinas de guerra del mundo es limitar su crecimiento, y el gobierno japonés suscribe un acuerdo que supone permanecer en el tercer puesto (su fuerza solo es igual en submarinos), por detrás de Estados Unidos y Gran Bretaña. En Londres, los delegados japoneses no se ponen de acuerdo y la pugna continúa en Tokio, entre los ministerios de Exteriores y de Marina, con el segundo rechazando el resulto final de la Conferencia. Sobre el tapete está si el Gabinete en su conjunto debe controlar la política gubernamental en todas las materias o si no debe hacerlo cuando las decisiones afectan a la defensa nacional. El Gabinete impone su voluntad, pero el ministro de Marina muestra su desacuerdo al concepto de voluntad compartida, y el del Ejército le apoya, y lo mismo las asociaciones y la prensa favorable a los militaristas. En perspectiva, es sabido que serán ellos, los militaristas, los que, paulatinamente, se impongan durante la década de 1930. Tras la Conferencia de Londres, su ascenso vendrá marcado por cuatro episodios ocurridos en 1931, 1932, 1936 y 1937, a los que se irá haciendo referencia. De momento, seis semanas después de la ratificación del tratado sobre las marinas de guerra, el primer ministro sufre un atentado a manos de un ultranacionalista en la estación de ferrocarril de Tokio; como consecuencia del disparo, Hamaguchi permanece varios meses hospitalizado y muere.

Llegados a este punto conviene volver sobre el impacto de la crisis económica internacional. En todas partes, la crisis incentiva el nacionalismo y Japón es uno de los países más afectados por esta circunstancia. En el otoño de 1931, tras la dimisión de Shidehara en la cartera de Exteriores, que ha perdido apoyos entre la alta burguesía de los negocios, el bloque gobernante abraza el propósito de expansión imperialista. Si nos preguntamos por qué ahora, tras una fase de prudencia que ha durado casi una década, una parte

de la respuesta es que existe una relación directa entre la orientación de la política exterior y la crisis económica (Renouvin, 1982: 963). La caída de las exportaciones dificulta la compra de materias primas y de combustible, y la agricultura se ve afectada no solo por la pérdida de mercados para la seda en bruto, también por el descenso en el consumo de arroz, a causa del desempleo. Los militares y los empresarios coinciden cada vez más en que China puede aportar a precios reducidos mineral de hierro, carbón, alimentos y otros productos que precisa la economía japonesa, y, además, un inmenso mercado para sus fábricas, a costa de los productos británicos y norteamericanos. Mediante el control político o militar, según fuera la resistencia china, sería incluso posible resolver otros dos problemas, el del déficit de su balanza de pagos y el del excedente de mano de obra agrícola, que ya no puede ser absorbido por la industria.

3.6.2. Creación de un Estado títere en la provincia china de Manchuria

En el Ejército y la Marina crece el rechazo a las organizaciones internacionales nacidas tras la Primera Guerra Mundial que postulan la no beligerancia. A la vez, en privado, muchos oficiales se expresan en contra del Tratado Naval de Londres. No se trata solo de miembros de las sociedades patrióticas, y tampoco de cuadros intermedios. La voz contraria ha sido expresada por el Estado Mayor de la Marina, que argumenta sobre la pérdida de posiciones si, llegado el caso, hubiera que *defender* los intereses japoneses en el Pacífico occidental. ¿Frente a quién? La respuesta es Estados Unidos. Nadie habla entonces en el gabinete ni en las reuniones conjuntas entre la cúpula política y militar de un ataque preventivo a ese país. Pero sí se escucha que los altos mandos militares son responsables de los planes estratégicos ante el emperador, no ante los políticos.

Al año siguiente ocurre el primer episodio que marca el ascenso del militarismo. No porque en 1931 Japón inicie una guerra que, paulatinamente, la enfrentará a China, en todos los terrenos, y a los aliados occidentales, en el ámbito diplomático, sino por cómo comienza y quién fuerza la decisión de ir a la guerra y por lo que esto significa de pérdida de influencia de los civiles en la dirección de la política nacional. Lo que sucede no responde a

un plan del gobierno, pero este se deja arrastrar por los mandos del Ejército del Kuantung, el estacionado en Manchuria, los cuales actúan en conformidad con lo deseado por mandos del Ejército estacionado en Corea y por personal del Estado Mayor en Tokio, y también por sectores empresariales, pues la penetración económica japonesa en la región no se detiene por efecto de la crisis, teniendo como punta de lanza la compañía del Ferrocarril del Sur de Manchuria, cuyo capital es en buena medida nipón, de origen privado y público. Unos y otros desean la anexión del sur de Manchuria (el norte corresponde a Rusia) o la creación allí de un Estado asociado a Japón, y utilizan distintos argumentos, entre estos que, si Chiang Kai-shek toma la zona, y controla entonces el ferrocarril de Manchuria del Sur, Japón perderá suministros de alimentos y materias primas, y encima en una coyuntura de aumento del proteccionismo a escala mundial.

Oficiales del Kuantung fabrican el incidente que ha de servir de excusa para la ocupación; el gobierno japonés sabe que algo así puede pasar, sin que se decida a tomar las medidas necesarias para impedirlo. En la noche del 18 de septiembre de 1931, una bomba explota en un tramo de la vía férrea sudmanchuriana. El Ejército del Kuantung y militares y políticos en Tokio culpan a saboteadores chinos de lo ocurrido y durante los días siguientes las tropas japonesas ocupan la ciudad de Mukden y la totalidad del sur de Manchuria. El primer ministro, el civil Wakatsuki Reijiro, y su ministro de Exteriores, Shidehara, liberales, como el ministro de Finanzas, interpretan el incidente como un asunto local que puede ser encauzado por medios diplomáticos y se esfuerzan en frenar las hostilidades (Maki, 1945: 213). Pero no es ese el deseo de un sector del ejército, ni de buena parte de los medios de comunicación, que ganan más dinero con noticias de la guerra, y tampoco de una parte de la opinión pública, subida a la ola nacionalista. El Gobierno anula la orden del ministro de la Guerra, de preparativos para el envío de refuerzos a Manchuria y Corea, pero el Ejército de Kuantung ignora la postura moderada de su gobierno, y no es solo este el que actúa así echando mano de diversas excusas. En Manchuria, en zonas próximas a Mukden se producen combates entre tropas chinas y japonesas. En Japón, el general Hayashi Senjuro decide el envío de refuerzos por su propia cuenta.

Es evidente que el gobierno no impone la autoridad que le corresponde. Asimismo, que la actitud del emperador es de pasividad, ni aprueba lo ya sucedido y lo que está sucediendo ni lo contrario, que es lo mismo que hará

en otras situaciones críticas de su *reinado*. Posiblemente, el emperador actúa así porque comparte las opiniones de los ultranacionalistas, aunque no se lo diga así a su gobierno, y más cuando crece el entusiasmo popular creado por la idea de Manchuria como lugar de promisión para japoneses deseosos de la oportunidad de mejorar su economía, que son muchos, como en cualquier otro lugar, pero aquí acuciados por la dificultad de la emigración interior; y también porque cree que su posición depende de las fuerzas armadas, como durante el shogunato (Rees, 2001: 29-30).

En diciembre, Wakatsuki dimite, siendo sustituido por el líder de la oposición, Inukai Tsuyoshi. Su gobierno acepta que el ejército prosiga su avance, hasta controlar todo el sur de Manchuria, en febrero de 1932, aunque busca una solución alternativa a la anexión; es decir, ambos jefes de gobierno se dejan ganar la mano por los militaristas, y el segundo compensa lo sucedido con una medida de prudencia, sabedor de que cualquier decisión unilateral en China va a ser condenada por el resto de potencias. Con el propósito de crear un Estado títere, el gobierno se asegura la colaboración del emperador manchú depuesto veinte años antes, y, así, el 1 de marzo, nace Manchukuo, al nordeste de China, cuya supuesta cabeza es Pu Yi. Sus asesores son japoneses y el jefe del ejército de ocupación se convierte en embajador japonés y responsable de la seguridad interior y la defensa exterior. A continuación, tropas japonesas y del recién nacido Manchukuo inician la invasión de la provincia de Jehol, situada al sur de Manchuria y rica en hierro y carbón, aproximándose a la Gran Muralla, lo que da lugar a una serie de enfrentamientos con las fuerzas chinas. La reacción internacional es muy negativa para Japón.

En 1932 ocurre además el segundo episodio que marca el ascenso del militarismo hacia el completo dominio de Japón. Los gobiernos se suceden y la inestabilidad aumenta, por la situación económica y el debate sobre la política exterior, con la prensa ultranacionalista y las sociedades patrióticas acusando de tibieza a los políticos moderados, para amedrentarles y apartarles de puestos de influencia. Iniciada el año anterior, alcanza ahora pleno desarrollo una campaña de terror protagonizada por militares y civiles, a base de discursos incendiarios, atentados y asesinatos, y dirigida contra los políticos liberales e incluso líderes del sector industrial, supuestos agentes de la *conspiración antijaponesa mundial* o del *judaísmo internacional* y, en consecuencia, culpables del declive económico que afecta al conjunto de la población. En febrero y marzo son asesinados un exministro de Finanzas

y un alto cargo de la empresa Mitsui. A estos asesinatos les sigue, el 15 de mayo, el del primer ministro Inukai, acusado por los ultras de blando en política exterior, por lo ya dicho y porque, en lugar de asegurar al país mercados y materias primas mediante la expansión, ha desarrollado un paquete de medidas económicas favorecedoras de las exportaciones entre las que figura la devaluación del yen. En esta ocasión, su asesinato forma parte de un plan de golpe de Estado ejecutado por oficiales de la Marina y cadetes del Ejército vinculados a la sociedad secreta Sakura Kai, Flor de Cerezo, con fuerte implantación en las guarniciones de ultramar. La cabeza pensante del golpe pretende desestabilizar por completo la situación mediante el asesinato citado y una serie encadenada de atentados con bombas contra las residencias del Guardián del Sello Imperial, que es el interlocutor entre el Gobierno y la Casa del Tenno y, en consecuencia, quien decide sobre el acceso a palacio de personalidades del mundo de la política, representantes de familias cortesanas y altos oficiales que desean influir sobre el trono, y del Gran Chambelán (alto oficial que asesora al emperador), y también contra el cuartel de la Policía Metropolitana de Tokio, las oficinas de varios partidos liberales, el Banco de Japón y el Banco Mitsubischi para que el emperador entregue el poder a un militar. Los golpistas visibles acaban rindiéndose. Sin embargo, los tribunales militares permiten que los acusados expongan largo y tendido sus ideas y motivaciones *patrióticas*, entre las que salen a relucir el resultado de la Conferencia de Londres y el *derecho* del alto mando a comunicarse directamente con el emperador, y son indulgentes a la hora de dictar sentencia.

La muerte de Inukai, la falta de protección y de justicia para determinadas víctimas y el terreno ganado por las ideas ultranacionalistas entre la opinión pública es también la muerte de los gobiernos de partidos y la de los partidos como actores, no principales pero sí importantes, de la vida política, e incluso, casi, la de los civiles como gobernantes del país. Pues su descrédito es manifiesto; no porque sean ineptos, sino porque les ha faltado carácter o les ha resultado imposible, carentes del apoyo imperial, hacer cumplir a los militares las decisiones del Gobierno. Le sucede un almirante al frente del gabinete; es un hombre de tendencia moderada, pero, aunque no es la primera vez que un militar ocupa el puesto de primer ministro, lo reseñable es que a partir de entonces son más almirantes y generales que civiles los que desempeñan el cargo, sin que nadie se consolide en la dirección del país. Eso sí, de ahora en adelante, casi sin excepciones, las principales

decisiones del Gobierno serán tomadas por un hombre, civil o militar, identificado con el programa de los militaristas (Maki, 1945: 214).

3.6.3. Japón se retira de la Sociedad de Naciones

La actitud del gobierno chino ha consistido en intentar frenar el avance militar japonés en el norte del país, en declarar el boicot a los productos nipones y en hacer un llamamiento a la Sociedad de Naciones, el organismo internacional encargado de velar por la seguridad colectiva para que condene e imponga sanciones a Japón. En 1932, el gobierno de Tokio consiente las órdenes de los estados mayores de la Marina y el Ejército, que derivan en una escalada de la violencia. Comienza esta con el bombardeo de Nanking y, cuando con motivo del boicot, una serie de disturbios en Shanghái dan paso a enfrentamientos entre manifestantes chinos y la policía internacional, con el envío de dos divisiones, que expulsan a las fuerzas chinas allí establecidas y se hacen con el control de la ciudad. Lo peor viene después: teniendo o sin tener esa orden del mando, personal militar japonés asesina a prisioneros chinos, militares y civiles, y viola a mujeres, a veces de forma individual, otras en grupo, en manadas. Ya sea porque el alto mando japonés considera esas violaciones como inapropiadas o porque la prensa y la radio occidental y china denuncian lo que está sucediendo, es aprobada la propuesta del jefe adjunto del Estado Mayor del Ejército Expedicionario de Shanghái, de que el ejército cree y gestione burdeles para sus hombres (Rees, 2001: 46). Se desecha la idea inicial de enviar prostitutas japonesas, aunque también las habrá, y son mujeres coreanas y chinas las desplazadas para prestar servicios sexuales a la tropa.

Con ser este un tema grave, son la ocupación y creación en el sur de Manchuria de un Estado títere, y el establecimiento de tropas en otras partes de China, los elementos que fundamentan las principales protestas antijaponesas en Europa y Estados Unidos. Lo cierto es que, en esa coyuntura en la que las grandes potencias occidentales tratan de mostrarse comprensivas, al menos cautas, respecto a las agresiones cometidas por otros Estados (Italia, Japón, Rusia, en seguida Alemania), para evitar un nuevo conflicto militar que les afecte a ellas, son varios los gobiernos que se inclinan por la moderación en sus críticas al imperialismo japonés; entre los principales, al británico, conservador, lo que le interesa es *comprender* lo ocurrido en Man-

churia, para aceptarlo, pues se trata a fin de cuentas de un territorio poblado por una *raza inferior*.

Sin embargo, el gobierno japonés no atiende esa política de manos tendidas, a cambio de una rectificación o de una declaración en la que diga que los objetivos en el exterior han sido alcanzados, es decir, que el imperio japonés se da por satisfecho. Por el contrario, igual que sucederá con la Italia de Mussolini, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de Stalin y la Alemania de Hitler, el gabinete japonés, cediendo a las presiones del Estado Mayor del Ejército de Kuantung y a la opinión de varios ministros, se inclina por continuar la expansión en China. La provincia de Jehol termina de ser ocupada a comienzos de 1933 y, mediante la tregua alcanzada con Chang, Japón se asegura el reconocimiento del *statu quo* y la creación de una zona desmilitarizada entre los territorios ocupados por los nacionalistas y los que controlan sus tropas, en los cuales establecerá administraciones *autónomas* pro japonesas.

Cuando la Sociedad de Naciones debate sobre la actuación de Japón, su delegado justifica la política exterior de su país, sin aceptar un paso atrás o una alternativa a los hechos. La argumentación japonesa sobre la legitimidad de Manchukúo no convence a la Asamblea de la organización, que ha encargado un informe a una comisión *independiente*, conocida como Comisión Lytton, por estar dirigida por el británico lord Lytton. Esta recomienda el no reconocimiento de Manchukuo como Estado, la retirada de las tropas japonesas y chinas de la región, que las provincias manchúes reciban un régimen de autonomía administrativa dentro del estado chino y que Tokio y Nanking negocien un acuerdo sobre sus respectivos derechos en la región; es decir, no pide el restablecimiento de la soberanía china. Después de que la Asamblea adopte los puntos principales del informe de la citada comisión, por 42 votos frente a 1, el de Japón, el 27 de marzo su delegado anuncia su retirada de la Sociedad. Japón se convierte así en uno de los principales actores del deterioro del sistema de seguridad colectiva. Esta política de fuerza le sale barata a Japón, pues la Sociedad no le declara culpable de agresión, para no dictar sanciones económicas y financieras, y se limita a algunos actos simbólicos, dejando a su suerte a la nación agredida. Gran Bretaña y Estados Unidos viven atentos entonces a cuestiones de política interior y, para cuidar sus respectivos intereses económicos, no tratan de imponer en esta ocasión un frenazo al imperialismo japonés.

Permanece la división entre moderados y ultras, pero la clase dirigente en muy escasa medida se expresa dispuesta a una rectificación de la política exterior; nadie lo hace en público, y todos creen que la guerra civil china favorece los planes expansionistas. De hecho, durante 1933-1935 el ejército japonés avanza en varias provincias del norte de China, por órdenes de su Estado Mayor que son aceptadas, a posteriori, por el gobierno.

Durante estos años crece el presupuesto militar y lo mismo el ejército imperial, cuantitativa y cualitativamente. Además, el alto mando endurece la disciplina, de forma que durante la instrucción de los reclutas se generalizan los castigos físicos, a base de puñetazos, patadas y golpes con bastones de bambú. Los castigos son individuales y colectivos, a un individuo o a toda la unidad por la falta o el error de uno. Con fuerza bruta se impone la idea de que un recluta no debe actuar como individuo, sino como parte de una unidad, pues la actuación conjunta es necesaria para la seguridad de todos y para el triunfo, algo inoculado de manera distinta en otros ejércitos. Para establecer la identidad entre ejército y pueblo, y entre regimiento y pueblo, los miembros de cada unidad proceden de una zona del país, con lo que al menos una parte de los reclutas se conocen, y así, por el temor a que cometiendo una falta la familia quede humillada, es mayor la presión para seguir las normas. Otro elemento aglutinador lo aporta, como siempre, la obediencia al emperador, la cabeza de esa estructura familiar y jerárquica. Si en la escuela los niños aprenden que el emperador es un ser divino, en los cuarteles se recita la Proclama Imperial de los Soldados y los Marineros: en su condición de soldados del ejército imperial están ligados al trono, al que deben una obediencia ciega. Son varios los mecanismos para recordárselo, entre estos el hecho de que el tambor de los rifles lleva grabado el crisantemo, el símbolo imperial, y que cada día los reclutas hacen una reverencia en dirección al Palacio Imperial (Rees, 2001: 34-35).

3.6.4. Las sociedades patrióticas. Ideario y proyectos golpistas

El patriotismo en el sentido de etnocentrismo particularista ha existido en las etapas previas de la historia japonesa, basado en el aislamiento geográfico, una relativa homogeneidad racial y la identidad cultural. Paulatinamente,

este sentimiento indigenista se ha reforzado, debido al contacto con otros países, pudiendo haber ocurrido lo contrario, se ha organizado y desde hace años se expresa en la prensa, movimientos políticos, instituciones educativas y en sociedades patrióticas o ultranacionalistas, las cuales ganan terreno durante la década de 1930. La situación les es propicia, por la inestabilidad económica y porque existen sectores en la sociedad japonesa que consideran que su país no ocupa el lugar que se merece en la política mundial, por culpa del egoísmo de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, aunque también de Rusia, y de la debilidad de sus gobernantes. Es decir, como en otros sitios, y no solo en Alemania, una parte de la población acepta la idea de que los culpables de los problemas interiores son gobiernos, organizaciones o pueblos extranjeros. Los componentes de la teoría conspirativa, de la conspiración antijaponesa, son muy similares a los utilizados en otros países, aunque existen algunas características propias. Existiría una conspiración económica, que fue la que trajo la gran depresión y que, supuestamente, afectó más a Japón que a las potencias occidentales, y una conspiración política, de signo comunista. La judaica o judeo comunista tiene poco sentido en un país sin judíos, aunque algunos la utilizan para conectar con Alemania y para juntar elementos con los que denigrar a los gobernantes y financieros franceses, holandeses, británicos y norteamericanos, supuestamente judíos o al servicio del *capitalismo judío internacional*. Mayor rendimiento se le puede sacar a la acusación a uno o a un conjunto de empresarios japoneses, pero occidentalizados, y a los políticos liberales de antipatriotas, de traidores a su nación, de estar al servicio del *judaísmo internacional*. Y por supuesto a la conspiración comunista, ya que en Japón existe una pequeña organización comunista, clandestina y cada vez más amedrentada, y la revolución comunista ha triunfado en Rusia y prendido con fuerza en China. Dicho esto, el recurso a este tipo de teorías conspirativas resulta innecesario cuando se pueden utilizar argumentos más sencillos y tangibles. Por ejemplo, que Estados Unidos, Canadá y Australia poseen extensas áreas de territorio casi despobladas y sin actividad económica, y que ese no es el caso de Japón, necesitado de espacios para la emigración y la obtención de recursos. Otro ejemplo: la economía japonesa ha hecho un esfuerzo tremendo de modernización y eficacia, y pone en el mercado mundial una serie de productos, entre estos textiles y bienes de consumo doméstico, de buena calidad y bajo precio, gracias a la reducción de los costes de producción por las grandes

compañías y a la devaluación del yen, destinada precisamente a mantener y abrir mercados, productos que han venido comprando poblaciones de bajo poder adquisitivo. Pero al boicot chino se han sumado ya las barreras arancelarias en Estados Unidos (al que Japón compra maquinaria y petróleo) y en varios países europeos, para proteger sus mercados nacionales y también los de sus posesiones coloniales; así se pierden mercados que son necesarios para intentar equilibrar una balanza comercial que sigue siendo desfavorable y para que las empresas continúen produciendo y, en consecuencia, manteniendo los puestos de trabajo.

Las sociedades patrióticas dirigen su violencia verbal y física contra las instituciones políticas nacionales y contra civiles que ejercen cargos políticos, y también contra representantes del poder económico y militares moderados. En agosto de 1935, el general Nagata Tetsuzan, recién nombrado jefe de la Oficina de Asuntos Militares del Ministerio del Ejército, y que es parte de la cúpula militar partidaria de consolidar los logros alcanzados e imprimir un ritmo más lento a la expansión en el exterior, y que ha tomado medidas disciplinarias para controlar a los militares más radicales, es atacado por un teniente coronel con una espada samurái. Esta acción responde a la competencia entre militares por los cargos decisorios de la política militar y a la división en el seno de la alta oficialidad entre halcones y palomas. El ejecutor es miembro de la asociación Camino Imperial, fundada por el general Araki Sadao, exministro de la Guerra, cuyo programa básico es ultranacionalismo, autoritarismo, un gobierno militar que imponga valores militares a la sociedad civil, liquidando la *corrupción* extendida en la sociedad (tendencias frívolas en detrimento del espíritu de austeridad y sobriedad y corrupción en el mundo industrial y de los negocios en connivencia con la clase política), control estatal de la banca y la gran industria, expansión en el continente asiático y sustitución de Hirohito por uno de sus hermanos, el príncipe Chichibu. Nagata muere como consecuencia de los golpes y el asesino es juzgado, condenado a muerte y ejecutado.

Otras *sociedades patrióticas,* como Sociedad de la Esencia Nacional de Japón y Sociedad de la Fundación Nacional, a la que han pertenecido varios primeros ministros y generales, tienen un programa derechista y nacionalista de talante moderado, si las comparamos con Camino Imperial y la Sociedad del Río Amur. Pero son estas y otras sociedades ultras las que ganan terreno, sobre todo entre los cuadros medios del ejército. Se trata de

una minoría, pero bien relacionada y posicionada, y cada vez más influyente, y que está decidida a correr riesgos con tal de imponer un gobierno fuerte, una ideología que mezcla tradicionalismo y fascismo y una visión japocéntrica de Asia. El elemento unificador es el ultranacionalismo, la expansión en el exterior, mientras que en política interior aparecen divergencias, incluso en cuestiones importantes, y vaguedades, elementos populistas y demagógicos como el aumento de la felicidad del pueblo elegido gracias al orgullo patriótico y una política social que ponga fin a los antagonismos entre el empresariado y el proletariado urbano y campesino. Entre los inspiradores intelectuales de las sociedades más radicales figuran el escritor Kita Ikki, autor del libro *Un anteproyecto para la reorganización de Japón*, la cual incluiría un gobierno autoritario, el aumento de las competencias del emperador, la nacionalización de industrias, la redistribución de la gran propiedad agraria, la expansión territorial y la defensa de los intereses asiáticos frente a los occidentales, si es que son compatibles con la *misión asiática* de Japón. Casi todas integran a civiles y militares, siendo la principal excepción, de solo militares, Flor del Cerezo, que dirige el teniente coronel Hashimoto Kingoro.

Las conspiraciones y las intentonas golpistas no cesan. En 1936 tiene lugar el tercer episodio que muestra el ascenso del nacionalismo ultra frente al moderado. El 26 de febrero, un grupo de oficiales vinculados a Camino del Tenno intenta un golpe de Estado. Los sublevados se hacen con parte del centro de Tokio y atacan la residencia del primer ministro, almirante Okada Keishuke, que ha frenado el incremento en el gasto militar, y, asimismo, varios centros oficiales, entre los que figuran la Dieta y el Ministerio de la Guerra. La interpretación más fiable de los hechos es que, aunque los sublevados llegan a rodear el palacio imperial, el emperador se posiciona en contra del golpe, y que esto resulta decisivo para que varios de los jefes simpatizantes o implicados en la conspiración, como los generales Araki Sadao y Mazaki Jinzaburo, permanezcan indecisos. Antes de rendirse, rodeados por efectivos de la marina y la guardia imperial, los sublevados asesinan a varios políticos, entre los que figuran a quien confunden con el primer ministro, que es su cuñado, el ministro de Hacienda, el general que dirige la Educación Militar y el guardián del Sello Imperial; este último asesinato muestra la voluntad de los conspiradores de alejar del palacio a los moderados, a quienes defienden la bondad de las instituciones liberales y la negociación con las potencias

occidentales, y por supuesto la de utilizar en beneficio propio a la figura imperial. Los conspiradores causan también heridas al Gran Chambelán, puesto que desempeña un almirante, y en la lista de objetivos a eliminar figuran otros cortesanos, nobles y periodistas. La insurrección se mantiene viva hasta el día 29. Los rebeldes son encarcelados, juzgados y, en esta ocasión, trece oficiales y dos civiles son condenados a muerte y ejecutados, y a toda prisa, sin permitírseles dar publicidad a sus ideas. Por compañerismo con los golpistas condenados, algunos oficiales se suicidan recurriendo a la muerte más fanática y japonesa, episodio recreado por el escritor Yukio Mishima en una de sus obras, *Patriotismo,* y, años después, con su propio *seppuku*. Es por la influencia de los ultras, y por el hacer de, entre otros, los generales Araki y Mazaki, aunque pasados a la reserva, por lo que la idea de la ocupación total de China no pierde fuerza en un sector del ejército. Al mismo tiempo, el militarismo crece, expandiendo la idea de que la sociedad civil debe colaborar en la consecución de los objetivos de los golpistas, los cuales se pueden haber confundido en el procedimiento y haber cometido excesos lamentables, pero no en el programa. Las sociedades patrióticas seguirán machacando con dos ideas, el rechazo a la occidentalización cultural, que debe ser aparcada en beneficio del estilo de vida *japonés*, y la formación de un gobierno fuerte, bajo control militar y con más competencias, en detrimento de la Dieta y los órganos de asesoramiento del emperador; y, asimismo, un cambio en la política exterior y en la política de defensa, dotando de más medios materiales y humanos a los ejércitos.

Así pues, las instituciones políticas nacidas de la Revolución Meiji se han ido debilitando, golpeadas por sociedades ultranacionalistas en las que los militares tienen un protagonismo creciente, y el ejército está dividido. En paralelo, los partidos políticos y los civiles pierden peso en los gobiernos, y lo ganan los militares. En el puesto de primer ministro, se suceden generales y almirantes, con algún civil entre medias, un caso único en la Historia. No obstante, no debe pasarse por alto la división, la falta de consenso en las filas militares respecto a un líder indiscutido, y por eso todos los gobiernos duran poco tiempo, situación favorecida por la existencia de tres ministerios militares dirigidos por altos mandos, que son Guerra, Ejército y Marina, los dos últimos asignados por ley a oficiales en activo. Es evidente el avance del militarismo, en la política y en la sociedad, pero no existe un régimen militar.

A finales del invierno de 1936, el príncipe Konoe Funimaro, partidario de la amnistía de los insurgentes, declina la jefatura del gobierno, que asume Hirota Koki.

3.6.5. Panasianismo y militarismo. Camino de la invasión de China

El hecho de que aumente el gasto militar, se procure sustituir importaciones y no pare de crecer la industria pesada pone de manifiesto que han ganado terreno quienes creen que la guerra es y será un recurso necesario para asegurar al proyecto nacional territorios, mercados y materias primas y fuentes de energía. De hecho, los sucesivos gobiernos adoptan medidas cada vez más agresivas. Actúan así en función de sus cálculos en política interior y exterior; respecto a esta última atienden a la coyuntura europea y al previsible fortalecimiento de China, si Japón no lo impide.

Un año antes, en 1935, en la conferencia celebrada en Londres, Japón no ha aceptado, a diferencia de conferencias anteriores, límites a la dimensión de su marina de guerra. Esta habría sido una decisión destinada a deteriorar innecesariamente las relaciones con Estados Unidos y Gran Bretaña si quienes demandan un programa de construcciones navales más ambicioso pensasen solo en la expansión en una amplia zona de China. Lo que sucede es que una parte de la clase gobernante ve a los anglosajones como posibles enemigos, por detrás de China y la URSS. Asimismo, que la vista no está puesta solo en China, que cuenta con inmensas reservas de varios tipos de carbón y de hierro, también en los mares del Sur, que engloban la zona comprendida entre Indochina y la isla de Borneo, y en las regiones del sureste asiático, para asegurar, y a buen precio, el abastecimiento de petróleo, caucho y estaño.

A la búsqueda de posibles aliados, para lo que no sirve un competidor en el Pacífico, los gobiernos se acaban decidiendo por uno que no les podrá prestar ayuda directa en Asia, caso de ir a la guerra. Se trata de la Alemania nazi, con la que sectores de la clase gobernante japonesa coinciden en su animadversión a las democracias occidentales y en la percepción del comunismo como una amenaza, y cuya labor de desestabilización de Europa es vista con especial simpatía desde Tokio. En noviembre de 1936, Japón firma con Alemania el Pacto anti-Komintern, alianza contra la propagación del

comunismo; es un pacto de amistad y de colaboración política, al que Italia se sumará más adelante, dirigido contra la URSS, y que podría abrir las puertas a una alianza militar.

Pese a la aproximación a los regímenes fascistas y a la existencia de grupos filofascistas, en Japón no hay ni habrá ni un Estado totalitario ni un Estado fascista ni un gobierno dirigido por un partido fascista. Tampoco existe un líder carismático, un agitador de masas, ni de tipo fascista ni de ningún otro tipo. No obstante, atendiendo a lo ya sucedido, parece más probable que sea un militar el que ejerza el poder de forma autoritaria, pero los altos oficiales permanecen divididos, por cuestiones personales y programáticas. Un teniente coronel o coronel habría tenido su oportunidad en el caso de haber triunfado alguno de los proyectos golpistas, pero ese no ha sido el caso, y son generales y almirantes los que acceden a la dirección del gabinete por el procedimiento habitual: un grupo de consejeros imperiales recomiendan su nombramiento al guardián del Sello Imperial, puesto desempeñado ahora por el príncipe Saionji, quien lo presenta para su aprobación al emperador. Además, como sucede, parcialmente, en Italia, en Japón perviven las instituciones. No obstante, la tendencia al autoritarismo, y al racismo, ha sido señalada y la evolución es hacia un régimen militarista de derechas.

En 1937 suceden dos cosas que conforman el cuarto episodio en el ascenso del militarismo, en esta ocasión sin intentona golpista de por medio. Y esta vez los ultranacionalistas consiguen su objetivo, ir a la guerra contra China.

La primera parte ocurre en enero. Después de que un miembro de la Dieta afirme que los militaristas no cesan de entrometerse en la política nacional, violando así el mandato del emperador Meiji a los hombres del Ejército y la Marina, el Ejército provoca la caída del gabinete presidido por Hirota y fuerza la formación de otro gobierno. Pues, a la dimisión del ministro de la Guerra, Terauchi, le sigue la negativa del resto de altos mandos de asumir esa cartera hasta que ese *insulto* al honor del Ejército sea retirado. No consigue vencerla Ugaki, que es un conservador con amplia experiencia en destinos militares, ex gobernador general de Corea y que cuenta con el favor de un amplio sector de la opinión pública; los radicales mantienen el boicot y se imponen, pues tres altos mandos rechazan el cargo. El personaje admitido, durante unos meses, por los ultras para encabezar el gobierno es un general de escasas capacidades políticas pero

que fue quien cursó la orden de enviar refuerzos a Manchuria seis años antes. Quedan claras cuatro cosas. La primera, que cada vez más militares se consideran con derecho a expresar opiniones políticas, pero no a admitir que los políticos opinen sobre temas militares. La segunda, que las muestras de solidaridad entre militares tienen que ver con los puntos de vista de los militaristas. La tercera, que buena parte de los altos mandos no aceptan la llamada a ser parte del gobierno, aunque la persona que accede a su jefatura ha recibido previamente el mandato del emperador. Y la cuarta, que el Ejército quiere y puede imponer sus ideas en política interior y exterior, pues, aunque carente de una estructura, de una institución propia, al margen de los ministerios, y de un líder indiscutible, nadie, en el gobierno o fuera de este, tiene la capacidad de oponerse a sus designios. Supuestamente, el emperador no interviene, pero consiente; y cabe preguntarse: ¿alienta a los militaristas?

La segunda parte tiene lugar en junio. Unas semanas después de aparecer como Hitler en un baile de disfraces, el príncipe Konoe Funimaro accede a la jefatura del gobierno, sustituyendo a Hayashi. Konoe es una de las principales figuras de un conglomerado de personalidades y grupos que comparten ideas que en Europa se califican de derecha autoritaria, extrema derecha y fascismo, una mezcla de tradicionalismo, ruralismo y ultranacionalismo japonés, aderezado con panasianismo, expresión de su rechazo al dominio occidental, al racismo contra los asiáticos en Estados Unidos y a la Sociedad de Naciones, y de recelo a que una China gobernada por los nacionalistas adelante a Japón y controle Asia. Konoe no incluye en el ejecutivo a ningún político de los partidos más votados en las recientes elecciones, pero sí a dos del nuevo partido de orientación totalitaria. En este momento, la figura principal entre los muchos militares que se expresan a favor de una política exterior a la vez fuerte y *responsable*, es Tojo Hideki, general, burócrata competente, hombre de costumbres sencillas, intrigante y habilidoso en las pequeñas reuniones que deciden la política japonesa.

Las decisiones del gobierno de Tokio han sido cualquier cosa, menos prudentes, desde el inicio de la invasión, paso a paso, de China. Por eso la probabilidad de que un gobierno, mediante una decisión autónoma, o forzada por el Estado Mayor del Ejército y otros poderes, se decida por la invasión de la totalidad de China es muy alta. Los estudiosos del período

citan varios factores explicativos de por qué ahora se va a dar ese paso. El primero es el deseo de controlar el mercado chino, justo después de que el gobierno de Nanking se niegue a conceder más facilidades a las importaciones japonesas y anuncie la negociación con bancos británicos y norteamericanos de cara al desarrollo industrial, medidas ambas negativas para la industria japonesa. El segundo es que el ejército nacionalista chino se moderniza gracias a instructores extranjeros y la compra de material a los anglosajones, contrarios al expansionismo nipón y molestos por el acercamiento Berlín-Tokio, de forma que la superioridad japonesa tendería a disminuir. El tercero es que la coyuntura internacional es favorable, con la URSS, con la que Japón ha chocado en Mongolia, paralizada por las purgas estalinistas, y con Francia y Gran Bretaña preocupadas por las consecuencias de la Guerra Civil española y la aproximación Alemania-Italia. Y existe un cuarto factor: la intermitente guerra civil china también podría favorecer al ejército japonés.

Ciertamente, se dan una serie de situaciones favorables para obtener por la fuerza más beneficios en China, o para la invasión del conjunto del país. Pero ese tipo de decisiones conllevan riesgos que los ultras no han querido tomar en consideración.

4

La guerra conduce al desastre (1937-1945)

4.1. *Japón se lanza a la invasión de China*

La nueva fase de la guerra entre Japón y China va a durar ocho años. Esta guerra tendrá consecuencias muy diferentes a las dos anteriores, contra la misma China y Rusia. No solo porque Japón será el perdedor de la guerra. El hecho determinante, que ha influido negativamente en las relaciones de Japón con los países de su entorno asiático durante la segunda mitad del siglo xx y las dos primeras décadas del xxi, es que el ejército japonés, además de ser el agresor, comete crímenes de guerra, mediante el asesinato de prisioneros militares, actos de genocidio contra la población civil y, además, promueve la violación y esclavitud sexual de mujeres. La mayor parte de esos actos criminales los sufre la población china, pero también afecta a otros pueblos sometidos a la ocupación japonesa durante la Segunda Guerra Mundial

El ejército japonés dispone de varios regimientos acuartelados en China. El 7 de julio de 1937 tiene lugar un tiroteo entre tropas japonesas y chinas,

por causa confusa, en Beijing, a las afueras de Pekín. Tal vez debido a que fuerzas japonesas estacionadas en las orillas del río Yongding, a la altura del puente de Marco Polo, situadas allí en virtud del tratado internacional de 1901, impuesto por varias potencias tras la derrota de los bóxers, realizan un ejercicio con munición de fogueo y este es contestado con fuego real por fuerzas chinas; o porque, una vez más, el mando del ejército expedicionario japonés ha fabricado el incidente que precisa para alcanzar su objetivo. Una parte del gobierno japonés no cree que el país esté preparado para una guerra en China. Por este motivo, Konoe impone, inicialmente, su opinión de enviar refuerzos al norte de China, como medida de presión con la que obtener cuando menos una disculpa y, con esa política de firmeza, aunar en torno a su persona a la opinión pública, no solo a los ultras. Pero inmediatamente después se inclina por una campaña militar con la que obtener beneficios territoriales y económicos, confiado en una rápida victoria y en que ni el gobierno de la URSS, centrado en pugnas internas, ni los de Gran Bretaña y Francia, más preocupados por las reclamaciones alemanas e italianas, ni el de Estados Unidos, al que se considera volcado en política interior, intervendrán y tampoco expresarán grandes protestas.

Comienza así otra guerra, o lo que sucede es simplemente la guerra total entre dos Estados que se han enfrentado durante los años previos en una guerra parcial e intermitente. Lo que no va a cambiar es que todos los frentes de guerra están en el territorio de la nación agredida.

La progresión de las fuerzas japonesas estacionadas en China y de las unidades de refuerzo es muy rápida. Tras una serie de bombardeos indiscriminados, sobre ciudades y pueblos del norte del país, para aterrorizar a la población y neutralizar los actos de resistencia, el 27 de julio de 1937 la aviación japonesa bombardea Pekín, que es uno de los primeros bombardeos aéreos sobre población civil, dos meses después del sufrido por Guernica (Vizcaya). En agosto, los japoneses ocupan la antigua capital, tras solo dos días de combates, y también Tientsin, en el norte, y atacan Shanghái, la mayor ciudad y principal centro económico de China, y otras poblaciones del sureste del país. A causa de la superioridad japonesa por mar y aire, las tropas chinas se ven obligadas a abandonar Shanghái en noviembre.

A continuación, su objetivo es Nanking, centro artístico y político, que fue capital del país en varias etapas de su historia y que volvió a serlo en 1928, por decisión del gobierno nacionalista. Chiang Kai-shek delega su

defensa en uno de sus subordinados, con la misión de ralentizar el avance japonés, que no cree que pueda ser detenido allí, y desplaza los equipos administrativos y la mayor parte de los medios militares a las ciudades situadas al oeste, confiando en que tendrá tiempo para reorganizar sus efectivos.

4.2. *Los crímenes del ejército japonés en Nanking*

4.2.1. Camino de Nanking. Aprendiendo a asesinar a los prisioneros

En su avance sobre Nanking, las tropas japonesas dejan un reguero de aldeas y ciudades destruidas, entre estas Suchow, apodada la Venecia de China, y de civiles asesinados y mujeres violadas y secuestradas para someterlas a esclavitud sexual. En parte, lo sucedido tiene algo de improvisación, de medidas adoptadas entre la toma e incendio de Shanghái y la de Nanking, pero el ejército ha sido entrenado tanto en el territorio nacional como en el país invadido para tratar a los chinos como una raza inferior y merecedora de un castigo brutal por su no aceptación del papel que a Japón le corresponde en la Historia.

Con este fin, durante los años previos la instrucción de la tropa ha derivado en un proceso de brutalización sin parangón en ningún otro país. A los reclutas no solo se les inculca la supeditación del individuo al grupo mediante procedimientos lógicos mentales y la instrucción, también con el recurso, generalizado, al castigo físico, mediante bofetadas, puñetazos y golpes con bastones de madera. Estos golpes se utilizan para castigar faltas en el servicio, pero también para endurecer el carácter de los reclutas, para habituarles al sufrimiento, cabe suponer que el que les espera en la guerra, que deben imaginar y desear. No es del todo distinta la situación de los cadetes de la Academia Militar de Ichigaya, que tienen que superar las asignaturas habituales de ciencias y arte de la guerra, lenguas extranjeras, historia y educación física, con el riesgo de que cualquier error merezca un castigo físico. Sus mandos les inculcan la idea, en paralelo a la labor realizada por varios medios de comunicación, de que los chinos son basura, seres infrahumanos que deben obedecer o ser eliminados. Se la inculcan con palabras que utilizan ejemplos inventados, con gritos y con golpes.

Con esa idea en sus cabezas, cinco años atrás, las tropas de ocupación japonesas asesinaron a civiles y violaron a mujeres cuando ocuparon la ciudad de Shanghái. Pero lo que ahora va a ocurrir es mucho peor, cuantitativa y cualitativamente, uno de los peores horrores en la historia del siglo xx. Camino de Nanking, las tropas son instruidas con prácticas reales de asesinato de prisioneros. Una vez capturados, se les ata y se les ejecuta mediante cargas a la bayoneta; así, los soldados perciben lo *fácil* que es matar, sin pensar en la persona que matan, pensando que no matan a un ser humano (Rees, 2001: 38); también se utilizan otros métodos, como la reunión de grupos en las afueras de las poblaciones, donde son ametrallados o empapados con gasolina y quemados, o utilizados para competiciones con espada entre suboficiales y oficiales, a ver quién corta más cabezas o causa la muerte con cualquier otro golpe sobre chinos sueltos sobre un cuadrilátero o atados; de estas competiciones informan durante unos días varios diarios japoneses. Faltan pocos meses para que personal policial y militar alemán inicie el exterminio de poblaciones en el este de Europa, mediante ametrallamiento o tiro a tiro de hombres, mujeres y niños.

El mando de las tropas japonesas que avanzan sobre Nanking corresponde al general Matsui Iwane, quien sufre de tuberculosis crónica. A causa de un brote de la enfermedad, a comienzos de diciembre el emperador le confiere un nuevo destino, el mando de las operaciones en China central, y le reemplaza por su tío, el príncipe y teniente general Asaka Yasuhiko. De acuerdo con el teniente general Nakajima Kesago, que se recupera de una herida y quien es descrito por uno de los estudiosos del ejército imperial como "un pequeño Himmler, un especialista en materia de control de mentes, la intimidación y la tortura" (Bergamini, 16, cit. Chang, 2016: 55), Asaka cursa órdenes de que una vez tomada la ciudad todos los prisioneros sean ejecutados de forma organizada, en grupos, por compañías que han de actuar en lugares situados en las afueras de la ciudad (Chang, 2016: 59). Así se eliminarían competidores por la comida y a militares y civiles susceptibles de convertirse en guerrilleros. Aunque aproximadamente la mitad de la población de la ciudad, de algo más de un millón, y de quienes, procedentes de otras poblaciones, habían acudido allí a refugiarse, han huido durante la segunda quincena de noviembre, antes de que se cierren las rutas de escape por tierra y el río Yangtsé, en Nanking permanecen más de medio millón de civiles y 90.000 efectivos militares.

El ejército japonés que cerca Nanking dispone de menos efectivos, 50.000 hombres, pero está mejor armado y entrenado, y mucho más motivado para la guerra. Para reducir bajas, los japoneses bombardean las poblaciones de su entorno y la totalidad de Nanking, sin distinguir zonas ni edificios, con aviación y artillería, y con propaganda, que exige la rendición mezclando amenazas, a quienes ofrezcan resistencia, y buenas palabras. Después, una vez volados la mayoría de los puentes por su aviación, cercan la ciudad, aprovechando la circunstancia de que está situada al sur de un codo del río Yangtsé.

Hasta unos meses antes, norteamericanos y británicos han sido parcialmente comprensivos con las pretensiones alemanas de expansión hacia el este, ya que el tratado de Versalles había tratado con mucha dureza a Alemania y parte de los territorios de esta habían ido a parar a Checoslovaquia y Polonia; en cambio, han considerado reprobables las ansias imperiales de Japón sobre un territorio que nunca ha sido suyo. Estados Unidos sigue prestando diversas ayudas al gobierno chino. Ahora su embajada da servicio de comunicaciones a su ejército y su jefe de gobierno, Chang, dirige las operaciones de defensa de Nanking, primero, y de huida, a continuación, desde un destructor norteamericano. Como represalia, el día 11 la aviación japonesa, que cubre el avance de su armada, bombardea no solo los barcos chinos sobre el Yangtzé, sino también tres petroleros de la Standard Oil Company, cuatro cañoneras británicas y la cañonera estadounidense *Panay;* la artillería japonesa completa la acción, con el resultado de los petroleros y el *Panay* hundidos. Pese a las disculpas del gobierno de Tokio, que argumenta que esas acciones militares no han sido autorizadas, el norteamericano, con Roosevelt en la presidencia, planea una operación de bloqueo por el mar de Japón. Pero no la ejecuta, duda y se limita a exigir de nuevo la retirada japonesa en China y a amenazar con sanciones económicas. Por su parte, los británicos, como antes los franceses, están ya preocupados por la amenaza alemana, mucho más cercana de sus metrópolis.

4.2.2. La toma de Nanking y los crímenes japoneses

El 8 de diciembre, los japoneses combaten ya en los alrededores de Nanking, bombardean la muralla y su infantería se apresta al asalto de la ciudad el

día 9. La defensa china es ineficaz, por ser sus medios cualitativos inferiores y por su descoordinación, ya que Chiang ha retirado la fuerza aérea el día anterior, para conservarla, y el 11 cambia los planes y ordena una retirada de los medios militares, muy difícil, por el cerco enemigo; la única ruta de escape, que exige llegar al puerto norte, y desde aquí cruzar en juncos el Yangtsé, el río más ancho y largo de Asia, está a punto de quedar bloqueada, pues dragaminas japoneses abren el camino a su escuadra sobre Nanking (Chang, 2016: 100-101). Las tropas japonesas atraviesan las murallas de la ciudad por tres puntos, y los chinos son incapaces de frenarlos. El día 12, el mando chino ordena la retirada, una misión que supone sacrificar a la desesperada a la mayor parte de los efectivos, unos tratando de cruzar el río y otros de romper el cerco enemigo. La desbandada y la ya débil y esporádica resistencia china facilitan la toma de la ciudad a lo largo del día 13.

Tras entrar en la ciudad, el ejército japonés comete una serie de crímenes que superan todos los cometidos con anterioridad, en número y tipología. Es una acción criminal sobre población indefensa, militar y civil, que es la mayoritaria, premeditada y de la que es responsable el mando militar, pues dura siete semanas. Entre los testigos que pudieron contar lo ocurrido figuran supervivientes chinos y miembros del recién creado Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanking, integrado por los norteamericanos y europeos residentes y que no han abandonado la ciudad y que se afanan en dar protección a miles de chinos mientras toman nota de lo que ven, incluido el secuestro y violación de mujeres que han tratado de proteger, y de lo que les cuentan. Otro testimonio lo aportan japoneses, corresponsales que relatan durante los primeros días una parte de ese horror, con entusiasmo, y cuyas empresas dan publicidad a su trabajo, hasta que los gobiernos y la prensa occidental desencadenan una oleada de protestas por lo que está ocurriendo a partir de las noticias proporcionadas por la prensa japonesa y por los occidentales que permanecen en la ciudad e informan por radio y telégrafo a las embajadas.

Tras entrar en la ciudad, las tropas disparan sobre la gente, en la calle y en el interior de las casas que registran para saquearlas. A continuación, penetran en los edificios oficiales y se llevan a decenas de miles de hombres, la mayoría civiles, también soldados que se han vestido de civiles, les atan las manos y los conducen a las afueras de la ciudad, donde los ejecutan en el transcurso de los días siguientes. El objetivo no es solo exterminar, también humillar y causar el

máximo dolor a las víctimas. Pues muchas personas son asesinadas utilizando ametralladoras, pero otras encuentran la muerte mediante los siguientes procedimientos: enterradas vivas; en actos personalizados que suponen el empleo de bayonetas y espadas, unas decapitadas, otras desmembradas, crucificadas y sometidas a otras torturas (Chang, 2016: 114-116). Posiblemente, la matanza más numerosa ocurre cerca de la montaña de Mufu, donde unos 57.000 civiles y soldados son ametrallados, rematados con bayoneta, incinerados por grupos en hoyos y arrojados al Yangtsé.

Después comienza la captura y violación de mujeres en grupo, seguida en ocasiones de su asesinato, y el de sus hijos. Los militares japoneses las sacan de sus casas y también de las dependencias de organismos dirigidos por europeos, como la University Middle School y Cruz Roja Internacional, situados en la denominada, por los europeos y norteamericanos que no han huido, Zona de Seguridad.

En resumen, en el transcurso de varias semanas, el ejército japonés asesina a más de 250.000 chinos, colectiva e individualmente. Posteriores gobiernos japoneses reducirán mucho esa cifra, y en más de una quinta parte algunos profesores de este país, cifra que otros reducen a unos pocos miles, mientras que los estudios chinos, de militares y profesores universitarios, la elevan a entre 300.000, que es la que figura en la actualidad en el Pabellón Conmemorativo de las Víctimas de la Masacre de Nanking por los Invasores Japoneses, y 430.000.

Es "el crimen más atroz de todos los cometidos por Japón en China". En términos cuantitativos, la masacre constituye "un fenómeno único en el apartado de los crímenes de guerra japoneses", pero en términos cualitativos lo sucedido es lógico, pues tiene que ver con las ideas sobre los chinos dominantes en la oficialidad e inculcadas a las tropas (Rees, 2001: 45).

4.3. *Las esclavas sexuales para el ejército japonés. Crímenes con marchamo oficial*

Los crímenes japoneses cometidos durante el primer lustro de la década de 1940 ofrecen varias semejanzas con otros crímenes de guerra y genocidios. El maltrato de población indefensa, el castigo a los prisioneros, los campos de concentración, las violaciones, el empleo de los prisioneros como mano

de obra esclava y otras formas de maltrato a enemigos derrotados estaban ya inventados. No obstante, este epígrafe se ha diseñado con el propósito de mostrar la organización y grado de perfeccionamiento alcanzado por las autoridades japonesas en la explotación sexual de mujeres asiáticas. Cuantitativa y cualitativamente esta acción criminal constituye un caso único en la Historia, pues, aunque la violación de mujeres y de hombres del bando enemigo ha sido practicada por numerosos ejércitos, nunca hasta entonces había afectado a tantas personas ni alcanzado tal grado de planificación, dirigida por mandos militares y bajo control estatal (Rees, 2001: 49). Cabe plantearse si basta para explicar lo sucedido con decir que ocurre en el contexto de una sociedad conformista y bajo presión del poder político y militar, en manos de fanáticos nacionalistas y racistas, que el maltrato a prisioneros y prisioneras es cometido por miembros de unidades militares que casi siempre se conocen, y alentados por sus mandos, y que no desean destacar rechazando participar en el crimen, para no ser señalados y perjudicar a su familia.

En Nanking, y en otras poblaciones antes, las violaciones las sufren mujeres *cazadas* en el momento posterior a la ocupación y durante los días siguientes a esta. El número de mujeres violadas en Nanking oscila, según estudios, entre 20.000 y 80.000, un hecho que, más allá de las estadísticas, ha sido presentado por Susan Brownmiller como el peor caso de violación infligida a una población civil, por detrás de la sufrida por las mujeres bengalíes por soldados paquistaníes en 1971 (*Against our Will: Men, Women and Rape*, cit. Chang, 2016: 117).

La reflexión del mando japonés sobre el efecto negativo que tendría para su país el conocimiento de las violaciones de mujeres y, en ocasiones, también de varones, es el factor que confiere carácter oficial a un proyecto clandestino de prostitución bajo dirección del ejército. Consiste en la contratación de mujeres, a unas diciéndoles para qué se las requiere y a otras mediante el engaño, con la oferta de un empleo en un destino lejano, y también en la compra o rapto de mujeres, en todos los casos para que presten servicios a los soldados como *mujeres de consuelo,* eufemismo de esclavas sexuales. No existen datos exactos, dado que las autoridades japonesas destruirán buena parte de la documentación antes del final de la guerra, pero su número es muy elevado, oscila entre 80.000 y 200.000 y la mayoría proceden de la colonia japonesa de Corea, así como de China, Taiwán y, conforme se ocupen otros territorios, de Filipinas e Indonesia.

La apertura de burdeles para personal militar no evita que se sigan cometiendo violaciones al margen de este sistema; al menos la de mujeres chinas es permitida, cuando no propiciada, por la oficialidad. A partir de las entrevistas hechas a soldados japoneses cinco décadas después de aquellos hechos, se concluye que la violación era un acto de violencia sexual que servía para relajar y premiar a la tropa y que tenía, además, la utilidad de estrechar las relaciones sociales entre soldados, que servía de rito de iniciación, dirigido por soldados veteranos, de recompensa ofrecida a los novatos (Rees, 2001: 49-55). Pero no es solo este el *beneficio* obtenido, hay varios más: que, desconocedores de este sistema, cese la crítica china e internacional a las violaciones y reducir el número de afectados por enfermedades de transmisión sexual mediante el reparto de preservativos y el control médico de las esclavas sexuales, hasta su baja laboral, por extenuación, enfermedad, suicidio o asesinato. El primer burdel de este tipo abre sus puertas en Nanking al año siguiente.

Es en China donde el ejército japonés comete el mayor número de crímenes y donde viola todas las leyes de la guerra. Aquí, al contrario que contra Estados Unidos y sus aliados, utiliza armas prohibidas en el tratado de Versalles suscrito por su gobierno, como son los gases venenosos; la firma del emperador aparece en las directrices que establecen su uso. También emplean armas bacteriológicas, de forma planificada. La Unidad 731, dedicada a investigación en guerra biológica, asiste al Ejército Imperial en sus operaciones, y una de estas colaboraciones consiste en el bombardeo a poblaciones con ratas infectadas con la peste y otras toxinas. Además experimenta esta y otras armas con ciudadanos chinos, también utilizados en experimentos de vivisección humana y en investigaciones de reacción a la peste y otras enfermedades, como el tétanos y el cólera (Rees, 2001: 58-61).

4.4. *Los costes de la decisión de ir a la guerra*

4.4.1. La victoria, insuficiente, japonesa

En 1938, el gobierno chino se repliega al interior del país. El ejército japonés prosigue su avance, hasta controlar los centros políticos y económicos del norte y los del valle del Yangtsé inferior, sus rutas de transporte y comuni-

caciones, y bloquea todo el litoral chino. Además, sus divisiones situadas al norte y al sur del país enlazan las dos zonas y, a finales de año, toman Cantón, la principal ciudad del sur. La suerte de la guerra parece decidida. Sin embargo, mientras las tropas japonesas se adentran en un inmenso territorio, desconocido y hostil, los dos ejércitos chinos, el nacionalista y el comunista, resisten. Dado que enfrentarse a los japoneses en un combate frontal sería un suicidio, van a mantener la lucha mediante guerrillas, que cuentan con el respaldo de la población. Las noticias de los crímenes japoneses alimentan el odio al invasor, al tiempo que despiertan o incrementan la hostilidad hacia Japón en la opinión pública mundial, atenta también a la Guerra de España y a la anexión de Austria por el Tercer Reich.

Aunque la superioridad militar japonesa resulta aplastante, cabe la posibilidad de que el Gobierno y el Estado Mayor japonés no hayan medido las consecuencias de no alcanzar rápidamente la victoria, para lo cual hubiera sido necesario o bien el desplome de los ejércitos chinos o que un sector de los nacionalistas estuviera dispuesto a colaborar con el invasor con tal de asegurarse la derrota de los comunistas. Esta segunda posibilidad se cumple, pero la existencia de un gobierno colaboracionista no es suficiente para alcanzar la victoria total. Acostumbrado a las intrigas cortesanas, como sus antepasados, pero carente de verdaderos aliados, la política de Konoe respecto a la guerra seguirá siendo dubitativa, alternando el envío de más tropas, la negociación con los nacionalistas chinos y la desconfianza ante el discurso de los ultranacionalistas.

Así pues, Japón se enfrenta a una larga guerra de desgaste en territorio enemigo, sin haber previsto su resistencia y menos aún, es pronto para decirlo, su reacción, en virtud del fortalecimiento de los ejércitos chinos, gracias a la ayuda, respectivamente, de Estados Unidos y de la URSS. La situación de los comunistas ha evolucionado desde los acontecimientos en Shanghái, por dos factores. Uno es que la elección del proletariado de las ciudades como principal sujeto revolucionario para la toma del poder ha sido sustituida, adaptando la estrategia a la realidad del país, por el campesinado, con el estímulo de una reforma agraria radical. El segundo es que el cerco de las tropas nacionalistas había dado lugar, tres años antes, a la *Gran Marcha,* en realidad una huida que condujo al Ejército Rojo desde los distritos montañosos del sur del Yangzi a las proximidades de las bases japonesas del norte y del nordeste del país. Las voces que reclamaban que las fuerzas enfrentadas

en fratricida guerra civil detuvieran el conflicto interno, para enfrentarse a la invasión extranjera, terminan imponiéndose. Están a la defensiva, pero esperan la oportunidad de coordinar maniobras que hagan retroceder al invasor.

Esa oportunidad no existe en 1938. Es verdad que Japón no ha ganado la guerra y que, dado que no puede extender las grandes operaciones a las regiones del interior, por falta de ferrocarriles y carreteras, el Estado Mayor dedica muchos efectivos al control de las fronteras de la zona ocupada. Pero ha conseguido ya lo principal desde un punto de vista económico, el acceso a materias primas y a mercados para su industria, y el dominio de un inmenso territorio, lo cual satisface a una parte del nacionalismo japonés.

4.4.2. Los efectos negativos de la invasión

Aparte de los beneficios económicos, que llevará un tiempo organizar, esta guerra tiene otros efectos a corto y largo plazo para Japón. Varios son de índole militar. Uno, originado antes pero ahora con efectos inmediatos, es la expansión de las fuerzas armadas, a partir de la Ley del Servicio Militar Universal de 1927; la recluta incluye personal más joven pero también de más edad, rebajando los requisitos físicos. Añádanse el aumento del gasto militar, que se dispara en 1937-1938, la oportunidad de rápidos ascensos en el ejército, la circunstancia de que la sociedad japonesa se acostumbra a convivir con la guerra y la violencia, aunque los frentes de guerra estén lejos, y el inicio del control oficial de la economía. Además, los militares asumen más competencias: a finales de 1937, Konoe establece unas reuniones conjuntas gobierno-fuerzas armadas, en las que las principales figuras son el jefe del gabinete, el ministro de Exteriores, los de Guerra, Ejército y Marina y los jefes de los estados mayores del Ejército y la Armada, con un claro dominio de los militares.

Otra consecuencia es el empeoramiento de las relaciones internacionales, precisamente después de que el gobierno haya conseguido que Tokio sea elegida sede de los Juegos Olímpicos de 1940; los anteriores, en agosto de 1936, han sido en el Berlín hitleriano, lo que ofrece dos muestras de la política de apaciguamiento de las democracias hacia las ansias expansionistas de gobiernos autoritarios. En realidad, habrá que esperar otros veinticuatro años para que el sueño olímpico se haga realidad en suelo japonés. Todavía,

en 1937, el arquitecto Sakatura Junzo, discípulo de Le Corbusier, gana el premio de la Exposición de París por su pabellón japonés, y dos pilotos japoneses, a bordo de un prototipo fabricado por Mitsubishi vuelan de Karachi a Londres para celebrar la coronación del rey Jorge VI, realizar visitas de cortesía a las capitales europeas y llevar la idea de un Japón moderno a Europa (Hotta, 2015: 79-80). Pero la situación va a cambiar como consecuencia de la política agresiva de Japón para con varios países. En China actúa contra los intereses occidentales, impidiendo el funcionamiento económico de las concesiones extranjeras y la navegación por los grandes ríos de los buques mercantes europeos y estadounidenses, hasta anunciar el final del principio de *puerta abierta*. Como sucedió con la creación de Manchukúo, el gobierno japonés puede creer que el coste va a ser escaso, pues la Sociedad de Naciones sigue sin declarar a Japón nación agresora, y Gran Bretaña y Estados Unidos se muestran pacientes.

Al mismo tiempo, el esfuerzo de guerra tiene costes que repercuten en el conjunto de la población: el principal la escasez de comida, incluido el alimento básico, el arroz, en teoría hasta que se asegure el aprovisionamiento con la producción china; a este se suma el destino de muchos recursos a la industria pesada en detrimento de las industrias de consumo. Los cupones de racionamiento se generalizan para todo tipo de bienes, así como los eslóganes oficiales para desalentar el consumo excesivo y los artículos de lujo, del tipo "El verdadero japonés no puede permitirse ceder a los caprichos". Lo dicho supone un notable cambio, a peor, de la sociedad japonesa. Además del racionamiento, algunas familias se ven afectadas directamente por la guerra, con la noticia de que uno de los suyos ha muerto, ha sido herido o ha perdido un miembro. Sin embargo, las protestas son escasas. El miedo a gobernantes cada vez más autoritarios y propensos a utilizar los mecanismos represivos y la idea de que la guerra es una cuestión de patriotismo y que ha sido decidida o aceptada por el emperador, perteneciente a una dinastía de origen divino, acalla las protestas, mientras predominan las voces y los gestos de entusiasmo por las victorias en China. Junto a la guerra, el otro gran tema de la vida nacional, y estrechamente relacionado, es el de la expansión territorial y la colonización por nacionales de los territorios anexionados. Como durante los años anteriores, el gobierno sostiene campañas que incitan a emigrar a Manchuria y Corea, de las que forman parte novelas, obras de teatro, películas y relatos en la prensa. Pero el efecto es limitado, pues la

emigración a lugares lejanos ha sido inhabitual en la historia reciente japonesa, quienes deseaban realmente emigrar ya lo han hecho y la preferencia de quienes se lo piensan es Estados Unidos.

La sustitución del Consejo de Planificación Interministerial, de 1937, por la Ley de Movilización General, que entra en vigor en abril de 1938, establece una economía de guerra mediante la regulación de precios y salarios, del comercio exterior, de los cambios, las inversiones y el mercado de trabajo y parcialmente de la producción de los bienes de consumo; no de la industria pesada, en realidad el sector más importante para la economía de guerra, por la resistencia de los grandes grupos empresariales. Que las medidas ya tomadas sean ampliadas, como reivindican los ultras, sobre todo por los partidarios del control e incluso la propiedad estatal de los grandes medios de producción, recibe aceradas críticas de los dirigentes empresariales. Y todavía entonces algunas voces se expresan a favor del empleo de medios pacíficos para el logro de objetivos económicos, señalando que el crecimiento sostenido pasa por el acceso a todos los mercados, entre estos el estadounidense; que allí se venden diversos productos y se compran máquinas herramienta y petróleo, y que esto depende de unas buenas relaciones internacionales, y no de nuevos planes de expansión territorial. Los ultras responden que, una vez asegurado, mediante la guerra, el aprovisionamiento de carbón y hierro, y a precios muy asequibles, el gobierno no dispone de capacidad para forzar un aumento de las importaciones procedentes de Estados Unidos, y tampoco de los metales necesarios para el armamento pesado y el petróleo comprado en las Indias holandesas, ni para gestionar su obtención a mejor precio, a no ser mediante la ocupación de las zonas productoras.

En noviembre de 1938, el gobierno proclama la política del Nuevo Orden del Este Asiático. Entramos así en la política de gestos y actos grandilocuentes, sin que Japón consiga la victoria definitiva en China y sin que mejore la situación económica para los ciudadanos japoneses. En enero de 1939, Konoe dimite. El hecho de que le sucedan varios gobiernos efímeros refleja la inestabilidad política, en buena parte por la división del autoritarismo tradicionalista, en moderados y ultras, que difieren en cómo afrontar la situación económica, la guerra con China y la tensión con Estados Unidos.

En el verano, justo antes del inicio de la guerra en Europa, las fuerzas de Japón y la URSS se enfrentan en la frontera entre Mongolia y Manchuria; es el segundo conflicto militar entre ambos países en breve tiempo, pues el año

anterior se habían enfrentado cerca de la frontera entre Manchukúo y Corea. El motivo ahora es que el primer territorio, desgajado del imperio chino, constituye un tema de litigio desde la ocupación japonesa del segundo. El gobierno japonés es el que actúa como provocador. De forma sorprendente para los dirigentes nipones, por segunda vez las tropas soviéticas obtienen una victoria parcial y, pese a su preocupación por la situación en Europa, Stalin declina una negociación diplomática. El 20 de agosto, el Ejército Rojo avanza en Manchukúo, y en seguida el mundo queda convulsionado con el anuncio del pacto germano-soviético, el cual contradice el Pacto anti-Komintern que el Tercer Reich había firmado con Japón. Obviamente, lo sucedido no gusta nada en Tokio, pero se mantienen las buenas relaciones con Berlín, y desde luego la admiración por la política exterior nazi, que parece más efectiva que la japonesa, al encontrar menos resistencias. A la anexión de Austria y Checoslovaquia, sin respuesta militar de Francia y Gran Bretaña, le siguen las victorias de la Wehrmacht en Polonia y el frente occidental.

La no rectificación en China, el incremento de los medios materiales de guerra y la continuidad del discurso agresivo por los ultranacionalistas, que plantean aprovechar la ocupación alemana de los Países Bajos y la derrota de Francia para extender el dominio japonés hacia los mares del Sur, Indochina e Indias neerlandesas, enconan la relación con Estados Unidos. En Washington evalúan ampliar las sanciones económicas, algo para lo que le sobran capacidades a la primera economía del mundo, bien dotada de recursos energéticos, y la presión con alguna medida de índole militar. A mediados de 1938, Estados Unidos había impuesto un embargo moral a las exportaciones a Japón de materiales de aviación, y en enero de 1940 cancelado el Tratado de Comercio y Navegación, vigente durante tres décadas, para controlar mejor las exportaciones de productos industriales. En mayo de 1940 establece en Pearl Harbor, en la isla de Oahu, perteneciente al archipiélago de las Hawai, en medio del océano Pacífico que desde territorio norteamericano mira al archipiélago japonés, la base de la flota del Pacífico (Hotta, 2014: 49). La condena estadounidense a la política exterior japonesa incluye, en seguida, el requisito de licencias para exportar cierto tipo de petróleo y chatarra a Japón y la amenaza de interrumpir el abastecimiento de petróleo. El gobierno japonés cursa entonces instrucciones para constituir reservas de combustible y de materias primas, lo mismo que está haciendo la Italia de Mussolini.

4.5. *Los nuevos planes de expansión territorial. Los objetivos y sus riesgos*

4.5.1. Los ultras consideran propicia la coyuntura europea. El pacto militar con Alemania

En julio de 1940, tras tres gobiernos efímeros, el príncipe Konoe Funimaro ocupa el cargo de primer ministro por segunda vez. Regresa al poder con una voluntad más autoritaria en política interior y más agresiva en política exterior. Para la cartera de Exteriores elige a Matsuoka Yosuke, un hombre peculiar, ajeno al mundo cortesano, ambicioso, muy trabajador, hecho a sí mismo, emigrante que había desempeñado varios trabajos manuales en Estados Unidos, donde se graduó en Derecho, y varios años al frente del ministerio. Para la de Guerra al general Tojo. En Washington, no gusta nada el regreso de Konoe, por sus ataques por escrito a las políticas de Gran Bretaña y Estados Unidos, su responsabilidad en los crímenes del ejército japonés en China, su posicionamiento a favor de Alemania y sus balandronadas sobre el recurso a las armas en otro escenario si no son *comprendidas* las intenciones de Japón.

En política interior, Konoe reduce al mínimo la vida parlamentaria, y planea sustituir el modelo político vigente por uno definitivamente autoritario y respaldado por una especie de partido único, el Movimiento por el Nuevo Orden. No llega a aglutinar apoyos suficientes, pues la vieja clase política, a diferencia de lo sucedido en la Alemania nazi, conserva resortes de poder e influencias. No obstante, aunque la creación, en octubre, de la Asociación de Auxilio al Gobierno Imperial tampoco supone el establecimiento de un partido único, sí constituye un avance en el establecimiento de un Estado autoritario y corporativista. Ese organismo junta a políticos, burócratas y empresarios, con el objetivo de convertirles en asesores del gobierno, sin más capacidades, porque la inestabilidad del gabinete es una constante y porque, en breve, van a ser los militares los que concentren competencias políticas. No obstante, otras medidas adoptadas entonces muestran semejanzas con los estados totalitarios. Una es la creación de asociaciones de vecinos dependientes de los gobiernos regionales, en septiembre, con competencias en materia de racionamiento y defensa civil. Otra la escalada de la censura y de la represión de socialistas y comunistas, y de cualquier clase

de pacifista, echando mano de la Ley para el Mantenimiento de la Paz, de 1925, y de la policía política, la Policía Superior Especial, creada en 1911 y con competencias reforzadas, y de la policía militar.

En agosto de 1940, el gobierno crea la Gran Esfera de Coprosperidad del Este Asiático, que de momento es un nombre, cuyo contenido lo daría la influencia en o la ocupación de nuevos territorios. Por el momento, sigue viva la pugna sobre el método del dominio japonés en el sureste del continente. Entre los ultras, tienen un peso determinante los militares y en menor medida los políticos, mientras que en el empresariado dominan los partidarios de la presión diplomática, sin el recurso a otra guerra. Pero el sector ultra insiste en que la coyuntura es favorable. Argumenta que en China está estabilizada la situación militar, lo que asegura el control de enormes recursos económicos pero no el abastecimiento de combustibles, caucho, estaño, tungsteno, cromo y níquel, que las victorias alemanas en Europa favorecen sus planes, que el ejército imperial es muy potente, que la producción de material de guerra no para de crecer, y no es absorbida por la guerra en China, que los recursos de población son enormes, más de 72 millones de japoneses, a los que se pueden sumar los 27 que aportan Corea y Taiwán, y que el personal de tropa está bien entrenado. Sería posible, por lo tanto, una nueva expansión en el Pacífico, hasta los mares del Sur. Y ciertamente, la coyuntura europea es favorable para obtener beneficios en Asia, con Holanda ocupada, Francia derrotada, Gran Bretaña sometida al asedio alemán y Estados Unidos dedicando cada vez más medios a consolidar la resistencia inglesa al Tercer Reich. Las preguntas, una vez más son ¿cuántos beneficios?, ¿de qué tipo? y ¿empleando qué medios?, pues China no ha sido derrotada y Estados Unidos reclama la retirada militar japonesa y el derecho a relaciones económicas con ese país. En opinión del sector moderado que ha aceptado la ocupación militar de China, una nueva expansión, territorial e incluso con el formato de zona de influencia económica exclusiva, supone el riesgo de guerra, o la guerra segura, antes o después, con Estados Unidos, o con esta nación y con Gran Bretaña si, una vez derrotada en las colonias, lograse reaccionar, aunque antes debería imponerse a Alemania en Europa y obtener una ayuda eficaz de Australia y Nueva Zelanda. A su vez, los ultras consideran que hay que aceptar el riesgo de guerra con Estados Unidos, y que este país dispone de ingentes recursos económicos, pero que el riesgo no es elevado, pues ni el pueblo americano ni su administración desean

luchar por un territorio no americano, y, además, su flota atiende a dos océanos y ahora emplea una parte importante de su presupuesto militar a apoyar a los británicos en el Atlántico; aunque habría que estar preparados, en cualquier caso.

Ciertamente, los ultras pueden argumentar que la producción industrial no para de crecer y que la ocupación de China proporciona los recursos alimenticios suficientes, aunque sea preciso racionarlos. Lo que falla son dos cosas: el abastecimiento de carburantes depende de las importaciones de Estados Unidos, la mayor parte, y de las Indias holandesas, y la industria metalúrgica no proporciona suficiente maquinaria y construcciones navales, dado que el control gubernamental no se ha extendido a la industria pesada. Los ultras pueden añadir que, si lo que preocupa es el riesgo de guerra con Estados Unidos y Gran Bretaña, cuanto antes actúen, mejor. Pues la postura de Estados Unidos respecto a la guerra en Europa evoluciona durante el otoño de 1940 y los meses siguientes, bajo la dirección del presidente Roosevelt: cede a la marina británica barcos de guerra para la batalla del Atlántico, concede a su gobierno préstamos para la compra de material de guerra, protege con su marina los buques mercantes británicos del asedio de los submarinos alemanes, y, pensando en su propia seguridad y sus intereses en el exterior, se dota de más medios militares y, aunque la opinión pública norteamericana sea reticente, su administración, bajo el impulso presidencial, va poniendo de manifiesto que hará todo lo posible para impedir que Gran Bretaña sucumba. Atendiendo a la política interior, a la psicología colectiva, con una opinión dividida entre aislacionistas, abstencionistas (los dominantes, partidarios de la ayuda económica a Gran Bretaña) e intervencionistas, cuando finalice el año el presidente seguirá sin inclinarse por llevar el país a la guerra, pareciendo que espera a que le obliguen a hacerlo; pero, una vez obtenido su tercer mandato presidencial, se esforzará para modificar la orientación de la opinión pública, con argumentos económicos y morales (Renouvin, 1982: 1169-70). Las principales preocupaciones del equipo presidencial y de una parte de la opinión norteamericana siguen siendo el riesgo que supone que Gran Bretaña sea derrotada y el de conformación de un nuevo orden germano-italiano en gran parte de Europa, que dominaría el Mediterráneo, camino de Oriente Próximo; pero durante este año de 1940 y durante el siguiente, la política exterior japonesa es un motivo de creciente inquietud en Washington.

Cuando el gobierno nipón se inclina por extender su dominio hacia Indochina e Indias holandesas, el norteamericano se expresa en contra de esa posibilidad; lo hace con palabras y mediante la presión económica. Así ocurre en septiembre de 1940, cuando el gobierno de Tokio impone al de la Francia de Vichy, colaboradora del Tercer Reich, la instalación de bases militares, navales y aéreas, en el norte de la Indochina francesa (actual Vietnam), e inmediatamente sus tropas penetran en el territorio; los objetivos japoneses son varios, entre estos, la obtención de más materias primas y cerrar una de las rutas por la que los nacionalistas chinos de Chiang Kai-shek reciben ayuda británica y norteamericana, y por supuesto obtener una buena baza para el dominio de la región. Al mes siguiente, Japón presiona a las autoridades de las Indias holandesas para la obtención de mayores cantidades de petróleo, y también de bauxita, caucho y estaño. Apoyadas en el respaldo de Estados Unidos y Gran Bretaña, las autoridades holandesas dan una respuesta negativa. Por su parte, el gobierno de Washington envía otro mensaje a Tokio: pone fin a las exportaciones de productos metalúrgicos, todo tipo de chatarra, hierro y acero, y de máquinas a Japón y concede nuevos créditos al gobierno nacionalista chino.

El empeoramiento de las relaciones con Estados Unidos, y la búsqueda de una baza con la que forzar un mejor trato norteamericano para con su política exterior, junto con las recientes guerras localizadas con la URSS, son los motivos por los que el gobierno japonés negocia el Pacto Tripartito con Alemania e Italia; el acuerdo es de cooperación y podría pensarse que, por la distancia geográfica y porque estos pactos muchas veces no se cumplen, no tendría consecuencias, pero no es ese el caso. Se firma el 27 de septiembre, precisamente cuando Washington se expresa en contra de la penetración japonesa en Indochina. Mediante el citado pacto, Japón dice respetar la "posición dirigente de Alemania e Italia en la construcción del Nuevo Orden en Europa", y estos dos países "la posición dirigente de Japón en la construcción del Nuevo Orden en la Gran Asia". Asimismo, los firmantes se prometen ayuda con medidas políticas, económicas y militares en el caso de que alguno "fuera atacado por cualquier otro país que no haya entrado en la guerra europea o en el conflicto chino-japonés"; lo dicho no afecta a la situación política existente entre cada uno de los países firmantes y la URSS, por deseo tanto de Berlín, que ya tiene un acuerdo con la URSS, como del gobierno de Tokio, que en abril del año siguiente firmará un tratado de neutralidad con el de Moscú.

En el gobierno hay casi unanimidad en el acuerdo con Alemania. Sin duda, lo impulsan el jefe del gabinete, Konoe, y sus ministros de Exteriores, Yosuke Matsuoka, y Guerra, general Tojo. Este es ya el abanderado de proseguir la guerra en China hasta la victoria final, y los documentos que ahora elabora le hacen ganar prestigio en las filas del sector militar más extremista, entre los que figura el subjefe del Estado Mayor del Ejército, Tsukada. Tal es el caso de sus "Instrucciones para el campo de batalla", de enero de 1941, que reciben todos los soldados; varios párrafos glorifican el heroísmo y la muerte: "No sufras la vergüenza de ser capturado vivo". Todavía hay políticos y militares, incluidos consejeros imperiales, que, a puerta cerrada, dicen que la guerra contra China ha sido un paso en falso y critican la alianza con las potencias fascistas y la posibilidad de otra guerra. Y, tal vez, por la cabeza de Konoe pasa la idea de rectificar, pero se pone de lado o se deja arrastrar por los militares más exaltados, que le hablan ya de ocupar Singapur y otras partes del sudeste asiático y de atacar a Estados Unidos. El emperador, que es un símbolo divino y jefe de las fuerzas armadas, consiente, al menos, la deriva hacia otras guerras. A quienes les interesa esto, se esfuerzan en conseguir una asistencia multitudinaria a las celebraciones de los 2.600 años de la Casa del Tenno, el 10 de noviembre.

Entre tanto, se agrava la escasez de alimentos y de combustible; casi todas las reservas de petróleo y carbón se destinan a uso militar. Para la mayor parte de la población, el descenso de las condiciones de vida es más acentuado que en los años de la depresión mundial. Como durante los meses anteriores, el gobierno aprueba decretos sobre la gestión de materias primas, crea empresas para la gestión de los productos necesarios para la guerra e interviene en el mercado laboral, al tiempo que consume las reservas de oro en la compra de petróleo, minerales y caucho.

Con fecha de 1 de noviembre de 1940, el gobierno prohíbe las salas de baile y la música de jazz, que no han parado de ganar adeptos, por socavar, se dice, las buenas costumbres nacionales. Es decir, por la influencia de las sociedades nacionalistas, avanza el rechazo a ciertas costumbres llamadas *occidentales,* pero debe tenerse en cuenta que la reacción tradicionalista afecta mucho más a las mujeres que a los hombres. A diferencia de lo ocurrido en países que fueron modelo para la modernización japonesa, el feminismo ha tenido aquí un escasísimo desarrollo y durante los años treinta el gobierno ha reforzado, con su propio discurso y la creación de organizaciones

específicas, el machismo, reduciendo la función social de las mujeres a la biológica, mediante la exaltación de la maternidad y la familia y utilizando la religión para fomentar la unidad de la población femenina en torno a un proyecto nacional, de forma semejante a como hacen los regímenes dirigidos por Mussolini, Franco y Salazar, entre otros. Los alumnos masculinos de los institutos llevan meses haciendo trabajos en el campo e instrucción militar (Hotta, 2014: 30 y 129).

4.5.2. La escalada de tensión entre Washington y Tokio

Japón está en guerra con China y también, esporádica y localizada, con la URSS y sus relaciones son pésimas con Estados Unidos y casi lo mismo con Gran Bretaña. La situación interior es mala, por el desabastecimiento causado por la política militarista. Y eso que los ultras habían dicho que con la invasión de China los japoneses estarían mejor abastecidos. Sin vida parlamentaria, que ha ido dejando de existir, sin gobiernos estables, con un emperador que consiente o alienta, va a proseguir la huida hacia adelante. Es más fácil decirlo a posteriori, cuando sabemos que Japón perderá la guerra, pero, al margen de consideraciones morales, si nos atenemos a los medios disponibles, es un acto irresponsable aceptar el riesgo de una guerra con Estados Unidos y, más aún, iniciarla.

Bajo el impulso del ministro de Exteriores, Matsuoka Yoosuke, que pronto se arrepentirá de su iniciativa, el gobierno japonés sigue el ejemplo alemán y firma un tratado de neutralidad con la URSS, con fecha de 13 de abril de 1941. El documento expone el mutuo compromiso de paz y amistad y trata otras cuestiones, como comercio exterior y pesca, pero las partes fundamentales son el artículo dos, que establece la neutralidad de las partes contratantes en caso de agresión bélica por un tercero, y la siguiente declaración: Japón "salvaguardará y no invadirá el territorio de la República Popular de Mongolia", que está bajo tutela soviética, y la URSS actuará recíprocamente respecto al protectorado japonés de Manchukúo. Así las cosas, Japón proseguiría su expansión en China y avanzaría en el sudeste de Asia, y, en la mente de Matsuoka, Estados Unidos no se atrevería a una respuesta militar. Entre los argumentos a favor de la expansión mediante el empleo de la fuerza armada figuran varios que han sido ya citados, y otros que tienen

que ver con la evolución de los acontecimientos. Entre estos, el hecho de que, en junio, Alemania ataque a la URSS, sin avisar previamente a Japón y sin proporcionar explicación alguna sobre este cambio de su política exterior. Es evidente que Hitler no es un buen aliado, pero en esta tesitura los dirigentes soviéticos no pueden atender a sus intereses en el lejano Oriente, y menos aún cabe esperar algún peligro por el norte; por este motivo, además de poner la vista en el sureste, el Estado Mayor del Ejército planea la ocupación de Siberia oriental, como garantía a la seguridad del archipiélago nipón. A su vez, Gran Bretaña continúa en situación precaria, por lo que su gobierno, consciente de la vulnerabilidad de Singapur y Hong Kong, tampoco actuaría. Por lo que se refiere a Estados Unidos, el ministro, que no piensa en el ataque a este país, argumenta que la población nativa blanca disfruta de un alto nivel de vida y que, por este motivo, no quiere verse involucrada en ninguno de los conflictos que afectan a Europa y Asia, a no ser que considere en riesgo la seguridad nacional. Y, sin embargo, el gobierno estadounidense no ha hecho sino aprobar medidas económicas y militares que suponen posicionarse a favor de Gran Bretaña y contra Alemania. Otras medidas, de carácter ético, tienen un trasfondo político y militar, como la firma por Roosevelt y Churchill de la Carta del Atlántico, que plantea la destrucción de la tiranía nazi y un nuevo sistema de seguridad colectiva que restaure los derechos soberanos de los pueblos. Añádase que algunas de las medidas militares aprobadas en Washington empujan a pensar también en Japón, como la mejora de la defensa de Filipinas. Roosevelt y sus consejeros creen que será imposible eludir la guerra contra Alemania y probable el empeoramiento de las relaciones con Japón. También creen, a mediados de 1941, que no se debe ir a ninguna guerra si no existe una suficiente adhesión de la opinión pública.

A comienzos de julio, unos días después de que comience la invasión alemana de la URSS, el gobierno japonés termina de dar forma al proyecto de Esfera de Coprosperidad de todos los territorios del Este de Asia. Ese proyecto recibe un nuevo impulso ese mismo mes. Fracasados los intentos de imponer una negociación favorable en el tema del petróleo a las autoridades de las Indias holandesas, el gobierno envía un amplio contingente militar al sur de la Indochina francesa, que irá ocupando el territorio y entrenándose para una acción más al sur. Ese paso, el ataque a las Indias holandesas, es valorado como de alto riesgo por los políticos moderados, por buena parte

del empresariado y del mundo de las finanzas, a pesar de las posibles ventajas económicas, y por varios mandos de la marina de guerra, pues supondría un nuevo choque con Estados Unidos. De momento, Washington responde con la ruptura de relaciones económicas: bloqueo a los productos japoneses, embargo de todas las exportaciones y congelación de los depósitos de capital japonés en los bancos norteamericanos, medidas que son imitadas por el gobierno de Gran Bretaña y las autoridades holandesas en las Indias Orientales. Estados Unidos exige, para suspender esas medidas, que Japón renuncie a las conquistas realizadas en China y en la Indochina francesa y a cualquier otro plan expansionista.

El gobierno japonés se encuentra ante un grave problema de desabastecimiento, no solo de petróleo. Y por eso debate la posibilidad de dar marcha atrás; no en China, donde se han invertido muchos esfuerzos y capitales y en donde imagina que su retirada, total o parcial, sería seguida, cuando esté en disponibilidad de hacerlo, de un avance ruso, por la proximidad de su ejército a Mongolia Interior y al norte de China (que es lo que sucederá tres años después), sino en lo referido a sus proyectos en el sureste de Asia, los cumplidos (Indochina) y por cumplir (Indias holandesas, Singapur, Birmania). Sin embargo, esta opción termina siendo descartada, porque Estados Unidos se niega a admitir la ocupación de China y, en consecuencia, a dejar de prestar ayuda a Chiang, y porque, en Japón, nadie asume la responsabilidad de decir públicamente que una guerra con Estados Unidos sería larga y que existe el riesgo de que los recursos de Japón se agoten, sea imposible reponer material y, entonces, llegue la derrota y la pérdida de todo lo conseguido. Nadie lo hace para evitar desentonar en determinadas reuniones o, mucho peor, ser acusado de *traidor*. Es más que posible que una parte de los miembros de los estados mayores del Ejército y la Marina crea que el primer ministro Konoe es partidario de la guerra, pues este nunca se ha expresado en contra, solo en reuniones con el ministro de la Guerra, general Tojo. Entonces sí se ha mostrado propicio a enviar un mensaje a Washington mediante la retirada parcial de tropas en China, y Tojo, que es el belicista de cargo más alto, le ha acorralado, y silenciado, con argumentos ultranacionalistas (Hotta, 2014: 245); lo dicho anima a los más belicistas y fuerza a los moderados a criticar, al menos, la postura de Estados Unidos.

Para la expansión deseada por los ultras resulta imprescindible conquistar las Indias Orientales holandesas y hacer funcionar a pleno rendimiento

sus pozos petrolíferos. Esta operación no es posible sin causar graves daños previamente a la flota norteamericana en el Pacífico. El almirante Yamamoto, brillante estratega, diseña el primer paso del plan: un ataque por sorpresa a su flota estacionada en Hawai y el ofrecimiento, tras su destrucción, de un tratado de paz que garantice la libre actuación de Japón en Asia. Los tanteos japoneses para abrir negociaciones, solo para ganar tiempo o para ceder lo mínimo, que incluyen la propuesta de un viaje de Konoe a Washington, terminan en fracaso. En la capital estadounidense no están dispuestos a recibirle, pues el presidente y sus asesores no creen que Konoe vaya a rectificar respecto a China, y ellos también desean ganar tiempo, mientras avanzan los preparativos para el rearme de las Filipinas, donde creen posible un ataque japonés.

Los jefes de los estados mayores del Ejército, Sugiyama, y de la Marina, Nagano, piden, en determinadas reuniones, el establecimiento de un calendario para los preparativos y el ataque a Estados Unidos, atendiendo a las reservas de materias primas y a la climatología del sureste asiático. Mientras tanto, líderes de la Marina, incluido su ministro, Oikawa, expresan a puerta cerrada que iniciar una guerra contra este país es un enorme riesgo y que debe reconsiderarse la negativa a retirar tropas de China e Indochina, y más aún la idea de ocupar las Indias holandesas, cuya ruta marítima no será posible proteger en caso de guerra. Atendiendo a las divisiones citadas, a su propia indecisión y a su falta de voluntad o de capacidad para imponer su opinión, el 16 de octubre Konoe dimite. Lo hace después de haber intentado convencer a Tojo de que es posible negociar y conservar buena parte de las conquistas en el exterior, pero que la puerta a la diplomacia solo se abrirá si Japón procede a una retirada parcial de tropas; y después de haber fracasado en que, en una reunión del gabinete, Oikawa exprese la opinión contraria de la Marina a la guerra. Deben tenerse en cuenta dos cosas. La primera, que la política exterior ha experimentado fluctuaciones, y que las divergencias en esta materia han causado varias crisis de gobierno, recientemente las dimisiones del gobierno anterior al de Konoe y la de este, pero que el sector más radical, va imponiendo sus proyectos. La segunda, que una parte de las conversaciones a alto nivel son irracionales, no solo porque el primer ministro se incline ante los belicistas, sino porque varios de estos, incluido Tojo, creen que no es honorable aceptar y expresar ante los civiles que, vista la relación de fuerzas, una retirada de efectivos en China, donde se combate desde hace cuatro años, al menos en Indochina, aunque humillante, sería

lo más lógico. La opción guerra sí o guerra no, está abierta, pues la Constitución establece que debe estar de acuerdo todo el gabinete. Pero Konoe, partícipe en la responsabilidad de haber llevado a su país al borde de un precipicio, no planta cara a los que están dispuestos a saltar al abismo y arrastrar con ellos a cien millones de japoneses. En opinión de Hotta, tal vez Konoe deseaba impedir la guerra, pero le faltó el valor para respaldar a su ministro de Exteriores y para exponer con claridad y la contundencia necesaria ante el gabinete los argumentos contrarios a una guerra con Estados Unidos, y quiso que otro, Oikawa, los expusiera por él (Hotta, 2014: 250-253). A mediados de octubre, Konoe dimite.

4.6. *La guerra contra Estados Unidos y Gran Bretaña*

4.6.1. Una guerra, dos guerras, tres guerras...

Japón combate contra China y contra Rusia, muy lejos de su territorio nacional. Como si esto fuera poco, un gobierno encabezado por un militar y el emperador, que es de quien dependen las grandes decisiones, por muy mal reguladas que estén en el ordenamiento legal, meten al país en otra guerra. Lo hacen atacando a la primera potencia del mundo, que tiene muchísimos más recursos militares y económicos que Japón.

Los pasos a la guerra mundial se dan con rapidez. El 17 de octubre de 1941, el emperador Hirohito se inclina por Tojo como primer ministro. Tal vez, Tojo es el designado por ser uno de los principales representantes de las tesis belicistas, para que, con su autoridad, dé marcha atrás y mantenga unidos al Ejército y la Armada. De hecho, consejeros imperiales piden a Tojo que reflexione sobre la situación del país y que obre con cautela; y varios de quienes aceptan el cargo de ministro, como los de Exteriores, Economía y Marina, piden y obtienen de Tojo promesas verbales de que recurrirá a la diplomacia para resolver los contenciosos del país. Claro está que el emperador se podría haber inclinado por otro militar, pues en palacio se ha descartado la opción de un civil, algo a tener en cuenta, y que el designado podría haber sido uno de los almirantes que ha señalado la desigualdad de medios entre su país y Estados Unidos.

Tras la designación de Tojo, el gobierno norteamericano interpreta que la guerra es inevitable, considerando que no habrá rectificación ni en China ni en Indochina y, además, Japón planea ya expandirse en los mares del Sur, lo que haría a este país más poderoso, perjudicaría los intereses estratégicos y económicos norteamericanos y el abastecimiento británico de materias primas y de petróleo. Personal de las Secretarías de Estado y Defensa recomienda una acción preventiva, pero Roosevelt se inclina por dejar a Japón la responsabilidad de la guerra, para asegurarse el apoyo de la opinión pública y para atender el criterio del alto mando, que desea más tiempo para sus preparativos.

Los cálculos estadounidenses no son erróneos. Pese a las citadas promesas, Tojo decide tener el máximo control de la situación interior y exterior, para lo que asume las carteras de Ejército y de Interior, y en seguida se inclina por la guerra. No obstante, si bien es lógico pensar que él es uno de los principales actores de esa decisión, dado que accede a la jefatura del gobierno el 18 de octubre y el ataque japonés se produce antes de que pasen dos meses desde esa fecha, Tojo mantiene una posición dubitativa sobre las relaciones con Estados Unidos antes y después de acceder al cargo y la deriva definitiva dio comienzo durante el gobierno anterior, el de Konoe, que potenció, por activa o por pasiva, la voz de los militares en la toma de decisiones. Dicho esto, la responsabilidad principal corresponde a Tojo y al emperador, si pretendemos personalizar, al conjunto de eso que llamamos *ultras* si preferimos generalizar. En cualquier caso, la documentación muestra que la mayoría de políticos y militares han reflexionado sobre las escasas posibilidades de que Japón se imponga a los Estados Unidos de América en una guerra prolongada (Rees, 2001: 83-84; Hotta, 2014: 35-36). Y los hechos muestran que en Japón no existe un grupo organizado capaz de oponerse a los partidarios de la guerra, erosionar a estos, agudizar las dudas entre los expansionistas moderados e inclinar la balanza a su favor. Asimismo, que en una irresponsable huida hacia adelante, sin una figura destacada dispuesta a ser señalada como débil y poco patriota por decir en público que ir a la guerra es una solución evitable, errónea y posiblemente perjudicial para el país, los ultras se agarran a la idea de que su causa es la de Japón y de que esta es justa, que el riesgo asumido, nada menos que atacar a dos países más poderosos, merece la pena, aprovechando una situación calificada de propicia, y que, si es golpeado con dureza, Estados Unidos valorará los costes de una guerra librada a miles de kilómetros de su país y estará dispuesto a negociar.

Esta hipótesis ha sido calificada como "de lo más ingenua" por estudiosos de la relación de fuerzas y los intereses de Estados Unidos (Rees, 2001: 84). Pero a los ultras les sobran los argumentos: teniendo en cuenta la situación en Europa y los efectos de las sanciones de Estados Unidos, no hay margen para la maniobra diplomática, la guerra es inevitable y lo mejor es decidir el momento, sin dilatarla en el tiempo, pues cuanto más tarde peor para Japón. Pues el programa de armamentos navales y aéreos norteamericano avanza con fuerza y Japón está consumiendo sus reservas de petróleo; incluso Estados Unidos podría actuar sobre algún objetivo japonés.

En Washington consideran probable un ataque japonés a Filipinas. Sin embargo, el plan japonés pone la vista en una posición más alejada de sus bases, que son aquellas desde las que Estados Unidos podría bloquear el siguiente paso de la invasión japonesa del sureste asiático. Es decir, con el propósito de eliminar la flota norteamericana en el Pacífico, pilar de sus fuerzas armadas en la zona, y de un golpe de efecto que lleve a los políticos norteamericanos a la negociación, el gobierno japonés adopta el plan del almirante Yamamoto Isoroku: asestar con la primera y segunda división aéreas un golpe contundente a la flota estadounidense en la base naval de Pearl Harbor, en la isla de Oahu, en el archipiélago estadounidense de Hawai, de forma que, durante un tiempo indeterminado Estados Unidos no pueda avanzar hacia el Pacífico, donde Japón atacaría otros objetivos, holandeses y británicos. Los portaviones japoneses que han de lanzar un ataque por sorpresa abandonan sus bases de operaciones en las islas Kuriles el 1 de diciembre.

Así pues, Japón va a la guerra, como Alemania, sin disponer de petróleo, va a la guerra para conquistar territorios y conseguir equipamiento para su población y para su ejército, para la guerra no finalizada y para la guerra que va a comenzar. Y, supuestamente, cuando haya alcanzado sus objetivos, ofrecerá a Estados Unidos un tratado, o será el gobierno de Washington el que solicite la apertura de negociaciones.

4.6.2. El ataque a Pearl Harbor

En las primeras horas del 8 de diciembre, la aviación japonesa ataca la Malasia Británica y, a continuación, Pearl Harbor, concluyendo la operación a las 5.30 hora japonesa (7 de diciembre en Hawai). Repitiendo el modelo del ataque a

Port Arthur en 1904, y sin previa declaración de guerra, en domingo y desde portaviones desplazados a la zona de ataque sin ser detectados, la aviación nipona pilla por sorpresa a los americanos, que han minusvalorado sus capacidades.

El ataque causa la muerte de 2.400 personas y consigue hundir cuatro acorazados, causar daños a los otros cuatro allí estacionados, así como destruir o dañar numerosos aviones e instalaciones militares. Pero no afecta a los portaviones, el arma fundamental para la guerra en el mar que se avecina y para futuros ataques a objetivos en tierra, pues están de maniobras, y tampoco los depósitos de combustible y munición y las instalaciones de reparación en la base terrestre, pues el vicealmirante Nagumo Chuichi detiene el ataque unas horas después de su inicio precisamente por temor a la respuesta desde los portaaviones. La reacción del gobierno y de la opinión pública en Estados Unidos es de odio al japonés, figura ya afectada por prejuicios raciales, no muy distintos a los que los japoneses han fabricado sobre los chinos.

Unas horas después, Japón declara la guerra a Estados Unidos y Gran Bretaña, mientras sus unidades atacan por mar la colonia británica de la isla de Hong Kong, además de Guam, la isla más grande y meridional de las Marianas, anexionada por Estados Unidos, el atolón de Midway, cerca del extremo noroccidental de Hawai, también posesión estadounidense, y las Filipinas. Dada la disparidad de fuerzas, los británicos se retiran de la China continental y tratan de defender Hong Kong, pero los japoneses someten la isla a un intenso bombardeo, desembarcan en varios puntos y la ocupan antes de final de año, al tiempo que asesinan a varios prisioneros británicos, militares y civiles.

Al dirigirse a los japoneses para anunciar el comienzo de la guerra, el primer ministro Tojo Hideki afirma que la guerra es defensiva, pues Estados Unidos ha reforzado sus lazos con Gran Bretaña, Países Bajos y China, exigido concesiones unilaterales y se ha negado a un arreglo pacífico de las diferencias. También el emperador se pronuncia después del ataque, mediante un edicto que contiene palabras similares: "Las cosas han llegado a tal punto, que ahora, para preservar el Imperio y para autodefenderse, no queda otro remedio que ponerse en pie resueltamente y acabar con todos los obstáculos".

La población japonesa ofrece, en público, numerosos signos de entusiasmo, como si esa huida hacia adelante fuese a cambiar su situación, a mejor; en privado las cosas son distintas, no falta la ilusión, pero no sabemos si mayor o menor que la angustia por las consecuencias de una nueva guerra,

y contra una gran potencia, y la incertidumbre y el temor de quienes tienen hijos y otros familiares en el ejército o imaginan ya que van a ser llamados a filas. A los que con toda seguridad satisface lo sucedido es a los dirigentes chinos, que piensan que Japón tendrá que atender a más frentes de guerra y acabará siendo derrotado por Estados Unidos.

En Washington, el presidente Franklin D. Roosevelt utiliza palabras como *infamia* para referirse a la agresión y agita los sentimientos nacionales contra Japón. La voluntad aislacionista de muchos políticos y ciudadanos es asunto olvidado. En las cámaras legislativas solo una republicana pacifista emite un voto negativo a la petición de Roosevelt de inmediata declaración de guerra a Japón. Los estadounidenses vivirían con fervor nacionalista la guerra, que suponen transcurrirá en lugares lejanos del territorio nacional. La canción *Recuerda Pearl Harbor,* grabada diez días después del ataque, es una de las más famosas en la historia musical norteamericana de la década de 1940.

El ataque mete a Estados Unidos de pleno en la Segunda Guerra Mundial, en la guerra en el Pacífico y en la guerra en Europa. El 11 de diciembre, Alemania e Italia declaran la guerra a Estados Unidos, lo que le viene bien a su administración, convencida de que es muy difícil que su territorio sea atacado por sus enemigos europeos y que cuenta ya con serios argumentos para desplazar al viejo continente no solo fuerzas de mar y aire sino también de infantería. El ataque japonés, como antes el alemán a la URSS, cambia la guerra mundial. De desarrollarse principalmente en dos continentes (más el conflicto Japón-URSS), y afectar a tres, por la ayuda de Estados Unidos a Gran Bretaña, ahora va a implicar a contendientes de Europa, África, Asia, América y Oceanía; asimismo, la nueva fase de la guerra va a situar crecientes medios militares norteamericanos en el norte de África y en Europa, en breve, perjudicando a Alemania e Italia.

El ataque del ejército imperial a Pearl Harbor va a tener funestas consecuencias para las personas de origen japonés que viven en Estados Unidos y a los que la Orden Ejecutiva 9066 califica de *enemy aliens,* sin reparación moral hasta la presidencia de Reagan. Hombres, mujeres y niños, hasta 112.000, son internados en campos de concentración situados en lugares desolados hasta el final de la guerra. Mientras estos estadounidenses son acusados de desleales, cuando no de espías, otros norteamericanos de origen japonés sirven en el ejército de su país, la mayoría en Europa; el 442º regi-

miento está compuesto casi íntegramente por soldados japoneses, mandados por oficiales blancos, y es uno de los más condecorados en la historia militar de su país.

4.6.3. La Esfera de Coprosperidad. Los territorios y los prisioneros

Según la propaganda japonesa, la guerra es justa pues pretende expulsar a los no asiáticos de Asia. Durante meses, la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, que debe sustituir al colonialismo europeo y norteamericano en la región por un bloque cultural y económico bajo liderazgo japonés, parece un objetivo posible a ojos de los ultranacionalistas.

Tras las ofensivas por mar y aire, el ejército japonés inicia las campañas de tierra en el sureste asiático. Las pérdidas estadounidenses y británicas en Pearl Harbor y el golfo de Siam permiten los desembarcos japoneses en Guam, Hong Kong y Malaca y, ya en enero de 1942, en Luzón y la toma de Manila, que es seguida por la derrota norteamericana en el mar de Java. Los meses siguientes son también de éxitos japoneses: ocupación de todo el archipiélago filipino, en febrero, tras penetrar en la península malaya, de Singapur, isla de enorme importancia para la estrategia naval británica, ya que varias rutas marítimas principales rodean la isla, lo que, a su vez, hace posible, en marzo, el asalto y ocupación de las Indias holandesas (Indonesia) y de Borneo, repartido entre británicos y holandeses, colonias, ambas, donde Japón extraerá la fuente de energía que más necesita, petróleo, y en abril de la baja Birmania y los archipiélagos que cubren la costa septentrional de Australia.

En resumen, hasta mayo de 1942, varios territorios norteamericanos y colonias europeas son ocupadas por los japoneses, que se hacen con el control de enormes recursos de materias primas y de petróleo. Así pues, el nuevo orden para Asia oriental ha sumado a las regiones más ricas de China, la parte occidental del Pacífico, Indochina y las Indias holandesas. En naciones sometidas a la dominación europea, varios dirigentes y organizaciones nacionalistas africanas y sobre todo asiáticas ven con simpatía los éxitos japoneses. Esto ocurre en menor medida en los territorios invadidos por Japón, que es un invasor que sustituye a otro invasor y que impone una férrea disciplina para la obtención de materias primas. No obstante, tolera a

los movimientos nacionalistas indígenas, y a veces los estimula, sobre todo cuando tenga lugar la contraofensiva norteamericana, con consecuencias, antieuropeas, en la posguerra mundial.

Unas semanas después de haber iniciado esta guerra, el gobierno japonés declara que su objetivo es establecer un nuevo orden de coexistencia y prosperidad nucleado por Japón. La realidad es que, dado que en menos de dos años Japón va a estar a la defensiva, lo básico va a ser el control militar de aquellos territorios ricos en materias primas y fuentes de energía. El formato de gobierno es muy variable. Inicialmente, los territorios conquistados quedan bajo la supervisión de autoridades militares adjuntas a los diferentes cuarteles generales del ejército y la marina situados en las zonas ocupadas (Beasley, 1995: 300), a las que luego se agregan asesores civiles para cuestiones de orden político y económico. En algunas zonas, estas autoridades favorecen a los nacionalistas antieuropeos, como en Birmania e Indonesia, mientras que a Indochina se la sigue considerando francesa, Tailandia mantiene el régimen prexistente y firma una alianza con Japón, a los ciudadanos de Malasia e Indonesia se les conceden un reducido número de derechos políticos y, en agosto-octubre de 1943, se otorga la independencia, nominal, a Birmania y Filipinas, que quedan bajo la autoridad real del embajador japonés; todo lo dicho, con el propósito de suscitar lazos de solidaridad con Japón. Pero las simpatías hacia el dominio japonés son escasas, pues este supone opresión y explotación económica para la mayor parte de los habitantes de los territorios ocupados, que pierden mercados para la importación y exportación, sufren desabastecimiento de ciertos productos, que se llevan los japoneses, así como carestías de alimentos, y ven erosionado su nivel de vida con la sustitución de un colonizador-explotador por otro.

Además de territorios y recursos económicos, el ejército japonés hace numerosos prisioneros de guerra, asiáticos, americanos y europeos. Son unos cien mil los capturados durante los tres primeros meses de guerra, sin que exista un plan para esta contingencia. Tampoco quienes son hechos prisioneros imaginan lo que les esperaba. En el código militar japonés establecido en la época Meiji rendirse es una deshonra, pero esto no es algo inhabitual en los ejércitos, y los prisioneros rusos de la guerra de 1904-1905 no recibieron un trato vejatorio y tampoco los alemanes capturados con motivo de la Primera Guerra Mundial, 4.600 en la colonia de Tsintao, en Asia continental, conducidos al campo de Bando. En cambio, ahora, dominados por la idea

de que se enfrentan a un enemigo que no tiene derecho a estar en Asia y que trata de coartar el derecho de Japón a ser una gran nación, y de que Japón debe regirse no por las normas de los extranjeros-occidentales (Convención de Ginebra), sino por las propias, los mandos japoneses se inclinan por un comportamiento muy distinto. Contraviniendo la Convención de Ginebra sobre el trato debido a los prisioneros de guerra, de julio de 1929, que Japón ha firmado, pero no ratificado, el alto mando crea campos de internamiento para los prisioneros occidentales, civiles y militares, en todos los territorios ocupados, a base de pésimas instalaciones o la ausencia de estas, a veces chozas sin techo, sin nada sobre lo que dormir, escasa alimentación, a base de arroz, y donde el trato es siempre denigratorio, en ocasiones sádico; son habituales los golpes y diversos castigos físicos por multitud de cuestiones, entre estas no inclinarse para saludar a la japonesa a los carceleros.

Uno de los castigos más recordado por quienes los sufren o son testigos de la tortura a la que son sometidos sus compañeros es el de las jaulas de madera, a la intemperie, a medio metro por encima del suelo, y en cuyo interior solo se puede estar sentado (Rees, 2001: 101 y ss.). Este castigo aparece, junto a otros, en una de las películas más famosas sobre la guerra mundial, *El puente sobre el río Kwai*, a partir de la novela de Pierre Boulle. La película, angloamericana, dirigida por David Lean y estrenada en 1957, sitúa a prisioneros británicos en la construcción de un puente sobre un río en la selva de Tailandia, con escaso respeto a los hechos históricos, pues durante su construcción murieron decenas de miles de malayos, birmanos, ingleses, holandeses, estadounidenses y australianos, aunque popularizó, silbada, la *Marcha del Coronel Bogey*. El mando japonés extiende el trabajo forzado para obras de finalidad económica o militar, y los oficiales y sus subalternos golpean y apalizan a los prisioneros, para acelerar el trabajo, sin importarles que mueran de agotamiento y enfermedades. De los 350.000 prisioneros de guerra aliados, mueren el 27% durante el cautiverio; en cambio, de los prisioneros de guerra aliados hechos por alemanes e italianos fallecen el 4% (Drea, 2003: 214), mientras que de los prisioneros soviéticos en manos de los alemanes mueren más del 50%, 3,3 millones, algo acorde a los planes y cálculos hechos para la invasión de la URSS. No solo los varones sufren diversas formas de maltrato y tortura, también mujeres, sometidas a explotación sexual, como es el caso de algunas mujeres holandesas obligadas a trabajar en burdeles del ejército, en Java, y a trabajo forzado de otro tipo.

4.6.4. La guerra entre Japón y Estados Unidos

Pese a los reveses sufridos en el Pacífico, la administración norteamericana no ha buscado ninguna negociación con Japón. Por sí solo, Estados Unidos es un adversario muy poderoso, con grandes capacidades militares y enormes reservas en hombres y recursos económicos, y más en coalición con Gran Bretaña. Es casi imposible que Japón gane la guerra, que es contra China, la URSS, las dos naciones citadas, Australia y otras. Suponer que el mando japonés, que su gobierno, el emperador, todos juntos, han calibrado mal la fuerza y los recursos del enemigo es absurdo, pues no pueden ser tan tontos. Solo cabe decir que lo que han calculado mal ha sido su respuesta, por no aplicar un método racional de análisis, y que una vez percibido que no pretende una negociación, se aferran al dilema de *vencer o morir*. Absurdo y con pésimo resultado. Sus enemigos preparan la contraofensiva y la guerra cambiará de signo, rápidamente. El imperio japonés será efímero, uno de los de cronología más reducida de la Historia, algo que debe estar en la memoria de la sociedad japonesa actual, como la alianza con el Tercer Reich y los crímenes ordenados y cometidos por sus nacionales antes y durante la guerra mundial.

Quienes decidieron ir a esta guerra sabían que sus medios militares eran inferiores a los de sus enemigos, y en seguida comprueban su escasa capacidad para reponer las pérdidas. La marina y la aviación norteamericana causa graves daños a la flota mercante enemiga, cada vez más mermada, por falta de acero y de mano de obra, lo que se traduce en desabastecimiento. Además, si bien a Japón le sobra población, su ejército combate en varios frentes, y entre 1937 y 1945 mueren, por efecto de la guerra, casi tres millones de personas, de los que dos son militares. El 18 de abril de 1942, Tokio y otras ciudades japonesas reciben la primera visita de los bombarderos norteamericanos. Estos despegan de portaviones, en aguas del Pacífico occidental, sobrevuelan parte de Japón, lanzan las bombas y siguen vuelo para aterrizar en aeródromos situados en China y controlados por las fuerzas nacionalistas.

Japón prepara un ataque a Estados Unidos, en la América continental. Sin embargo, el cambio en el signo de la guerra viene marcado por el desenlace de dos grandes batallas aéreo navales en el Pacífico, en la primavera de 1942, la del mar del Coral, al nordeste de Australia, en mayo, y la de Midway, en junio, a mitad de camino entre América y Asia. Como resultado,

queda frenada la progresión japonesa hacia el Asia austral y Hawai. La primera, con la que el mando norteamericano trata de impedir el desembarco japonés en Port Moresby, en Nueva Guinea, es la primera gran batalla de aviación sobre el mar, ya que los navíos de los dos bandos nunca están en el campo de visión del contrincante; los japoneses salen victoriosos frente a las unidades norteamericanas y australianas, gracias a sus medios y la preparación del mando, pero su capacidad para reponer las pérdidas, un portaviones hundido y otro dañado, son muy inferiores a las estadounidenses. La de las islas Midway responde al plan japonés de obtener una victoria decisiva en el Pacífico central, en las dos pequeñas islas que forman el atolón de Midway; la armada nipona, que cuenta con más efectivos, fuerza a la marina norteamericana a un combate para impedir su progresión sobre Hawai y sus costas del Pacífico. Es el único combate entre portaviones de la historia militar. La marina estadounidense, que ha descifrado el código de las comunicaciones navales japonesas y conoce, por lo tanto, su plan de operaciones, refuerza su aviación y, aunque sufre cuantiosos daños, se impone y causa mayores pérdidas al enemigo: más de 3.000 bajas humanas, 289 aviones, un crucero pesado y cuatro portaviones, hundidos, perdidos para siempre. La flota japonesa queda muy mermada y su capacidad industrial es muy inferior a la norteamericana.

A partir de entonces, la iniciativa corresponde a Estados Unidos. En el Pacífico central, el almirante Nimitz empuja a los japoneses hacia el oeste, de isla en isla. Concentra fuerzas superiores a las del enemigo, de tierra, mar y aire, para aislar una isla escogida y tomarla, y luego otra, dejando a fuerzas japonesas aisladas en otras islas, sabiendo que no tienen capacidad de intervenir fuera de estas. Entre tanto, en el Pacífico suroeste, el general Douglas MacArthur también hace retroceder a los japoneses; tras un desembarco en la isla de Guadalcanal, en el archipiélago de las islas Salomón, y seis meses de combates en tierra y mar, hasta febrero de 1943, la marina japonesa es derrotada; ahora la ruta marítima japonesa a las Indias holandesas está amenazada.

El hecho de que los combates no tengan lugar en suelo nacional y que los bombardeos de sus ciudades, hasta ahora, hayan sido esporádicos ayuda a que la población acepte la propaganda gubernamental: la guerra es para la supervivencia de Japón, ha comenzado con una serie de victorias, aunque exige la muerte gloriosa de algunos de sus hijos y sacrificios para todos. La

población la acepta o finge hacerlo, con resignación, pues las condiciones de vida de los japoneses siguen empeorando por las pérdidas en su marina mercante, el declive de la agricultura, la pérdida de mano de obra cualificada y la carestía de los fertilizantes, y de las industrias de consumo. Todos estos factores inciden en las condiciones del racionamiento. Escasean la ropa, cualquier artículo doméstico y los alimentos.

El ejército aliado prosigue su avance, en las islas Marshall, las Marianas, Nueva Guinea y Filipinas. Las órdenes que reciben los oficiales y tropa japonesas son las de combatir y defender cada espacio hasta la muerte, lo que dará lugar a muchas pérdidas humanas inútiles, de ambos bandos. En junio de 1944, en Saipán, en las Marianas del norte, Pacífico occidental, con una orografía apta para la defensa, los marines norteamericanos sufren numerosas bajas, pero la fuerza naval enviada para socorrerla es derrotada, con grandes pérdidas en aviación y marina, incluyendo tres portaaviones. La noche del 6 de julio tiene lugar un ataque suicida por tierra, insólito, multitudinario, con unos 4.000 hombres, y al día siguiente decenas de japoneses, civiles y militares, con padres arrastrando a sus hijos, se suicidan saltando al mar desde los acantilados de Marpi Point. Actúan así para evitar algo que consideran deshonroso, sobrevivir a la pérdida de su territorio. La caída de Saipán le supone a Japón la de, por primera vez, un territorio que era de su soberanía antes de la guerra. Aquí instalan los norteamericanos una base que les va a permitir bombardear Tokio mediante vuelos de ida y vuelta.

En el conjunto del archipiélago japonés, el racionamiento aumenta, incluso deja de funcionar durante días, y en varias ciudades es imposible encontrar pescado y verdura fresca. Los bombarderos estadounidenses merman aún más la capacidad de la industria y comienzan a causar miles de muertos entre los civiles, que son un objetivo militar, para forzar la rendición japonesa. El emperador y el alto mando japonés no dan un paso atrás, para conservar el poder, queriendo creer, o aparentando que creen, que una victoria importante permitirá negociar (Rees, 2001: 145). Esa victoria no llegará, sino lo contrario, por la superioridad de fuerzas del enemigo y el avance de su tecnología militar, decisiva en los combates aéreos y en los bombardeos.

El gobierno nipón no da un paso atrás, como no lo hará el encabezado por Hitler. Pero algunos jefes militares alemanes tienen bastantes más dudas sobre el desenlace de la guerra, y otros están ya convencidos de la derrota, y por eso conspiran contra Hitler y planean su asesinato. Aunque en Japón la

situación es distinta, y nadie proyecta una acción violenta contra el gobierno, y de ningún otro tipo contra el emperador, sí que hay movimientos para intentar desplazar a Tojo de la jefatura del gobierno. Tres días antes de que el 20 de julio tenga lugar la Operación Valquiria, un grupo de ex primeros ministros y consejeros imperiales recomiendan a Hirohito un cambio político que conduzca a la negociación con el enemigo. Para entonces, el apoyo a Tojo de los altos mandos militares se ha debilitado y el jefe del gobierno dimite. El emperador se inclina por otro militar, el general Kuniaki Koiso, alguien que no ha tomado parte de la dirección de la guerra, en tanto que gobernador de Corea. Pero es un hombre mayor que carece de la autoridad suficiente, o de la voluntad para ejercerla con todas sus consecuencias, como para ser un impedimento a los altos mandos de la Marina y el Ejército, la mayoría partidarios de proseguir la guerra.

4.6.5. La resistencia japonesa. Los crímenes de guerra de Estados Unidos

A) Resistencia a ultranza, camino del desastre

La resistencia japonesa es a ultranza. En varios lugares, los japoneses se quitan la vida, para no rendirse, para no ser hechos prisioneros, porque les han inculcado que rendirse es una vergüenza que afecta a los individuos y a las familias, que el emperador, comandante en jefe, es un dios que hará que sus fuerzas luchen hasta el final y que si mueren en la guerra serán venerados en santuarios. Las bajas sufridas a causa de una resistencia irracional provocan a los norteamericanos y sus aliados un aumento del odio a los japoneses, ya intenso tras el ataque *traicionero* a Pearl Harbor. Este odio desemboca en casos de malos tratos y la mutilación de japoneses muertos en combate, con episodios en los que marines se llevan las cabezas y las hierven para conservar el cráneo como recuerdo, y en la violación de mujeres (Rees, 2001: 139-143).

Los japoneses responden a la superioridad norteamericana con actos de resistencia desesperados, con el fenómeno insólito de los *kamikazes*, el *viento divino* que debe barrer al enemigo. Inicialmente, es un suboficial, Shoichi Ota, quien plantea la idea de que aviones de los que cuelgue un misil se lan-

cen sobre objetivos en plan suicida. Otros militares proponen derribar bombarderos enemigos lanzándose sobre estos, pero el mando considera que, dada la inferioridad numérica, poco se conseguirá así, que, en su caso, debe alcanzarse un objetivo de más valor militar, pensando en los portaaviones. En octubre de 1944, mientras la flota norteamericana se aproxima a Filipinas, el mando japonés pide voluntarios para acciones suicida: pilotar aviones cargados de explosivos e impactarlos en navíos norteamericanos y, al parecer, se ofrecen todos los pilotos del escuadrón al que se ha hecho la petición, los cuales deben pensar que ese es el deseo de su emperador y dios y que sus almas ingresarán en el santuario de Yasakuni, situado frente al Palacio Imperial de Tokio. Los ataques *kamikazes* dañan el portaaviones Santee y otros navíos, pero no el avance norteamericano sobre las Filipinas. A finales de mes, los japoneses vuelven a sufrir graves daños en mar y tierra en Filipinas y los norteamericanos inician la ocupación del archipiélago. Esta campaña supone 3.230 muertos y 12.000 heridos para el ejército estadounidense, mientras que los japoneses tienen más de 80.500 muertos, siendo muy bajo el número de prisioneros, menos de mil, pues pocos soldados japoneses se rinden. Al mismo tiempo, el ejército británico, nutrido en su mayor parte por hindúes, derrota a los japoneses en la frontera noreste de la India.

Este otoño, la URSS se compromete a participar en la guerra contra Japón, cuando Alemania haya capitulado. A cambio, Estados Unidos y Gran Bretaña, que han cursado la petición porque gran parte del ejército japonés se encuentra en China y Manchuria, y desean aliviar el peso que sus ejércitos soportan en la guerra del Pacífico, aceptan que la URSS recupere sus derechos de 1904, el territorio en arriendo en Port Arthur, los ferrocarriles transmanchuriano y submanchuriano y la parte meridional de la isla de Sajalín, y que además obtenga las islas Kuriles y vea reconocida su influencia en Corea. Este acuerdo, ratificado en la Conferencia de Yalta, dará contenido a una de las críticas a los planes de Roosevelt para la posguerra: la solicitud de la intervención soviética habría sido innecesaria dado que, si los plazos se cumplían, la disponibilidad de la bomba atómica forzaría la rendición japonesa, y la devolución de Manchuria a la influencia rusa proporciona al gobierno soviético la posibilidad de ayudar a los comunistas chinos contra los nacionalistas.

Las batallas por Filipinas terminan en derrota japonesa. Tras la pérdida de la mayor parte de su flota, Manila cae a comienzos de febrero de 1945.

Las tropas estadounidenses están cada vez más cerca del archipiélago japonés. El ejército británico avanza en Birmania y va a tomar el control de la frontera con China. El gobierno japonés sigue sin reconocer en público sus errores y sin tratar de poner fin a la guerra mediante el ofrecimiento de la retirada en China. No obstante, diplomáticos próximos a palacio sondean al gobierno ruso para que actúe de mediador en la guerra del Pacífico.

Entre febrero y junio de 1945 tienen lugar dos batallas importantes, Iwo Jima y Okinawa, caracterizadas por el empleo de los atacantes de todas sus armas, la marina, la aviación, la artillería y los marines, en una serie de operaciones anfibias, la resistencia a ultranza de los japoneses, el empleo por estos de kamikazes y el alto número de bajas, sobre todo por parte de los defensores, sometidos al fuego de potentes medios de guerra.

Del 19 de febrero al 26 de marzo transcurre la de Iwo Jima, en una de las tres islas que conforman el archipiélago Los Volcanes o Vulcano, que se extiende en dirección a las Marianas, a unos 1.200 kilómetros al sur de Tokio. Allí llegó el español Bernardo de la Torre en 1543 y el archipiélago fue reclamado con éxito por Japón en 1891. Iwo Jima, que hoy es una inmensa tumba, pues ahí siguen los restos de miles de soldados japoneses, venía siendo utilizada como base de la aviación de caza y permitía al servicio de inteligencia nipón observar los bombarderos enemigos en su ruta desde las Marianas a Japón y emitir un aviso con dos horas de antelación a su llegada; precisamente, por su llanura, el mando norteamericano ha pensado en la isla como base para sus bombarderos. Para defenderla, el mando japonés dispone varios dispositivos, entre estos la construcción de una fortaleza subterránea compuesta por un laberinto de túneles excavados a través de la roca negra volcánica, para dificultar la efectividad de los bombardeos de aviación y artillería, y los citados *kamikazes*, que dañan varios navíos, sin influencia en el resultado de la batalla. Los muertos japoneses son más de 21.000, y las bajas estadounidenses 6.825 muertos y más de 19.000 heridos. Es célebre la fotografía tomada en la cumbre del monte Suribachi por el fotógrafo Joe Rosenthal, el 23 de febrero. Supuestamente recoge el momento en que una patrulla de marines clava la bandera estadounidense después de la conquista de la montaña desde la que se contempla la isla, aunque en realidad la imagen corresponde a la sustitución de la primera bandera de este país izada allí, de pequeño tamaño, por una mucho más grande. Con esa fotografía Rosenthal ganará el premio Pulitzer y, en 1954, servirá como modelo para el mo-

numento de bronce dedicado a la Infantería de Marina, en Virginia, en las cercanías de Washington. Ha sido múltiples veces reproducida y es motivo de reflexión para el director de cine Clint Eastwood en *Banderas de nuestros padres,* basada en el libro, de igual título, de James Bradley, hijo de uno de los tres marines que levantaron la bandera y sobrevivieron a los combates en la isla. Eastwood ha tenido el detalle de hacer dos películas, con el propósito de explicar la batalla desde ángulos distintos, la ya citada y *Cartas desde Iwo Jima,* centrada en la figura del teniente general Tadamichi Kuribayashi, en su estrategia, renunciar a la defensa frontal de las playas y realizarla desde el interior de una red de túneles y búnkers, de al menos veintiséis kilómetros, en los que estaban ocultos sus soldados, y en cómo fue aplicada por los hombres a su mando. Iwo Jima será ocupada por Estados Unidos hasta 1968, año en que es devuelta parcialmente a Japón, ya que permanecen numerosas instalaciones militares. Como en diversos campos de batalla de Rusia, allí, hoy en día, prosigue la búsqueda de restos humanos.

Por la situación de Iwo Jima, a unos 1.100 kilómetros al sur de Tokio, el uso de sus aeródromos facilita el trabajo de los bombarderos estadounidenses. Durante el mes anterior, el mando militar norteamericano ha introducido una nueva táctica aérea basada en el exterminio masivo de población civil, crimen de guerra que ningún tribunal juzgará. Hasta entonces, los bombarderos habían atacado objetivos militares e industriales. Autorizado por su gobierno, el nuevo comandante de las fuerzas aéreas, general Curtis Le May, ordena arrasar las ciudades enemigas. De esta forma, se argumenta, se preservarán vidas propias y se forzará la rendición incondicional del enemigo. A partir de entonces, los bombarderos B-29 atacan las ciudades japonesas con bombas de fósforo y de otros tipos, lanzadas a baja altura y por la noche. Como consecuencia de esos bombardeos en alfombra, barrios enteros de las principales ciudades, Tokio, Osaka, Kobe, Sendai, Nagoya y Yokohama, son reducidos a cenizas. Mientras el gobierno japonés planea diversas formas de defensa suicida (en las que no tiene previsto participar) del territorio nacional y cursa órdenes para la formación de destacamentos de combate a base de voluntarios civiles, el ataque masivo contra Tokio ocurrido la noche del 9 de marzo deja un rastro de edificios derruidos, incluyendo la mayor parte de la zona antigua de la ciudad, y, se cree, más de 100.000 muertos, aunque se desconoce la cifra exacta; una parte de las personas arden, mueren y sus restos siguen ardiendo.

Sucede además que durante los años previos prestigiosos científicos han desarrollado en Estados Unidos un programa sobre la liberación por el uranio de grandes cantidades de energía nuclear, y este ha suscitado un debate sobre si el ejército debería hacerse cargo del mismo, pensando en la posibilidad de utilizar el uranio como un explosivo que liberaría millones de veces tanta energía como nunca antes lo había hecho ningún explosivo conocido. Desde poco antes del ataque japonés a Pearl Harbor, el programa se dirige ya a producir un arma militar decisiva y la entrada en la guerra y la voluntad de derrotar a Alemania, Italia y Japón han dado argumentos a quienes justifican ese cambio. El programa debía cubrir varios pasos, entre estos, lograr la primera reacción nuclear en cadena y, tras tres años y medio de trabajo, se han desarrollado no uno sino dos tipos de bombas nucleares, una con combustible de uranio y otra de plutonio. El uso del arma atómica va a ser determinante para que Japón se rinda. Pues, a mediados de 1945, la voluntad publicada del gobierno y del alto mando es la de seguir combatiendo. Dispone de tres millones de efectivos fuera de territorio nacional y de dos en el archipiélago, estos apoyados por destacamentos de defensa interna. En febrero, el ex primer ministro Konoe le ha pedido al emperador que acepte la pérdida de la guerra y aleje del poder a los militares extremistas, pero el emperador, que escucha a unos y otros, no da ese paso (Renouvin, 1982: 1223-24). Los ultras se agarran a la idea de que, cuando Estados Unidos se lance al asalto de Japón, en una inmensa operación de desembarco, fracasará, y que entonces será el momento de negociar.

B) La guerra llega al archipiélago japonés

En la conferencia de Yalta, en la costa de Crimea, celebrada del 4 al 11 de febrero de 1945, los aliados occidentales vuelven a solicitar la entrada de la URSS en la guerra contra Japón. De nuevo Stalin se compromete a dar ese paso, pero no lo da, para concentrar los esfuerzos del Ejército Rojo contra la Alemania hitleriana. Así pues, Estados Unidos sigue llevando el peso de la guerra contra Japón. Para derrotarle no parece haber otra solución que la de expulsarle de los territorios invadidos y amenazar su suelo nacional o, si esta presión no es suficiente, someterle a un bloqueo marítimo y a bombardeos masivos, o, si esto también fallase, proceder a la invasión por tierra, medida

esta última que supondría un alto número de bajas por ambas partes; a no ser que estén disponibles para su uso una o más bombas atómicas.

Mientras se combate en otros escenarios, la siguiente batalla importante es la de Okinawa, la mayor de las islas Ryukyu, japonesas, a 600 kilómetros al sudoeste de Kyushu, entre esta isla y Taiwán. La batalla dura más de dos meses, del 1 de abril al 21 de junio y la resistencia japonesa es una vez más a ultranza. El 1 de abril desembarcan 50.000 soldados norteamericanos, sin encontrar oposición. Como sucediera en Iwo Jima, el teniente general Mitsuru Ushijima ha decidido no combatir desde las playas y replegar sus 77.000 soldados y los 20.000 civiles que actúan como tropas de apoyo al interior, a zonas montañosas rodeadas de selva donde ha hecho construir unas sólidas estructuras defensivas. La flota norteamericana maniobra sin problemas hasta el 6 de abril, día en que es atacada por oleadas de kamikazes, por primera vez en grupos de hasta treinta aviones; aunque no son difíciles de derribar, pues el peso del misil que llevan reduce su velocidad y los pilotos más expertos ya han muerto, en esta ocasión, por su número, causan más pérdidas a la flota conjunta norteamericana y británica, con veinticuatro navíos hundidos y doscientos dañados. El mando militar ha dicho a los civiles que es un acto vergonzoso rendirse, que, si les capturan, los norteamericanos les torturarán, hasta la muerte, y les ha entregado a cada uno dos granadas, una para el enemigo, la otra para volarse ellos; el 27 de marzo, 800 civiles mueren en Tokashiki: la mayoría de los hombres matan a sus familias y después se suicidan (Rees, 2001: 176). No obstante, una parte de los japoneses se rinde, de los cuales un número indeterminado es liquidado sobre la marcha por las tropas norteamericanas, que, además, violan a varias mujeres. Las pérdidas en vidas son enormes, con la desproporción que vienen marcando los combates, unos 110.000 muertos japoneses, tal vez más, y 12.500 norteamericanos.

Es la primera vez, en muchos siglos, que un ejército enemigo pisa suelo de lo que fue Japón en sus orígenes como nación. Su derrota es ya casi segura. Desde ese islote volcánico, los bombarderos norteamericanos tienen a su alcance todas las ciudades japonesas. Además, su ejército puede cortar las relaciones marítimas entre el archipiélago japonés y el ejército de ocupación en China, y planear una operación de desembarco en las grandes islas, y con todos los efectivos que desee, pues la guerra en Europa ha terminado. El general Koiso es relevado al frente del gobierno japonés por otro militar, el

almirante Suzuki Kantaro, quien no toma ninguna decisión importante. Las conferencias imperiales, para el asesoramiento del emperador, no suponen un avance hacia la aceptación de la derrota. Los tanteos negociadores de diplomáticos japoneses en varias ciudades europeas fracasan, pues pretenden buenas condiciones de paz, sin ocupación de su territorio y conservando Manchuria como zona de influencia, u otros beneficios y la respuesta es que Japón debe aceptar la capitulación. Los ultras se agarran a la guerra y no hay ninguna ruptura en la cadena de mando militar. Durante junio y julio prosiguen los ataques con bombas incendiarias.

C) El empleo de la bomba atómica

La previsible duración de la guerra en el Pacífico y las bajas que se añadirían a las decenas de miles ya habidas conducen al empleo del arma atómica por quien la tiene, aunque algunos políticos norteamericanos y científicos, el principal Leo Szilard, precisamente el físico que más gestiones ha hecho para que Estados Unidos desarrolle la investigación nuclear, expresan una opinión contraria. Él y otros científicos plantean la posibilidad de hacer una demostración en una isla desierta del archipiélago japonés, avisando previamente a su gobierno, para que tome nota de sus efectos. Sin embargo, esta posibilidad se descarta y lo que una comisión de políticos, asesores y científicos estadounidenses decide, el 31 de mayo, es el empleo de bombas atómicas sin previo aviso, contra distintos objetivos. Entre las posibles alternativas, se eligen las siguientes: Hiroshima, que es la principal base del ejército japonés en el oeste del archipiélago, y el más importante puerto de embarque de la armada, además de centro económico y administrativo del oeste de la isla de Honshu, la más grande y poblada, posiblemente también seleccionada porque está densamente poblada, situada sobre una meseta y con tres cuartas partes de su perímetro rodeado por montañas, lo que debe hacer que el ataque resulte muy eficaz; y el arsenal de Kokura, en el centro de Kitakyushu, entre Honshu y Kyushu (Carpintero, 2007: 140-141). Es una decisión militar y política, con el objetivo de ganar la guerra y ahorrar bajas, desde luego propias y, ¿quién sabe?, también al enemigo, pero los que van a morir son en su inmensa mayoría civiles, y no los organizadores de los planes de expansión japoneses. El gobierno norteamericano, que descarta

ya responsabilizar al emperador de la guerra y de los crímenes japoneses, no concibe que se le exijan responsabilidades por el bombardeo o la destrucción de ciudades y de decenas de miles de vidas; lo mismo, con otro formato, ocurrirá en Vietnam.

El 26 de julio, durante la conferencia de Postdam, el presidente estadounidense, Harry S. Truman (Roosevelt ha fallecido el 12 de abril), y el primer ministro británico, Churchill, exigen una vez más a Japón su rendición incondicional. Con el visto bueno de Stalin y antes de obtener el de Chiang Kai-shek, hacen pública, en nombre de Estados Unidos, Gran Bretaña y China, la exigencia de rendición incondicional y las gravísimas consecuencias que, por efecto de las armas, tendría para el pueblo japonés ignorar dicha oportunidad de poner fin a la guerra: "La aplicación de todo nuestro poder militar, sostenido por nuestra resolución, significará la destrucción inevitable y completa de las fuerzas armadas japonesas, y una total devastación del territorio japonés". La publicidad del documento y las condiciones que se pretenden imponer impulsan a casi todos los dirigentes nipones a rechazar, al menos de palabra, ese ultimátum: "justicia severa a los criminales de guerra, incluyendo a quienes han infligido tratos crueles a nuestros prisioneros"; eliminación de obstáculos al resurgimiento de ideas democráticas y establecimiento de "libertad de expresión, de religión y de pensamiento"; hasta que se establezca un nuevo orden político y quede neutralizada la capacidad militar del país, varios lugares serían ocupados por los Aliados; y "será eliminada para siempre la autoridad e influencia de aquellos que han engañado y han hecho caer al pueblo de Japón en el error de intentar la conquista del mundo".

En consecuencia, para los aliados occidentales, la capitulación japonesa supondría el fin de las operaciones militares, limitar la soberanía del derrotado al territorio de 1868, eliminar la influencia de los militaristas, castigar a una parte de los criminales de guerra e imponer un modelo liberal que asegure el gobierno de los conservadores dispuestos a aceptar la influencia de Washington en la zona. Los líderes occidentales acaban de saber el resultado de la prueba realizada con la bomba atómica en el desierto estadounidense, que es positivo y que supera incluso las expectativas. Ya no puede ser empleada contra la Alemania nazi, pero sí contra el país que sigue en guerra contra los norteamericanos. Truman decide informar de este hecho a Stalin, no al gobierno japonés.

El primer objetivo es la ciudad de Hiroshima. A las 08:15 hora local del 6 de agosto, el B-29 bautizado como *Enola Gay* lanza sobre esta ciudad la bomba atómica a la que se ha puesto el nombre de *Little Boy,* una de esas bromas de la guerra. Se trata de una bomba que fisiona unos 600 gramos de uranio militar, que produce doce kilotones, en vez de los veinte proyectados, y que explota a unos 500 metros por encima del hospital Shima; en el suelo, en el centro de la explosión, la temperatura alcanza los 6.000 grados centígrados. Esta bomba causa más de 200.000 bajas, siendo la cifra oficial de muertos la de 78.000, por muerte instantánea, por las heridas producidas por los cascotes y quemaduras y por los posteriores efectos de la radiación, en forma de cánceres en distintos órganos; más de la mitad de los edificios de la ciudad resultan destruidos, una mayor proporción dañados. Sin noticias de una rendición japonesa, tres días después tiene lugar el segundo ataque con arma atómica. La bomba, *Fat Man,* en este caso de plutonio, es arrojada a las 11:02 horas del 9 de agosto, no sobre el objetivo inicial, Kokura, a causa del mal tiempo y la falta de visibilidad producida por el efecto de bombas arrojadas el día anterior, ya que la orden es lanzarla utilizando el procedimiento visual, y no el radar, sino sobre la segunda opción, que es la ciudad de Nagasaki, situada en una región montañosa de la costa sudoeste de Kyushu, al sur del país. La bomba, explosionada a una altura de 500 metros por encima de la zona norte de la ciudad, causa unos 70.000 muertos, un mismo número de heridos y la destrucción total y parcial de numerosos edificios, en menor número que en Hiroshima.

Los bombardeos sobre Tokio en el mes de marzo habían causado más muertos y tantas o más destrucciones que el bombardeo sobre Hiroshima o Nagasaki, y también en un solo día, y lo mismo el bombardeo de la ciudad alemana de Hamburgo. Y cuando se busca la cifra de militares y civiles muertos durante la Segunda Guerra Mundial, esta resulta ser sobrecogedora, más de 55 millones de personas. Por lo tanto, en el contexto de los bombardeos norteamericanos de la primavera y el verano de 1945, las bombas nucleares han sido un medio diferente, más sencillo, pero no más eficaz, con el que obtener el mismo resultado pretendido por la política militar anterior, eliminar civiles e infraestructuras (Rees, 2001: 192). No obstante, como este y otros autores señalan, la diferencia entre el ataque a estas dos ciudades y otros casos de bombardeos aéreos no reside solo en el empleo de

una única bomba. Deben citarse también los efectos, de larga duración y entonces desconocidos, de la radiación nuclear y la lluvia ácida, y la toma de conciencia del descomunal poder de los inventos humanos para destruir, matar y causar sufrimiento. No es posible determinar la cifra exacta de las víctimas producidas por ambas bombas, pues muchas personas mueren durante los meses y años siguientes; muy posiblemente, cinco años después, los fallecidos son 200.000 en Hiroshima y 140.000 en Nagasaki (Rhodes, 1996: 734-740).

El general MacArthur se encarga de censurar y destruir los originales de las crónicas del corresponsal de guerra George Weller, quien, tras zafarse de los oficiales de relaciones públicas y de la policía militar, entra en Nagasaki cuatro semanas después del bombardeo, cuando la ciudad sigue ardiendo, aunque no se vean las llamas; las copias las ha recuperado recientemente su hijo, para un libro espeluznante. La administración norteamericana tratará de mantener el bloqueo informativo sobre los horrores de la guerra nuclear durante los años siguientes. Ningún político de los países contendientes presenta en 1945-1946 su dimisión por los daños que la guerra ha causado. Si lo hace al menos un científico, Robert Oppenheimer, el director del Laboratorio Nacional de Los Álamos, Nuevo México, encargado del desarrollo del arma atómica. Tampoco ningún político estadounidense mostrará arrepentimiento por los bombardeos en alfombra o con armas atómicas. La conciencia de una persona implicada indirectamente en la acción sí queda afectada para siempre, la del comandante Claude R. Eatherly, quien comunicó el *go ahead* al *Enola Gay*. Después de aquello pasó muchos años entre tribunales, por delitos cometidos para llamar la atención de la opinión pública, y hospitales, con su dolor y arrepentimiento. Su correspondencia con el filósofo Günther Anders da lugar a un libro, en el que se recoge también una carta que en 1959 le remitieron un grupo de jóvenes japonesas:

> Todas nosotras somos chicas que, aunque tuvimos la suerte de escapar a la muerte, fuimos heridas en nuestros rostros y en nuestro cuerpo por las bombas atómicas. Nuestros rostros muestran cicatrices y heridas, y es nuestro deseo que esa cosa horrible a la que se llama *guerra* no se repita jamás. Hemos sabido que los sentimientos de culpabilidad lo atormentan y que ha sido internado en un psiquiátrico…

4.6.6. Testimonios de los bombardeos atómicos

Son numerosos los ensayos, reportajes y relatos de ficción sobre la fabricación de las bombas atómicas, el bombardeo y sus efectos. Entre los más famosos debido a la pluma de un japonés figura *Cuadernos de Hiroshima,* de 1965, obra de Oe Kenzaburo. El año, 1963, en que la revista mensual *Sekai* le encarga un reportaje sobre las consecuencias de la bomba atómica es el mismo en que él y su esposa suman fuerzas para sacar adelante la vida de un hijo nacido con lesión en el cráneo y que, como resultado de la operación practicada, queda casi ciego y con escasa capacidad para hablar (lo que no le impedirá llegar a ser un afamado compositor de música); al parecer, esa fuerza para ayudar a su hijo la aprende de la dignidad de los supervivientes de la bomba y de la voluntad de sacrificio de quienes se preocupan por ellos. Oe visitará Hiroshima, aprovechando que ese año se celebra allí el Noveno Congreso Internacional contra la Bomba Atómica, visita que repetirá los dos años siguientes. De las experiencias de esos viajes a la ciudad, de su contacto con las víctimas y con los médicos que las tratan nacen sus reportajes, recopilados después en un libro, plagados de personajes que han sufrido y siguen sufriendo las consecuencias de la bomba atómica y preocupados mucho más por su futuro que por los discursos de los políticos pro chinos, pro soviéticos y pro norteamericanos sobre los límites que, supuestamente, deben ponerse a la fabricación de armamento nuclear. Uno es la señora Murato, que tiene la cara desfigurada por cicatrices queloideas y procura hacer una vida normal dentro de sus posibilidades. Al saber que otras personas en una situación semejante se habían suicidado o vivían encerradas en sus casas, Oe le pregunta qué es lo que le ha apartado de esas ideas, y ella le responde que ha sido el conocimiento, obtenido durante la asistencia al primer congreso contra la bomba, de que ella no es la única persona que sufre (Ruiz, 1999: 101-108). También es muy interesante, y también disponible en castellano, *Diario de Hiroshima de un médico japonés*, de Michihiko Hachiya, director de uno de los hospitales de la ciudad cuando fue arrojada la bomba en la ciudad y que comprende 56 días en Hiroshima, desde el 6 de agosto hasta el 30 de septiembre de 1945.

Entre los trabajos publicados poco después de los bombardeos atómicos merecen recordarse el del japonés Tamiki Hara, *Natsu no hana, Las flores del verano,* de 1945, y el del norteamericano John Hersey, *Hiroshima,*

de 1946, recopilación de los reportajes para el *New Yorker* basados en los testimonios de seis supervivientes de la hecatombe atómica. Son lecturas de mucho interés, como lo es el único testimonio escrito por un español que sobrevivió al bombardeo de Hiroshima, que es el jesuita Pedro Arrupe. Tras estudiar Medicina en Madrid, ingresar en la Compañía de Jesús y completar sus estudios de Filosofía y Teología en Alemania y Estados Unidos, Arrupe permaneció en Japón durante doce años. En 1945 era maestro de novicios y rector de los jesuitas de Nagatsuka, sede del noviciado de los jesuitas en Hiroshima, con la parroquia en el centro de la ciudad. En Nagatsuka, a unos seis kilómetros del centro, se encontraba Arrupe con otros treinta y cinco jóvenes jesuitas en el momento en que explotó la bomba. Arrupe recuerda que todas las ciudades del entorno, Kure, Iwakuni y otras, habían sido ya atacadas por los bombarderos estadounidenses, pero no Hiroshima, aunque se habían construido refugios y recibían la visita diaria de un B-29, en vuelo de observación. La situación cambió, radicalmente, el 6 de agosto:

> Estaba yo en mi cuarto con otro Padre, a las ocho y cuarto de la mañana, cuando de repente vimos una luz potentísima, como un fogonazo de magnesio disparado ante nuestros ojos. Naturalmente, extrañados, nos levantamos para ver lo que sucedía, y al ir a abrir la puerta del aposento –este daba hacia la ciudad– oímos una explosión formidable, parecía el mugido de un terrible huracán, que se llevó por delante puertas, ventanas, cristales, paredes endebles…, que hecho añicos, iban cayendo sobre nuestras cabezas.
>
> Nos tiramos, o fuimos tirados al suelo (…) Cuando pudimos ponernos en pie, fuimos a recorrer la casa (…) Salimos al jardín, para ver dónde había caído la bomba, pues nadie dudaba que esto hubiese sucedido; pero al llegar y recorrerlo todo, nos miramos extrañados unos a otros: allí no había ningún hoyo, ni ninguna señal de explosión. Los árboles, las flores, todo, aparecía normal.
>
> Estábamos recorriendo los campos de arroz que circundan nuestra casa para encontrar el sitio de la bomba, cuando, pasado un cuarto de hora, vimos que por la parte de la ciudad se levantaba una densa humareda, entre la que se distinguía, claramente, grandes llamas.
>
> Subimos a una colina para ver mejor, y desde allí pudimos distinguir en dónde había estado la ciudad, porque lo que teníamos delante era una Hiroshima completamente arrasada (…)

> Y cortando aquí la narración de lo que nosotros vimos y experimentamos en Nagatsuka, vamos a trasladarnos con la imaginación hasta Hiroshima, para ver lo que allí había sucedido.
>
> A las ocho y cuarto de la mañana, un avión americano B-29 arrojó una bomba que hizo explosión en el aire a una altura de 150 metros. El ruido fue muy pequeño y le acompañó un fogonazo, parecido al de magnesio; que fue el que nosotros vimos desde nuestra casa a seis kilómetros de distancia.
>
> Durante unos momentos, algo, seguido de una roja columna de llamas, cayó rápidamente y estalló de nuevo. Esta vez terriblemente, a una altura de 570 metros sobre la ciudad. La violencia de esta segunda explosión es indescriptible. En todas direcciones fueron disparadas llamas de color azul y rojo, seguidas de un espantoso trueno y de insoportables olas de calor, que cayeron sobre la ciudad arruinándolo todo: las materias combustibles se inflamaron, las partes metálicas se fundieron, todo en obra de un solo momento.
>
> Al siguiente, una gigantesca montaña de nubes se arremolinó en el cielo; en el centro mismo de la explosión apareció un globo de terrorífica cabeza. Además, una ola gaseosa a velocidad de quinientas millas por hora, barrió una distancia de seis kilómetros de radio. Por fin, a los diez minutos de la primera explosión, una especie de lluvia negra y pesada cayó en el noroeste de la ciudad (Arrupe, 1952: 64-66).

Arrupe, con sus conocimientos en medicina y los escasos medios disponibles en el botiquín de la casa de novicios, trabaja durante los días siguientes en la atención de los heridos. Son muchas las personas afectadas por heridas de contusión y por fragmentos de vidrio o madera incrustados en el cuerpo, y muchas por quemaduras producidas por los incendios surgidos al derrumbarse los edificios y por otras quemaduras cuyo origen nadie se explica durante los días siguientes al ataque. Los supervivientes dicen haber visto una luz, escuchado una terrible explosión, y creído que no les ha pasado nada, pero sentido, al cabo de una media hora, que se les forman en la piel ampollitas, superficiales, las cuales se convierten, pasados unos minutos, en una quemadura que, un día después, comienza a supurar. Hay que esperar varios meses a que se difunda la información de que la bomba ha producido tres ondas, la primera explosiva, la segunda térmica, con radiaciones infrarrojas, y la tercera radioactiva; y que las radiaciones infrarrojas atacan los tejidos y destruyen la epidermis y la endodermis y también el tejido muscular,

y que la onda radiactiva causa disminución de los glóbulos rojos y blancos, hemorragias en las encías, boca y garganta, manchas en la piel, caída del cabello, vómitos, fiebre alta y, en muchos casos, la muerte. El de Arrupe y otros testimonios nos hablan de los daños materiales y humanos, como es el caso de los sufridos por las jóvenes supervivientes de entre las encargadas, cada mañana, de limpiar las calles de todos los objetos de madera y objetos combustibles que pudieran propagar el fuego en caso de bombardeo; serán conocidas como las *chicas queloides,* por tener su cara y otras partes del cuerpo desfiguradas por las queloides, lesiones y cicatrices en su piel.

4.7. *Japón se rinde*

4.7.1. La muy tardía capitulación

Japón ha perdido la guerra. Para recoger el botín que cree que le corresponde, la URSS le declara la guerra el 8 de agosto. En seguida, sus tropas avanzan sobre Corea y Manchuria; queda por ver si se limitarán a desmantelar factorías y equipo industrial, como en Alemania, para llevárselo como botín de guerra, o si se quedarán allí, como en casi todo el este de Europa. Aunque, todavía, los gobernantes y jefes militares japoneses no son conscientes de que necesitarán a Estados Unidos para mantener al menos las antiguas fronteras de su país, y del alto precio que impondrá Washington, por las buenas o por las malas, ahora solo les importa que las consecuencias de la derrota sean lo menos dolorosas posibles para ellos mismos y para su idea de nación. Piensan poco, o nada, en los japoneses como ciudadanos, como personas; nunca lo han hecho, para ellos esas personas son súbditos. Así pues, se trata de ellos y del imperio, de la nación, que encarnan ellos, lo mismo que han pensado los protagonistas de las reuniones que tuvieron lugar en Roma en 1943, en Berlín en abril de 1945, en Budapest...

De cara a una capitulación negociada, la clase política y militar coincide en el mantenimiento de la dinastía imperial; al igual que ha sucedido durante los últimos quince años, el ejército sigue siendo muy respetuoso con el estatus del emperador, bastante menos en lo referido a sus opiniones (Beasley, 1995: 309). Otros temas son objeto de discusión. Todavía durante el consejo de ministros celebrado tras el segundo bombardeo atómico, los

militares intransigentes se resisten al requisito norteamericano de rendición incondicional para poner fin a los ataques. Aceptan la derrota, pero no la ocupación militar de su país por el enemigo. Al parecer, se acuerda entonces que sea el emperador el que decida; si fuera así, el emperador habría tomado durante los años previos otras decisiones, incluidas las referidas a la guerra, o unas veces sí y otras no, lo que, de nuevo, nos hace pensar en una multiplicidad de organismos decisorios cuyas competencias no están bien reguladas, desde luego no en la Constitución, ni en lo que hoy en día entendemos por una ley orgánica. En la reunión del Consejo Privado celebrada esa noche, los ultras plantean resistir, un absurdo si Estados Unidos limita las operaciones militares al bombardeo aéreo de ciudades. No obstante, esta vez el emperador se opone, para garantizar, dice, intereses nacionales, además de la dinastía. La historiografía japonesa ha sido muy poco crítica con la actuación del emperador, incluso durante los últimos años se han publicado libros, con gran éxito de ventas, en los que se pide comprensión para quienes llevaron a Japón a varias guerras consecutivas. Los autores no japoneses son menos benignos ante la figura imperial, aunque algunos callan porque parten de la idea de que criticar a un emperador japonés supone hacerlo a un país que consideran aliado de Occidente. No obstante, varios autores le responsabilizan de la funesta decisión de no haber capitulado antes para proteger su persona y la dinastía; en un clásico de las relaciones internacionales, se le acusa de pasividad ante los ultras, mientras la situación del país se agravaba más y más, a la espera de que los militaristas perdieran fuerza, y así no tuvieran apoyos suficientes para dirigirse contra él: "Con esta contemporización y esta prudencia, ha permitido que los sufrimientos de la nación fueran mayores. En resumidas cuentas, la prudencia dinástica parece haber sido antepuesta a los intereses generales" (Renouvin, 1982: 1226).

Al día siguiente, 10 de agosto, la flota estadounidense ataca la isla de Kokkaido; pese a la constitución simbólica de unas fuerzas aliadas, es Estados Unidos el país que sigue asumiendo el peso de las operaciones. Entre tanto, el gobierno japonés acepta una rendición casi incondicional. Transmite al estadounidense que entiende que la Declaración de Postdam no implica lesionar las prerrogativas del emperador como gobernante soberano. La respuesta de Estados Unidos, insinuada en contactos previos, es que exige el establecimiento de un gobierno de orientación pacifista acorde con la voluntad del pueblo libremente expresada y, respecto al emperador, queda cla-

ro que no se cuestiona su continuidad, ni su autoridad, aunque esta, y la del gobierno, debe quedar bajo el control del comandante en jefe de las fuerzas de ocupación. En la Secretaría de Estado entienden que la figura del emperador es fundamental, ya que, si proceden de él, las órdenes de suspender las operaciones militares serán acatadas por todos o casi todos los mandos superiores y lo mismo la ejecución de los términos de la rendición. La aceptación de los términos impuestos no la cursa el gobierno hasta el día 14, después del ataque norteamericano con bombas incendiarias sobre Kumagaya, que destruye casi el 50% de la ciudad. Ese día, un grupo de jefes y oficiales, entre los que figura el ministro de la Guerra, intenta hacerse con el poder, lo que nos recuerda varios episodios vividos en Tokio en los años treinta. Durante la noche del 14 al 15 invaden el palacio imperial, asesinan al comandante de la guardia, general Mori Takechi, y buscan infructuosamente el discurso radiofónico que el emperador tiene previsto dirigir a la nación al día siguiente; otros prenden fuego a la casa del primer ministro y del presidente del Consejo Privado. Dado que la mayor parte del ejército acepta la voluntad imperial, la disparidad de fuerzas obliga a los sublevados a rendirse. Los cabecillas se suicidan utilizando un procedimiento bien distinto del empleado por varios miembros de la cúpula nazi, confiando en que su espíritu será acogido en el santuario de Yasukuni, donde se rinde homenaje a las víctimas de la guerra; implicado o no en la conspiración, uno de los que se suicidan es el ministro de la Guerra, general Anami Korechika.

4.7.2. El emperador habla

El día 15, el emperador se dirige por radio a sus súbditos. Nunca antes los japoneses habían escuchado su voz, que es la de un humano. El emperador no asume ninguna responsabilidad, ni ahora ni nunca, por lo ocurrido, justifica la declaración de guerra hecha por él mismo, lamenta la imposibilidad de la victoria y acepta las condiciones del comunicado conjunto de Estados Unidos, Gran Bretaña, República de China y URSS, sin citar la Declaración de Postdam. La noticia de la rendición y el conocimiento de la condición humana del emperador conducen a decenas de japoneses al suicidio; varios militares se congregan para inmolarse ante el palacio imperial, entre estos el almirante Onishi. Entonces, el emperador forma un nuevo gobierno, presi-

dido por un príncipe, el cual debe recibir a los representantes de los vencedores en la guerra.

El 2 de septiembre, a bordo del acorazado norteamericano *Missouri*, anclado en la bahía de Tokio, es firmada la capitulación de Japón de acuerdo con el contenido de la Declaración de Postdam. El ministro de Exteriores, Mamoru Shigemitsu, en representación del Gobierno Imperial, el Cuartel General Imperial y el emperador, firma los protocolos de la rendición; el emperador ha autorizado la firma en un documento dado "en nuestro palacio en Tokio, el primer día del noveno mes del vigésimo año de Showa, siendo el año 2605 de la ascensión del emperador Zinmu". La aceptación la firman el general al que el presidente Truman ha escogido para comandar las Fuerzas Aliadas, Douglas MacArthur, seguido del almirante Chester W. Nimitz, representante de Estados Unidos, y los de Gran Bretaña, China, URSS, Australia, Canadá, Francia, Holanda y Nueva Zelanda. Es el momento de la firma del Instrumento de la Rendición, a la que va a seguir la ocupación. El tratado de paz tendrá que esperar varios años; mejor dicho, los tratados, pues Japón no firma la paz con los países que han sido sus enemigos en una sola vez.

5

Ocupación, segunda occidentalización y recuperación económica (1945-1963)

5.1. *El precio de la derrota*

5.1.1. La política inicial de Estados Unidos

Estados Unidos impone el fin de la condición divina del emperador, y que sus funciones dejen de ser políticas para ser simbólicas, pero de su plan no forma parte ni eliminar la figura imperial ni sustituir a Hirohito en el trono. Así figura en varios documentos de la Secretaría de Estado que han obtenido la conformidad del presidente Truman. Y MacArthur, instalado en un despacho en el centro de Tokio, comparte la idea de que la abdicación forzada o, más aún, el cambio de régimen, supondría la pérdida de un interlocutor y un símbolo respetado por muchos japoneses y deseoso de colaborar, ayu-

dando a legitimar la autoridad extranjera; entre otras cosas, porque conoce el destino de la familia real rusa y el avance de los comunistas en China.

El plan inicial de la Secretaría de Estado, de septiembre de 1945, sienta las bases de la política norteamericana para Japón durante los dos años siguientes. En su parte primera, el plan establece dos objetivos: asegurar que Japón no vuelva a convertirse en una amenaza para los Estados Unidos o para la paz y seguridad del mundo y el establecimiento de un gobierno pacífico y responsable que se ajuste a los principios del autogobierno democrático; esta segunda premisa debe ser conforme a la voluntad libremente expresada por el pueblo japonés. Los objetivos han de cumplirse utilizando los siguientes medios: la soberanía de Japón quedará limitada a las islas de Hokkaido, Honshu, Shikoku y Kyushu y las islas menores adyacentes, tema ya tratado en anteriores acuerdos entre los Aliados; el país será desarmado y desmilitarizado completamente, y el militarismo eliminado de la vida política, económica y social; el pueblo japonés será alentado para que desarrolle el deseo de libertad individual y el respeto a los derechos humanos fundamentales, especialmente las libertades de culto, reunión, expresión y prensa, y para que cree organizaciones democráticas; y los ciudadanos tendrán la oportunidad de desarrollar por sí mismos la economía que permita cubrir las necesidades del país en tiempo de paz. La parte segunda del plan de la Secretaría de Estado está dedicada a la autoridad de los Aliados, en dos apartados. Su primer apartado trata de la ocupación militar, cuyo fin es llevar a cabo los términos de la rendición y alcanzar los objetivos antes mencionados, lo que supone el reconocimiento de que los japoneses no los cumplirían por sí mismos. El gobierno estadounidense declara que será bienvenida la participación para la ocupación del país de las fuerzas de otras naciones que hayan tenido una actuación destacada en la guerra contra Japón, pero que esas fuerzas estarán bajo el mando del Comando Supremo designado por los Estados Unidos y que, aunque se consultarán las políticas relativas a la ocupación, en el caso de que se produzcan diferencias de opinión, será la política de Estados Unidos la que prevalezca. El segundo apartado trata de las relaciones con el gobierno japonés, y establece que la autoridad del Tenno y del gobierno japonés estará sujeta al Comando Supremo, quien detentará los poderes necesarios para llevar a cabo los términos de la rendición y de la política delineada para la ocupación y el control de Japón.

5.1.2. Las pérdidas humanas y materiales y las consecuencias morales de la derrota

Se calcula que las pérdidas humanas ascienden a 2.800.000 personas, de las que dos millones serían militares. Muchas familias se han quedado sin hogar. La economía moderna está casi paralizada, pues los equipos de producción han sufrido gravísimos daños, la industria de guerra comienza a ser desmontada, la flota mercante casi ha desaparecido y lo mismo ha sucedido con el resto de componentes de la red de comunicación y de distribución de productos. Por estos motivos, y porque el personal de las industrias destruidas no puede ser absorbido por la industria de bienes de consumo que se intenta recuperar bajo la supervisión del Comando Supremo, el desempleo afecta a millones de personas. La inflación, como el mercado negro de productos básicos, lleva disparada muchos meses y decenas de miles de familias abandonan las ciudades para regresar a las zonas agrarias desde donde emigraron años atrás, pues allí es más fácil subsistir. Han muerto casi tres millones de personas, pero la población no ha dejado de crecer durante la guerra, a fuerte ritmo.

El territorio japonés vuelve a sus límites de 1868, lo que supone la pérdida de Corea, Manchuria, Taiwán, Sajalín y Kuriles; y Okinawa y las islas Bonin pasan a ser administradas por Estados Unidos. Okinawa, isla mayor del archipiélago de las Ryukyu, estaba habitada por gente de etnia japonesa con similitudes culturales con los chinos del sur, había sido un reino independiente, y luego, durante siglos, sometido a las influencias china y japonesa, hasta que, durante la época Meiji, Japón reclamó el archipiélago como parte del territorio nacional y la reclamación china quedó zanjada con el desenlace de la primera guerra sino-japonesa. Estados Unidos ya se había interesado por esas islas, y ahora lo hace atendiendo a su importancia estratégica para la defensa de sus intereses en el este asiático.

De territorios que ahora son extranjeros regresan más de tres millones de militares desmovilizados y otros tres millones de civiles que también han perdido el empleo. Estos repatriados deben recibir subsidios y pagas de licenciamiento. Su regreso aumenta la capacidad de compra en Japón, lo que supone un agravamiento de la escasez de alimentos en las ciudades y de la inflación. En cambio, no son repatriados una parte de los prisioneros, los capturados por el ejército soviético; varias decenas de miles pasarán años en

campos de concentración en Siberia y otras regiones de la URSS, y morirán allí, están muriendo ya.

Además de la industria de guerra, son desmanteladas las fuerzas armadas; solo es autorizada una fuerza policial, y cualquier cuestión de índole militar depende del mando norteamericano, al que se supeditan las otras fuerzas de ocupación, australianas. También son disueltas las organizaciones nacionalistas, como en Europa los partidos fascistas, y los cargos más conocidos y visibles son purgados, sobre todo militares, políticos, burócratas y policías. Y como en otras naciones derrotadas, se reforma el sistema educativo y se muda el contenido de los libros de Historia.

Difícil, imposible medir los sentimientos de los japoneses, que no en todos serían los mismos, sin haber estado allí, sin haber sido uno de ellos. No obstante, cabe suponer que muchos de los vivos sienten tristeza por la derrota, y por el especial castigo que han supuesto los bombardeos atómicos y en alfombra, y desconcierto, tras haber sido educados en un ambiente ultranacionalista y belicista y machacados por la propaganda, que aseguraba que la victoria era segura; pero no solo pena, también alivio, por el fin de la guerra. La mayoría conforman un pueblo exhausto, tanto en el aspecto físico como en el moral, pero cabe suponer que los opuestos al militarismo y el ultranacionalismo, al menos una parte, se alegran de la derrota.

Por primera vez, Japón es una nación bajo ocupación militar extranjera, no solo alguno de sus puertos, como sucediera en el siglo XIX, y supeditada al conquistador, el cual posee una enorme capacidad de devastación, nunca conocida, y al que, aunque la ocupación sea benigna, se debe obedecer, agradar, agasajar…

5.1.3. El general MacArthur gobierna Japón

El príncipe Higashikuni, jefe del gabinete temporal para la rendición, proclama el arrepentimiento por los actos de Japón, pero no expresan lo mismo la mayoría de jefes militares ni los dirigentes que comienzan a ser encarcelados ni los que, en breve, son designados o elegidos para desempeñar funciones en las instituciones democráticas. Al tiempo que ofrece buenas palabras, ese primer gobierno de la posguerra obstaculiza, con escaso éxito, algunas de

las medidas para Japón diseñadas por el vencedor en la guerra para intentar conservar el máximo posible del régimen anterior.

El mando de las fuerzas de ocupación, Comandancia Suprema de las Potencias Aliadas, corresponde al general MacArthur y es este quien *gobierna* Japón. Las tropas ocupantes son mayoritariamente norteamericanas, con un pequeño contingente australiano. Funcionan dos organismos internacionales, la Comisión para el Extremo Oriente, en Washington, compuesta inicialmente por once países, después trece, beligerantes contra Japón, para asuntos de política general, y el Consejo Aliado para Japón, en Tokio, integrado por las cuatro grandes potencias, Estados Unidos, URSS, Gran Bretaña y China. Pero Estados Unidos dispone de derecho de veto en el primero, así como el de tomar decisiones unilateralmente, y el equipo de MacArthur ha sido autorizado a poner en práctica las instrucciones que reciba de su superior norteamericano y las medidas que él mismo considere oportunas antes de consultar a los demás miembros de los citados organismos (Reischauer, 1985: 202). Por lo tanto, es borrosa la línea divisoria entre las competencias aliadas y estadounidenses de MacArthur (Beasley, 1995: 314) y es Estados Unidos el que orienta o decide las medidas y lo hace pensando en los japoneses y en sus propias necesidades. El equipo de MacArthur, pronto asistido por varias misiones estadounidenses, aplica medidas militares y de seguridad, y también políticas, pues se le ha dado la orden de proceder a la democratización del país; como a otros países derrotados en una guerra, a Japón no solo se le imponen sanciones económicas y militares, también es obligado a aceptar cambios de índole política, social y cultural. Excepto las medidas de índole militar, de repatriación y desmovilización de efectivos y de destrucción de instalaciones, el resto del programa se ejecuta con lentitud, por el desconocimiento del país, porque falta personal occidental con experiencia para esta tarea y con cierto conocimiento del país en el que va a trabajar, y porque es necesaria la colaboración de exautoridades y autoridades japonesas, al principio poco o nada propicias a colaborar en esta tarea.

En octubre de 1945, la presión de MacArthur sobre el emperador obtiene el reemplazo de Higashikuni por el liberal Shidehara Kijuro, exministro de Relaciones Exteriores en los años veinte. Es su gobierno el que ejecuta la primera parte del plan político norteamericano, del que forma parte el arresto de una parte de los responsables de los crímenes de guerra, el resta-

blecimiento de libertades políticas y sindicales y la convocatoria de elecciones generales. Gracias, pues, al vencedor, todos los partidos vuelven a la vida durante el otoño-invierno, el liberal, con el nombre de Partido Progresista, presidido por Shidehara, el conservador Partido Liberal, el Partido Socialista, antes Partido Social de Masas, el Partido Comunista y otros. Las primeras elecciones de la posguerra se celebran en abril de 1946 y los partidos Liberal y Progresista quedan en cabeza, sumando un 43% de los votos, lo que marca una continuidad con la situación de finales de los años treinta, aunque una parte de sus dirigentes han sido purgados, mientras los socialistas obtienen un 18%, los comunistas el 3,8% y un tercio de los votos son para conservadores independientes y pequeños partidos. El gobierno lo preside un hombre del Partido Liberal, que es, al ser purgado Hatoyama Ichiro, uno de los políticos críticos con el camino hacia la guerra, el exembajador en Londres y exministro de Exteriores Yoshida Shigeru.

5.1.4. El emperador dice que no es un dios

El 1 de enero de 1946, con motivo del año nuevo occidental, el emperador se dirige por segunda vez por la radio a sus súbditos para leer un edicto del Tenno preparado por el gobierno de la nación y orientado por el ocupante. Arrupe califica el contenido del documento de tercera bomba atómica, aunque el sentido de divino aplicado al emperador por la tradición japonesa no es el mismo de la cultura occidental y, además, la mayoría de los japoneses ya debían saber que su emperador tenía poco de divino y que el pueblo japonés no era superior a otros; en caso contrario, habrían ganado la guerra. Pero el caso es que, desde su palacio imperial, Hirohito les dice que la creencia, impuesta, de su divinidad, es falsa, es decir, que él es humano, aunque se sobreentiende que no un hombre cualquier, ya que no ha asumido responsabilidad alguna por el desastre nacional y sigue habitando en un palacio. El emperador muestra su humanidad hablando, expresando dolor por el sufrimiento de todos los japoneses, afirmando que se extendieron ideas falsas sobre la voluntad del Tenno, de las que no parece haber responsables, y haciendo una llamada a la unidad y al trabajo, confiando, eso sí, en que el futuro será halagüeño gracias a "nuestra suprema tradición".

> (...) Tenemos que erradicar las malas costumbres arraigadas hace mucho tiempo y estimular la voluntad del pueblo, y consagrarnos, tanto los funcionarios públicos como los ciudadanos, a la causa de la paz, al aprendizaje, a la creación de una cultura que sirva para mejorar la vida de todos los ciudadanos y dé nacimiento al nuevo Japón. Me duele en el alma ver los daños que han sufrido todas las ciudades, grandes y pequeñas, así como los padecimientos de las víctimas (...)
>
> Estoy profundamente preocupado por el decaimiento de la moral, producto de un largo tiempo de acción violenta y de palabras hostiles que condujeron a la confusión ideológica. Sin embargo, yo estoy con vosotros, súbditos, y deseo compartir siempre con vosotros los intereses, las alegrías y las tristezas. El lazo entre vosotros y yo no es producto de una mera mitología o leyenda, sino que ha nacido de la confianza y el respeto mutuos. No está basado en la idea falsa de que el Tenno es un dios con vestidura de hombre, y que el pueblo japonés es superior a los demás y esté destinado a dominar el mundo.
>
> (...) En la medida en que nuestro pueblo se una, se apoye mutuamente y emprenda con generosidad la vida pública, demostrará la verdadera capacidad, nada despreciable, de nuestra suprema tradición (...)

Este edicto responde a las imposiciones del ocupante, pero también a la comprensión de Shidehara y de los consejeros imperiales de que es necesario para acallar las críticas al modelo imperial. De la humanización del emperador forman también parte las visitas del Tenno a diversas poblaciones, donde la gente puede verle a poca distancia.

5.1.5. Una amarga derrota conduce a una liberación condicionada de los japoneses

En 1945 Japón pierde una guerra. Hacía muchísimo tiempo que no se daba esta circunstancia, y tal vez nunca ocurrió antes. Pero acaba de acontecer, y en esta ocasión la guerra ha llegado a su territorio, para arrasarlo, y el enemigo ha procedido a ocuparlo. Es también la primera vez en que el pueblo japonés es invadido por otro pueblo. Además, la derrota y las palabras del emperador Hirohito por la radio quiebran el marco de referencia existencial de la mayoría de los japoneses, marcando el inicio del fin de buena parte de sus creencias mitológicas shintoístas.

En 1919, Alemania fue excluida por los vencedores en la Primera Guerra Mundial de la toma de decisiones y de la organización de la seguridad europea; y lo mismo le sucedió a la URSS. Sin embargo, en 1815 los gobiernos de las naciones que habían derrotado a los ejércitos de Napoleón incluyeron a Francia en la defensa del orden europeo apetecido por las potencias victoriosas, el de la Restauración. Y en 1945-1946, Estados Unidos y Gran Bretaña, con la colaboración de Francia, Australia y otros países, van a incorporar a la Alemania no ocupada por los soviéticos, a la nueva economía mundial y a la defensa occidental, y lo mismo a Japón, en este caso para garantizar sus objetivos en el Pacífico. Si comparamos a Japón con Alemania, el país asiático pierde territorios que formaban parte de su Estado antes de la guerra contra China, pero no es dividido en dos Estados. La ocupación también es distinta, por Estados Unidos casi exclusivamente. Este mismo país negocia, utilizando una fuerte presión sobre un país desarmado, la instalación de bases militares, cuya existencia se prolonga hasta la actualidad. También en otros países asiáticos y de otros continentes se irán estableciendo bases militares estadounidenses para su uso por el sistema de defensa norteamericano y para influir en su política interior; mientras, la URSS hace lo mismo en los países del Telón de Acero y en otros.

La ocupación militar dura más de un lustro, a la espera del tratado de paz, que se retrasa por la voluntad de Washington, que desea acompañarlo por uno de seguridad que proporcione una carta de legalidad a sus bases militares. Es una forma de dominio conforme al contenido de la capitulación, pero también al deseo de convertir a Japón en un Estado aliado. La ocupación es benigna, muy tolerable, para los vencidos, la mayor parte de los cuales ve mejorada su situación, algo inusual en la Historia, por lo que, de forma general, aceptan el *castigo*, unos con disciplina, otros con agradecimiento. El plan inicial norteamericano para Japón, con dos pilares, pacificación y democratización, evolucionará, para que el Japón dependiente en defensa sea un baluarte militar, político y económico frente a la República Popular China y la URSS. Como sucediera menos de un siglo antes, los cambios impuestos desde el exterior, de nuevo por Estados Unidos, y por segunda vez aceptados por la mayor parte de la clase dirigente japonesa, afectan a la cultura y las formas de vida de los habitantes de la Tierra del Sol Naciente. Con unas consecuencias difíciles de prever. Estas forman parte del presente de la historia japonesa.

Durante 1946, se publican en Estados Unidos muchos textos hirientes para los japoneses. Por ejemplo, en el prefacio a su libro *Japanese Militarism. Its cause and Cure,* Maki escribe que Estados Unidos ha luchado para vengar Pearl Harbor y a las víctimas de la infame *Marcha de la Muerte* en las Filipinas, para matar a *los pequeños monos amarillos* y, ocasionalmente y en un sentido más vago, para librar al mundo del militarismo japonés (Maki, 1945: IX). La Guerra Fría impone un cambio también en la consideración de los japoneses en Estados Unidos. Y el crecimiento económico japonés comenzará a trasladar al mundo una nueva imagen de Japón.

La derrota militar y cómo se produce causan un gran daño a la sociedad japonesa. Pero la derrota y la ocupación militar suponen también una forma de liberación, aunque pocos lo reconozcan. El ocupante introduce, mejor dicho, impone, la democracia, y los ciudadanos experimentan y comprenden esa metamorfosis de su sociedad y de sus vidas, y el porqué de esta. La revolución Meiji trajo numerosos cambios, pero el número de personas preparadas, por su nivel educativo, para comprender el alcance de las reformas era mucho menor que ahora, cuando casi todos entienden la importancia de la libertad y de las reformas políticas y sociales, "aunque fuese solo de una manera abstracta" (Morishima, 1984: 201).

La sociedad japonesa es rehecha por otros y, a la vez, se rehace por sí misma, apoyada en el proceso de modernización anterior a la guerra, y en poco tiempo; un caso parecido, en otro continente, es el de la Alemania occidental.

5.2. *Los juicios a los criminales de guerra japoneses*

5.2.1. El Tribunal de Tokio

Antes de que la guerra mundial termine, los Aliados debaten llevar a juicio a los responsables de los actos criminales cometidos por Alemania y Japón. Por lo que se refiere a Asia, el gobierno de Estados Unidos y el nacionalista chino han tratado el tema en varias ocasiones, y en marzo de 1944 acordado la creación del Comité de Investigación de Crímenes de Guerra; a esta decisión le sigue el establecimiento en Chungking, la capital china tras la caída de Nanking, de un comité para los crímenes de guerra del Lejano Oriente y el Pacífico.

Tras la rendición japonesa, el Mando Supremo de las Potencias Aliadas en Japón y el gobierno nacionalista chino colaboran en la recogida de información y el 19 de enero de 1946 queda constituido el Tribunal de Tokio, oficialmente Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente. Inspirado en el Tribunal de Nuremberg, el de Tokio utiliza las nuevas figuras de derecho internacional elaboradas por los jueces en la ciudad alemana. Conformado por jueces de once naciones aliadas, se inaugura el 3 de mayo, juzga a veintiocho altos oficiales militares y civiles del gobierno y declaran 419 testigos a lo largo de dos años y medio, para ser el proceso por crímenes de guerra más largo de la historia. Aunque se conocía una parte de lo sucedido en China, ahora salen a la luz múltiples testimonios sobre las actividades criminales de las autoridades japonesas en el transcurso de la guerra mundial.

Si el proceso de Nuremberg documenta los crímenes nazis en Europa, el de Tokio hace lo mismo en relación a los crímenes japoneses en Asia. Este Tribunal inculpa a los denominados criminales de clase A, mientras otros tribunales procesan a los acusados por delitos de menor entidad, clases B y C. En torno a dos millones de coreanos fueron llevados a Japón y explotados como mano de obra esclava en las fábricas. Llevando el horror a nuevas fronteras, como los nazis, las autoridades japonesas realizaron ensayos con armas químicas y bacteriológicas con ciudadanos chinos, experimentando la propagación de enfermedades como la peste y el cólera; las autoridades norteamericanas se encargan en este caso de ocultar parte de la documentación correspondiente a la denominada Unidad 731, que ha actuado en Harbin, norte de China. Prisioneros de guerra fueron asesinados y torturados mediante electrodos, azotamiento, flagelación, y colgamientos por brazos o piernas para que las articulaciones se descoyunten, y otros, incluso heridos y enfermos, obligados a largas marchas, la de Bataan y otras, con el efecto de grandes mortalidades, y sometidos a trabajo esclavo, como en el caso de la construcción del ferrocarril Siam-Birmania. Asimismo, el mando militar obligó a miles de mujeres, coreanas, taiwanesas, filipinas, malayas, indonesias y holandesas a prostituirse y convertirse en esclavas sexuales en los burdeles del ejército. De los veintiocho inculpados finalmente como criminales de guerra de clase A (uno de los detenidos es declarado mentalmente enfermo), tres mueren antes de que finalice el juicio, de muerte natural los generales Nakajima Kesago y Yanagawa Heisuke, mientras que

Konoe se suicida con una cápsula de cianuro de potasio. Los otros veinticinco son considerados culpables de delitos contra la paz, contra la guerra convencional y contra la humanidad en forma de actos de crueldad contra ciudadanos filipinos, chinos, norteamericanos y de otras nacionalidades. Siete son condenados a muerte y ahorcados en la prisión de Sugamo en Tokio, entre los que figura Tojo, el único que se ha referido al emperador como su superior, durante el juicio, y obligado por esto a modificar su declaración (Junqueras, 2012: 259). Dieciséis son condenados a cadena perpetua, uno a veinte años de cárcel y otro a siete. Nuremberg y Tokio representan hechos excepcionales, pues en el siglo xx, y antes, se han producido otros casos de genocidios que no han encontrado respuesta penal en la sociedad internacional.

Los crímenes ordenados por el gobierno o consentidos por este a jefes militares ofrecen similitudes y diferencias con los cometidos por los nazis. En el caso japonés no existe el grado de planificación que caracteriza al nazismo, y es muy inferior el número de personas asesinadas y maltratadas. En ambos casos se llevan a cabo experimentos médicos y una parte de los prisioneros son torturados, pero en el caso alemán domina la voluntad de exterminio de judíos, eslavos y gitanos, no la de causarles dolor físico extremo antes de la muerte. En el caso japonés destaca el maltrato generalizado a los prisioneros de guerra occidentales, poco habitual en el caso alemán; según muestran varios estudios, uno de cada veinticinco prisioneros estadounidenses murió durante el cautiverio nazi, siendo uno de cada tres en prisiones japonesas. El estudio de Daws establece que el índice de mortalidad de los presos aliados bajo los japoneses fue del 27% y, repartidos por nacionalidades, el 34% de los estadounidenses, el 33% de los australianos, el 32% de los británicos y menos del 20% de los holandeses; cifras que ofrecen un gran contraste con el del 4% para los prisioneros de guerra de los alemanes en el frente occidental.

5.2.2. Las inmunidades y los temas pendientes

Además del de Tokio, en Asia se constituyen otros tribunales para juzgar a unos 5.700 japoneses acusados de haber impartido órdenes contrarias al Convenio de La Haya sobre las leyes y costumbres de la guerra, entre estas

la masacre de prisioneros; de entre los declarados culpables, unos 2.000 son condenados a penas de prisión y 920 ejecutados. El juicio más relevante tiene lugar en Nanking. Una parte de los crímenes cometidos en esta ciudad son juzgados en un tribunal local. Este tribunal somete a juicio a jefes militares responsables de la toma de la ciudad y a altos mandos y políticos que dirigían las operaciones en Tokio. Declaran más de mil testigos, casi todos chinos y algunos de los extranjeros residentes en la ciudad cuando ocurrió el genocidio. El principal imputado es Matsui Iwane, el comandante en jefe de la fuerza expedicionaria en China central cuando se produjeron los crímenes. No obstante, él no se encontraba allí cuando la ciudad fue tomada, y era Asaka, tío del emperador, quien había tomado el mando, pero cuando Matsui testifica no responsabiliza ni a este ni al emperador. Es condenado a muerte y fusilado en Nanking.

Sin embargo, varios responsables de crímenes de guerra no son castigados. El personaje principal exonerado es el emperador, a quien el ocupante del país le ha garantizado inmunidad. Caso similar es el de Asaka, pese a ser militar con destino y mando en una zona donde fueron torturados y asesinados decenas de miles de prisioneros chinos. Gracias a la inmunidad garantizada por el ocupante, no puede ser citado ni como testigo. El ocultamiento de las responsabilidades es una cuestión a la que van a dar continuidad las administraciones norteamericanas. Los historiadores han lamentado la destrucción de documentos por parte del gobierno japonés antes y durante la rendición y criticado que la documentación militar incautada por la fuerza de ocupación fuera devuelta una década después, cuando solo una mínima parte había sido estudiada y microfilmada; el gobierno japonés destruirá u ocultará casi toda esa documentación.

La inmunidad regalada a Hirohito y la decisión de mantenerlo en el trono, impedirán, en opinión de Chang, que el pueblo japonés tenga "una conciencia histórica propia de sus crímenes durante la Segunda Guerra Mundial" (2016: 236). Esta opinión es compartida por otros historiadores, ya que responsables de crímenes y genocidio, delito del que no fueron acusados los dirigentes japoneses, pensaron durante su comisión que cumplían órdenes y, después, cuando el emperador no fue acusado, que si ellos le habían servido fielmente no había nada por lo que debieran avergonzarse. Además, numerosos responsables de actos criminales se benefician pronto

de la misma circunstancia que afecta a criminales alemanes. La acción de los tribunales cesa por la decisión de los gobiernos de Washington y Londres, y la influencia de otros, entre los que figura el Vaticano, de fortalecer el gobierno de aquellos Estados considerados aliados cuando comienza la Guerra Fría que les enfrenta a la URSS y sus socios, entre los que figuran los comunistas chinos.

Las versiones críticas japonesas sobre la decisión de ir a la guerra y los actos criminales cometidos por sus nacionales durante los años de la guerra tardarán en llegar. En una de las obras cinematográficas de Nagisa Oshima, *La ceremonia* (1971), cuya narración abarca veinticinco años de la posguerra japonesa, en forma de saga familiar, se dice de uno de los miembros de la familia Sakurada, que representa al pueblo japonés, que es el abuelo, encarnación del antiguo régimen: "era tan criminal como Tojo". Pero la clase política ha sido muy poco crítica con su pasado nacional. Ningún gobierno japonés de la posguerra entra a detallar los crímenes cometidos en los territorios invadidos y, a continuación, pide perdón por estos, a diferencia de lo hecho por algunos políticos alemanes. Respecto a una parte de los crímenes, la clase política negará su veracidad y respecto a otros aducirá que el gobierno no fue responsable, por ejemplo, en lo referido al sistema de esclavas sexuales, que habría sido establecido por empresas privadas, aunque existen documentos que muestran la implicación del gobierno en el reclutamiento y establecimiento de burdeles; en otros casos reducirá cualitativa y cuantitativamente los actos criminales. Con pocas excepciones, lo habitual ha sido y es que no se haga referencia a aquellos hechos ni en los colegios ni en los libros de texto. No obstante, más adelante, en las décadas de 1960 y 1970, en viajes a Corea del Sur y a la República Popular China, gobernantes japoneses se disculparán por actos del pasado y en 2010, en el 65º aniversario de la rendición, el gobierno y el emperador pedirán perdón por el sufrimiento causado en Asia durante la guerra.

Ni la República Popular China ni la República de China exigen a Japón ni la continuidad de los procesos penales ni una compensación económica para los familiares de los fallecidos y las víctimas que han sobrevivido a agresiones, torturas, saqueos o explotación sexual; pues compiten por el reconocimiento político de ese país y de sus aliados y, si lo consiguieran, por comerciar con Japón.

5.3. *La reorganización económica, social y política. La nueva Constitución*

5.3.1. Un segundo Meiji

El período de reformas democráticas dura unos dos años. Son numerosas las medidas aplicadas para la occidentalización del país, como un *segundo Meiji*, entre estas la supresión de la nobleza. Asimismo, la Comandancia Suprema de las Potencias Aliadas aprueba una amnistía para presos políticos, liberales, socialistas y comunistas, y los sindicatos obreros y los partidos comunista y socialista reanudan sus actividades. Se procede, asimismo, a la separación de religión y política y a asegurar la libertad religiosa para que el shintoísmo vuelva a ser solo una creencia religiosa, libre de ser practicada o no, como las otras creencias. La prohibición de difundir esta religión desde organismos administrativos supone, entre otras cosas, la supresión de ayudas económicas y de visitas organizadas para los estudiantes a los santuarios.

En paralelo al Juicio de Tokio, numerosos militares, políticos, profesores, administradores, empresarios y periodistas, hasta más de 200.000 individuos, son expulsados de sus puestos de trabajo. El ocupante no suprime el Consejo de Ministros japonés ni la estructura burocrática, fundamental para que la ocupación sea aceptada, para infundir tranquilidad a la población y para el funcionamiento de las actividades económicas. La Comandancia Suprema de las Potencias Aliadas sí suprime las fuerzas armadas y pretende hacer lo mismo con los *zaibatsus*, los conglomerados empresariales y financieros de base familiar que surgieron en el siglo XIX y comienzos del XX y que han sido los protagonistas principales del proceso de industrialización y copartícipes, y a veces responsables, en la toma de decisiones referidas a la política industrial antes de la guerra. Su estructura, la de Mitsui, Mitsubishi, Sumimoto, Yasuda y otros conglomerados, incluía un banco, que era el que financiaba a las empresas del grupo en un solo sector o en varios. El cuartel general aliado purga a los propietarios de los *zaibatsus* más comprometidos con el militarismo, prohíbe que las familias conserven puestos directivos, de forma que la gerencia y la propiedad quedan separadas, establece un nuevo impuesto sobre el patrimonio, que les hace perder una parte de sus títulos, y procede a disolver varios consorcios, fragmentando las empresas monopólicas, cuyas acciones son vendidas previa compensación. Esta decisión

pretende un doble objetivo, político y económico: castigar a los que, en mayor o menor grado, son corresponsables de la guerra y reducir la industria japonesa a fabricante de bienes de consumo.

Fruto del trabajo conjunto del cuartel general aliado y burócratas japoneses para poner las bases de la recuperación, en el verano de 1946 nace la Junta de Estabilización Económica, que debe coordinarse con el ejecutivo; el programa y el cómo llevarlo a cabo son cosas que tardarán en ser definidas y dependerán en buena parte de la evolución de los asuntos internacionales.

Tanto a la clase política japonesa como a la administración estadounidense le interesa la reconfiguración de las fuerzas conservadoras. Esta va a ser un completo éxito. Desde su elección como primer ministro, Yoshida ejerce el cargo durante siete de los siguientes ocho años y medio. Aunque durante los dos primeros años de mandato tiene un apoyo minoritario en la Dieta, Yoshida es un político experimentado y hábil, capaz de gobernar en coalición con los socialistas, hasta octubre de 1948, cuando comienza a fraguarse la primera mayoría derechista en la Dieta, y de mantener una buena relación con los norteamericanos, aceptando propuestas y presentando las propias. Para esta relación, Yoshida se apoya en su preparación y buen conocimiento del inglés; ciertamente, no debe ser casualidad que Shidehara, Yoshida y el también primer ministro de la posguerra Ashida Hitoshi procedieran del ministerio de Exteriores (Reischauer, 1985: 231). Desde entonces, la vida política japonesa se caracteriza por la existencia de una mayoría conservadora y de una oposición de izquierdas fragmentada, cuyos componentes principales son los socialistas y los comunistas.

5.3.2. Reformas agraria, laboral y educativa

Una de las medidas económicas más importantes, con consecuencias políticas notables, es la reforma agraria, acometida gracias a una confluencia de ideas: la de técnicos occidentales, que creen que las desigualdades en las zonas agrarias han creado el descontento susceptible de ser rentabilizado por los ultranacionalistas, y la de técnicos japoneses vinculados a las ideas socialistas y que son escuchados por el equipo de MacArthur, que es un militar, una persona de ideas conservadoras, y desde luego ferviente anticomunista, pero que se ve a sí mismo, por carácter, gusto por la política y conocimien-

to de las formas de vida en el continente asiático, "como un mensajero de la democracia, en los más ideales términos" (Hall, 1973: 323). Se trata de cambiar la economía y condiciones de las zonas agrarias, para revertir una situación caracterizada por una mayoría de no propietarios y con la mitad de los propietarios dueños de pequeñas parcelas y obligados a arrendar otras o a dedicarse a actividades industriales a domicilio. Después de que un primer proyecto sea boicoteado por los representantes de los grandes propietarios en la Dieta, convirtiéndolo en una ley de escaso alcance, los asesores de MacArthur lo reelaboran, manteniendo los objetivos de eliminar los propietarios absentistas, distribuir tierras y mejorar las condiciones de vida y la productividad agraria, y lo entregan al gobierno con instrucciones para su aprobación en la Dieta. Así sucede en el verano de 1946, y en octubre se aprueba la pertinente ley. El gobierno expropia tierras, incluidas varias pertenecientes a la familia imperial (también palacios) y compra otras y las vende a campesinos sin tierra a precios reducidos. Así, dos millones de hectáreas de tierras pertenecientes a propietarios no residentes y a residentes, pero no trabajadores, pasan a manos de 4.800.000 campesinos; la medida es en buena parte posible por la presión del ocupante, y porque el precio de la tierra ha sido fijado por debajo de su valor, en una etapa de gran inflación, y el valor del dinero no ha dejado de descender, mientras aumenta el de los productos.

El contenido e intenciones de esta ley se va completando con otras medidas del mismo carácter: limitación de la superficie de las propiedades a entre tres y doce hectáreas, según zonas, y prohibición de arrendar más de un tercio de esa superficie. Esta ley alcanza tres resultados: el social, con la mejora de las condiciones de vida en las zonas agrarias, aunque no todos pueden adquirir tierras; el económico, pues ayuda a la recuperación de la base productiva y a crear campesinos con mayor capacidad adquisitiva, lo que impulsa la ampliación del mercado interno; y el político, ya que los pequeños propietarios agrarios, habitualmente conservadores en cualquier país del mundo, serán una pieza clave para la sucesión de gobiernos de la derecha, a diferencia de los campesinos sin tierra y los arrendatarios chinos, ganados por los comunistas.

Otra pieza importante es la reforma laboral. A partir de la Ley de Sindicatos Obreros de diciembre de 1945, se aprueban tres leyes. Queda garantizada la libertad para constituir sindicatos y por primera vez es reconocido el derecho a la negociación colectiva y a la huelga. Además, se introducen

mejores condiciones laborales y se pone en marcha un plan de seguro sanitario. Como resultado, se crean numerosos sindicatos y la afiliación crece con rapidez, alcanzando en los años siguientes a casi la mitad de la fuerza laboral industrial. Menos alcance tiene la reforma del sistema de administración local, que introduce un sistema federativo similar al de Estados Unidos, el cual sustituye al sistema centralizado de la época Meiji; no obstante, la falta de voluntad para dotar a los gobiernos regionales y municipales de los necesarios instrumentos de financiación dejan a estas entidades en situación de dependencia del gobierno central.

En este segundo proceso occidentalizador, las reformas del modelo de familia y del sistema educativo aportan piezas fundamentales. En cuanto a la educación, varias actividades lectivas, de contenido militarista y ultranacionalista, son suprimidas rápidamente por el equipo de MacArthur, entre estas las clases de moral y la enseñanza religiosa oficial, y la Ley Fundamental de Educación, de 1947, establece la gratuidad de este derecho, el objetivo de ciudadanos sanos de cuerpo y mente, el respeto al carácter de los individuos, y no su anulación, y el fomento de la igualdad de oportunidades y la tolerancia religiosa, y la posibilidad de un régimen de coeducación, a elección de los padres, por la que muy pocos optan. El sistema educativo establece las fases de infantil, primaria y secundaria siguiendo el modelo estadounidense. Es en el terreno de la enseñanza, que ha sido una de las fuentes de donde ha manado la tipología de nacionalismo triunfante en los años treinta, y en el terreno de la igualdad de sexos, donde, a causa de la continuidad de los maestros formados en la etapa anterior, las resistencias son más notables a las imposiciones y recomendaciones extranjeras.

Otro elemento modernizador lo aporta, además de la Constitución, la reforma del Código Civil, que reconoce la igualdad de todos los hijos a la hora de heredar, lo que acaba con el sistema familiar tradicional, que ha sido una de las columnas vertebrales del orden social autoritario, y supone el inicio de la familia nuclear integrada por la pareja y sus hijos.

5.3.3. La Constitución de 1946

En el otoño de 1946, la autoridad provisional japonesa, a instancias de la administración norteamericana, promueve una nueva constitución que,

sustituyendo a la de 1889, permite encauzar el país hacia un modelo de monarquía parlamentaria. El primer borrador, elaborado por una comisión japonesa, tenía un contenido tan poco liberal que los funcionarios occidentales han exigido cambios y MacArthur decidido pasar el encargo a juristas norteamericanos. Del documento elaborado por estos y de las consultas a todos los partidos políticos japoneses sale el texto que, finalmente, pasa a ser discutido en la Dieta y que, con pocos cambios, es aprobado por esta el 7 de octubre y publicado el 3 de noviembre, para entrar en vigor el 3 de mayo del año siguiente.

La Constitución de 1946 es muy diferente de la anterior. En contra de lo deseado por los conservadores, establece la soberanía del pueblo y una función simbólica del emperador, accesoria en el mecanismo constitucional: "El Tenno es el símbolo del Estado y de la unidad de la nación japonesa" y su cargo "emana de la voluntad del pueblo, en el que reside el poder soberano"; la sucesión en el trono se hará de acuerdo "con la Ley de la Familia del Tenno, aprobada por la Dieta". El emperador realizará únicamente los actos previstos en la Constitución, entre estos nombrar al primer ministro, conforme a la designación de la Dieta, y al presidente de la Corte Suprema, conforme a la designación del Gabinete, sin otras facultades de gobierno. También establece la igualdad ante la ley y la división de poderes, repitiendo el sistema bicameral del pasado, pero ahora elegido por sufragio universal, que incluye a las mujeres.

Una vez eliminados los poderes de los militares y del consejo privado del emperador, la Constitución establece un régimen parlamentario de tipo británico. De las dos cámaras, es la Dieta la que tiene más competencias, ya que designa al primer ministro, el cual ha de ser civil y miembro de la cámara, y es responsable ante esta. Además, la Dieta tiene el derecho de decisión en los asuntos importantes: si la cámara alta rechaza un proyecto, puede convertirlo en ley con mayoría de dos tercios, y, en el caso de un proyecto de ley de contenido presupuestario, este se convertirá en ley treinta días después de su aprobación por los diputados. La Dieta se compone de representantes de los distritos electorales y su mandato es de cuatro años, aunque puede ser disuelta antes, lo que exige elecciones generales. La cámara alta se denomina de Consejeros y es también electiva, la mitad elegida cada tres años para un mandato de seis, dos quintas partes por la nación en general en un distrito electoral único y las otras tres quintas partes por los votantes de las prefecturas; no puede disolverse.

Además, el texto constitucional garantiza derechos de ámbito social, el principal, la igualdad legal y política de hombres y mujeres, y el artículo 24, inspirado en el ideal occidental del amor romántico, establece que el matrimonio se fundamenta exclusivamente en el consentimiento de los contrayentes (y no en la imposición o consentimiento de los padres) y será mantenido por la cooperación mutua y la igualdad de derechos de marido y mujer. Este artículo exige una reforma del Código Civil, a la que se resistirán los conservadores, en la Dieta, y muchos hombres en la vida cotidiana, reacios a perder su situación dominante en la sociedad, sus ventajas como cabezas de familia, como el control masculino de los derechos de sucesión. Lo mismo sucede en otros países, mediante la ley y la costumbre. Pese a las resistencias, las nuevas leyes desarrollarán los contenidos del citado artículo: "las leyes que se dicten, relativas a la elección del cónyuge, a los derechos de propiedad, herencia, elección de domicilio, divorcio y otras cuestiones relacionadas con el matrimonio y la familia, tendrán en cuenta primordialmente la dignidad del individuo y la esencial igualdad de derechos de ambos sexos"; a partir de entonces, si bien la costumbre supone una prolongación de las relaciones desiguales hombre-mujer, la discriminación por sexo debería afectar exclusivamente a cuestiones salariales y a la protección laboral de las trabajadoras mujeres, por no ser cuestiones contempladas en las leyes.

La Constitución también garantiza la libertad de culto y la separación entre religión y política, ya que ninguna organización religiosa gozará de privilegio alguno por parte del Estado y este se abstendrá de intervenir en la educación religiosa o en cualquier actividad de esa naturaleza. Además, introduce la descentralización, mediante el ejercicio de nuevas competencias por prefecturas y municipios, establecidas en la Ley de Autonomía Regional, de abril de 1947.

De los cambios que introduce la Constitución, el aspecto más discutido en los años siguientes va a ser la apuesta por el pacifismo y el desarme. En su preámbulo, la Constitución declara que el pueblo japonés desea la paz permanente y expresa la confianza en que su seguridad y existencia quedará preservada por "la buena fe de los pueblos amantes de la paz", y el artículo 9 constitucionaliza el pacifismo. Pues establece que el pueblo japonés "renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la Nación, y a la amenaza o al uso de la fuerza como medio para resolver las disputas internacionales". Para cumplir este propósito "no se mantendrán fuerzas de tierra,

mar ni aire, ni otro potencial de guerra" y "no se reconocerá el derecho de beligerancia del Estado". Esta cuestión, que deja la defensa a expensas del poder militar de Estados Unidos, es entonces, cuando no se ha firmado un tratado de seguridad bilateral, muy polémica y aceptada a la fuerza por la mayoría de los políticos japoneses. También lo es si la renuncia a la guerra supone una negación del derecho de autodefensa y, en consecuencia, si el gobierno puede crear o no fuerzas de defensa.

Para la reforma de la Constitución, el procedimiento es el siguiente: deben aprobarla dos tercios de cada cámara y ratificarse por mayoría simple en referéndum nacional. Quienes primero propongan su reforma serán fuerzas minoritarias de la derecha, para modificar dos artículos, el 1, sobre el estatus secular del emperador, y el 9.

5.4. *El tratado de paz y el acuerdo militar con Estados Unidos*

5.4.1. El comienzo de la Guerra Fría en Asia oriental

Estados Unidos, que antes de la guerra ha desempeñado un papel secundario en Asia oriental, se está convirtiendo en una de las principales fuerzas militares, políticas y económicas en esta parte del mundo. La Guerra Fría es ideológica, pero también territorial y económica y así lo reflejan las acciones estadounidenses: sus intervenciones en la zona buscan la derrota del comunismo, la retirada de las debilitadas potencias europeas y beneficios económicos, en forma de inversiones fijas, préstamos y créditos para la adquisición de bienes de consumo norteamericanos y acuerdos comerciales. Las piezas de la política de la primera potencia del mundo en Asia oriental son muchas y las principales afectan a Japón: apoyo militar y financiero al gobierno nacionalista chino; ocupación militar de Japón y establecimiento de lazos económicos y financieros entre ambos países; protección, cuando se produce el triunfo comunista en la guerra civil china, del régimen de Taiwán, mediante ayuda financiera y militar; ocupación militar de Corea del Sur e intervención en la guerra de Corea de 1950-1953, y subordinación del gobierno surcoreano a Washington; intento de penetración económica en los países neutrales, Camboya, Birmania, Indonesia e India, con los

mejores resultados en este último país, mientras otros rechazan la ayuda por sus consecuencias políticas; implantación militar en Vietnam del Sur, después de la derrota francesa y el dominio del norte por los comunistas; y acuerdos económicos y militares con Tailandia, Filipinas y Pakistán, que son los principales países asiáticos que se adhieren a la Organización del Tratado del Sudeste Asiático, impulsada por la administración de Washington para mejorar su posición en la zona de cara a la guerra en Vietnam (Chesneaux, 1976: 109-110).

La victoria de los comunistas en China, con los nacionalistas reducidos a Taiwán y las islas que la defienden, es uno de los acontecimientos fundamentales de la posguerra mundial, a nivel internacional el más importante, al ser un cambio político de enorme envergadura y suponer la reunificación casi total del gigante asiático. Los dirigentes chinos se van a concentrar en los problemas de un pueblo que ha vivido dos guerras en su propio territorio y que vive fundamentalmente de la agricultura. Pero asumen también el papel de actor internacional en Asia.

Los gobiernos comunistas en China continental, Corea del Norte y Vietnam del Norte suponen un retroceso de los intereses norteamericanos en el este de Asia. La situación en este continente, y la mundial, aumentan la importancia de Japón como aliado a la fuerza de Estados Unidos y esto determina un cambio de tendencia en los planes de Washington para los japoneses. Desde el comienzo de la ocupación, el personal norteamericano que trabaja en el tema Japón, en Tokio y Washington, se ha alineado en dos tendencias, la de quienes ponen el énfasis en las reformas, que cuestan dinero, en parte sufragado por los contribuyentes estadounidenses, y la de quienes consideran que lo principal son los intereses económicos y estratégicos norteamericanos. Tras dos años en los que ha dominado el impulso a la democratización del país, la balanza se inclina del lado de los partidarios de centrar la atención en la recuperación económica, sin la cual la democracia o la mera estabilidad política parece inviable, y en el papel de Japón en los nuevos planes estratégicos de Estados Unidos. Pero ya antes encontramos indicios de la idea de convertir a Japón en un baluarte frente al comunismo. MacArthur no ha encontrado obstáculos, al contrario, cuando ha planteado una serie de medidas en este sentido. Ahora, la administración de Washington cursa órdenes al equipo de MacArthur de estrechar relaciones con la derecha política y económica nipona y de trabajar con la idea de Japón

como proveedor de armamento, repuestos para vehículos y otros aprovisionamientos militares, entre estos los textiles, y como base militar, cuando en la República Federal Alemana ya existen bases militares de Estados Unidos y de la OTAN en la frontera con el bloque que dirige la URSS de Stalin.

Desde finales de los años cuarenta hasta 1954, Japón vive el primer gobierno largo de la posguerra, con Yoshida al frente, un conservador genuino, hijo de un activista del Movimiento por los Derechos del Pueblo. Hasta 1951 Yoshida se ve incapaz de oponerse a las reformas impuestas por Estados Unidos, que, en general, le desagradan, por formar parte de una generación anterior que no desea ni cambios sociales ni políticos en sentido democratizador. No obstante, su percepción de la administración de Washington está a punto de cambiar. Para afrontar el desafío comunista en Asia, Estados Unidos busca la consolidación en el gobierno de la derecha japonesa y uno de los mecanismos utilizados es evitar que, a ciertos políticos, se les exijan las correspondientes responsabilidades por sus actos u órdenes dadas a los militares y burócratas implicados en las violaciones de las leyes de la guerra. Así pues, llegan a su término las investigaciones sobre esta materia y, paulatinamente, buena parte de los depurados van siendo admitidos en cargos de índole administrativa y política.

El cambio de tendencia afecta también a los *zaibatsus*. Desde comienzos de 1948, el Departamento de Defensa afirma la necesidad de revisar la desmilitarización de la economía, abandonar la idea de la reconstrucción del país con una economía pequeña o media y suspender las medidas aplicadas a las grandes empresas, por ser fundamentales para la recuperación económica que, como en Europa occidental (Plan Marshall), será un freno al avance de la izquierda revolucionaria; es preciso dar un impulso al mercado interno y convertir a Japón en la gran fábrica del Lejano Oriente. Así pues, la disolución de los grandes conglomerados de empresas y la fragmentación de las empresas monopólicas queda suspendida y tendrá un alcance muy reducido; a partir de 1951, las familias Mitsui, Mitsubishi y otras recuperan el control sobre sus empresas, aunque una parte de sus miembros, purgados, no pueden regresar a la dirección.

A causa de la desmilitarización impuesta por el vencedor y por mandato constitucional, Japón no puede organizar fuerza militar alguna, pero Estados Unidos le impone la presencia de su ejército, efectivos de tierra, mar y aire; no con el objetivo principal de ocupar Japón, que también, sino con

el de establecer bases para el control del Pacífico mucho más allá de las islas Hawai. A continuación, presiona, periódicamente, a los gabinetes japoneses para que doten a su país de una fuerza militar propia, y así reducir su gasto en esta materia.

5.4.2. El tardío tratado de paz

El inicio de la guerra civil en Corea, entre el norte dominado por los comunistas y el sur derechista, no hace sino aumentar la importancia de Japón en la estrategia militar estadounidense; en diciembre da comienzo la intervención de la China de Mao Tse-Tung a favor de los comunistas. En 1951 tiene lugar el cese de MacArthur, quien ha tenido un brillante papel en las operaciones en Corea, pero que se enfrenta al presidente Truman respecto a las futuras medidas militares, entre las que ha citado la amenaza nuclear a China. La prensa y la radio japonesa le despiden con buenas palabras, y lo mismo el emperador y el primer ministro Yoshida, quien lo hace en el aeropuerto, cuyo itinerario ha sido cubierto por miles de ciudadanos con banderitas norteamericanas y japonesas, en buena parte por el cierre de los colegios durante esa jornada.

La firma de un tratado de paz entre Japón y sus enemigos en la guerra es un tema pendiente. Lo es por el alto de número de países que deben participar en las negociaciones, porque la Guerra Fría ha deteriorado las relaciones entre Estados Unidos y la URSS y la China comunista y porque entre la URSS y Japón existen contenciosos territoriales de difícil solución.

La administración de Washington ha dado pasos en este sentido antes de la marcha de MacArthur y, finalmente, se decide por la firma de un tratado de paz sin contar con la URSS y China. Así consigue legitimidad para la permanencia de sus tropas en el país y facilita la inclusión de Japón en el sistema de seguridad liderado desde Washington. En septiembre de 1951, se celebra la conferencia en San Francisco y se firma un Tratado de Paz, el cual implica sobre todo al derrotado y a Estados Unidos, Gran Bretaña y sus aliados. No asiste una representación oficial China, pues Washington reconoce al gobierno nacionalista chino, ahora en Taiwán, mientras que varias de las naciones convocadas reconocen la República Popular, entre estas Gran Bretaña; India, Birmania y Yugoslavia declinan la invitación y las delegaciones

de la URSS, Polonia y Checoslovaquia no firman el proyecto de acuerdo presentado por estadounidenses y británicos.

El tratado lo suscriben cuarenta y ocho países aliados y Japón el 8 de septiembre; entre ellos queda establecida la paz. Además, Japón acepta las pérdidas territoriales impuestas en Potsdam y en la rendición, pero sin especificar circunstancias y territorios. Se sobreentiende que integran la nación nipona las cuatro islas principales y las pequeñas islas adyacentes. Pues, tras la retirada japonesa, Corea ha vuelto a ser una nación independiente, aunque, en seguida, dividida por la guerra civil y la Guerra Fría. Taiwán y las islas Pescadores han sido recuperadas por China. Por su parte, la URSS, apoyándose en el tratado de Yalta, ha ocupado el sur de Sajalín y, además, las islas Kuriles y otras islas al norte de Hokkaido, Etorofu, Kunashiri, Shikotan y Habomai (de las que se puede decir que forman parte o no de las Kuriles), acto considerado por la parte japonesa como violación de su suelo nacional, y que pasa a conformar el conocido como litigio de los *territorios del norte*. Dado que la URSS no firma el tratado, queda pendiente la definición de los límites septentrionales de Japón. Por su parte, Estados Unidos ha recibido de las Naciones Unidas la tutela de las islas del Pacífico norte que los japoneses habían recibido como mandato de la Sociedad de Naciones, y ha ocupado las islas de Ryukyu y Bonin, y las administra ya como zonas separadas de Japón (Reischauer, 1985: 218). El tratado también deja pendiente el tema de las indemnizaciones de guerra; hasta entonces, los países que han recuperado territorios se han quedado sencillamente con las inversiones japonesas, y otros recibido bienes y equipos, no siempre de utilidad. Tampoco contempla otras cuestiones importantes, como las bases militares en suelo japonés, en este caso porque son materia de otro acuerdo.

El tratado entra en vigor a finales de abril de 1952. Este año comienza la etapa filorrusa de la China comunista, que durará menos de una década, hasta el inicio de la denominada vía comunista china y la ruptura Pekín-Moscú, que provoca la del mundo comunista.

5.4.3. El acuerdo de defensa con Estados Unidos

El mismo día y en el mismo lugar en que se firma el tratado de paz, los plenipotenciarios Yoshida Shigueru y G. Acheson firman el Tratado de Segu-

ridad Nipón-norteamericano. En principio, la idea de Washington ha sido declararse garante de la seguridad exterior de Japón, mientras una reducida fuerza militar japonesa se ocupa de la interior, pensando en su propia política exterior en el Pacífico. Los políticos conservadores japoneses han aceptado ambas cuestiones, rechazadas por muchos de sus conciudadanos, contrarios al rearme y a la presencia militar norteamericana, que irán pasando de la resignación a la protesta activa. No obstante, poco antes del inicio de la guerra en Corea, la Secretaría de Estado norteamericana plantea que Japón se dote de fuerzas de defensa, sobre todo de una fuerza policial de reserva, pero también, a modo de tanteo, de una fuerza militar, y el primer ministro Yoshida se opone, en parte para evitar problemas internos y en parte para mantener al gobierno de Washington implicado en la seguridad y la estabilidad de Japón. La administración de Truman acepta entonces ese papel, pero exige acceso al territorio japonés por un período indefinido para establecer bases militares.

En teoría termina la ocupación, pero cuando el tratado entre en vigor las fuerzas que llevan varios años establecidas en el país se convertirán en fuerzas de seguridad militar, sobre todo para seguridad de Estados Unidos en el Pacífico, y su distribución y reglamentos dependerán de los acuerdos entre los gobiernos de ambos países.

El tratado tiene carácter unilateral. Estados Unidos recibe espacio para bases militares de fuerzas de tierra, mar y aire y, además, mediante otro acuerdo, Okinawa se convierte en un gran establecimiento militar bajo la administración del gobierno estadounidense; en Washington se concede mucha importancia a esta isla, pues su presencia aquí es útil para desalentar la ocupación de Taiwán por la República Popular China y para las operaciones en Corea, y más adelante en Vietnam. Pero no se especifica con claridad la responsabilidad de Estados Unidos en la defensa de Japón, situación que se repite en otros tratados de seguridad bilaterales promovidos por Estados Unidos, entre estos el suscrito con la España de Franco. Cabe destacar el hecho de que la fuerza militar podrá ser utilizada para la defensa del territorio, pero también como fuerza de intervención en conflictos internos, por ejemplo, dicho con otras palabras, para reprimir actos de nacionales contra las instalaciones y fuerzas norteamericanas. El artículo 1 establece:

> Japón concede a Estados Unidos de América, después de la entrada en vigor del tratado de paz y de este tratado, el derecho de disponer de

> las fuerzas armadas norteamericanas de tierra, mar y aire en Japón. Dichas fuerzas serán utilizadas para contribuir al mantenimiento de la paz internacional y de la seguridad en el Extremo Oriente, para la seguridad del propio Japón frente a un ataque armado proveniente del exterior, para toda ayuda solicitada expresamente por el gobierno japonés y para acabar con las perturbaciones y motines internos de Japón, producidos por instigación o intervención de una potencia o potencias extranjeras.

El papel de Japón en asuntos de defensa será, en efecto, pasivo, limitado a expresar su voluntad de asumir en el futuro la responsabilidad de su propia defensa. A este respecto, este tratado ofrece una semejanza con el que Estados Unidos firma con Taiwán, mientras que presenta diferencias respecto a los que suscribe con otros países asiáticos que también permiten el establecimiento de bases militares, Corea del Sur, Filipinas, Vietnam del Sur, Tailandia y Pakistán.

No se estipula un plazo para la renovación del tratado nipo-norteamericano. Sin embargo, las negociaciones con este fin se llevarán a cabo antes de que cumpla diez años. Mientras tanto, por acuerdo mutuo, el artículo 9 de la Constitución es reinterpretado para que la Reserva de Policía Nacional, creada en 1950 con 75.000 hombres y que tiene más bien un carácter paramilitar, ya que reemplaza a soldados norteamericanos enviados a Corea en algunos de sus quehaceres, evoluciona en 1952 a Fuerzas de Seguridad Nacional, con un pequeño componente naval que patrulla aguas no solo japonesas, y da paso, dos años después, a las Fuerzas de Autodefensa de Tierra, Mar y Aire, armadas e instruidas por Estados Unidos y que alcanzan ya los 250.000 efectivos; estas son "un ejército en embrión" (Reischauer, 1985: 240) o un pequeño ejército, pues, aunque la mayor parte de las tareas que realizan no son propiamente militares, otras, de vigilancia, sí lo son, y lo mismo su entrenamiento. Además, la relación bilateral se refuerza mediante el Tratado de Asistencia y Seguridad Recíprocas, de marzo de 1954, por el cual Estados Unidos vende a su socio equipos militares y le compra diversos productos; se sientan así las bases para el paulatino rearme japonés.

Porque se han comprometido a hacerlo, sin concretar, y por necesidades políticas y económicas, los gobiernos japoneses avanzarán en el tema de las reparaciones de guerra, firmando una serie de acuerdos. El primero con Birmania, en 1954, y a continuación con Filipinas, Indonesia y Vietnam del Sur; la reparación consiste en la entrega de productos de fabricación japo-

nesa, que sirven para crear mercados a futuras exportaciones. Otros países renuncian a las reparaciones, empujados por Washington, que ya ha archivado el tema. Ninguna de las dos Chinas pide reparaciones, por motivos políticos, para no beneficiar a la otra China, y porque hace ya tiempo que confiscaron las inversiones japonesas en su territorio. El acuerdo de reparación pendiente más importante es el que afecta a Corea del Sur.

Paulatinamente, Japón es incorporado al bloque occidental. No es una decisión autónoma, pero sí conforme a los intereses de la derecha japonesa. Más que una parte, un socio del bloque occidental, que también, Japón es un aliado subsidiario de Estados Unidos. De hecho, cuando Gran Bretaña reconoce al gobierno de Mao, la presión estadounidense impide que el gobierno japonés cumpla su deseo de hacer lo mismo.

5.4.4. Las relaciones con la URSS y las dos Chinas

Las relaciones con la URSS son complicadas, por haber sido enemigo militar, porque ahora lo es de Estados Unidos, por el contencioso territorial, y por la necesidad de la buena voluntad de Moscú para que la flota japonesa acceda a bancos pesqueros en aguas cuya soberanía está en litigio. Aparte las disputas territoriales, pasadas y presentes, existe resentimiento ruso por la victoria japonesa a comienzos de siglo, mientras que el japonés se debe a los muchos prisioneros de guerra que cabe imaginar que han muerto en los campos de concentración y trabajo en Siberia. La ocupación por la URSS de las islas Kuriles y el sur de Sajalin supone la cercanía y presión rusa sobre el norte de Japón; como dice Beasley, así la URSS domina las rutas de acceso a los que han sido una parte de los principales bancos de pesca de la flota japonesa del mar de Ojots, y puede cortar el acceso, total o parcialmente, o facilitarlo, incluso insinuar la posibilidad de que Japón recupere pequeñas islas en el litoral de Hokkaido (1995: 328), así como las Kuriles más meridionales, atendiendo a los derechos de descubrimiento y desarrollo. Durante los primeros años de la década de 1950, se alcanza un acuerdo pesquero y se mantienen conversaciones sobre otros temas, sin que llegue la firma del tratado de paz.

No obstante, Hatoyama, menos propenso a los dictados de Washington que Yoshida, viaja a Moscú en 1956. No se firma un tratado de paz, pero sí una declaración conjunta que da paso al establecimiento de relaciones diplo-

máticas. Se deja de lado la cuestión de la reivindicación de las islas del norte, que la URSS post Stalin retiene, mientras que Japón lo considera tema aplazado, además de difícil de afrontar. Entre otras cuestiones, porque en el Tratado de Paz de 1951, no firmado por la URSS, Japón renunció a los derechos sobre las islas Kuriles y la mitad sur de la de Sajalín, sin que se estipule a qué gobierno le corresponde la soberanía y, tampoco, qué islas conforman la cadena de las Kuriles, y Japón ha dicho después que las Kuriles están integradas por las islas que van desde Uruppu hasta Shimushu, pero que las islas de Etorofu, Kunashiri, Shikotan y Habomai son históricamente parte del archipiélago japonés, los *territorios del norte,* en la región de Hokkaido, con buenos puertos para la pesca. El gobierno de Moscú se compromete a entregar a Japón las islas de Habomai y Shikotan, cuando se haya firmado el tratado de paz, que nunca llegará, y a no poner obstáculos al ingreso de Japón en Naciones Unidas, lo que acontece en diciembre del mismo año, con un año de retraso respecto a España.

En cambio, no se restablecen las relaciones con el gobierno de Pekín. No tanto por la pertenencia de Japón al sistema de defensa norteamericano, como por el reconocimiento de Taiwán como otra China. Si se producen contactos no oficiales, como los que protagonizan la Asociación de Intercambio Cultural Sino-japonesa y los partidos políticos de izquierda. Mientras el Partido Comunista se vincula a la Internacional dirigida desde Moscú, el Partido Socialista mantiene relaciones con el Partido Comunista chino; una de las delegaciones socialistas que visita Pekín, en marzo de 1959, encabezada por su secretario general, Asanuma Inejiro, critica con acritud la política exterior de Estados Unidos y declara la existencia de una sola China.

5.5. *Los gobiernos conservadores aliados de Washington y la recuperación económica*

Un decenio después de la derrota militar, la democracia liberal funciona con normalidad en Japón. El país ha recobrado un espacio en la sociedad internacional. Se está asentando el dominio conservador en política, pero, aunque quisiera, este no es capaz de impedir los cambios sociales, fundamentales los referidos al modelo familiar y la equiparación de derechos entre hombres y mujeres, con la principal excepción en la cuestión salarial. La

continuidad de los gobiernos conservadores forma parte del plan de Estados Unidos para Japón; su administración también hace cuanto considera necesario en pro de la hegemonía de la democracia cristiana en los gobiernos de las también derrotadas Alemania e Italia. Es la relación con Estados Unidos el principal tema de fricción entre la derecha y la izquierda. Tema de largo recorrido, pues ambos países mantendrán, hasta nuestros días, estrechos vínculos en defensa, comercio y cultura.

5.5.1. El despegue económico

Está comenzando la recuperación económica del país. Con la recuperación, primero, y el fuerte crecimiento económico, a continuación, las secuelas psicológicas por la derrota y por la culpa de la guerra se irán diluyendo. A finales de los años cuarenta, la culpa se ha atribuido a una minoría militarista, y esa será la versión oficial durante las décadas siguientes. Oficial y aceptada por la mayor parte de la sociedad, aunque algunos también señalen a otro gobierno imperialista como responsable de la deriva hacia la guerra; es el mismo que, victorioso, impone su presencia militar en suelo japonés, con la voluntad de que tenga carácter indefinido y sin que ningún gobierno consulte a la población si desea o rechaza esa presencia militar.

Un elemento de la tradición japonesa favorece el proceso de recuperación económica. Nos referimos al sentido de disciplina, laboral y social, basado en la creencia de que uno forma parte de un todo, ancestral y eterno, al que debe servir, para su continuidad y engrandecimiento, y en la necesidad de los individuos, a nivel familiar y social, de no desentonar con la costumbre. Evidentemente, la recuperación habría tomado un camino distinto si no hubiese sido por la influencia política y económica norteamericana y por la coyuntura internacional. El país ocupante ha aportado ayuda de emergencia de alimentos y materias primas durante los primeros meses de la ocupación y, a continuación, establece medidas de control de la economía, acentuadas con la llegada, a comienzos de 1949, del banquero Joseph Dodge, cuyo equipo implementa un plan destinado a reducir la inflación, equilibrar el presupuesto y fijar el tipo de cambio de yens por dólar, para colocar la moneda a un nivel real. Una vez alcanzados esos objetivos, Estados Unidos inicia la compra de productos japoneses, pensando en el desarrollo

de la economía de su aliado y en sus propias necesidades; la industria nipona es la principal proveedora de tejidos, armamento y vehículos de las tropas norteamericanas que intervienen en la guerra de Corea.

La industria textil, en su última etapa de gran auge, es la punta de lanza de las exportaciones japonesas, pero depende ahora de los pedidos estadounidenses, pues el mercado chino está cerrado y varios países en vías de desarrollo van cubriendo sus necesidades de estos productos. Además, ni la textil ni el conjunto de la industria ligera son suficientes para dar el gran impulso a la economía deseada por los políticos y empresarios japoneses. Y, una vez iniciada la guerra de Corea, la administración norteamericana tiene el mismo deseo. Por este motivo, Washington modera la cuantía y en seguida suspende las reparaciones de guerra que le corresponden e influye para que las negociaciones japonesas con los países a los que debe indemnizar sean a la baja. Además, y esto es lo principal, los dirigentes estadounidenses terminan de olvidarse de la pretensión de desarticular los grandes consorcios y, por el contrario, los beneficia con pedidos, a la vez que da vía libre al desarrollo de la industria pesada. Esta industria, con amplia experiencia en siderurgia y en el resto del metal, produce material de guerra que, además de textiles, la administración norteamericana compra con destino a la guerra de Corea. Más aún, para fortalecer a esta economía, ahora amiga, Estados Unidos permite y alienta el propósito japonés de convertirse en un gran abastecedor de productos elaborados en todo el sudeste asiático.

Como consecuencia, la industria siderúrgica moderniza y amplía instalaciones, y procura trasladarlas a la costa, para abaratar costes de abastecimiento y exportación, como hace la Kawasaki Iron Company, y es esta industria la que sirve de base para la expansión de la maquinaria. Está resurgiendo una economía nucleada por las grandes empresas, y lo mismo otras características de la economía japonesa de antes de la guerra.

El modelo de planificación económica favorece el crecimiento y determina la importancia y características de los conglomerados, con sus empresas afiliadas. Este es uno de los elementos de continuidad. Pues, a lo largo del tiempo ha permanecido constante "la determinación, por parte de las autoridades, de hacer que las actividades de los empresarios privados estuviesen en conformidad con los objetivos públicos, aun cuando ese mismo propósito haya estado sujeto a cambios" (Allen, 1980: 234). Coincidiendo con la firma del tratado de paz, la Junta de Estabilización Económica, orientada

desde el cuartel general aliado, es reemplazada, por la Agencia de Planificación Económica, con menos competencias. En realidad, es el Ministerio de Comercio Internacional y de Industria el que asume la voluntad del gobierno de tutelar la actividad de la gran industria, actuando como "despacho administrativo responsable de la elaboración de los planes económicos del gobierno" (Morishima, 1984: 234); el paso por este Ministerio es fundamental para la promoción política, como muestra el hecho de que la mayoría de los primeros ministros lo hayan dirigido. Para influir sobre los industriales, los gobiernos utilizan el sistema bancario, el Banco de Reconstrucción, y su sucesor Banco de Desarrollo, canalizando capital a determinadas industrias, y se dotan de medios para controlar el comercio exterior y el cambio, de forma que sus ministros dispongan de diversas formas de persuasión o coacción: préstamos a bajo interés para inversiones industriales; reformas fiscales que suponen prestaciones para la inversión; sistema de asignación de divisas, que permite canalizar materias primas a unas compañías y no a otras; fomento de formación de cárteles a productores de varios sectores, primero del sector textil, en seguida del acero, con cuotas de producción y reparto de materias primas; y acuerdos de cooperación técnica con empresas extranjeras, la mayoría norteamericanas (Beasley, 1995: 356).

Otros factores beneficiosos para el rápido crecimiento de la economía son la base industrial y la abundante mano de obra, dispuesta, y presionada, a aceptar bajos salarios, de la que forman parte numerosos obreros cualificados y técnicos, entre estos los repatriados de los territorios invadidos y los empleados en la industria más moderna del archipiélago, en general favorables a la modernización económica. La mano de obra más capacitada va siendo absorbida por las industrias de productividad superior. Asimismo, hay que citar la tendencia al ahorro del japonés medio. Así pues, hay dos fuentes de financiación para la inversión industrial, la que aporta el ahorro privado, que canalizan bancos y cajas de ahorro, y la aportada por el gobierno, mediante préstamos de los bancos centrales y la construcción de infraestructuras, fundamentales para el transporte de materias primas y productos elaborados. También benefician a la economía nacional la entrada de la mundial en una fase de expansión, la transferencia de tecnología a bajo precio por Estados Unidos, la venta a la empresa privada de muchas instalaciones que pertenecieron al ejército y a la marina, y la circunstancia de que los gobiernos destinen escasos recursos a la defensa nacional.

Por lo dicho, el país recupera pronto, a comienzos de los años cincuenta, el nivel económico de anteguerra. En 1951, el hierro, el acero, los hilados, la extracción de hulla y la fabricación de máquinas-herramienta superan ya la producción de diez años antes. Desde entonces, el crecimiento de la economía es muy rápido en los sectores metalúrgico, químico y de ingeniería, pese a los bandazos, situando al país en puestos punteros de la economía global; cuando el avance es *demasiado rápido,* y aumenta la inflación, poniendo en peligro las exportaciones, en 1953, 1957 y 1961, el gobierno reduce los créditos y adopta diversas medidas para hacerlo más lento. Entre 1956 y 1963, la tasa de crecimiento anual es del 11%, el índice de producción industrial se triplica, y más, y las exportaciones cuadriplican su valor, apoyadas en la reconstrucción de la marina mercante, bajos salarios y cargas fiscales y alta productividad. En 1962, Japón alcanza el primer puesto en la construcción naval, y el tercero en producción de acero y capacidad de refino de petróleo. Los destinos principales de los productos japoneses son Estados Unidos y el sudeste asiático.

5.5.2. La hegemonía conservadora

Durante el cuarto de siglo siguiente a la derrota militar, la hegemonía conservadora es el rasgo principal de la vida política japonesa. La Dieta y el Gobierno permanecen en manos de políticos conservadores, que cuentan con cuatro aliados importantes, y viceversa: en el interior, los propietarios y directivos de las grandes empresas y la burocracia civil, muy relacionados entre sí (los altos burócratas suelen pasar, cuando se jubilan, a puestos directivos de las grandes empresas) y ambos con la derecha gobernante; en el exterior, las sucesivas administraciones norteamericanas y la Guerra Fría, que sirve para justificar muchas medidas, al igual que en Alemania occidental e Italia, como son la recuperación para la vida pública de algunos de los depurados, por ultranacionalistas, mientras se purga a izquierdistas, para debilitar sobre todo al movimiento sindical. Son temas ya citados, al igual que la rectificación de las medidas para la disolución de los grandes consorcios. Pero el programa de ajuste derechista es más amplio.

Durante los gobiernos de Yoshida, del Partido Liberal, reconvertido en Partido Demócrata, se limita el derecho a la huelga, mediante la reforma de la Ley de Empleos Públicos de noviembre de 1948; los empleados pú-

blicos son privados de los derechos de huelga y de negociación colectiva, que también son negados a los empleados de las corporaciones públicas y empresas paraestatales, como Ferrocarriles Nacionales y Correos. Asimismo, el Gobierno y la Dieta sacan adelante una serie de decretos y leyes, más contundentes desde el inicio de la guerra de Corea, para el control de las actividades de la izquierda, pensando sobre todo en las organizaciones y prensa comunista. Al mes siguiente, la dirección general de Relaciones Públicas, dependiente del cuartel general de MacArthur (operativo hasta la firma del tratado de paz), da instrucciones al gobierno presidido por Yoshida de suspender por período indefinido varias publicaciones, entre estas el órgano de propaganda del Partido Comunista, *Akajata,* al que el general norteamericano califica de agitador, destructivo y plagado de mentiras. A esta siguen otras instrucciones bien acogidas por la derecha japonesa, como la purga de comunistas y en general de izquierdistas en los puestos públicos y medios de comunicación, mientras toca a su fin la exclusión de personas comprometidas con el régimen anterior.

El rechazo de la izquierda y de sectores liberales a las citadas medidas y el crecimiento del antinorteamericanismo y del movimiento pacifista, que no son lo mismo, pero están relacionados, erosionan al Gobierno y al Partido Demócrata. También, esporádicamente, el regreso a la actividad política de conservadores afectados por las purgas, pues, cuando estos acceden a puestos directivos, los medios de comunicación se ocupan del tema, varios de los más influyentes con un talante muy crítico. Asimismo, el conflicto interno en el partido gobernante a partir de la salida a la luz de un escándalo por sobornos en la industria naval y las críticas correspondientes en la opinión pública. Yoshida es obligado a dimitir.

El programa con el que en 1955 el Partido Demócrata gana las elecciones y Hatoyama accede a la presidencia del gobierno incluye la eliminación de la herencia de la derrota y la ocupación, incluyendo el rearme, mediante la reforma de la Constitución. El Partido Socialista crece y se hace con un tercio de los escaños en la Dieta. Este avance se debe a la reunificación, ese mismo año, de sus dos principales tendencias, la marxista y la socialdemócrata, escindidas cuatro años antes con motivo de los tratados de paz y seguridad (el ala derecha, favorable, formó el Partido Socialista Democrático), a las que se suma el Partido Obrero-Campesino, y al rechazo de amplios sectores de opinión a la reforma constitucional y al tratado de seguridad. Esa representa-

ción no permite a los socialistas, ni ahora, ni durante las tres décadas siguientes, acceder al gobierno, pero sí impedir la reforma constitucional. También el Partido Comunista se presenta como defensor de la paz y la Constitución; el sector dominante ofrece ahora un discurso más moderado, alejado del radicalismo de finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta.

Está a punto de nacer el que será denominado *sistema de 1955*. Pues en noviembre de este año, y un mes después de la reunificación socialista, la derecha política y económica se reorganiza en el Partido Liberal Democrático (PLD). Con notable éxito, ya que conserva la mayoría en la Dieta y la dirección del Gobierno sin interrupción entre 1955 y 1993, pese a la existencia de varias corrientes internas y una constante lucha por la presidencia del partido, desde la que se accede a la condición de primer ministro y al reparto de cargos entre las facciones. Uno de los artífices del nuevo partido es Kishi Nobusake; Kishi, personaje clave en el desarrollo industrial de Manchukúo y ministro de Industria y Comercio con Tojo, juzgado y condenado como criminal de guerra de categoría A, ha pasado tres años en la cárcel de Sugamo. No obstante, la relativamente nueva elite político-económica, con algunas viejas caras, se conforma con políticos, burócratas y empresarios; a diferencia del pasado, no la integran militares.

Uno de los elementos que, se dirá en seguida, beneficia las victorias del PLD es el sistema electoral, que sobrevalora a los votantes rurales en la representación electoral y se basa en distritos electorales múltiples, al cual se achacará también la lucha entre facciones del partido dominante y la corrupción, dada la necesidad de mucho dinero para contentar a los apoyos necesarios para ser elegido, y reelegido. Otro tema relacionado con la corrupción, pero también con el apego a la tradición, es la existencia de los denominados *herederos*, los hijos que heredan de sus padres las actas de diputado gracias a redes políticas y económicas locales con raíces en el pasado que garantizan el voto a una familia.

La financiación, tanto al conjunto del PLD como a sus facciones y a diputados en concreto, procede de las grandes empresas y las organizaciones vinculadas, como la Cámara de Comercio e Industria y la Federación Japonesa de Asociaciones Patronales. Estas organizaciones ejercen de portavoces de las empresas dentro y fuera del país, actúan como grupos de presión al gobierno en diferentes temas y, en ocasiones, muestran su preferencia por un candidato y consiguen que acceda al puesto de primer ministro, el cual devuelve el favor con la adopción de determinadas medidas de política eco-

nómica. La Agencia Central de Inteligencia norteamericana también aporta fondos para la financiación del gran partido de la derecha. En cuanto a su apoyo electoral, este procede del personal vinculado al régimen anterior, de los agricultores, ya que el sistema electoral favorece a las áreas rurales, satisfechas en general con el apoyo a los precios agrícolas, de un sector de la clase media urbana y también de sectores populares, gracias a las redes de influencia que la patronal y burócratas consiguen establecer en los distritos.

Desde entonces se suceden los gobiernos de la derecha, se asienta la hegemonía del PLD y un sistema relativamente bipartidista. Pues el Partido Socialista nunca gobierna, siempre condenado al segundo puesto, y normalmente con la mitad de escaños, situación acentuada por el regreso a la división interna. Los motivos de sus sucesivas derrotas son la fortaleza de la derecha, el crecimiento económico constante y las citadas divisiones, a veces por motivos personales y en otros casos por desacuerdos en temas relevantes, como el programa económico, y la voluntad del ala izquierda de mantener como programa máximo la revolución socialista.

Aunque los gobiernos conservadores no consiguen sacar adelante la reforma constitucional, por falta del apoyo de dos tercios en la Dieta, sí logran avances en otros temas que les interesan. Entre estos figuran la rectificación del proceso descentralizador, que afecta a la cadena de mando policial y a las competencias en educación. En materia educativa, la reducción de competencias de las prefecturas y municipios es en beneficio del Ministerio de Educación, que aumenta el control sobre los libros de texto y programas escolares y, en 1958, reintroduce la asignatura de ética. Las protestas del sindicato radical de maestros cuentan con el apoyo de buena parte de los sectores progresistas, que consideran que la medida pretende la reintroducción de los valores que condujeron a la guerra, pero no consiguen impedir los cambios.

5.6. *Dos grandes temas de debate: la alianza con Estados Unidos y el rearme de Japón*

Tras la retirada de la política de Hatoyama, por enfermedad, y un brevísimo gobierno de Ishibashi Tanzan, que dimite por el mismo motivo, accede a la jefatura del ejecutivo Kishi Nobusuke. Su gabinete saca adelante la renovación del Tratado de Seguridad con Estados Unidos, con escasas modificaciones.

La alianza, cada vez más sincera por parte de la derecha japonesa, entre Washington y Tokio afecta a la política interior del país. Los conservadores son los beneficiados del deseo norteamericano de que se mantengan en el poder. Por su parte, los comunistas responsabilizan a *los yanquis* del proceso de derechización y de las medidas de control sobre la izquierda. Y la alianza con Estados Unidos es un elemento divisivo en las filas socialistas.

5.6.1. El antiamericanismo gana terreno

El acuerdo de defensa con Estados Unidos es un tema de largo recorrido. Aunque los roces y conflictos entre soldados y civiles japoneses sean escasos, la continuidad de la presencia militar norteamericana, la colonización de varias islas japonesas para uso militar y la implicación de Estados Unidos en varias guerras en Asia han creado rechazo a esa presencia y a esas acciones. Y no solo en la izquierda. Los que recibieron al ejército norteamericano como el de liberación que estaban esperando, lo perciben ahora de forma muy distinta.

5.6.2. Antiamericanismo de izquierdas

La firma del tratado de seguridad supone la ruptura definitiva de la intelectualidad y las fuerzas progresistas con Estados Unidos, por más que sepan que le deben las reformas de la posguerra. Varios documentos del Consejo General de Sindicatos Obreros dedicados a la paz, el desarme y la neutralidad rechazan, antes y después de la firma del acuerdo militar entre los gobiernos de Washington y Tokio, el establecimiento de bases militares extranjeras. Al mes siguiente de la firma del tratado, la V Conferencia Nacional del Partido Comunista adopta una resolución, reafirmada en la VI Conferencia, cuatro años después, que dedica un apartado a la forma en que "la ocupación norteamericana" afecta negativamente a los japoneses. Si la guerra y la derrota habrían supuesto a Japón la pérdida de su libertad e independencia, por el sometimiento al yugo del imperialismo norteamericano, y después el control de "toda nuestra vida" por las autoridades militares norteamericanas de ocupación, que habrían explotado al pueblo "obligándolo a trabajar sin descanso para la guerra" a cambio de sueldos miserables y condenado a las

mujeres "a la prostitución", ahora "los imperialistas norteamericanos tratan de involucrar a Japón en una nueva guerra de invasión" para lograr el dominio de Asia. A continuación, la resolución del Partido Comunista expone su interpretación sobre la conversión de Japón en una gran base militar de Estados Unidos en el Pacífico:

> Para dominar a Asia, los imperialistas norteamericanos necesitan como base un país en el que haya militares de alto nivel, industrias desarrolladas y una población suficientemente numerosa para reclutar soldados, por lo que consideran a Japón el país más adecuado. Por eso tratan de involucrarlo en una nueva guerra, como aliado subordinado. Por la misma razón están haciendo propaganda a la firma de la paz por separado entre Estados Unidos y Japón, teniendo en cuenta que este es el camino que conduce a la guerra con China y la Unión Soviética.

Alentado por discursos y manifiestos semejantes, y al igual que sucede en varios países europeos, el rechazo a la presencia militar norteamericana da lugar a manifestaciones y concentraciones de los opositores, la primera organizada el 1 de mayo de 1952: en la plaza del palacio imperial, la policía responde con gases lacrimógenos, palos y disparos a los manifestantes más violentos, causando dos muertos y numerosos heridos. Las protestas se suceden por diversos temas, las bases, Okinawa, incidentes de nativos con personal militar norteamericano y la carrera de armamentos, siendo la protagonizada por Estados Unidos la que afecta directamente a Japón, ya que los bombarderos y los buques norteamericanos transportan y almacenan armamento nuclear en el espacio aéreo y marítimo nacional y las pruebas militares en aguas del Pacífico suponen un peligro para los japoneses y nacionales de otros países. La explosión de la primera bomba de hidrógeno por Estados Unidos, realizada en el atolón de Bikini, en el Pacífico sur, el 1 de marzo de 1954, causa la muerte de un pescador japonés. Por este motivo, un grupo de amas de casa residentes en Tokio inicia una recolecta de firmas pidiendo la prohibición de las armas atómicas y de hidrógeno. No son muchas y son mujeres, del género que menos ha participado en protestas a lo largo de la historia, pero consiguen una repercusión mundial. El pacifismo, derrotado en dos guerras mundiales, está resurgiendo y todo lo relacionado con Japón interesa a sus impulsores. En el Congreso de Paz de Helsinki, en 1955, se acuerda la celebración de reuniones anuales en Hiroshima, cada 6 de agosto,

y convertir esa fecha en día de la paz mundial. Ese año, del 6 al 9 de julio, se celebra el Primer Congreso de Madres Japonesas, para debatir sobre la defensa de los niños, la forma en que el sistema de defensa afecta a las mujeres, la situación general de las mujeres y cómo trabajar en defensa de la paz; este congreso aprueba un documento del que se recogen varios fragmentos en la selección de textos. Y el 8 de agosto de ese año, se clausura en Hiroshima el primer Congreso Mundial del Movimiento contra las Bombas Atómicas y de Hidrógeno, con la asistencia de representantes de países de todos los continentes. De su Declaración forman parte los siguientes párrafos:

> "Los congresistas tienen el respaldo de cientos de millones de personas de todo el mundo que han firmado en contra de la guerra atómica. Basado en ese apoyo, el Congreso reafirmó su resolución de luchar hasta que sean prohibidas totalmente y para siempre las bombas atómicas y de hidrógeno, para que las fuerzas que intentan desencadenar la guerra atómica sean abatidas y para que utilicemos la energía nuclear para proporcionar felicidad y prosperidad al género humano".
>
> "La triste realidad que viven las víctimas de las bombas atómicas y de hidrógeno tiene que ser conocida por todo el mundo. Urge un movimiento mundial de asistencia para salvarlas. Este es el verdadero fundamento del movimiento contra tales bombas. Las víctimas tendrán verdaderamente una reparación cuando bombas tan catastróficas sean prohibidas".
>
> "Sin embargo, nuestra fuerza no es suficientemente grande aún para lograr la prohibición de las bombas atómicas y de hidrógeno. La entrada al país de los lanzacohetes atómicos, la acumulación de armas nucleares y el aumento de las bases militares, están relacionadas con la guerra atómica. No se ha hecho absolutamente nada para evitar una guerra de esta índole no solo en Japón y en Okinawa, sino en cualquier parte del mundo. Por esta razón, las luchas contra las bases militares y el movimiento contra las bombas atómica y de hidrógeno tienen que unir sus fuerzas para combatir esta amenaza.
>
> Este día marca el punto de partida de nuestro movimiento".

En octubre de 1958, el segundo gabinete de Kishi inicia con el estadounidense las negociaciones para la revisión del tratado de seguridad. Para justificar ese paso, declara en la Dieta que es posible que el país se vea involucrado en una guerra, sin concretar con quién, y añade que debe asumir

las cargas económicas del mantenimiento de las bases militares en compensación por la protección que las tropas de Estados Unidos proporcionan a Japón. Como el PLD tiene mayoría en la Dieta, lo lógico es que saque adelante la revisión del tratado, pero la izquierda se prepara para impedirlo, y una serie de circunstancias encadenadas le permiten ser parte importante de una gran movilización popular y erosionar al gobierno.

El contenido del tratado con Estados Unidos y el rechazo a este de una parte de la población es el tema que motiva más protestas pacíficas y más actos de violencia política, ahora y durante las décadas siguientes. No faltan ni faltarán otros temas de disputa, con los que la izquierda hace oposición al gobierno dentro y fuera de la Dieta, como el de la huelga de los mineros del carbón, sector en declive a causa de la decisión de aumentar las compras de petróleo para cubrir las necesidades energéticas. Pero esta y otras protestas cuentan con menor respaldo entre el conjunto de la población, tendrán menos recorrido y mucho menor eco interior e internacional.

Como respuesta al anuncio por parte del gobierno, las protestas se extienden por todo el país durante 1959 y 1960, con gritos de *Yankee go home!*, en inglés, y contra el gobierno y, especialmente, la figura de Kishi. Las multitudinarias concentraciones, manifestaciones y marchas sobre las bases militares, con actitudes violentas de una minoría, son reprimidas con extrema dureza por la policía, con el resultado de un joven muerto durante una carga policial y numerosos heridos de distinta consideración. En Okinawa, los campesinos intentan ocupar tierras expropiadas para la construcción de instalaciones militares, en paralelo al movimiento para la recuperación de la soberanía japonesa. También ahora, un ultraderechista asesina al presidente del Partido Socialista, Asanuma; su viaje a China, durante el que califica al "imperialismo americano" de "enemigo común de los pueblos chino y japonés", le había supuesto, previamente, críticas verbales y amenazas desde la derecha.

5.6.3. La conflictiva renovación del tratado de seguridad

El movimiento contra la renovación del tratado aglutina a partidos políticos, sindicatos, organizaciones estudiantiles, de mujeres y a artistas y escritores, y se expresa en diversos escenarios, la calle, centros públicos y privados, la

prensa y la Dieta. Una vez que el gobierno firma el tratado revisado en enero de 1960, y queda pendiente de la votación en la Dieta, los socialistas aplican tácticas dilatorias, mediante el boicoteo de las sesiones, pidiendo más tiempo para debatir el asunto e insistiendo una y otra vez en que el tratado es injusto y que no es extraño que su renovación venga de la mano de un gobierno encabezado por uno de los condenados como criminal de guerra de categoría A y que no actúa contra el terrorismo de extrema derecha. A la vez, dos minorías en el seno del PLD, nacionalistas de derechas y liberales contrarios al liderazgo de Kishi, ponen reparos a que el tratado sea renovado sin consenso de los principales partidos. Pero Kishi decide por sorpresa que se vote en la Dieta en la mañana del 20 de mayo, para tenerlo listo cuando un mes después visite el país el presidente Eisenhower. En la tarde del 19, el sector crítico del PLD se retira de la cámara y los diputados de la oposición se preparan para boicotear la votación al día siguiente, cuando llegan a asediar en su despacho al presidente, que fue abogado defensor de Tojo en el Tribunal de Tokio por crímenes de guerra. La votación se lleva a cabo después de que el gobierno imponga la presencia policial en el interior de la cámara y que esta expulse a los diputados de la izquierda. Esa circunstancia da lugar a nuevos actos de protesta: a comienzos de junio los sindicatos obreros se declaran en huelga; el día 15, afiliados a la Federación Nacional Universitaria acceden a la Dieta, para llevar a cabo una asamblea en su interior, y son expulsados por la policía; se producen una serie de amenazas a políticos estadounidenses y el día 16 el gobierno pide a Washington que anule la prevista visita de Eisenhower; en la noche del 19, una multitud, convocada con ese fin, rodea la Dieta para expresar su repudio al tratado, en pie y en silencio. Esa concentración constituye el momento culminante de las protestas, pues participan ciudadanos de todas las edades y clases sociales, de los dos sexos (casi todos los diputados y dirigentes políticos son hombres) y de casi todas las tendencias políticas, personas que pertenecen a grupos tanto activos como habitualmente pasivos. Está a punto de regresar la calma, y con ella la desilusión de los revolucionarios. Pero los ciudadanos comunes han percibido la importancia y la posibilidad de organizarse para protestar al margen de la conducción de las fuerzas de oposición al gobierno (Michitoshi, 1987: 341). Ha sido un *Mayo del 68 japonés,* varios años antes de esa fecha.

Los principales medios de prensa escrita, que son de tendencia progresista, condenan la gestión de la crisis. Las críticas en medios conservadores, políticos y económicos, al gobierno, temerosos de la pérdida de poder si se traduce en escaños el rechazo a una votación llevada a cabo en circunstancias tan especiales y a la supeditación de los intereses nacionales a la política de seguridad de Estados Unidos, motivan la caída del gabinete Kishi. Es un precio menor para el sistema de defensa norteamericano en el Pacífico. Pues el tratado entra en vigor el 19 de junio. Aparte de dar continuidad a las instalaciones militares norteamericanas, su contenido sigue siendo inconcreto en lo referido tanto a las situaciones que motivarían el empleo de las bases para acciones de guerra, y dónde se llevarían a cabo, como a la defensa del territorio japonés. Al menos, atendiendo a necesidades de política interior, el gobierno japonés ha conseguido que sea preceptiva la consulta sobre el despliegue de tropas y equipos en su territorio para combatir en cualquier parte de Asia, o antes de introducir armas nucleares, que se fije un plazo de vigencia del tratado, de diez años, y la eliminación de la referencia al empleo de tropas norteamericanas contra japoneses.

El antinorteamericanismo se plasma también en artículos de prensa, ensayos y en el cine. En la década de 1950, cuando Ozu, Mizone y Kurosawa filman obras maestras, varios directores utilizan el cine con esa intencionalidad. Desde la derecha, las películas *El acorazado Yamato* y *El águila del Pacífico*, entre otras, y desde la izquierda *Hiroshima*, obra patrocinada por el sindicato radical de maestros. Esta obra interpreta el lanzamiento de *Little Boy* como un acto de racismo, y presenta en su parte final a un grupo de turistas estadounidenses que acuden a la ciudad bombardeada a la búsqueda de huesos de las víctimas, como recuerdo. El mismo sentido tienen varias de las películas semipornográficas rodadas entonces, y algunas claramente pornográficas de unos años después, con el entorno de las bases norteamericanas como localización y soldados norteamericanos y jóvenes japonesas como protagonistas, las segundas explotadas por los primeros; en una de estas películas el mensaje patriótico es el siguiente: una prostituta enferma de sífilis se acuesta con todos los soldados que le permiten el tiempo y su fuerza de voluntad, con el propósito de infectar al ejército estadounidense, tema que será llevado a un local de espectáculos en Tokio con el título *La base de Tachikawa: diez años de continua violación* (Buruma, 2003: 176).

5.6.4. El antiamericanismo, tema de ida y vuelta

Así pues, no es solo la izquierda ni solo los partidos políticos los que se movilizan contra la presencia norteamericana. Y tampoco es el antinorteamericanismo el único componente del rechazo a la guerra. Existen otras organizaciones y otros temas, el principal la oposición a la carrera de armamentos en el contexto de la Guerra Fría, o una nueva Paz Armada, y más en concreto a las nuevas armas de destrucción masiva, destinadas a arrasarlo todo, ciudades y población civil. El pacifismo, el movimiento contra la guerra, contra las armas atómicas y de hidrógeno, es global, si bien alcanza más desarrollo en los países ricos de régimen democrático. Japón es uno de los países donde arraiga con mayor fuerza este movimiento, por sus circunstancias especiales, ser la única nación que ha sufrido bombardeos atómicos y la única que, con una fuerza militar propia muy reducida, tiene en su suelo varias bases militares estadounidenses.

También sectores de la derecha desean la reforma del tratado de seguridad, que les recuerda los tratados desiguales del siglo XIX. Además, insisten en la necesidad del rearme, para que Japón recupere realmente su independencia y para que disminuya o desaparezca la presencia norteamericana y, así, la izquierda no disponga de un tema rentable políticamente.

Durante meses, los medios de comunicación han convertido en noticia el antinorteamericanismo, el furibundo, contra las bases y la ocupación de Okinawa, y el moderado, el que argumenta que la alianza vulnera la neutralidad del país, pero ofrece seguridad a un bajo coste. El antinorteamericanismo alcanza también a temas no relacionados con lo militar, a los relativos a la influencia cultural, perceptible en costumbres y modas y en el uso de palabras inglesas. Pero estas han llegado para quedarse, por moda y porque son eficientes con relación a lo que definen. Además, tras la ratificación del tratado y la dimisión de Kishi, el antinorteamericanismo pierde intensidad. El cansancio de quienes han participado en las protestas, y su decepción por el hecho de que el gobierno haya conseguido su objetivo, ayudan a comprender el cambio de tendencia. También la conciencia general de que las condiciones de vida han mejorado considerablemente durante el último decenio, y las promesas de más bienestar material. El sucesor de Kishi, Ikeda Hayato, menos escorado a la derecha y con amplia experiencia en el ministerio de Finanzas, anuncia a bombo y platillo un plan para duplicar

los ingresos de los ciudadanos durante el decenio que acaba de comenzar. En las elecciones celebradas a finales de 1960, el PLD obtiene el 57,5% de los votos, al igual que dos años antes, y el gobierno de Ikeda se consolida. Si renuncia al cargo, en 1964, es por su enfermedad. Su promesa se cumplirá, y algo más, pues los ingresos de los japoneses se duplican en siete años.

La presidencia de Kennedy influye, asimismo, en el cambio de tendencia, por su popularidad entre los jóvenes y en general los progresistas de todos los países occidentales. A esto hay que sumar la labor de la administración norteamericana para la mejora de las relaciones económicas e internacionales de Japón, como muestra la admisión del país, en 1964 en la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, siendo Japón el primer país no atlántico en formar parte de la misma. No obstante, ya se ha dicho que el antinorteamericanismo es un tema de largo recorrido. La imagen de Estados Unidos volverá a empeorar con motivo de los bombardeos en Vietnam, que recuerdan tanto a los efectuados por el ejército japonés como a los sufridos por los japoneses, sobre todo a partir de la difusión de imágenes relativas al empleo de armas químicas sobre zonas de selva y los poblados y ciudades de Vietnam del Norte.

6

JAPÓN ES UNA POTENCIA ECONÓMICA MUNDIAL (1964-1989)

6.1. *Una nueva imagen de Japón llega al mundo*

Una vez revisado el Tratado de Seguridad con Estados Unidos, los dirigentes del PLD procuran obviar los temas conflictos de política exterior y la reforma constitucional y centrar su discurso en cuestiones de índole económica, beneficiados en este terreno por los índices de crecimiento y, en consecuencia, el conformismo, derivado del bienestar, que se apodera de la mayor parte de la sociedad. La ausencia de graves problemas internos, con una conflictividad social puntual y escasa en términos comparativos, y de conflictos externos aportan las condiciones para un gobierno estable y prolongado, que seguirá correspondiendo al PLD. A finales de 1964, a Ikeda le sucede en la jefatura del gobierno Sato Eisaku, que va a ocupar el puesto de primer ministro durante siete años y medio, lo que constituye la gestión más duradera de la historia política del país.

Mientras, el Partido Socialista pierde influencia; los motivos son su dedicación a la representación de los intereses económicos de los trabajadores manuales, en una sociedad que es cada vez más de clases medias, la competencia que encuentra para representar a la izquierda y la circunstancia de que el pacifismo y el tratado con Estados Unidos no son elementos suficientes para desestabilizar al gobierno, excepto en momentos puntuales. Experimentan un pequeño crecimiento el Partido Comunista, el Partido por un Gobierno Limpio, que es un nuevo partido vinculado a una secta religiosa, y el Partido Socialista Democrático.

El desarrollo económico del país y la cultura japonesa interesan a los medios de comunicación occidentales, y no solo a estos, gracias a una serie de eventos de carácter deportivo, cultural, industrial y científico. En efecto, el Japón pacífico y desarrollado se muestra al mundo en el otoño de 1964 con motivo de los Juegos Olímpicos de Tokio. Nadie en los medios de comunicación nacionales, sí en los extranjeros, recuerda la responsabilidad japonesa en la guerra en Asia y el Pacífico. Pero sí el efecto de las armas atómicas. El joven escogido para encender la antorcha olímpica ha nacido en Hiroshima, precisamente el día que un bombardero norteamericano arrojó la bomba.

No cabe duda de que es un país moderno y eficiente, incluso en los deportes, con sus dieciséis medallas de oro, por detrás de Estados Unidos y la URSS, y su aportación de cara al futuro, ya que, previamente, ha conseguido la introducción del yudo como deporte olímpico. Algunas noticias negativas obtienen más eco internacional del deseado, pues dos atletas que no han cumplido con las expectativas se suicidan, un corredor de maratón y una corredora de vallas. Pero despiertan mucho más interés las excelentes instalaciones deportivas, los nuevos hoteles, las carreteras elevadas para alta velocidad, la red de metro de Tokio y otras obras diseñadas de cara a las Olimpiadas. La más innovadora es el Shinkansen, el primer tren de alta velocidad del mundo, el *tren bala* que, con una velocidad media de 160 kilómetros por hora, cubre el itinerario Tokio-Osaka en tres horas y media.

Ese y otros logros emocionan a los japoneses y sorprenden al resto del mundo; crece el orgullo de los japoneses por su país, por lo dicho, por la situación en el resto del continente asiático, que no tiene parangón en desarrollo, cuando no es caótica y conflictiva, y por la percepción del resto de Occidente como menos moderno.

En 1968, una noticia procedente del exterior ilusiona a los japoneses, la referida a la concesión del Premio Nobel de Literatura a Kawabata Yasunari, primer escritor de una lengua no occidental que recibe este reconocimiento. Otros japoneses, arquitectos y científicos, se están haciendo mundialmente célebres. Cada vez se celebran más convenciones internacionales en Japón y, en 1970, de marzo a septiembre, el país ofrece otra imagen de paz y de modernidad, en forma de crecimiento económico e innovaciones tecnológicas, con la Exposición General de primera categoría de Osaka, con el tema El Progreso y la Armonía de la Humanidad. La mejora de las infraestructuras incluye una amplia renovación de las instalaciones de transporte en el Kansai, el gran nudo industrial y habitacional en torno a Osaka, Kobe y Kyoto, el rival de Tokio. Es la primera exposición que la Oficina Internacional de Exposiciones, organización intergubernamental con sede en París, celebra en Japón, y la primera exposición universal en Oriente. La mayor parte de los pabellones serán demolidos para convertir su espacio en una preciosa zona para el esparcimiento de las familias. De los edificios conservados destacan la Torre del Sol, del artista Okamoto Taro, y una cápsula del tiempo, que guarda mensajes y objetos de ese presente, y que no debe abrirse hasta el año 6970.

6.2. *El* milagro japonés: *Japón es la segunda economía mundial*

6.2.1. El desarrollo industrial

Japón crece a fuerte ritmo, más deprisa que el resto de países desarrollados, al igual que el volumen de su comercio exterior, en parte exigido por su dependencia en recursos naturales, con un rápido aumento de su participación en los mercados mundiales. El factor decisivo para el crecimiento sigue siendo el desarrollo de la industria. La industria pesada, sobre todo la siderurgia, y la química, que eran ya importantes, figuran como decisivas en los planes económicos del gobierno, en el de duplicación de la renta nacional citado y en los siguientes. Si en la inmediata posguerra el desarrollo principal correspondió a la fabricación de bienes de consumo, baratos y corrientes, y esta producción siguió siendo importante en los primeros cincuenta, su peso

en la economía japonesa se va reduciendo y la industria pesada se consolida durante los años sesenta y setenta como motor de la economía japonesa.

Durante 1963-1964 disminuye la tasa de crecimiento económico, al 5,1%. El gobierno, siempre dominado por el Partido Liberal Democrático (PLD), decide entonces abandonar la política económica ortodoxa, impuesta por las autoridades de ocupación y mantenida por los sucesivos gabinetes, y elaborar, como en otros países capitalistas, presupuestos expansionistas. La economía recupera las tasas de crecimiento anteriores e, incluso, las supera. El avance de la industria siderúrgica es espectacular. En el pasado, varios economistas nacionales y extranjeros habían evaluado negativamente la posibilidad de que las fábricas japonesas aportasen al mercado mundial productos de calidad en este sector, ya que el país carece de buen carbón de coque y de minas de mineral rico en hierro; y lo cierto es que en los años cincuenta los costes de producción de la industria del acero eran altos y que la calidad de sus productos terminados era inferior al de las grandes potencias económicas. Sin embargo, el programa de expansión, basado en la construcción de plantas de gran tamaño, dotadas del equipo más moderno y situadas en emplazamientos costeros para recibir las importaciones de hierro y carbón, suponen una fuerte reducción de costes, la mejora de calidad y la diversificación de bienes obtenidos. Así, en los primeros sesenta, la producción japonesa de acero adelanta a la británica, en esa misma década a la de la República Federal Alemana y, cuando comienza la de 1970, cuadriplica a la británica.

A mediados de la década de 1960, Japón es el tercer país en el tamaño de su producto nacional bruto, por detrás de Estados Unidos y la URSS. Y en 1968 adelanta a esta, para ser la segunda economía más grande del mundo, durante cuarenta y dos años, siempre por detrás del gigante norteamericano, pero durante mucho tiempo ganándole terreno y superándole en diversos campos de la actividad económica. Son tres los factores que dan lugar al denominado *milagro económico japonés*, tres crecimientos que parecen imparables. El primero, el de la producción de máquinas-herramienta, que incluye armamento, maquinaria eléctrica y equipos industriales. El segundo, el del consumo interno. Y el tercero, el de las exportaciones. Las industrias y factorías japonesas están inundando el mercado mundial con productos cada vez más diversificados y de más calidad. A finales de la década de 1960, Japón es uno de los mayores productores de barcos, cámaras fotográficas, televisores, automóviles y fibras artificiales. En 1968, adelanta a la URSS en

campos como el automóvil, electrónica, caucho sintético, fibras artificiales y óptica. Son productos de calidad los que hacen a varias marcas japonesas mundialmente famosas, Hitachi, Honda, Kawasaki, Yamaha, Toyota, Datsun, Nikon, Canon, Seiko, Sony, Panasonic y otras. En la década siguiente continúa el avance de los sectores citados, y de los equipos de transporte y maquinaria de precisión.

También experimenta cambios el sector agrario, aparte la pérdida de población. Los avances en tecnología y las inversiones suponen mejores fertilizantes, nueva maquinaria y aumento de la productividad. Japón es autosuficiente en arroz, en parte por el aumento de la cosecha, sobre todo por el cambio en la dieta.

El crecimiento y la modernización transforman las formas de vida de muchos japoneses, como en cualquier otro país que experimente una situación semejante de tecnificación y urbanización. En España, el proceso de emigración interior, en marcha, va a ser muy rápido, pero es que Japón es el país de más rápido éxodo rural del mundo: si en 1945 el sector agrícola ocupaba al 45% de la población, en 1968 solo al 19%. Además, gracias a la elevación del nivel de vida, la oferta de nuevos productos y la introducción de nuevos hábitos culturales, las generaciones japonesas están evolucionando desde la austeridad al consumismo, elemento fundamental para el desarrollo del mercado interior: radio, televisión, electrodomésticos, tocadiscos, automóvil y lo por venir.

6.2.2. Otros factores explicativos del *milagro japonés*

Como durante la fase de recuperación, varios factores se juntan, y varios repiten, para hacer posible el *milagro japonés,* que motiva numerosos textos con ese título y con otros semejantes, como *Por qué ha "triunfado" Japón,* que es el escogido por Morishima.

La expansión de la economía se apoya en una buena base y se beneficia de la disposición norteamericana, y de otros países occidentales, a compartir su tecnología, y a un precio bajo, lo que permite un gran ahorro en investigación y costos de desarrollo; las modificaciones introducidas, de bajo coste, pero casi siempre muy ingeniosas, hacen los productos japoneses tan atractivos o más que los occidentales. Esto es posible por el nivel educativo y la formación del personal técnico, y por la inversión en investigación. Otro

elemento favorable es la gran y moderna capacidad productiva, a su vez sustentada en capacidades industriales avanzadas, gracias al gasto en investigación, y sueldos bajos en términos comparativos.

Existe un factor cultural, que es, todavía en las primeras fases de rápido crecimiento, la austeridad en el consumo de los japoneses, en favor del ahorro y de la reinversión en sectores creadores de riqueza. Así, aunque la ayuda americana en forma de capital extranjero ha quedado olvidada, la sociedad, con sus ahorros, y el gobierno, con sus planes orientativos, generan una gran reinversión en economía productiva. La apuesta por la innovación aporta constantes avances en diversos campos, que incluyen la miniaturización de aparatos, como transistores y televisores, y el descubrimiento de productos sintéticos. Como en el caso del resto de países industrializados, el precio barato de las fuentes de energía resulta muy beneficioso; en el caso japonés, casi todo el petróleo procede del golfo Pérsico y llega en grandes barcos tanque de fabricación nacional a las industrias, que procuran instalarse en la costa, con maquinaria y tecnología renovada. Otro factor que repite es el reducido gasto militar, que permite al gobierno subvencionar diversos sectores, como ferrocarriles, carbón y compañías de cereales.

La producción nacional encuentra dos salidas, en el aumento del consumo interior y, sobre todo, como durante la etapa anterior, en la expansión de las exportaciones, a mercados ya consolidados, el principal Estados Unidos, a donde va un 30% de las mercancías, y al sudeste asiático, Hong Kong, Filipinas, Tailandia y Singapur. La normalización de relaciones con Corea abre un nuevo mercado a los productos japoneses, y viceversa. Para continuar la expansión comercial se mejoran las relaciones con Pekín y se firman acuerdos con varios países para ayudas al desarrollo, canalizadas por el Banco Asiático de Desarrollo y que casi siempre se concretan en fondos para la compra de productos japoneses. Se van conquistando mercados en países subdesarrollados, en China y en el Mercado Común Europeo; los productos japoneses llegan desde entonces a Europa occidental acompañados, cada vez más, de turistas. De Estados Unidos procede un 30% de las importaciones, un 13% de Oriente Próximo, casi lo mismo del sureste asiático, y menos de Europa occidental y Australia.

Gracias al balance positivo de su comercio exterior, desde 1965 en adelante, Japón dispone, cada vez más, de grandes reservas de divisas extranjeras. En las siguientes líneas se presta más atención a otros aspectos que hacen posible el *milagro japonés*.

6.2.3. El papel del Ministerio de Comercio

El primer factor que Morishima cita como fundamental para entender el *milagro japonés* es la labor del Ministerio de Comercio Internacional y de Industria. Pues este organismo decide cuáles son los sectores a los que proporcionar protección frente a la competencia de las industrias extranjeras y se centra en el impulso de las refinerías de petróleo, la petroquímica, las fibras artificiales, los automóviles, la maquinaria industrial, la aviación, la electrónica y los aparatos eléctricos. El Ministerio procura que haya dos o más compañías rivales en cada campo, para asegurar la competencia y, en consecuencia, el esfuerzo, y que las empresas más voluntariosas, con más capacidad para emplear tecnología avanzada, adquieran esta y lo hagan en condiciones favorables. Las medidas de protección incluyen incentivos fiscales, asignación de créditos y límites a las importaciones; esta limitación se consigue con topes de valor sobre las mercancías de países concretos mediante un sistema de licencias, el establecimiento de aranceles protectores o de impuestos diferenciales al consumo con tratamiento favorable a los artículos de fabricación nacional. En cuanto a las medidas de ayuda, instituciones financieras oficiales, como el Japan Development Bank y el Japan Import Export Bank, conceden subsidios y adoptan medidas fiscales de incentivo, entre estas la desgravación en función de las exportaciones (Morishima, 1984: 235-236).

Además de aportar medidas de protección, la administración, que permanece con la sucesión de gobiernos, procura orientar la inversión y la investigación de las empresas, y premia a las que aceptan las recomendaciones oficiales. No es una práctica nueva, ya que se había utilizado durante la época Meiji, cuando la mayor parte de las propiedades estatales fueron vendidas al sector privado, pero el Estado conservó las empresas fundamentales para la construcción del país, los ferrocarriles, o eran necesarias para la seguridad nacional y, por el momento, tenían pocas posibilidades de alcanzar un tamaño importante, como las industrias del hierro y el acero, y, además, financió, cuando llegó la expansión en el continente asiático, a otras empresas, de sectores de importancia estratégica, suministrando directamente capital o a través de bancos especializados; también, en los años veinte, protegió las industrias químicas y siderúrgicas con derechos de aduana y subvencionó e hizo préstamos a interés reducido para aumentar la producción de arroz, en

la metrópoli y en Corea (Allen,1980: 156-157). Asimismo, las autoridades de ocupación y los primeros gobiernos de la joven democracia japonesa han aplicado medidas de planificación económica.

Para recibir premios en protección y ayuda, tanto antes como ahora, la mayor parte de las grandes empresas aceptan las orientaciones, o las renegocian, ya sean de reducción de producción de acero o abonos químicos en determinada coyuntura, o referidas a la localización de sus nuevas factorías y líneas de investigación. Para fomentar una relación próxima con la administración, todas las grandes empresas van desplazando a Tokio sus oficinas principales y emplean para puestos directivos a ex altos funcionarios de los ministerios de Comercio, Industria y Hacienda (Morishima, 1984: 236), algo que también es habitual en otros países.

6.2.4. El modelo de sindicato de empresa

Que en Japón se implanten la democracia liberal y el liberalismo económico y que ambas cosas, que no siempre van de la mano, funcionen no significa que la interpretación del liberalismo y el individualismo sean la misma aquí que en Europa y Estados Unidos. En Japón, la competencia es más bien entre grupos que entre individuos. A esta filosofía responde el modelo sindical: la creación de sindicatos de empresa con un peculiar sistema de dirección y gestión da lugar a la ética de trabajo (Reischauer, 1985: 244) o religión de empresa (Morishima, 1984: 207).

Durante la ocupación, el cuartel general aliado estableció la libertad política y sindical, que supuso la aparición de varios sindicatos dirigidos por sindicalistas liberados de la cárcel o regresados del exilio, en ambos casos fieles a un marxismo no renovado y que intentaron utilizar el movimiento laboral surgido en torno a las muchas carencias y dificultades de la posguerra para llevar a cabo una revolución de modelo soviético. Durante esa etapa, se estaban constituyendo los sindicatos al nivel de empresa, con la idea de organizar las secciones por ramas de la industria, que se unirían en el Congreso de los Sindicatos de Industria del Japón, bajo control comunista. Obviamente, sus objetivos y sus métodos eran incompatibles con los de las autoridades de ocupación y los burócratas japoneses que colaboraban con MacArthur. Llegaron entonces las medidas para la represión de la huelga general prevista

para febrero de 1947 y otras huelgas parciales y la purga de *rojos*, para apartar a sus cuadros de las empresas públicas, la enseñanza y los medios de comunicación. La represión y la mejora de la situación económica disminuyeron la fuerza del sindicalismo marxista y, paulatinamente, dieron paso a uno más atento a la mejora de las condiciones laborales y salariales de los trabajadores manuales y de cuello blanco. A partir de la década de 1950 triunfa el modelo de sindicato de empresa como centro de la actividad sindical, por lo que ya se ha dicho y porque dos características de la organización interna de las empresas, aparecidas a comienzos de siglo y consolidadas en la posguerra, ambas para conservar a los trabajadores bien calificados, que son el empleo vitalicio y la escala de antigüedad, se han ido generalizando. Es decir, cada sindicato se dedica a las cuestiones de la compañía, que no son solo mejores salarios y derechos de los empleados, sino muchas otras, lo que obliga a reuniones periódicas entre la dirección de la empresa y los dirigentes sindicales de esta; y, en ausencia de reuniones de dirigentes sindicales de distintas empresas, nace o se refuerza la idea en ambas partes de pertenecer a una empresa, la cual compite con otras y de cuyos buenos resultados depende la mejora constante de la calidad de vida de todos sus miembros.

6.2.5. La lealtad a la empresa

Por lo tanto, el sindicato es parte fundamental de la empresa y la colaboración de los sindicalistas con *su* empresa hace que la promoción de los dirigentes sindicales no consista únicamente en el acceso a cargos de dirección en el sindicato de empresa o en el Consejo General. El conocimiento de *su* empresa y el deseo de los propietarios de que todos se impliquen más y más, además de disminuir la conflictividad laboral, conduce a su promoción en la pirámide de los cargos de gestión y dirección, incluso hasta la vicepresidencia y la presidencia de la compañía. Una de las consecuencias de este modelo es que Japón dispone de la mano de obra industrial más eficiente y laboriosa del mundo.

Ciertamente, es un funcionamiento peculiar el de la gran empresa japonesa. En la inmediata posguerra los altos directivos fueron purgados y sustituidos por personal no perteneciente a la familia propietaria y normalmente más jóvenes, con experiencia militar, en la guerra contra China, en

la mundial o en las dos. La experiencia laboral de estas personas era ajena al funcionamiento de una compañía bajo condiciones de libre mercado, pues sus compañeros y subalternos habían pasado tanto tiempo o más en filas que ellos, y, en consecuencia, todos estaban acostumbrados a la disciplina militar y a los sistemas de escalafón y empleo fijo. Este es el motivo por el que estas prácticas se extendieron en la posguerra e hicieron posible que las llamadas hechas por los directores a los obreros, para que se unieran en torno a un proyecto, la empresa, se dedicasen sin reservas a esta, y a rivalizar con otras fábricas del mismo o de otro grupo industrial, resultasen, las más de las veces, eficaces. Estas prácticas afectaron sobre todo a las grandes empresas, que habían sido parte o no de un *zaibatsu,* dirigidas unas veces por presidentes y directores que antes desempeñaron puestos intermedios, y otras por su fundador o miembros de la familia de este, que es el caso de Sony, Toyota, Cannon y Honda (Morishima, 1984: 210-211).

Cabe interpretar que los nuevos directivos y los que les suceden en el puesto están concienciados para servir más a *la empresa* que a sus propietarios, mejorando su posición nacional e internacional, y desde luego que saben que la colaboración de los trabajares es fundamental en esa tarea. Son, tienen que serlo, resolutivos, carismáticos y atentos en el trato con el personal, y, a cambio, reciben lealtad, a ellos, que son sus jefes, y a la empresa. Desde la posguerra, las demostraciones de este tipo de lealtad no han hecho sino ganar terreno y suscitar estudios de economistas y sociólogos de otros países. Para crear y fomentar la lealtad, armonía y dedicación, se utilizan varios procedimientos. Al ingresar, cursillos de familiarización con el régimen interno de la empresa y de formación moral, para transmitir el mensaje de que el trabajo no es solo un medio para conseguir los recursos materiales para vivir, sino, lo fundamental, que el trabajo vincula a la persona a la sociedad, que debe lealtad y servicio al grupo al que pertenece, que es el que le da el sustento vital, que él debe expresar su agradecimiento con el trabajo bien realizado, y que el compromiso con la empresa está por encima de las otras relaciones humanas. Después, mediante reglamentos y lemas que trasladan a todos los empleados las ideas personales del director y, siempre, formación técnica y actividades de diverso tipo en las que la empresa es una comunidad. Así, la dirección y los trabajadores están vinculados "por un destino común e intereses comunes", incluso, en algunos casos, comparten una filosofía comunitaria y el fundador de la compañía es venerado como si

fuera el líder de una secta religiosa (Morishima, 1984: 212). En general, en las pequeñas y medianas compañías no se da este tipo de lealtad y la actividad empresarial es la *normal* desde un punto de vista español y, en general, occidental. Otro rasgo diferencial lo aporta el formato de la mayor parte de huelgas. La convicción de que se trabaja y se trabajará para una firma específica, y el interés por el futuro de la empresa, convierten, casi siempre, las huelgas en simbólicas, en demostrativas de la fuerza de los empleados, con una duración de unas horas, un día como mucho.

Esta tipología de lealtad no es gratuita, pues supone un desgaste psicológico por parte de los implicados y tiene un coste material más fácilmente medible. No es un tema nuevo, pues ya antes de la guerra los empleados de las grandes empresas tenían un salario mayor que el de las pequeñas. Desde el despegue industrial propiciado por la guerra de Corea y, coincidiendo con esta situación, la revisión de la política norteamericana de desmantelamiento de los grandes conglomerados, vuelven las diferencias salariales, y aumentan rápidamente; en algunas coyunturas se aminoran, pero se consolidan después de las crisis del petróleo. También existen diferencias salariales, en iguales puestos, entre unas empresas y otras, circunstancia que no es exclusiva de Japón, propiciada por cualquier modelo sindical en el que los sindicatos se organizan por empresas y no por sectores industriales. Otra desigualdad salarial es la que afecta a las mujeres, ya estén empleadas en empresas grandes, medianas o pequeñas; antes y después de la guerra sus sueldos eran muy bajos, en términos comparativos, y la diferencia se reduce, pero sigue siendo considerable en la década de los sesenta, hasta la actualidad.

Además, desde comienzos de los sesenta, en plena bonanza económica, pero cuando los sueldos japoneses son relativamente bajos, las grandes empresas empiezan a conceder notables prestaciones sociales a todos sus empleados. A diferencia de lo que sucede en el Estado de bienestar europeo, impulsado por socialdemócratas y democristianos, en el que es el Estado el que asume las principales inversiones para cubrir las necesidades en sanidad, educación e infraestructuras, y organiza el sistema de pensiones, en Japón poco ha avanzado la seguridad social, que en buena parte queda en manos del individuo, la familia o la compañía. De hecho, en los sesenta, y todavía en los años setenta, el país tiene un déficit en instalaciones públicas adecuadas, hospitales, escuelas, carreteras y parques; los motivos son las destrucciones causadas por la guerra y el empleo de fondos públicos para recuperar

la agricultura y la industria. Son precisamente las grandes empresas las que desempeñan una labor social muy importante, sin comparación con la de las europeas. Las grandes empresas construyen viviendas para trabajadores, proporcionan sanidad, medicina general pero también especializada, y algunas poseen hospitales propios, residencias para convalecientes y para ocio y vacaciones, en ocasiones gratuitas. Otros factores a considerar son el empleo vitalicio, el sistema de pensiones, la paga de retiro y el derecho de los jubilados a continuar usando los servicios médicos y de vacaciones. En cambio, las prestaciones sociales que ofrecen las empresa medianas y pequeñas son inferiores, lo que a veces se compensa con sueldos altos, según las compañías. Algunos autores han comparado esta segmentación del mercado de trabajo con la división en clases del capitalismo de tipo occidental, y denominado al modelo nipón como "capitalismo confuciano japonés" (Morishima, 1984: 216-218).

Así pues, y dado que el mayor sueldo se consigue, casi siempre, en una gran empresa, y estas aportan beneficios sociales y el trabajo es para toda la vida, la competencia para acceder a estas es enorme. Las familias con más recursos proporcionan a sus hijos profesores privados y academias durante la enseñanza primaria para que accedan a un buen instituto de enseñanza media y, a continuación, preparen el ingreso a las universidades y escuelas profesionales que mejores conocimientos proporcionan y también mejores enseñanzas sobre cómo afrontar la prueba de acceso a una gran empresa, a la que las personas pueden presentarse una vez.

6.3. *La crisis del petróleo*

6.3.1. Los efectos de la crisis en un país sin petróleo

Al tratar de la economía japonesa de esos años no es posible hablar ni de crisis ni de recesión en el sentido actual. Más sentido tiene calificar de segunda desaceleración lo ocurrido entre 1968 y 1971, cuando las medidas del gabinete de Tanaka Kakuei para acelerar aún más el crecimiento producen una subida del precio de los terrenos en ese superpoblado país, y esta un alza generalizada de los precios y salarios, que a su vez incide a la baja en la competitividad de los productos de exportación, ya afectados por la aprecia-

ción del yen. Esto se debe a la maniobra realizada por la administración de Nixon para defender su economía, en parte pensando en el desequilibrio de su balanza comercial con Japón, de un 10% a comienzos de la década. En agosto de 1971, el presidente estadounidense anuncia, sin consultar al resto de países industrializados, que su país abandona el sistema establecido en la conferencia monetaria de Bretton Woods (1944), que dio paso a la creación del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional y al empleo del dólar como moneda de referencia internacional; finaliza entonces la paridad dólar-oro y el resto de divisas, en lugar de tener una tasa fija de cambio frente al dólar, comienzan a tener un cambio fluctuante. Así, si el cambio en 1971 es de 1 dólar por 360 yenes, pasa un año después a 312/1, y en 1980 a 237/1.

Al descontento de sus competidores económicos por la bonanza de las exportaciones japonesas se unen algunas debilidades de su economía. La principal es la dependencia del exterior en recursos de energía, en más de cuatro quintas partes; lo dicho afecta sobre todo al petróleo, pues la carencia es absoluta y con este recurso se cubren las dos terceras partes de las necesidades de energía, pero también al carbón, que se compra en Estados Unidos y Australia, y al gas natural licuado. En general, la dependencia de materias primas parece ser para siempre, pues apenas existen yacimientos y los bosques se han ido reduciendo. Se sigue importando hierro y otros minerales, algodón, lana, caucho y madera y pulpa de madera; y lo mismo, cada vez más, alimentos, trigo y granos alimenticios, y frijol de soja y pescado, este procedente de todo el mundo para cubrir la fuerte demanda.

A partir de comienzos de 1972, las exportaciones viven una nueva fase de expansión. Sin embargo, la crisis del petróleo, que arranca en 1973, como consecuencia de la decisión de los países árabes de añadir un precio político a este combustible, hasta cuadriplicar el precio de venta, golpea con fuerza a la economía japonesa. El gobierno impone una reducción del consumo de crudo, para disminuir importaciones. La economía se contrae y decrece el producto nacional bruto en 1974, lo que supone un impacto para los políticos, los economistas y los ciudadanos, que han vivido en una nube de crecimiento casi ininterrumpido y de bienestar material; el mayor retroceso corresponde lógicamente a los mayores consumidores de energía, la industria del acero y la petroquímica, aunque la recesión mundial afecta también a la fabricación de barcos y máquinas herramienta.

6.3.2. La rápida salida de la crisis

En todo el mundo desarrollado, tiene lugar una reorganización de la actividad económica, con medidas para frenar la inflación y combatir la inestabilidad monetaria. La inflación japonesa es la más alta de los países industrializados, por el precio del petróleo, pero también porque la demanda total sigue siendo alta, en términos comparativos, al existir amplios sectores con notables recursos económicos. Entre las medidas adoptadas por el gobierno figura la restricción del gasto público, de los préstamos de los bancos a la industria, así como del consumo de petróleo, con la que se espera contener la demanda total y los gastos de las empresas. Estas medidas frenan la inflación, que desciende del 30% a menos del 10% anual en 1976; es decir, surgen efecto pronto, lo que beneficia la imagen de los políticos conservadores ante la opinión pública. Además, aunque algunas exportaciones han descendido, otras se mantienen, incluso aumentan, como las del sector del automóvil, gracias al menor gasto en combustible de sus modelos, respecto a los norteamericanos, y la apertura de plantas en este país para esquivar las medidas proteccionistas. El paro crece, afectando a más de un millón de personas, y numerosas empresas quiebran, hasta alcanzar el registro más alto de su historia. Pero el desempleo alcanza al 2% de la fuerza laboral, nivel muy bajo en términos comparativos. Además, con un yen apreciado, resulta más asequible la compra de materias primas. Y varias empresas se reconvierten, por ejemplo, astilleros en empresas del sector electrodoméstico, con nueva tecnología, y nueve de las diez principales empresas mundiales del sector son japonesas. La tasa de crecimiento económico disminuye, ciertamente, pero ya lo hace entre un 3 y un 6%. En resumen, Japón resiste mejor y sale antes de la crisis que el resto de países desarrollados.

En 1979 llega la segunda crisis del petróleo, y el gobierno vuelve a adoptar medidas ya descritas. Sin embargo, de nuevo, Japón se recupera pronto y bien, apoyado en la innovación tecnológica. En 1980 produce más acero y automóviles que Estados Unidos. La industria de la información, con los ordenadores y semiconductores, aporta un nuevo impulso. Y como durante las décadas anteriores, el desarrollo económico depende del comercio exterior.

A causa de las crisis del petróleo, el abastecimiento de energía es uno de los grandes temas nacionales. El gobierno orienta el descenso de la producción de energía eléctrica con petróleo y su sustitución por energía nuclear.

El primer presupuesto para energía atómica fue aprobado en la inmediata posguerra, pero es ahora cuando comienza su empleo. Pese a las protestas de grupos pacifistas, el primer reactor de reproducción rápida, experimental, entra en funcionamiento en 1977 y, tras la segunda crisis, se empiezan a construir plantas de energía nuclear gracias a la aportación de uranio para reactores por parte de Estados Unidos y Australia; en 1985, esta energía genera una cuarta parte de la electricidad del país. Varios documentos de tipo libro blanco de economía e informes de diversas entidades apuestan por un cambio más profundo, necesario para afrontar la limitación de recursos energéticos y naturales. Se escribe sobre crecimiento sostenido, y no sobre crecimiento acelerado, por lo ya dicho y por la competencia tecnológica de países asiáticos, con Corea del Sur y Taiwán a la cabeza.

Informes de fuente pública y privada señalan también la necesidad de atender a otros problemas, la sobrepoblación y la contaminación del medio ambiente, que demanda restricciones en la ubicación de las empresas y el descenso de sus emisiones contaminantes. Con retraso, después de varios casos graves de intoxicación en las dos décadas anteriores, el gobierno conservador incorpora la defensa del medio ambiente a su agenda política. Se habla de expansión mediante una economía cualitativa, superando la cuantitativa, de economía más humanitaria y menos material. Un auténtico reto.

6.4. *El crecimiento japonés alarma a Estados Unidos*

6.4.1. La revolución tecnológica nipona

Japón es uno de los principales protagonistas de la tercera revolución industrial, la de la tecnología, que tiene lugar en la década de 1980. Este nuevo logro bebe de los avances anteriores a la guerra, de la importación de técnicas extranjeras para aumentar la productividad, de la planificación para que las universidades aporten un gran número de ingenieros, de las mejoras tecnológicas introducidas en productos importados y de la preparación de los ingenieros y técnicos japoneses para no solo mejorar lo inventado por otros, sino también para inventar nuevos bienes de utilidad en las sociedades modernas. Se ha mencionado el Shinkansen, el tren bala, que se empieza a diseñar en 1958 y se estrena en 1964, que es un bien de alto precio por el

que se interesan varios países; después llegan equipos fotográficos y televisores con nuevas prestaciones y diseño, y a los que hay que añadir, entre otros muchos productos, maquinaria y medios de transporte renovados, los buques cisterna, a los que la industria japonesa dota de mucho más tamaño y velocidad gracias a sus técnicas de soldadura y de maquinaria.

Por supuesto, estos avances no habrían sido posibles sin la orientación de notables recursos a la investigación. Por parte de las empresas, Hitachi, Toyota, Toshiba y otras. Y por parte del sector público, pues el Ministerio de Industria y Comercio lidera o participa en proyectos de vanguardia, en sistemas de producción flexible con energía láser, en producción industrial con controles optoelectrónicos, en calculadores científicos ultrarrápidos, en la fabricación automatizada de ropa, en robótica y en sistemas de extracción de petróleo submarino. En gran medida, es la convicción de que la investigación es un bien nacional la que va a permitir a Japón seguir a la cabeza durante las décadas siguientes en el campo de la tecnología. Por lo tanto, tiene que haber algo de verdad en lo dicho y escrito por pensadores y políticos japoneses respecto a que la recuperación de la posguerra y el crecimiento vertiginoso posterior debe atribuirse a virtudes que serían esencialmente nacionales, o que están muy arraigadas aquí, obediencia, abnegación, laboriosidad, habilidad técnica y conciencia colectiva, y también a factores que se dan en otros lugares, el carácter emprendedor y la comprensión del valor de la investigación. Asimismo, debe valorarse la importancia concedida a la educación y a la formación técnica por las familias, la administración y las empresas. Desde la época Meiji, el sistema educativo ha concedido gran importancia a la tecnología y esa línea de continuidad da lugar a que las facultades más demandadas y con más alumnos sean las de ingeniería, ciencias económicas y administración de empresas. Casi todos los padres desean que sus hijos vayan a la universidad. Dado que las pruebas de ingreso son exigentes, o muy exigentes, según el centro, las familias que pueden costearlas pagan a sus hijos clases en academias especiales y antes, durante el bachillerato, profesores de apoyo y academias. Los analistas del modelo japonés apuntan varios beneficios, entre estos que la disciplina de trabajo desde la infancia de un amplio sector de la población proporciona una elevada calidad del asalariado japonés, superior a la de los otros países desarrollados. Otros consideran que algunos elementos de este modelo son negativos para la sociedad en su conjunto, como el sometimiento de las universidades a las

necesidades de las grandes empresas, y la destrucción de la personalidad de muchos niños y jóvenes con tantas horas de estudio en colegios e institutos, en academias y en el hogar (Mirishima, 1984: 229).

En la década de 1970, Japón es una potencia económica mundial y ejerce el liderazgo en varios campos, sin ser una potencia militar, lo que es una circunstancia excepcional; el único caso comparable es el de la República Federal Alemana o la Alemania reunificada. Obviamente, los analistas económicos especulan sobre las posibilidades de que Japón se convierta en la primera potencia económica y científica. Y sucede que, a comienzos de la década de 1980, Japón supera a Estados Unidos en la producción de acero y en la fabricación de coches, y le sigue muy de cerca en las industrias del campo de la información, como ordenadores, semiconductores y sus aplicaciones, así como en fibra óptica, biotecnología y robótica, y en las exposiciones industriales asombra con el desarrollo de las llamadas computadoras de quinta generación, sistemas ultrarrápidos de transmisión de banda larga que usan circuitos optoeléctricos y lo que entonces parecen sofisticados equipos de televisión. Algunos analistas señalan las que podrían ser desventajas de los fabricantes japoneses: su idioma, respecto al inglés, en una revolución cuyo campo de actuación es planetario, y su territorio, limitado y superpoblado.

Las citadas pueden ser desventajas, pero muy bien compensadas. Los ingenieros japoneses participan en la creación y desarrollo del nuevo sector de la economía, el de la electrónica, hasta el punto de que Nee, Toshiba y Hitachi, las tres japonesas, son las que encabezan el listado de empresas de este sector por volumen de negocios. Asimismo, las empresas del país dan un nuevo impulso a los sectores del automóvil y de la química, que son los que absorben otra buena parte de los recursos financieros y los que crean actividad económica de mayor envergadura; Toyota, Honda y Mitsubishi pasan a formar parte de los grandes nombres del sector del automóvil y, en el de la química, Asahi compite con los gigantes alemanes y estadounidenses. Gracias a la innovación continua de la tecnología, Japón es el primer país exportador de este tipo de bienes; y en el mundo del automóvil, Toyota y Nissan ocupan el segundo y el tercer puesto en la lista de fabricantes del mundo por producción, por detrás de General Motors. Surgen ahora varias empresas importantes, de mediano tamaño y menos comprometidas que las grandes compañías con las ideas de empleo vitalicio y salario en función de la edad; y para reducir gastos muchas empresas aumentan la proporción

de mano de obra femenina y de contratos temporales, como en el resto del mundo.

El desarrollo económico sigue ligado al comercio exterior, lo que no significa que no haya crecido el mercado nacional. Desde justo antes de la crisis del petróleo, el ritmo de crecimiento de las exportaciones es superior al de las importaciones; no aumentan en volumen las exportaciones a Estados Unidos, pero sí en valor, y en volumen y en valor las que van a Oriente Medio, buscando compensar la importación de crudo, y al sureste asiático y Europa; del sureste asiático llegan materias primas y, cada vez más, productos textiles y eléctricos baratos. Pese a que crece el volumen de las importaciones, el superávit comercial es inmenso durante las décadas de 1970, 1980 y 1990.

6.4.2. Estados Unidos fuerza la revaluación del yen

Al tiempo que aumenta el saldo positivo de la balanza comercial, crece la salida de capitales. Ya sucedió así durante la expansión en China, y vuelve a suceder ahora, aunque los objetivos no son los mismos, hasta el punto de que Japón se va a convertir en uno de los principales países acreedores del mundo. La exportación de capitales toma la forma de inversiones para el acceso a materias primas y para procesados simples, como fundición y refinería, en zonas de bajo coste, y cada vez más de plantas o compañías subsidiarias en países avanzados, para conseguir ventajas fiscales o evitar restricciones a las importaciones japonesas; en Gran Bretaña y Estados Unidos de electrónica, automóviles y maquinaria (Beasley, 1995: 366-367). También aumenta considerablemente la cuantía de la ayuda a países en vías de desarrollo y a los del Tercer Mundo, hasta el punto de que Japón ocupa el segundo puesto mundial en este tipo de ayuda. Es verdad que es una respuesta a las peticiones, no atendidas, de los países más avanzados, para que Japón reduzca las exportaciones y aumente las importaciones, es decir, es una medida que se utiliza para mostrar el supuesto deseo del país de colaborar en el desarrollo mundial, no pensando solo en sí mismo, pero esta ayuda alivia la deuda del Tercer Mundo.

Lógicamente, el superávit de su balanza de pagos alarma a las economías de Estados Unidos y de los países de la Comunidad Económica Europea,

que demandan al gobierno de Tokio la eliminación de barreras proteccionistas. En esos países, y en Australia, el mundo empresarial señala a Japón como país *distinto* y *difícil,* y ciertamente la lengua japonesa supone una barrera comercial y, aunque se puede negociar en inglés, la forma de comunicación es allí distinta, con reglas específicas en el trato comercial. Por su parte, los japoneses reaccionan con acritud a estas críticas, aduciendo que no tienen la culpa de que en otros países se trabaje menos y la gente sea menos disciplinada y eficiente, y que, tal vez, se les critique por motivos raciales; y lo mismo a las protestas por la caza de ballenas cuando la extensión de las zonas pesqueras nacionales han reducido las opciones de pesca de su flota, y por la de delfines, para evitar que diezmen los recursos de la costa, cuando otros países dañan otros recursos naturales y no paran de fabricar armas que amenazan con destruir a la Humanidad.

Es Estados Unidos el país que más disputas comerciales mantiene con Japón, pues del excedente norteamericano se ha pasado al excedente japonés y se ha modificado la composición del comercio: las exportaciones japonesas son cada vez más de productos de alta tecnología, mientras desciende su importación de estos bienes. El gobierno y el empresariado de este país no cesan de protestar a sus homólogos japoneses: por el apoyo oficial que reciben las empresas niponas; por sus precios a menudo bajos, para ampliar los mercados; por la paridad dólar-yen propiciada por Tokio, que no creen que sea realista; y la industria del automóvil en Detroit no se cansa de repetir que la existencia de barreras japonesas tenía su razón de ser en los años cincuenta, pero no cuando este país es una potencia económica mundial.

De momento, como respuesta, los gobiernos de Tokio ofrecen buenas palabras. Esto no sirve para paliar las quejas por los motivos citados y las peticiones de que Japón, y también la República Federal Alemana, estimulen la demanda nacional y, así, ayudar a la recuperación de las economías con dificultades para salir de la crisis del petróleo. Para tratar de contener el aumento de aranceles en Europa y Estados Unidos, el gobierno establece cuotas de exportación a determinados productos. Sin embargo, Japón sigue protegiendo su mercado nacional frente a las importaciones, mediante barreras con o sin aranceles, por ejemplo, mediante el criterio empleado en la concesión de contratas y aprovisionamientos en subasta pública. Además, se niega a la revaluación del yen y solo concede facilidades a la banca extranjera a cuentagotas, de forma que las balanzas comerciales siguen siendo muy favorables a Japón.

Pero la presión, política y económica, de Estados Unidos termina por alcanzar su objetivo. En septiembre de 1985, los representantes de las cinco primeras economías capitalistas acuerdan en Nueva York la depreciación del dólar norteamericano y la apreciación del yen y el marco alemán, para así ayudar a la economía estadounidense a salir de la recesión y, en general, aminorar los desequilibrios comerciales; en solo dos años, el valor del yen se aprecia un 50%. Este ajuste del tipo de cambio, aceptado a regañadientes por Tokio, que teme el aumento de las barreras comerciales, marca un gran cambio de ciclo económico japones. Sus exportaciones pierden competitividad y las decisiones del gobierno de Tokio para hacer frente a la situación tendrán un mal resultado.

6.5. *La sociedad de un país en permanente modernización y de escasa geografía*

6.5.1. El reparto desigual del crecimiento demográfico y económico

La población sigue aumentando, a fuerte ritmo. En 1950, la población japonesa la componían 83 millones de personas, en 1965 son 98,8 millones, 104,3 en 1970, 111,9 en 1975, 116,7 en 1980, 120,8 en 1985 y 123,4 millones de habitantes en 1990, que aportan una mano de obra abundante, que deja de ser barata durante ese itinerario, y una masa consumidora en el mercado nacional.

Crece la población y más lo hace el proceso de urbanización. Tokio sobrepasa los ocho millones de habitantes y es el municipio más grande del mundo. Yokohama y las ciudades y poblados dormitorio que rodean la capital están también superpoblados. A mediados de los setenta, un 75% de la población vive en las ciudades; Tokio y el oeste de la capital son una gran mancha urbana en la costa del Pacífico. La geografía, el hecho de que menos del 15% de la superficie total del territorio lo ocupen planicies, ha determinado los emplazamientos demográficos. Como siempre sucediera, la población se concentra en el eje litoral que va, de este a oeste, desde la planicie de Kanto, zona de Tokio, pasa por las cuencas de Novi y de Kinai, zonas de Nagoya, Osaka y Kioto, y llega hasta el norte de Kiushu; es la franja central del archipiélago, la que dominó y domina la historia humana del país.

Todas las grandes ciudades viven un auge de la construcción, con el centro inundado de estructuras de acero, al tiempo que nacen centros subsidiarios en Tokio y otras urbes, que repiten los altos edificios, grandes tiendas y centros y parques que ofrecen múltiples alternativas de gasto y ocio: restauración, exposiciones, cafés, clubes nocturnos, cines, comercios, guarderías para niños y todo lo habitual en las grandes urbes de las sociedades desarrolladas. La moderna sociedad de masas triunfa en Japón, y no solo en las urbes, en todas las actividades relacionadas con el ocio, los parques para las familias con niños, la vida nocturna, los partidos de béisbol profesional, las playas de veraneo o las estaciones de esquí. Y el arte, de estilo nativista y occidental, tiene un gran desarrollo. Al visitante le sorprenden las cinco grandes orquestas que hay en Tokio y la extensa zona para la vida nocturna para gente con posibles, con las luces de neón iluminando y anunciando los cabarets, lugares de copas y recintos de prostitución para hombres.

Aunque la población sigue aumentando, en la década de 1980 la tasa de crecimiento disminuye, y esta tendencia se mantiene a partir de entonces. Uno de los factores explicativos es el cambio del modelo de familia. La familia ha evolucionado en varias fases, por los cambios legales y de las costumbres. La familia *amplia* de preguerra dio paso a una unidad nuclear de la pareja conyugal y sus hijos preadultos, seguido de la independencia de las mujeres y, parcialmente, de los jóvenes ante el que era el padre de familia (Reischauer, 1985: 254). El modelo de familia rural casi ha desaparecido, por la emigración y porque ahora es necesaria menos mano de obra para las faenas agrícolas; de 1950 a 1990, la población agraria pasa de representar el 72% del total a menos del 10%. La familia urbana es reducida en comparación con la rural, integrada habitualmente por dos generaciones, y la mujer casada tiende a ingresar en el mercado laboral, habitualmente cuando los hijos han terminado la enseñanza secundaria, pero la tendencia es a hacerlo antes.

Al cambio en el modelo familiar se añade el control de la natalidad por las familias urbanas, a causa del cambio en los hábitos de vida y ocio, del deseo de los padres de dar una buena educación a los hijos, lo que es caro y exige a los progenitores tiempo y planificación, y de la existencia de unas leyes liberales en materia de aborto, financiado por el gobierno o las empresas, y que no encuentra obstáculos de tipo religioso o social. No obstante, la población sigue aumentando, pues, gracias a la mejora de la alimentación y

de la sanidad, la tasa de mortalidad no ha parado de descender y la expectativa de vida de aumentar, 74 años ahora para los varones y casi 80 para las mujeres, hasta desplazar a Suecia del primer puesto en longevidad. En consecuencia, el envejecimiento de la población va a aportar, en seguida, uno de los grandes temas de debate.

La fuerza y la rapidez del crecimiento económico ocasiona cambios en muchos ámbitos. Cambia la dieta y el físico de los japoneses. Si se consume menos arroz es porque aumenta el de trigo, frutas, verduras y carnes más variadas, productos lácteos y otros alimentos ricos en proteínas, gracias a la diversificación de la agricultura y a las importaciones. Estos productos por sí solos, y combinados con la tendencia a sentarse en sillas, y no en el suelo, producen efectos en el físico de las personas; los jóvenes van siendo más altos y de mayor peso.

6.5.2. El déficit de espacio

En materia de educación, hablamos de uno de los países más avanzados del mundo. Ya entonces, un 90% de los jóvenes terminan el bachillerato y más de un tercio accede a alguna forma de educación superior. Como en el resto de países, existe una gran diferencia entre las universidades, y buena parte tienen un exceso de estudiantes y problemas de financiación, pero otras son excelentes y, en general, la preparación académica en secundaria y universidad figura entre las mejores del mundo.

Con la urbanización y el avance educativo, el índice de lectura, tradicionalmente alto, se dispara, y es buena la oferta en libros, de literatura japonesa y de cualquier otra materia, y se traducen todas las novedades de relieve. También proliferan las revistas mensuales y semanales y los diarios ganan en extensión y conservan o aumentan la calidad e influencia, en general mayor que en otros países desarrollados durante toda la segunda mitad de siglo. Los tres principales, *Asahi*, *Mainichi* y *Yomiuri*, de tirada nacional, alcanzan una circulación matutina de entre cuatro y seis millones, y las vespertinas en poco le andan a la zaga. En los cincuenta llega la televisión, para expandirse con rapidez dado el entusiasmo con el que es aceptada, como en todas partes, de forma que en los años sesenta la oferta es de dos redes gubernamentales, una dedicada a programas educativos, y de cinco privadas.

Son años, pues, de paz y de prosperidad, que parece no tener límites materiales. Los salarios han aumentado considerablemente entre 1960 y 1980, y ahora figuran entre los más altos del mundo en poder adquisitivo, y la renta per cápita se ha multiplicado por cinco y casi todos se han habituado a dedicar dinero a bienes innecesarios y a ocio. El sentimiento de autoestima crece, lógicamente; en general, los japoneses creen que son un pueblo triunfador. Se lo dicen los índices macroeconómicos, el triunfo de las marcas japonesas en el mundo, los salarios reales altos, la extensión de la atención sanitaria, para ser, en general, excelente, los mínimos índices de desempleo, la compra de productos de todo tipo, nacionales y extranjeros, y el turismo en otros países. También influye la sensación de vivir en una sociedad homogénea étnicamente y el contraste que hacen los japoneses con sociedades que no lo son, o lo son menos.

No se ha planteado la llegada de extranjeros para el desempeño de determinados trabajos, en parte por el tradicional rechazo a la presencia de grupos de no naturales en el interior del país, y en parte porque no ha sido necesario. Varios analistas dicen que no lo será, pues, aunque el excedente de población rural se agota, las fábricas y el sector servicios emplean más mano de obra que en Estados Unidos y en los países más desarrollados de Europa. Así pues, esa mano de obra, junto al aumento de la edad de jubilación, temprana en términos comparativos, aportarían todavía factor trabajo a la economía. La nacionalidad que más extranjeros aporta es Corea del Sur, descendientes de la población forzada a emigrar durante los años de ocupación japonesa de la península, y a los que la legislación hace muy difícil la nacionalización; son ahora unos 600.000, cifra muy baja si atendemos a la población del país.

La densidad de población llega en 1990 a los 327 habitantes por kilómetro cuadrado. En este país superpoblado falta espacio, contemplado con la mirada de un japonés y lo mismo con la de un extranjero. El déficit en instalaciones públicas adecuadas se ha combatido con inversiones a cargo del Estado, pero resulta muy difícil resolver las carencias en viviendas, pues el espacio apto para nuevas construcciones es escaso.

Esa falta de espacio adecuado y la emigración campo-ciudad han concentrado ya a mucha gente en el extrarradio de las grandes ciudades y sus anexas ciudades dormitorio, donde nacen, como champiñones, grupos de edificios de apartamentos, y las viejas y las nuevas redes de ferrocarril y carre-

teras se colapsan, con millones de trabajadores condenados a emplear varias horas del día a desplazamientos, de ida y vuelta del trabajo, en automóvil, en tren, autobús y metro. En esos espacios aumenta la delincuencia juvenil y el número de violaciones de mujeres, pero los índices delictivos son inferiores a los de la mayoría de países industrializados.

No para de aumentar el consumo de actividades recreativas y de bienes materiales, cada vez más modernos, más sofisticados, y el 60% de las familias posee automóvil. Pero falta espacio, para las personas y para los vehículos, y la solución ya no puede ser la invasión de territorios extranjeros. Otro problema es la contaminación de las grandes ciudades, de los ríos y algunas zonas costeras, hasta el punto de que en varias áreas metropolitanas los policías de tránsito utilizan máscara y se instalan estaciones de oxígeno para los peatones. Las medidas adoptadas suponen una mejora rápida, aunque parcial, de la situación, pero el monte Fuji, habitualmente visible desde Tokio durante gran parte del año, solo se ve ahora en condiciones climáticas excepcionales, algunos días del año. Otra contaminación de las zonas urbanas, superpobladas y con escasos espacios naturales para separar unas actividades de otras, la aporta el ruido de los coches, los trenes de alta velocidad y los aviones a reacción. El modelo de triunfo industrial tiene costes, para los humanos y para la naturaleza, motivo de reflexión entonces y cada vez más durante las décadas siguientes.

6.5.3. Algunos cambios en la situación social de la mujer

El rápido crecimiento económico y la urbanización acelerada suponen cambios en la juventud, de los dos sexos, y en las mujeres. Respecto a la posición y función de la mujer en la sociedad, Japón sigue siendo un escenario dominado por la tradición; lo que algunos llaman los vestigios del confucianismo, del budismo y del estilo de vida samurai, tres formas culturales discriminatorias para las mujeres. No hay duda de que han cambiado muchas cosas, pero el modelo de familia basado en el marido adicto al trabajo y que aporta los recursos económicos para todos sus miembros y en la esposa ama de casa todavía se mantiene, y entre las que ingresan en la universidad, la mayoría escogen una carrera que les permita compatibilizar el trabajo fuera del hogar con el trabajo en el hogar y la familia;

y en las carreras técnicas apenas hay mujeres, y poquísimas profesoras. Y sigue habiendo universidades femeninas, solo para mujeres, en las que, sea cual sea la titulación, se enseñan cultura y maneras (cortesía, amabilidad) *propias* de las mujeres.

Sin embargo, en las grandes urbes, una parte de las mujeres jóvenes, en número creciente, no perciben ya en el matrimonio con hijos, en número reducido, el camino a una vida feliz y normal, sino que, como en el conjunto de los países desarrollados, quieren ser independientes, emanciparse de las tutelas masculinas, padre, hermanos mayores y esposo. Para ser ellas las que decidan su camino en la vida y el momento de intentar una vida en pareja.

Paulatinamente, los partidos de la oposición tratan en sus discursos y en sus programas de las desigualdades laborales entre sexos: siendo igual el puesto desempeñado, las mujeres reciben un sueldo inferior, a veces muy inferior, según empresas, al de los hombres, y, además, no se les ofrece la posibilidad de promoción, aunque hayan accedido a las mismas universidades. Asimismo, estos partidos, plantean la incorporación de la mujer a la política, cuestión en la que Japón está por debajo de la media mundial y muy por debajo respecto a Occidente. Pese a proponerlo, pocos partidos, que siguen siendo *de hombres*, y culturalmente machistas, sitúan a mujeres en puestos directivos, y en un porcentaje muy bajo.

6.5.4. Los efectos negativos del modelo de desarrollo

Las características del vertiginoso crecimiento económico aportan algunos puntos oscuros. Uno es el programa de construcciones incesantes en las décadas de 1970 y 1980 que, como en otros países, por ejemplo, en la España reciente y actual, es ejecutado de tal forma que permite y alienta el soborno de políticos y burócratas y el reparto de comisiones ilegales. La construcción de edificios, carreteras, puentes, diques y otras obras beneficia a las empresas constructoras y a las mafias que se mueven en su entorno, a las industrias fabricantes de los materiales necesarios, a los ministerios relacionados con las obras urbanas y la transformación de zonas agrarias, a los políticos que se presentan como adalides de la obra nueva y de las reformas, y, en consecuencia, al PLD, que consigue de forma ilícita fondos para sus campañas electorales y el reparto de beneficios (Buruma, 2003: 185).

El nivel de vida es muy alto en términos macroeconómicos. Pero la calidad de vida supone otras cosas. En comparación con Europa occidental y los países más desarrollados de América, la jornada laboral sigue siendo muy larga. Y las casas son pequeñas o muy pequeñas, además de caras, lo que supone que en muchos casos las hipotecas se transfieran de padres a hijos; lo son desde hace muchos años, pero cada vez más, y la subida del precio es muy anterior, y mucho mayor, a la que experimentarán las ciudades europeas.

Las ciudades también van atrasadas en lo referido al tendido eléctrico, pues más de la mitad de los tramos no son subterráneos. Y todavía, en los años ochenta, solo una tercera parte de las casas tienen servicio de alcantarillado.

Otro de los grandes problemas urbanos es el aumento de la contaminación del aire y el agua, por un desarrollo económico no acompañado de controles de los vertidos y emisiones industriales y los gases de escape de los automóviles. No sucede nada distinto a otros países, pero con un efecto añadido, por la superpoblación de espacios comparativamente pequeños. Algunos de los casos más célebres de contaminación han sido el envenenamiento por metilmercurio en Niigata y en la bahía de Minamata (de la cadena alimentaria marina pasó al feto humano), por cadmio en Toyama y por dióxido de sulfuro en la zona del puerto de Yokkaichi. En general, la contaminación disminuye, gracias a las protestas, la legislación en esta materia, la labor de la Agencia de Medio Ambiente y varias sentencias judiciales, y casos tan graves no se repiten en las décadas de 1980 y 1990. Pero Japón contribuye al cambio climático con más emisiones de dióxido de carbono y gases de efecto invernadero que otros agentes humanos que influyen en la dinámica de la Tierra, Reino Unido y Alemania, y existen ya previsiones de que, siendo un archipiélago, la nación japonesa acabará siendo afectada por la elevación del océano Pacífico.

En cuanto a los cambios sociales, no todos son positivos, como es el caso del desarrollo desigual entre la costa del Pacífico y la del mar de Japón, y entre las zonas rurales y las urbanas. La emigración del campo a la ciudad causa, en ocasiones, un estancamiento de la agricultura y, en general, la desintegración de la vida de estilo agrario, que afecta sobre todo a los ancianos llevados a las ciudades. A su vez, avanza el despoblamiento en algunas zonas y la sobrepoblación de las ya citadas, no preparadas para el aluvión migra-

torio; faltan viviendas y servicios públicos, hospitales, transportes, escuelas, parques y guarderías. Las carencias hacen surgir voces críticas, como el movimiento vecinal en las ciudades dormitorio y los barrios del extrarradio de las grandes ciudades españolas, y de la propuesta de alternativas locales al modelo burocrático y centralista que impone el PLD saldrán temas y líderes que acogen los partidos de la oposición. También se escuchan voces conservadoras a favor de la remodelación de la vida urbana, como la contenida en un libro de Tanaka, publicado en junio de 1972, que es una propuesta de remodelación del conjunto del archipiélago japonés para un crecimiento económico sostenido y el bienestar de la población, tal y como él y sus asesores lo entienden. En este caso, la propuesta, no original, de remodelación de las ciudades y del conjunto de la vida urbana incluye la proximidad de las viviendas a los lugares de trabajo, la extensión de la red ferroviaria, especialmente la del metro, y que los hogares consistan en departamentos de buena calidad en edificios verticales de muchos pisos, construidos mediante la colaboración de los sectores público y privado. La aplicación de varias de estas propuestas es posible gracias a la fortaleza de la economía japonesa, con buena disposición en el sector público, para obras necesarias e innecesarias y así *pillar comisiones,* y en el privado; pese al parón que supone la crisis del petróleo, durante los años setenta y ochenta son innumerables las obras que se acometen en las ciudades.

6.6. *La nueva izquierda y la reacción de la derecha*

6.6.1. La nueva izquierda

Como en Estados Unidos, Europa occidental y en algunos otros países, la guerra de Vietnam es un factor fundamental para el desarrollo del movimiento pacifista en Japón. Aquí con más razón, dadas sus circunstancias geográficas e históricas.

Durante la segunda mitad de los sesenta, los grupos de la nueva izquierda agitan las facultades y arrastran a una parte de los estudiantes a disturbios cada vez más frecuentes y violentos. El año álgido, como en casi todas partes, es 1968, cuando grupos de estudiantes vinculados a organizaciones izquierdistas ocupan recintos universitarios, retienen y *juzgan* a funciona-

rios y profesores, se enfrentan a la policía en los campus, se concentran de forma desafiante en algunos barrios de las grandes ciudades y se suceden las agresiones planificadas y los choques entre estudiantes, a menudo entre grupos izquierdistas y derechistas, pero también de izquierdistas entre sí. La Universidad de Tokio y facultades de otras universidades cierran durante meses, para evitar que sean escenario de actos violentos. La izquierda radical se alimenta de la Revolución Cultural china, del movimiento de rebeldía juvenil que ha prendido en Estados Unidos y varios países europeos, del Mayo francés, que da nuevos bríos a la repulsa, tan indignada como teórica, de una parte de los jóvenes burgueses a la sociedad opulenta construida por sus mayores y, en política internacional, a la guerra de Vietnam, o más bien a la implicación de Estados Unidos en esta.

Estamos en los años álgidos de la radicalización izquierdista. Como sucede en el caso europeo, proliferan las facciones de la nueva izquierda, la mayoría pro chinos, que critican la vía parlamentaria asumida por el Partido Comunista y reivindican el empleo de la violencia como medio de agitación de las masas. De este planteamiento nacen varios grupúsculos terroristas que meten a Japón en *los años de plomo,* con episodios de gran repercusión internacional: secuestro de un avión el 31 de marzo de 1970; ataque a pasajeros en el aeropuerto de Tel Aviv, el 30 de mayo de 1972; atentados con bombas contra las Industrias Pesadas Mitsubishi en Tokio, en 1974; y otros atentados de menor entidad, además de enfrentamientos armados entre grupos izquierdistas rivales y asesinatos internos, que son crímenes por motivos personales tamizados de ideología.

Lo dicho refleja la protesta de una minoría y, además, como en el resto del mundo, la agitación en los campus irá perdiendo fuerza, por agotamiento de las organizaciones y de los estudiantes más politizados, castigados con la represión policial, penas judiciales y la pérdida de clases y de exámenes. Esa minoría es criticada por los dos principales partidos de la izquierda, sobre todo por el Socialista, y este va a ir prestando menos atención al movimiento estudiantil, e incluso al tema de la defensa y la relación con Estados Unidos, para tratar de temas que afectan a la sociedad en su conjunto.

No obstante, la abundancia de bienes materiales y la globalización cultural seguirán provocando rechazo, al menos teórico, en sectores de la izquierda. También en las filas de la derecha nacionalista y los grupos tradicionalistas.

6.6.2. La reacción de la derecha tradicional

Si la derecha conservadora se limita a aplicar medidas policiales contra los manifestantes pacifistas e izquierdistas, y apoyarse en la bonanza económica para legitimar el modelo político y económico y su gestión del mismo, una minoría derechista propugna el regreso a las tradiciones japonesas: singularidad del espíritu japonés, respeto a la institución imperial y primacía de las tradiciones sobre el estilo de vida moderno. También demanda un cambio radical en la política de defensa, mediante el abandono de la sumisión a Estados Unidos y la creación de una fuerza militar independiente y dotada de armamento moderno.

A nivel individual, destaca la obra del escritor, crítico y estilista del lenguaje japonés Mishima Yukio, que se suicida el 25 de noviembre de 1970, mediante *seppuku*. Varios códigos religiosos y morales japoneses, el budismo, el confucianismo y el bushido, han sido y son entonces criticados por varios intelectuales, por su rigurosidad y poca humanidad. Ajeno a estas críticas, y para dar mayor dramatismo a su decisión, Mishima se suicida frente a un grupo de jóvenes de las Fuerzas de Autodefensa, en la jefatura de la Región Oriental, en Ichigaya, Tokio, en el que fuera antiguo cuartel general del Ejército. Bajo el impacto del arraigo de las ideas de la nueva izquierda entre un sector de la juventud, Mishima había fundado en 1968 la Asociación del Escudo. El suicido se explica por el fracaso de esta asociación como vanguardia revolucionaria, que debería haber conseguido que, con la reforma constitucional, las Fuerzas de Autodefensa se transformaran en ejército nacional o de estas surgiera el movimiento que devolviera al país un sistema político basado en las tradiciones nacionales. El manifiesto de Mishima lo dice con estas palabras: "¿No habrá nadie que muera luchando con toda su fuerza contra la Constitución, que le ha quitado a la nación su esencia? Si lo hay, levántese con nosotros y muramos juntos. Nos atrevimos a apelar a esta acción esperando con ansia que ustedes, que tienen el alma pura, renazcan como hombres, como auténticos guerreros".

El suicidio de Mishima impulsa a varios de sus amigos y admiradores, incluyendo a veintiocho jóvenes parlamentarios del PLD, a constituir la Asociación Tempestad Azul, en la que uno se inscribe firmando con su sangre. Sus miembros se expresan en contra de la dependencia militar de Estados Unidos y en pro del fortalecimiento del aparato bélico, y de una reforma

educativa "con el fin de exaltar la moral de la Nación", pero también atienden a cuestiones de índole económica, aprovechando los efectos de la crisis del petróleo.

Esta derecha, autoritaria y tradicionalista, consigue influir sobre el PLD y el conjunto de las organizaciones conservadoras, como se verá más adelante, y también sobre la sociedad, que acepta una serie de medidas que miran al pasado con perspectiva nacionalista.

Por su parte, la nueva izquierda y, en general, el movimiento estudiantil afecto a los sindicatos y partidos de izquierda irá perdiendo fuelle conforme termine la guerra de Vietnam, con la retirada norteamericana, el triunfo de los comunistas y la reunificación del país.

6.7. *La política exterior*

6.7.1. Las relaciones con Corea y China

Japón mantiene una buena relación con la mayoría de países asiáticos, sobre todo con los del sudeste, Filipinas, Indonesia, Singapur, Malasia y Tailandia, y mejora sus relaciones diplomáticas con otros de distintos continentes. Tiene pendientes dos temas principales en Asia, Corea y China.

El tema de las relaciones con la República de Corea (Corea del Sur) se afronta en 1965, cuando el gobierno de Sato establece relaciones con la dictadura militar de este país, que es también un aliado importante de Washington. Se firma entonces el último de los acuerdos de reparación importantes. Este acuerdo da paso a un vertiginoso aumento del volumen de intercambios comerciales, a grandes inversiones japonesas en la economía coreana y a diversas formas de cooperación económica, incluidos préstamos japoneses. Otro signo de aproximación lo aporta el primer ministro Nakasone Yasuhiro, que elige Corea del Sur como destino de su primer viaje oficial, en 1983, y lleva consigo una nueva oferta de préstamos. En cambio, precisamente por lo dicho, no mejoran las relaciones, al contrario, con la República Democrática Popular de Corea (Corea del Norte).

En cuanto a China se refiere, durante los sesenta no hay aproximaciones significativas, de acuerdo con la línea marcada por la Secretaría de Estado norteamericana, y hay que esperar a que el presidente Nixon dé un giro a

su política, con la visita que realiza a Pekín, en febrero de 1972, para que el gabinete presidido por Tanaka tome medidas para el restablecimiento de relaciones. En septiembre, una delegación oficial japonesa visita Pekín y el propio Tanaka se entrevista con el primer ministro Chou En-lai y con el presidente Mao Tse-tung. La declaración conjunta supone el anuncio del restablecimiento de relaciones oficiales y sirve a Japón para expresar su pesar por el sufrimiento infligido al pueblo chino durante la guerra y para reconocer, desmarcándose en este tema de Washington, a la República Popular como única autoridad legítima de China. Durante los años siguientes, las relaciones sino-japonesas se asientan en asuntos de inversión y créditos. Japón exporta productos de alta tecnología y plantas industriales y, paulatinamente, consigue cambios en la política económica oficial de Pekín, en el sentido de acceso no solo a materias primas, sino también a mano de obra y a la posibilidad de repatriar las ganancias.

Esta política, bajo la consigna de *diplomacia en todas direcciones,* y sobre todo pensando en Pekín, tiene su continuidad con la mejora de relaciones con países en vías de desarrollo, interesados en los créditos japoneses, y mediante diversos acuerdos de colaboración con la URSS. Asimismo, con la ratificación, en mayo de 1976, pese a la oposición de los halcones del PLD, del Tratado de Prevención contra la Proliferación Nuclear, el mantenimiento de los gastos de defensa en el 1% del producto nacional bruto, y, en agosto de 1978, el Tratado de Paz y Amistad entre Japón y la República Popular China. Este tratado se firma para avanzar en las relaciones, lo que interesa a ambas partes, a Japón más por motivos políticos, presentarse ante el mundo como un país normal, aunque también económicos, y a China por motivaciones sobre todo políticas, pues lo interpreta como un acto contra las pretensiones hegemónicas de la URSS en el este de Asia y como la obtención de un aliado no comunista, tras el deshielo con Estados Unidos, mientras que en Moscú deben limitar las alianzas al mundo comunista. Esta idea, por petición de Tokio, no se refleja finalmente en el documento firmado, pero se puede rastrear en su artículo 2: "Ninguno de los dos países concertantes debe buscar la hegemonía en la zona de Asia y del Pacífico, o en ninguna otra zona, y declaran oponerse al intento de cualquier otro país o grupo de países, de establecer su hegemonía".

Puede decirse que, con este tratado, da comienzo una nueva era en las relaciones de Japón con el resto de Asia oriental. Pero, aunque lo que inte-

resa al gobierno japonés entonces es mejorar su relación con China, va a intentar mantener una política de equidistancia en la escisión chino-soviética; no es fácil, pues los ciudadanos se sienten mucho más próximos, cultural y emocionalmente, a los chinos, y estos comprenden mejor que los pueblos de la URSS los sentimientos japoneses. Además, si bien Japón no llega a un acuerdo de paz con la URSS, a causa del litigio sobre los llamados *territorios del norte,* tampoco son sencillas sus relaciones con China. Pues, aparte de que hay dos Chinas, entra en escena un tema sobre el que será preciso volver. Se trata de la reclamación por parte de la República Popular de las islas Senkaku, al sur de Okinawa, en el mar de la China oriental: fueron incorporadas por Japón, como *terra nullius,* a finales del siglo XIX a la prefectura de Okinawa, después el gobierno japonés las cedió a un grupo industrial, tras la Segunda Guerra Mundial, ya deshabitadas, pasaron a ser administradas por Estados Unidos, país que las devolvió a Japón en 1971; esto fue poco antes de que la Comisión Económica de Naciones Unidas para Asia y Extremo Oriente informase sobre la existencia de importantes reservas de gas y petróleo alrededor de los islotes.

6.7.2. El pacifismo y el desarme nuclear. Las relaciones con Estados Unidos y el proyecto de la Cuenca del Pacífico

A) El tema del desarme nuclear

Es lógico que en el país que alberga la segunda economía del mundo y una sociedad rica y con un alto nivel educativo y cultural, y que tiene como vecinos a la URSS y a China, exista preocupación por el tema de la defensa. El debate sobre cómo mejorar la seguridad arranca con tres posturas, la neutralidad no armada, la neutralidad armada y el alineamiento militar, y es la tercera, basada en una doble coalición militar, con Estados Unidos y con el conjunto de democracias industrializadas, la que gana terreno. Es decir, aumentan los partidarios de fortalecer, en número y medios, las Fuerzas de Autodefensa, mientras que el pacifismo y el antinorteamericanismo pierden fuerza. No obstante, la mayor parte de los japoneses se expresan en contra de las armas nucleares, a que las fabriquen y almacenen los países del club

nuclear, a que Estados Unidos las introduzca en su territorio y a que Japón se dote de ese armamento; las protestas por la difusión de noticias sobre la presencia de buques norteamericanos con armamento nuclear en puertos japoneses cuentan con más asistencia y repercusión que las movilizaciones de la izquierda por temas laborales, y el gobierno trata de desactivarlas con declaraciones equívocas, entre estas que esos navíos solo surcarán aguas japonesas sin entrar en sus puertos. El movimiento pacifista se expresa también en contra del envío de soldados japoneses al extranjero, sobre todo si es para participar en las guerras de Estados Unidos, pero también en lo que se refiere a las llamadas misiones de paz patrocinadas por Naciones Unidas.

Como se ha dicho, la mayor parte de la población desea o admite, como algo legítimo y necesario, que el país posea una pequeña fuerza militar, que se desplegaría junto a la de su aliado, si el país fuera amenazado. La presión norteamericana, en ese sentido, el deseo de las fuerzas conservadoras y la aceptación por la opinión pública impulsan el aumento paulatino de la Fuerza de Autodefensa, hasta 235.000 hombres en 1972, con efectivos de tierra, mar y aire, carros de combate, aviones, helicópteros y navíos de combate, y los equipos se renuevan. Esto supone un aumento del gasto militar. Para evitar que la izquierda vuelva a obtener rentabilidad de estos temas, el gabinete presidido por Sato Eisaku busca una buena relación con los pacifistas. En enero de 1968 presenta en la Dieta el documento "Sobre los tres principios para el Desarme Nuclear": no a la fabricación, no a la posesión y no a la introducción en territorio japonés de armas nucleares, con exclusión de lo que hagan los norteamericanos en Okinawa; que estos principios sean respetados por los sucesivos gobiernos parece poco creíble. En cualquier caso, varios políticos y militares reclaman otro impulso al rearme, para tener una capacidad propia de defensa. Lo hace el mismo gobierno en 1970, a través de la Agencia de Defensa, con un libro blanco que plantea la necesidad de autonomía militar, por la posibilidad de sufrir un ataque y que la ayuda estadounidense no llegue a tiempo de impedir graves daños o la invasión.

B) La recuperación de Okinawa

Japón no aporta tropas a la guerra de Vietnam ni a otras guerras en las que participa Estados Unidos. Su forma de cooperar con la política de Was-

hington en Asia es distinta, mediante respaldo político y la cesión de bases para uso militar. En general, la relación entre los gobiernos de ambos países es buena, pese a las tensiones por motivos económicos, y el norteamericano cede en algunos temas candentes, para conservarla. Uno es la retirada, supuesta, de armamento nuclear de las grandes islas japonesas. Otro la devolución de las islas Ryukyu, incluyendo Okinawa, la mayor del archipiélago.

Para los japoneses, la devolución no debe demorarse más. Todas las fuerzas políticas desean que el tema se resuelva coincidiendo con la renovación del tratado de seguridad, lo que indica un cambio de tendencia en las filas conservadoras, poco atentas a esta cuestión hasta entonces y obligadas por la presión de los habitantes de las islas, que empiezan a pedir el retorno a Japón. En 1968 tiene lugar la devolución de las islas Bonin, pequeñas y muy poco pobladas, lo que no hace disminuir la presión respecto a Okinawa, donde vive un millón de personas. No es esa la voluntad de Estados Unidos, y menos aún con la guerra de Vietnam en su apogeo, pues tiene allí bases importantes, las principales de Asia oriental, con la excepción del puerto de Yokosura, cerca de Tokio, y las limitaciones incluidas en la revisión del tratado de seguridad en 1960 serían aplicables a cualquier territorio que regresara a la soberanía japonesa (Reischauer, 1985: 285-286).

Sin embargo, a regañadientes, Estados Unidos procede a la devolución del territorio y del derecho de administración de la isla al gobierno japonés. Sucede así después de muchas conversaciones y pasos atrás estadounidenses, de que las elecciones en la isla a gobernador civil sean ganadas por el candidato único, afecto a la oposición, y que este pida la reintegración inmediata de la isla y la evacuación de las tropas norteamericanas. En el comunicado conjunto elaborado con motivo de la entrevista mantenida entre el primer ministro Sato y el presidente Nixon en noviembre de 1969, se dice que ambas partes confían en que la guerra de Vietnam termine antes de que sea reintegrado a Japón el derecho de administrar Okinawa, aunque, de no ser así, deliberarán para que la devolución sea una realidad y que las condiciones del tratado de seguridad se extenderán allí. El propósito estadounidense es que la relación bilateral no se deteriore y conservar para siempre la base militar en la isla. Para tranquilizar a los norteamericanos, y conseguir avances en las negociaciones, Sato accede a que en el comunicado figure la importancia que su país atribuye a la seguridad de la República de Corea y a la paz y la seguridad en la zona de Taiwán, lo que critica la

oposición, ya que supone un compromiso en materia de defensa más allá de las fronteras nacionales.

El acuerdo para la devolución de las islas Ryukyu se firma en junio de 1970 y el dominio vuelve a Japón el 15 de mayo de 1972. En cuanto a Okinawa, donde están las bases, el gobierno de Nixon promete la retirada del armamento nuclear, aunque la ausencia de un control efectivo motiva la desconfianza de los pacifistas y posteriores tensiones políticas. Las bases de Okinawa irán albergando tropas y armamento estacionado en las islas principales, hasta el 70% de las capacidades militares norteamericanas en el país.

C) Una parte de la oposición rectifica en materia de seguridad

Durante los años siguientes, la defensa es uno de los pilares de las relaciones entre Estados Unidos y Japón; el otro es el intercambio económico. El interés es mutuo, al menos al nivel de gobiernos. Así lo ponen de manifiesto las declaraciones del japonés sobre *la seguridad de Corea* como esencial para la paz y la seguridad en la región y los varios documentos de agencias estatales o relacionadas con el partido gobernante sobre la necesidad de una defensa coordinada. Lo mismo cabe decir del establecimiento en julio de 1976 de un subcomité conjunto para la cooperación en defensa y la celebración de maniobras conjuntas de tierra, mar y aire en 1979. Esa es la voluntad del gobierno de Tokio, evidentemente, pero interesa también señalar que ninguno de los principales partidos hace ya de la alianza de defensa con Estados Unidos una cuestión relevante en su programa, aunque se manifiesten contrarios, y tampoco hacen bandera de la limitación de las capacidades del ejército nacional. El antinorteamericanismo sigue perdiendo fuerza. En 1960 Eisenhower no pudo visitar Japón. Sin embargo, en 1974 lo hace el presidente Gerald Ford, del 18 al 22 de noviembre, sin incidentes, y al año siguiente el emperador y su esposa devuelven la visita. Cada vez más, esas relaciones bilaterales son entre iguales. Y Japón tiene un creciente peso en la comunidad de naciones *avanzadas*. En 1979 es Jimmy Carter el presidente que visita Japón, y lo hace poco antes de que en Tokio se celebre la quinta Conferencia *en la Cumbre* de los países industrializados, de la que Japón es parte, desde la primera, cuatro años antes, cuando solo asistían cinco países.

En 1979, la existencia de las llamadas Fuerzas de Autodefensa y la dedicación a estas del 1% del PIB significa que, en función del tamaño de la economía japonesa, el presupuesto militar es el octavo del mundo. Además, algunos partidos modifican ahora su postura en esta materia. A finales de ese mismo año lo hace el Komeito, para expresar su apoyo a la alianza con Estados Unidos, y en 1980 el Partido Socialista, que declara que no se opondrá ni al tratado de seguridad ni a las Fuerzas de Autodefensa; que los socialistas no pierdan votos en las elecciones siguientes en beneficio de los comunistas parece mostrar un cambio de tendencia también en la ciudadanía.

Por lo dicho, cuando comienza la década de 1980 las de Autodefensa son unas fuerzas armadas muy modernas y poderosas: disponen de más aviones de combate en la zona que Estados Unidos, y lo mismo en lo referido a navíos de ciertas categorías. Japón se ha rearmado, paulatinamente, antes de que sienta la amenaza económica y militar de la República Popular China. Tres años antes, ha colocado su primer satélite estacionario en órbita, para lo que le sobran capacidades tecnológicas.

D) La Cuenca del Pacífico

Por otro lado, la política económica influye sobre la exterior, y viceversa. Japón se vuelca cada vez más en Asia, en China, en los países asiáticos de reciente industrialización, en los que busca mercados, pero a la vez aporta tecnología, capitales y su propio mercado, para la compra de productos que antes fabricaban sus empresas. Y la carencia de petróleo empuja al país a interesarse más por Oriente Medio y a mantener una buena relación con los países árabes. Incluso, a veces, en contra de los intereses norteamericanos.

Más que una política para Asia, es una política para el Pacífico. Los gobiernos trabajan en esta cuestión durante la década de 1980. Para el primer ministro Ohira Masayoshi, la política que debe coordinar los intereses de Japón en ultramar se llama del Arco del Pacífico, que incluiría a los países que forman el arco geográfico que desde Corea desciende por China y el sureste asiático hasta Indonesia y Oceanía; el capital japonés sería la herramienta para estrategias económicas que suponen inversiones y venta de productos y el abastecimiento de carbón chino, petróleo indonesio, carbón, hierro y bauxita australiana y uranio de distinta procedencia. El Arco se sustituye

pronto por la Cuenca del Pacífico, incluyendo ahora a Estados Unidos y Canadá. Desde luego, esta política no es solo de Japón, forma parte de la transferencia del centro de gravedad económico de la economía mundial del Atlántico al Pacífico. Todavía, el gobierno de Pekín no ha comenzado a diseñar la nueva Ruta de la Seda, su particular forma de dominio económico, y algo más, del mundo.

6.8. *El PLD entra en crisis, pero conserva la hegemonía política*

6.8.1. El escándalo Lockheed

El PLD se mantiene en el poder gracias al triángulo de poder conformado por burócratas, empresarios y políticos y a una alianza de facciones basada en el principio del reparto de competencias, poderes y prebendas entre los principales burócratas y políticos del partido; y sin que ningún líder o facción domine el sistema político durante más de un lustro. Algún político lo ha intentado antes, pero la figura que está a punto de conseguirlo es Tanaka Kakuei. Tanaka no es un político al uso, pues no terminó los estudios de secundaria, pero se casó con la hija de un constructor e inició desde esa posición una fulgurante carrera política basada en la recaudación y habilidad en el reparto de fondos. Tras dirigir los ministerios de Finanzas, Industria y Comercio Exterior, en julio de 1972 accede a la presidencia del PLD y a la del Gobierno. El liderazgo de Tanaka se apoya en la bonanza económica y en una amplísima red de relaciones sociales y de patronazgo conseguidas con trabajo, reparto de comisiones ilícitas, simpatía y saber estar en los distintos ambientes.

La corrupción sigue siendo el principal mal que afecta a la política japonesa, anterior a la guerra y perpetuado por la ley electoral, al menos así lo dicen las voces críticas, y desde luego por la ausencia de un sistema eficiente de financiación pública de los partidos políticos y de control de los mecanismos con los que consiguen y mueven dinero las facciones existentes en el interior del PLD. Estas facciones se deben a lealtades personales y no a posiciones programáticas, y compiten, ellas y también candidatos por su cuenta, en la obtención de fondos, casi por cualquier medio; estos fondos

los utilizan para financiar su campaña electoral, incluyendo el reparto de cantidades de dinero entre sus redes de apoyo, y, una vez que han sido elegidos, en relaciones con el poder central, del que depende la aprobación de determinada obra pública destinada a la circunscripción, fundamental para la reelección del diputado.

En 1974, la publicación de información sobre usos corruptos en la recogida de fondos obliga a Tanaka a dimitir. Aunque todavía conserva una amplia influencia, en febrero de 1976 un subcomité del Senado de Estados Unidos revela que la compañía Lockheed, que ha vendido aviones militares a Japón el año anterior, ha realizado varios pagos de comisiones ilegales, *cacahuetes* en la terminología de la citada operación, a cambio de la asignación de contratos de material aeronáutico, a intermediarios de Tanaka, varios situados en la compañía de comercio exterior Marubeni. El presidente de la Comisión sobre Compañías Transnacionales del Comité de Asuntos Exteriores del Senado de los Estados Unidos y el vicepresidente de la empresa Lockheed, declaran en audiencia pública, en febrero de ese año, que el ex primer ministro recibió una comisión de 200 millones de yenes por haber facilitado la firma de un contrato de compra de aviones militares fabricados por dicha compañía. Tanaka es detenido en julio y acusado al mes siguiente.

El caso Lockheed tiene mucho de ajuste de cuentas entre facciones del PLD, que siempre intervienen para limitar el período en que se puede ocupar la presidencia del partido, y ahora son responsables de la rápida sustitución de primeros ministros; son siete entre 1972 y 1988. No obstante, aunque juzgado y declarado culpable, Tanaka mantiene su escaño en la Dieta, porque su partido no le ha expulsado, dado que la erosión sufrida está controlada; es una hemorragia cerebral, en febrero de 1985, lo que le aparta de la política. Durante los años siguientes, pese a los aspavientos de buena parte de los políticos conservadores y el anuncio de medidas de prevención contra la aparición de *otro Lockheed*, la corrupción se mantiene como algo consustancial a una parte de los políticos y burócratas al frente de departamentos relacionados con la actividad económica, sustentada en los sobornos y comisiones aportadas por la compra de equipamientos y obras necesarias e innecesarias, estas para construir túneles, museos, parques temáticos y carreteras de escaso uso. El siguiente caso notorio de corrupción es el caso Cosmos, compañía subsidiaria de bienes raíces de la empresa Recruit. A finales

de 1988 sale a la luz que ha vendido acciones a precios muy bajos a políticos y otras personas, para que las vendan cuando suban en la bolsa de valores; el escándalo afecta a ministros, ex primeros ministros y a dos futuros primeros ministros, lo que nos habla de la extensión de la corrupción entre la clase política gobernante. Tampoco ahora los procesamientos y condenas sirven de freno a la corrupción en el ámbito de la vida económica y política. Otro escándalo, este sexual, que afecta en 1989 al primer ministro, y la publicación de varios reportajes sobre las costumbres sexuales de algunos dirigentes políticos propician el nombramiento de una mujer como secretario-jefe del gabinete; se trata de calmar al electorado femenino, en general molesto por la doble moral aplicada por los políticos gobernantes a hombres y mujeres y por el uso de mujeres por algunos de estos políticos varones como objetos de satisfacción sexual.

El cansancio por el dominio del PLD, la corrupción que envuelve a este partido y la visibilidad de las desigualdades sociales en las grandes ciudades alientan, más que el crecimiento de la izquierda tradicional, el de algunos de los nuevos partidos. El de más éxito es el Komeito, Partido de Gobierno Limpio. Surgido en 1964, con el patrocinio de una organización budista, Sokagakkai, el partido duplica sus diputados en una década, con cincuenta escaños en las elecciones de 1976 y 1979, con lo que se convierte en el tercer partido del país. Su programa critica la posición ventajosa de la gran empresa gracias a sus relaciones con el poder político, reclama mejores condiciones para la pequeña y mediana empresa, y más y mejor asistencia social para los sectores menos favorecidos (Beasley, 1995: 342).

6.8.2. Crisis y derechización del PLD

La crisis del petróleo, y el citado macro caso de corrupción y los conflictos entre facciones afectan al PLD, que retrocede en las urnas: 271 escaños (de un total de algo más de 500) en 1972, 257 en 1976, 248 en 1979, por lo que precisa atraerse a grupos independientes para gobernar. Pero el partido más fuerte de la oposición, el socialista, permanece a mucha distancia, por la pérdida de afiliación y de influencia de los sindicatos, afectados por las características de las nuevas empresas; ese último año suma 107 escaños. Así las cosas, el partido hegemónico de la derecha

mantiene el control del gobierno. Primero, porque los pequeños partidos centristas prefieren colaborar con los conservadores y no con socialistas y comunistas, ya sea en política nacional o internacional. A continuación, porque en las elecciones de 1980, el PLD, impulsado por la recuperación económica, vuelve a hacerse con el dominio en la Dieta, con 284 escaños, que conserva durante los años siguientes, hasta los 300 escaños de 1987, mientras descienden los socialistas. Es entonces cuando el Partido Socialista confía el liderazgo a una mujer, la primera en estar al frente de un partido político japonés.

Entre medias, se ha producido la derechización del PLD, en parte gracias a la labor de la Asociación Tempestad Azul y de su continuadora, Voluntarios para la Libertad e Innovación, y de agrupaciones religiosas, como la Casa del Crecimiento. A la vez, se produce una inclinación derechista de la sociedad, por los efectos psicológicos de la crisis económica. En una situación de crisis, que sufren más quienes menos recursos tienen, podría haber ocurrido lo contrario, que aumentaran los partidarios de una revolución de tipo marxista o de una profunda reforma de la economía de contenido socialdemócrata (en Europa el último movimiento, fracasado, en esa dirección se debe al entonces gobernante Partido Socialista francés) para igualar las condiciones económicas. Pero no es esto lo que sucede. El descenso de los salarios, respaldado por el Gobierno para apoyar la recuperación de las empresas, o la pérdida de poder adquisitivo sin reducción salarial, por la inflación, son aceptados por los empleados con resignación y, en general, el conformismo económico va de la mano del político. Como se ha dicho, el retroceso del PLD no se traduce en un crecimiento significativo de la izquierda, sino en el aumento de la abstención y del centro político. Y esto sucede durante un corto espacio de tiempo. La circunstancia de que la crisis económica dure pocos años en Japón, en términos comparativos, lo que es conocido por los ciudadanos, y sea seguida, desde finales de los años setenta, por una etapa de crecimiento constante, ayuda desde luego a que el PLD recupere la hegemonía.

En el partido gobernante, la derechización se percibe en varios aspectos. En 1976, jueces de la Corte Suprema, con la mayoría designados por el partido conservador, establecen que las tradicionales ceremonias shintoístas no son religiosas y que, por lo tanto, pueden celebrarse en las inauguraciones de edificios públicos, con la forma, por ejemplo, de purificación de un terreno.

En 1978, los restos mortales de catorce criminales de guerra de clase A son trasladados al santuario Yasukuni, en Tokio, en el que se rinde culto a los caídos en tiempos de guerra desde la era Meiji, y varios políticos derechistas realizan visitas al lugar. Al año siguiente, el gobierno vuelve a adoptar el tradicional sistema japonés, mantenido a nivel no solo popular (los japoneses nunca usan el nombre del emperador reinante, sí su nombre póstumo, que designa una época), de contar los años en función del comienzo de la era imperial: 1980 es el año 55 de la era Showa. Esta derechización, o nacionalismo tradicionalista, se plasma también en la revisión de libros de texto, para cambiar párrafos referidos a la actuación de Japón en la Segunda Guerra Mundial; la suavización de algunos hechos y la ocultación de otros dan lugar a protestas en Pekín y Seúl. Asimismo, en las declaraciones de jefes militares.

Como siempre, uno de los temas más espinosos es la política de defensa. En privado, ha sido criticada por políticos y jefes militares y, en julio de 1978, el general Kurusu, jefe del Estado Mayor Integrado, se expresa en contra de la limitación de fuerzas y afirma que en casos de emergencia las Fuerzas de Autodefensa tendrían que emprender acciones no contempladas en la ley. El gobierno le induce a dimitir, pero, a continuación, el primer ministro Jukuda expresa la misma opinión. Además, se incrementan las fuerzas de defensa, a partir del compromiso del primer ministro Sudzuki ante el presidente Ronald Reagan en 1981. Al mismo tiempo, el gobierno inicia los preparativos para la reforma constitucional. Lo hace impulsando la Liga para una Constitución Independiente y solicitando informes a organismos supuestamente no oficiales. Estamos a comienzos de la década de 1980 y el largo debate sobre la modificación de la carta magna no ha terminado. En 1983, Nakasone se convierte en el primer jefe de gobierno que visita el santuario de Yasukuni después del traslado allí de los cadáveres de catorce criminales de guerra. También busca la aprobación de la derecha nacionalista con una serie de declaraciones: alaba la homogeneidad racial como raíz de los excelentes resultados de los tests educativos, y señala que estos son bajos en Estados Unidos por el alto número de negros, puertorriqueños y mexicanos; y afirma que la decisión de mantener el gasto en defensa en el 1% del PIB no es inamovible. Además, su gabinete elabora un Libro Blanco sobre Defensa que, por primera vez, contempla la formación de una fuerza aérea y naval que convierta en real la idea de corredores marítimos de mil millas, desde el litoral japonés, para asegurar los intereses del país (Beasley, 1995: 396).

En materia económica, los sucesivos gobiernos adoptan medidas pensando en la liberalización de la economía, la ampliación de la demanda interna y la necesidad de obtener más recursos fiscales en previsión del envejecimiento de la población. En 1985 se privatiza la industria tabaquera y en 1987 los ferrocarriles nacionales, sustituidos por siete compañías privadas, al tiempo que se dan otros pasos para reducir los subsidios públicos, pese a las protestas de los agricultores. Durante 1987-1990, los gobiernos consiguen que la Dieta apruebe varias medidas fiscales, unas para rebajar los niveles del impuesto sobre la renta, y para una ligera reducción del impuesto a las empresas, y otras, no exactamente *derechistas*, que suponen la creación de dos nuevos impuestos, por ganancias de capital y de consumo, similar al IVA europeo, que se fija solo en el 3 %. Se pretende así reducir el fraude fiscal de autónomos y agricultores, anticiparse, parcialmente, a los gastos que supondrán las pensiones más altas de una población envejecida y, ya dicho, potenciar la demanda interna.

Pese a lo apuntado respecto a la derechización del PLD, esta es seguida por una evolución hacia el centro político, impulsada por miembros del partido y por los escindidos en el Nuevo Club Liberal. Este giro tiene también relación con lo que ocurre en otras fuerzas políticas, en los comunistas, que han abandonado las referencias a la dictadura del proletariado, y en un sector de los socialistas, que acepta la política económica capitalista como mejor forma de defender los intereses internacionales del país y hace de la moderación y el pragmatismo la palanca para una gran alianza centrista, que de momento no llega a la política nacional; no obstante, algunas coaliciones *centristas*, en ocasiones incluyendo a conservadores y centro-derecha, y en otras a los mismos y también a los socialistas, se alzan con la victoria en las grandes ciudades. Esta tendencia a difuminar las divisiones programáticas de los grandes partidos es paralela a lo que ocurre en otros países desarrollados.

6.9. *El mundo cultural y artístico*

6.9.1. La literatura

Durante la posguerra y las décadas inmediatamente posteriores, los escritores japoneses atienden a las vivencias específicas de los japoneses, como son las

consecuencias de la guerra y la derrota y los cambios sociales impuestos por el vencedor. Este interés da lugar a la denominada poesía y novela de la bomba atómica, al tiempo que la derrota, la indignación y la resignación ante la ocupación alimentan otra extensa literatura (Rubio, 2007: 180); de Ooka Shohei es *Fuego en la llanura* (1951) y de Ibuse Masuji *Lluvia negra* (1965).

El artículo 24 de la Constitución y el Código Civil de la posguerra han establecido un nuevo modelo de matrimonio. En consecuencia, paulatinamente, conforme unas generaciones suceden a otras, el tradicional sistema familiar multigeneracional ha ido desapareciendo, lo que implica muchas cosas, no solo que los padres del marido, aunque este fuese el primogénito, no caben en el moderno esquema familiar. Así pues, es lógico que la narrativa de los años sesenta atienda a los valores familiares y a los cambios en el modelo de familia. Lo hacen Oe Kenzaburo, Shimao Toshio y Yasuoka Shotaro.

Los novelistas prestan atención también a cuestiones de estética, y Mishima (1925-1970), ultranacionalista, bisexual y exhibicionista, fotografiado posando desnudo rodeado de látigos y cadenas, simbología que pretende ser sádica o erótica, y procesado por difamación tras la publicación de *Después del banquete*, donde hurga en intimidades ajenas, encuentra muchos lectores fuera de su país; se ha consagrado con *Kamen no kokuhaku* (1945), obra traducida al castellano como *Confesiones de una máscara,* que bebe en el género de la novela del estado mental, una de las variantes de la novela del yo típicamente japonesa, que dominó la narrativa de la segunda y tercera décadas de siglo y cuyo interés reside en las actitudes y estados emocionales del autor, en tanto que mirada interior que indaga el significado de la vida (Rubio, 2007: 281). Asimismo, a la psicología de la vida personal, como hace Yasuoka Shotaro. Pues, con el rápido e incesante crecimiento económico, y una sociedad volcada en su disfrute, y cada vez más industrializada y concentrada en las grandes ciudades, varios autores encuentran una fuerte demanda para obras dedicadas a individuos aislados y grupos minoritarios. Este es el motivo del regreso, en la década de 1960, de la novela del yo, de formas de novela personalista, como muestran las obras de Shimao Toshio, Shono Junzo, Yasuoka Shotaro y otros, entre los que se incluye a los denominados escritores humanistas, con Oe y Abe Kobo a la cabeza.

El esplendor literario es un hecho, asentado en la calidad de varios autores y respaldado por el interés de los lectores japoneses y las traducciones y estudios a cargo de investigadores extranjeros que han aprendido japonés en

la posguerra. El reconocimiento exterior a los logros económicos japoneses se extiende a la literatura poco después de los Juegos Olímpicos de Tokio. Suenan entonces nombres japoneses para el Nobel, los de Akutagawa, Tanizaki y el de Dazai Osamu (1909-1948), protagonista de varios intentos de suicidio, uno en compañía de una camarera, que sí murió, y muerto él al quinto intento, y entre cuya obra destacan *El sol que declina* y dos novelas escritas en el último año de su vida, pretendidamente autobiográficas. Pero el Nobel para un escritor japonés no llega hasta 1968, y es para Kawabata Yasunari (1899-1972), concedido por una comisión que no puede leer sus novelas, muy japonesas en su lenguaje, en el idioma original. Sus obras, entre estas *Mil grullas, La casa de las bellas durmientes* y *Lo bello y lo triste,* exploran en temas tradicionales, como el amor, el amor efímero, el amor no correspondido, el amor que pudo ser, siempre con enorme belleza, para mostrar que en cualquier época, y sea la que sea la posición social de los enamorados, el amor es tan suscitador de gozos y problemas como indestructible; Kawabata se suicida cuatro años después de recibir el Nobel, al considerar que ya no tiene nada que crear.

En las décadas de 1980 y 1990 llegan nuevas tendencias y un cambio de género, pues todos o casi todos los autores relevantes dejan de ser hombres, y la literatura japonesa ofrece un número creciente de nombres femeninos, lo que supone la recuperación de la tradición japonesa de autoras. Interesan ahora mucho la sexualidad y el erotismo, que se exploran desde distintas perspectivas, y con notable éxito de ventas, al tiempo que se experimenta formalmente con la metaficción y las técnicas del realismo mágico, y, como en otros países de este mundo globalizado, surge una corriente de autores que difuminan la distinción entre literatura y cultura pop y otra que publica en inglés, mientras surge un grupo, que, como respuesta, atiende a temas que considera propios de la identidad nacional (Rubio, 2007: 181-182). No obstante, mantiene su pujanza la tendencia introspectiva, que muestra, y denuncia, el individualismo posmoderno.

Varios autores nacidos en la posguerra consiguen una celebridad mundial, Murakami Ryu, Murakami Ha, Yamada Eimi y Yoshimoto Banana. Oe Kenzaburo, que ha alcanzado un reconocimiento internacional, por una obra de estatura literaria y moral, es el segundo premio Nobel japonés, concedido en 1994, atendiendo a su fuerza poética para crear un mundo imaginario donde la realidad y el mito confluyen para formar un retrato

desconcertante de la humanidad actual. Nacido en 1935, Oe vivió todavía la escuela en la que se enseñaba obediencia ciega al emperador, las bombas atómicas y la ocupación. En *La presa*, obra temprana, cuando tiene 23 años, llevada al cine por Ooshima Nagisha, los habitantes de un poblado capturan a un soldado norteamericano negro durante la guerra, que ha caído en paracaídas desde un avión, y luego llegan la derrota, la degradación del emperador, la ocupación, y quedan los ecos de la devastación, física y moral. Sin embargo, buena parte de sus obras escarban en la sociedad japonesa sin mirar al pasado, y son más aptas para un lector global que las de Kawabata, y varias beben de sus propias vivencias y de las de su familia, la fundamental el nacimiento y vida de un hijo con una grave malformación. Es el caso de *Una cuestión personal*, *Un amor especial*, *Dinos cómo sobrevivir a nuestra locura* y *El grito silencioso*. En la primera, la trama presenta a un joven profesor, trasunto del autor, que se debate entre la aceptación de su destino, simbolizado por el nacimiento de un hijo del que los médicos dicen que es subnormal y que no merece vivir, el consuelo pasajero de alcohol y sexo y el anhelo liberador de un viaje mítico, a África (Rubio, 2007: 659). Oe es un hombre crítico con la sociedad de su país, con personas y empresas dominadas por el consumo (los ejemplos simbólicos son la compra del Rockefeller Center y de *Los girasoles* de Van Gogh), mientras resurge el apoyo popular al poder imperial, y, por extensión, al mundo occidental, por su apetito consumista y, en opinión del novelista, su superficialidad y, son sus palabras, "el desarrollo incontrolado de una tecnología inhumana". Acostumbrado a escribir sobre la muerte, el poder impactante, destructivo y liberador del sexo, la deformidad y la violencia, y a arrojar luz sobre la sociedad de la que forma parte, su primera obra después de recibir el Nobel, *Salto mortal*, es una reflexión sobre el fenómeno social del surgimiento de nuevos movimientos religiosos y, en concreto, el ataque terrorista con gas sarín que lleva a cabo el grupo Aun Shinrikyo en 1995 en el metro de Tokio, y sobre los móviles que podrían haber empujado a unos jóvenes japoneses a adherirse a semejante organización.

6.9.2. El cine

La cultura japonesa vuelve a interesar en el mundo, impulsada por su potencia económica, por sus exportaciones, por la labor de la Fundación Japonesa,

por la decisión de Naciones Unidas de ubicar su Universidad en Tokio, por el Premio Nobel de la Paz a Sato y los Premios Nobeles en Literatura, y por la admiración occidental hacia la alfarería y los arreglos florales japoneses, hacia sus jardines, el zen y las artes marciales. Varios artistas y actores japoneses cuentan con un público mundial. Y lo mismo sucede con varios de sus directores cinematográficos.

El gran cineasta japonés es Akira Kurosawa (1910-1998), algo opinable, como también decir que es el más *occidental* de todos. El comienzo de su carrera se vio afectado por la censura y la presión de los gobiernos de finales de los años treinta y comienzos de los cuarenta, como se aprecia en *La más bella,* película de propaganda, y ha de esperar a la posguerra para expresarse con libertad y mostrarse crítico con el régimen anterior. Su técnica cinematográfica se asienta en la década de 1950, con lentes de teleobjetivo, pues entiende que obtiene mejores interpretaciones situando las cámaras lejos de los actores, y la filmación de planos con varias cámaras, para obtener diferentes ángulos. Más que en la técnica encontramos su estilo, su grandeza, en el tratamiento de la naturaleza y de la meteorología, muy japonés, la lluvia, la nieve, el calor intenso, con gran dedicación, para obtener el efecto que persigue. Incluso modifica la naturaleza para comunicarse, como en *Rashomon* (1950), donde tiñe el agua con tinta negra para ofrecer un efecto de lluvia intensa; con esta obra gana el León de Oro del Festival de Venecia al año siguiente. Otra de sus características es la construcción de escenarios de época, magníficos, hasta ser *reales,* como el castillo en las laderas del monte Fuji que arde en la escena final de *Ran*. Algunas de sus películas son adaptaciones del teatro de Shakespeare, como *Ran,* basada en *El rey Lear,* y *Trono de sangre,* inspirada en *Macbeth,* y también hace adaptaciones de obras literarias rusas, sin dejar de estar influido por la cultura de su país, su teatro y los dramas de época del período Edo. No es de extrañar la influencia en el cine mundial y el grato recuerdo de los espectadores tras contemplar las siguientes obras, casi ninguna ambientada en el tiempo presente del cineasta: *El perro rabioso* (1949), *Rashomon,* como la anterior centrada en la investigación de un crimen, en este caso con ambientación en el siglo XII, *Vivir* (1952), muy humana, y crítica, con el gran actor Takashi Shimura, *Los siete samuráis* (1954), prueba de que una obra maestra puede ser muy entretenida, *Trono de sangre* (1957), *La forta-*

leza escondida (1958), *Yojimbo* (1961), con un samurái como protagonista, como la anterior, *El infierno del odio* (1963), *Barbarroja* (1965) y *Dersu Uzala, el cazador* (1975), con la lección humana que aporta un experto cazador nómada en tierras siberianas, preciosa, poco premio es que recibiera el Oscar a la mejor película de habla no inglesa. En 1990, Kurosawa recibe un Oscar honorífico a su trayectoria.

La censura ha afectado a la literatura y al cine. La traducción de *El amante de Lady Chatterlay* terminó en los tribunales y lo mismo les sucede a algunas novelas japonesas acusadas de pornográficas, entre estas una de Nozaka Akiyuki, *El reverso del biombo de la alcoba,* condenada por obscena en 1979 por el Tribunal de Tokio. Dos años antes sufre la misma suerte, por sus escenas de sexo explícito, *El Imperio de los sentidos* (mejor la traducción del original *Ai no korida, Corrida de amor*), película de 1976 de Oshima Nagisa. La historia transcurre en el Tokio de 1936 y cuenta la historia de una exprostituta y sirvienta en un hotel que se convierte en la amante del propietario, muy activo sexualmente. El contenido de determinadas escenas es el motivo de que la película se termine de montar en Francia y de que se registre como de producción francesa. La película no tiene nada de obra cumbre, pero, por sus escenas sexuales y de alto consumo de alcohol, es decir, por su pretensión de causar escándalo, atrae a cierto público. En Japón se pasa una copia censurada y en otros países también se eliminan partes de la película, no así en Estados Unidos, la República Federal Alemana y Francia.

6.10. *Muerte y sucesión de Hirohito*

A comienzos de enero de 1989 fallece el emperador Hirohito. Finaliza la era Showa, la de Paz Ilustrada o Armonía Brillante, larguísima, pues ha durado sesenta y dos años (1926-1989). Su enfermedad, muerte, entierro y sucesión son acontecimientos nacionales. La mayor parte de los japoneses no han vivido hechos semejantes. Casi todos los medios de comunicación procuran eludir cuestiones espinosas del pasado y hacer de la Casa del Tenno una parte de las esencias del país. Lo mismo los ciudadanos, muchos participativos, sobre todo las generaciones mayores, y muy respetuosos en el funeral celebrado el 24 de febrero.

Le sucede su hijo Akihito. Por primera vez, es deber del Gobierno, y no de la Corte, la elección del nombre de la nueva era, que se identifica con el sentimiento nacional y la cultura imperante en una etapa específica. Es Heisei. El secretario jefe del Gobierno explica que está tomado de dos libros sobre historia de China y su filosofía, y que hace alusión al sabio gobierno del emperador Shun. Debe interpretarse como *Paz en todos los sitios*, o *Consiguiendo la paz*. En la mayoría de las eras, los caracteres han recogido la idea de paz o de armonía.

7

El Japón actual

7.1. *Economía y política: Del segundo al tercer puesto en la economía mundial. La derecha se mantiene en el poder*

7.1.1. La respuesta a la apreciación forzada del yen

Japón ha sido objeto de estudio, por las lecciones que pudiera dar a los países en vías de desarrollo y a los países avanzados, a estos en tanto que nación que ha mantenido altos índices de crecimiento después de las crisis económicas internacionales de las décadas de 1970 y 1980. No son tasas espectaculares, como las de 1950-1970, cercanas al 10% de media, pero sí superiores a las del resto de economías occidentales. Pues entre 1970 y 1990 el crecimiento es del 4-5% y Japón conserva hasta 2010 el puesto, alcanzado en 1968, de segunda potencia económica mundial gracias a la suma de factores externos e internos, entre estos la alta inversión productiva y las condiciones políticas y sociales favorables.

Pero durante las décadas de 1990, incluso antes, y 2000 Japón vive un cambio de ciclo económico, caracterizado por el crecimiento lento, con fa-

ses, incluso, de recesión. Las causas son las siguientes: la confrontación comercial y monetaria con Estados Unidos, de forma que la sobreproducción ya no puede ser absorbida por el mercado externo; las estrategias empresariales para reducir costes por los efectos de una moneda revaluada, que se concretan en el aumento de la inversión en el exterior y de los trabajadores temporales y subcontratados; la política monetaria, cambiante y de desigual resultado; y el cambio demográfico, a estancamiento y envejecimiento, mientras que, hasta los años ochenta, la población activa representaba el 70% de la población total, lo que, sumado al sistema de relaciones laborales, suponía una mayor productividad per cápita respecto a Europa, donde había más mayores, y Estados Unidos, más jóvenes (López y Uscanga, 2015: 11).

Una vez que, a partir de 1985, los productos japoneses pierden competitividad en el mercado mundial, a causa de la revaluación del yen forzada por Estados Unidos, el Banco de Japón baja las tasas de interés y destina créditos a nuevas plantas y equipos de investigación; otra opción era expandir el consumo y el bienestar interno mediante inversiones en mejoras de viviendas, transporte y hospitales. Esta política monetaria y un yen fortalecido, que hace más asequibles las materias primas, mantienen la capacidad productiva. Pero, paulatinamente, aumenta la brecha entre la oferta y la demanda, pues los bienes producidos no son absorbidos ni por el mercado interno ni por el externo. Además, entretanto, las grandes compañías tienden a fragmentar la producción y localizar una parte en el extranjero, para abaratar costes y eludir la apreciación del yen.

A continuación, factores citados y nuevos conducen a una situación económica gravísima. Los nuevos son los siguientes: las inversiones privadas en el mercado inmobiliario doméstico, debidas a jóvenes de alto poder adquisitivo y a una vorágine inversora y especulativa; las inversiones públicas en obras, unas útiles, otras innecesarias, como sucediera años antes; el traslado de la ola inversora del mercado inmobiliario al bursátil, mientras el mucho dinero en circulación impulsa a la Bolsa al alza; y el muy fuerte y rápido crecimiento de la compra de productos de lujo por la clase alta urbana, contagiada por una cultura hedonista que invita a coleccionarlos más que a usarlos.

Claro está que una parte de las inversiones se destinan a investigación y desarrollo, pero gran cantidad de fondos van a parar, cada vez más, al sector inmobiliario, a la especulación financiera y a bienes de lujo, o de no tanto lujo, pero de precio hinchado. De hecho, una parte de la inversión en el

extranjero, apoyada en créditos fáciles, consiste en negocios y posesiones de lujo, como son los hoteles y campos de golf en California y Hawai; una noticia impactante es la compra por capital japonés del Rockefeller Center y de Columbia Pictures por Sony Corporation para entrar en el mercado audiovisual. Así pues, se invierte mucho dinero, y no en las actividades propias de las empresas, y la rentabilidad es muy inferior a la esperada, por invertir en estructuras no competitivas y a causa de los elevados costes de amortización y de devolución de créditos.

7.1.2. Estalla la burbuja económica. Cambio de ciclo

La burbuja inmobiliaria es brutal, con una gran exposición del sector bancario, a su vez muy ligado a las empresas. La especulación en los mercados de bienes raíces y acciones por particulares, empresas y bancos desata una espiral inflacionaria de vivienda, alimentos, energía y transporte. Pero el crecimiento acelerado y sostenido de la Bolsa y de los precios de los activos patrimoniales de las empresas y del sector inmobiliario, un *boom* económico desencadenado por la confianza, los bajos tipos de interés y la inflación de los precios de la vivienda y el mercado de valores, se desinfla. La escalada de precios de bienes no productivos se frena, inicia su descenso, y lo mismo la Bolsa.

Dado que Japón es un país rico, el principal acreedor del mundo, con saldos comerciales favorables y baja inflación, los primeros síntomas del frenazo no son atendidos, desde luego no de forma suficiente, pensando que, sencillamente, como otras veces, regresará la oleada de crecimiento fuerte. Pero la crisis persiste, y se agrava, con una depreciación de las propiedades inmobiliarias, que en Tokio llega al 10% de media, y fuertes caídas bursátiles. El gobierno derechista se decide a cortar la inyección de fondos públicos en las empresas y banca. En 1989, el banco central establece una política monetaria restrictiva y la burbuja inflacionaria estalla, es decir, los bancos ven incrementada la cartera de créditos no pagados, por particulares y empresas, y varios se hunden; y las empresas se enfrentan a los problemas que genera la sobreinversión de los años anteriores (López y Uscanga, 2015: 50). Este estallido de la burbuja especulativa, como sucederá en España y otros países, daña gravemente a la economía, afectando al modelo del *milagro japonés*, y al funcionamiento de la vida política, por la maraña de relaciones

entre el personal al frente de las instituciones y las empresas constructoras privadas. Varios escándalos en los que aparecen involucrados políticos y funcionarios destapan que las oficinas de control público de inversiones privadas no han funcionado, o no han querido hacerlo.

Esta situación coincide con el final, se dice entonces, de la Guerra Fría y el colapso del comunismo en Europa. También coincide con la salida a la luz de una serie de problemas estructurales gestados durante la etapa de crecimiento acelerado: grandes compañías protegidas que ahora se enfrentan a un ambiente interno poco favorable, y un entorno internacional cada vez más competitivo, y al estancamiento del nivel de la productividad.

A continuación, los gobiernos introducen una serie de medidas neoliberales como panacea para la recuperación económica, en forma de privatización de empresas públicas, reformas laborales que reducen los derechos de los trabajadores, las políticas de bienestar social, produciendo aumento del coste de la sanidad y de la educación; pero también aumentan las cargas fiscales a las grandes empresas y los impuestos al consumo. A diferencia de la etapa anterior, cuando, en general, organizaciones e individuos tenían la sensación de que entre todos protegían los intereses de todos, los beneficiarios de estas medidas han sido sobre todo una serie de empresas, con menor mercado que décadas atrás, sin incluir al conjunto de trabajadores y familias. Las citadas medidas producen, por sí mismas, o asociadas a otros elementos, en una coyuntura de crisis, un movimiento a la baja de los precios y los salarios, con el deterioro del ingreso salarial y el empleo, de forma que el paro llega al 5%, cifra muy alta en la historia económica del país, y el trabajo temporal y bajo condiciones precarias afecta al 34% de los asalariados, factores que provocan una reducción del consumo, que repercute sobre las industrias eléctrica, óptica y del transporte.

Al estallido de la crisis le sucede una larga etapa de muy bajo crecimiento económico, con períodos de decrecimiento, por el descenso del consumo interno y la caída de las exportaciones a los mercados asiáticos. Mientras que durante la etapa de crecimiento sostenido 1975-1990, la tasa fue del 4%, a partir de entonces es del 1% de media, y desde 1999 la situación es de deflación. La bajada de los índices de crecimiento económico, así como de los precios de la propiedad y las crisis bursátil y bancaria crean un clima de desconfianza, en la economía y en los gobernantes. Y sobre esto inciden los múltiples casos de corrupción que afectan a los políticos del partido en el poder desde *siempre*.

7.1.3. El PLD pierde las elecciones y, enseguida, regresa al poder

A) ¿Quiebra del sistema político dominado por un partido?

La publicidad sobre varios casos de corrupción obliga a políticos del Partido Liberal Democrático a presentar la dimisión, para ser sustituidos por otros que no hacen nada para combatir una situación debida al inmenso poder de la clase política gobernante y de sus cómplices en el aparato burocrático y el mundo empresarial y financiero. La corrupción y el estancamiento económico explican que entre 1989 y 1993 se sucedan cuatro primeros ministros del PLD. En 1993 se descubre un caso de corrupción que, unido a la recesión, decide a muchos votantes a cambiar de opción: en el domicilio del viceprimer ministro se descubren varios lingotes de oro provenientes de comisiones pagadas por empresarios de la construcción.

Está comenzando un período que va a estar dominado por la fragmentación, división y aparición de nuevos partidos y la formación y desmembración de coaliciones (Delage, 1998: 33). En agosto, la alianza de ocho partidos derrota al PLD y convierte en primer ministro a Hosokawa Morihiro, exmiembro de la fuerza derrotada y que ha creado unos meses antes su propia formación, el Nuevo Partido de Japón. Por primera vez, desde la ocupación norteamericana, con la excepción de unos meses entre 1947-1948, el cargo de primer ministro no lo ocupa un político vinculado al *super partido*. Termina así lo que ha sido denominado *sistema de 1955*, bipartidista, imperfecto, siempre con el PLD en el timón del gobierno. El nuevo ejecutivo anuncia numerosas reformas, que pronto olvida. La principal reforma pendiente es la de la ley electoral, que creó un sistema de distritos electorales múltiples, de tres a cinco diputados por circunscripción, al cual, y por la lucha de facciones en el PLD, se achaca la corrupción del sistema político (Barcia, 1998: 25), y que prima la representación en los distritos rurales, cada vez menos poblados. La idea es propiciar un sistema bipartidista que favorezca la alternancia de fuerzas moderadas. Pero la reforma queda una vez más bloqueada, por la oposición de partidos conservadores pero también por el voto en contra de una parte de los socialistas. Menos se hace para combatir la corrupción.

El cambio más visible es que no gobierna un partido con mayoría absoluta, aunque esto no tiene ninguna consecuencia importante. La coalición

es inestable, pues la forman partidos que se han juntado con el exclusivo propósito de apartar al PLD del poder y tienen distintos criterios en política económica y social. Además, Hosokawa cae pronto, por un escándalo de tráfico de influencias. A la coalición del Nuevo Partido de Japón, Partido Socialista, Koumei y otros, le sucede otra coalición encabezada por Hata Tsutomu, exbarón de Tanaka y ahora líder de Nueva Frontera, formación de tendencia conservadora aunque integrada por políticos procedentes de varios partidos, a la búsqueda de un nombre que parezca incontaminado a los votantes. Este gobierno también dura unos meses. En junio de 1994, le sustituye una coalición del Partido Socialista con el PLD, extraña alianza que permite al socialista Murayama Tomiichi ocupar el puesto de primer ministro y a los liberales regresar al poder. Este gobierno sí consigue hacer aprobar una nueva ley electoral, que abole los distritos electorales múltiples en las elecciones para la Cámara Baja. Desde entonces, los electores emiten dos votos, uno para elegir al diputado de su distrito y otro en favor del partido preferido, y de 511 diputados se pasa a 500, 300 elegidos en distritos unipersonales y 200 mediante repartición proporcional entre partidos en once grandes distritos electorales. Sin embargo, esta reforma no termina con los males del sistema político y tampoco trae resultados nuevos (Barcia, 1998: 26). Dicho de otra forma: hay cambios políticos, pero no a causa de la reforma de la ley electoral. Lo que sucede es que esta alianza, con el viejo enemigo de la derecha, conduce al Partido Socialista, ya erosionado por la pérdida de influencia entre los jóvenes, al desprestigio, pues renuncia a varios de sus elementos programáticos, como la anulación del tratado de seguridad con Estados Unidos y el rechazo a la constitucionalidad de las fuerzas armadas, y puede decirse que pierde parte de su razón de ser. De hecho, así lo entienden los electores durante los años siguientes. Mientras el Partido Socialista agudiza su crisis, incapaz de aportar un programa creíble y atrayente, y una parte de sus miembros pasa al nuevo partido socialdemócrata, el PLD se recupera pronto.

Distinta es la situación de la economía nacional, compleja. Pues, si bien se alternan fases de crecimiento bajo y de recesión, en la década de 1990 Japón consolida el liderazgo mundial en las industrias de alta tecnología, las de la electrónica, nuevos materiales, energía nuclear y biotecnología, y su incorporación al conjunto de actividades de la sociedad nacional, consiguiendo así reactivar el mercado interno con productos que son, en su

mayor parte, fabricados en el propio país. Y Japón sigue siendo la segunda economía mundial. Sin embargo, al vaivén del yen y al estallido de la burbuja especulativa le suceden una cascada de noticias de impacto negativo: el aumento de la inversión de las compañías japonesas en el exterior, que supone trasladar grandes cantidades de manufactura al exterior y desindustrialización doméstica; la bajada generalizada de los salarios, y con esta la pérdida gradual del poder adquisitivo de un porcentaje importante de la población, con el consiguiente descenso de la demanda interna; la privatización de empresas públicas, con impacto sobre las condiciones de sus trabajadores; la crisis financiera de Asia, a partir de 1997, con la excepción de la China emergente, que incide sobre el empleo, de forma que el paro supera en 2001 el 5%, cifra de impacto, desconocida desde los años cincuenta; el exceso de capacidad productiva, pues disminuye la demanda de bienes, pero la productividad aumenta por la automatización, con lo que una oferta alta, imposible de colocar por la industrialización de otros países y las tensiones comerciales, tira de los precios para abajo; la creciente dificultad para encontrar nuevas inversiones lucrativas; y el decrecimiento de la población. Por motivos políticos, Japón no ha tenido la posibilidad, que sí tienen las otras grandes potencias, de invertir una buena parte del dinero que le sobra en la industria militar. Y todavía China es un mercado importante para Japón. Pero el incremento de las capacidades militares y económicas de China es contraproducente para los intereses japoneses.

B) La derecha vuelve al poder y no renuncia a reformar la Constitución

Los casos de corrupción acumulados y las iniciativas políticas de sus adversarios no impiden al PLD mantenerse en el gobierno, o dirigirlo, aunque sea en coalición. En 1998, Naoto Kan y Yukio Hatoyama crean el Partido Democrático del Japón, de tendencia socialdemócrata y que alcanza un buen resultado electoral, pero por detrás del PLD. Dos años después, los liberales vuelven a ganar, ahora por mayoría absoluta, y en 2001 reciben un nuevo impulso con el liderazgo de Koizumi Junichiro. Se trata de un político carismático, muy popular, de los pocos que consigue levantar ilusiones, y que el voto sea más a la persona que al partido. Consigue imponer su liderazgo sobre la división en facciones del entramado de intereses

del PLD, y es el primero en mucho tiempo que ejerce un gobierno largo, 2001-2006. Koizumi anuncia varias reformas de gran calado: del sistema financiero, del servicio postal, del de pensiones, de la educación, en el sentido de reforzar los tradicionales valores patrióticos, e incluso de la Constitución, para poner fin al pacifismo del Estado. Estas propuestas apenas avanzan. La principal excepción es la del servicio postal. Aunque, por la oposición de sectores de su propio partido, ya que ese servicio es, además, un conglomerado bancario que abastece de fondos al denominado *triángulo de poder* (burócratas, empresarios y políticos), la reforma sufre recortes, el gobierno consigue aprobar la ley de privatización tras disolver la cámara baja en 2005 y salir reelegido. Es verdad que es un político más mediático que resolutivo, pero durante su mandato la situación económica mejora, sobre todo la de la banca y las empresas, y rearma a la derecha, en especial a la más nacionalista.

No lo hace solo, pues son varios los actores que trabajan en esa dirección, apoyados en el discurso que señala que el retroceso económico guarda relación con la pérdida de valores tradicionales, y que Japón debe reforzar su capacidad militar, dado el potencial de China, y la disputa con este país por una serie de islas en el mar de la China meridional, y el programa nuclear de Corea del Norte. En esta coyuntura, con la economía creciendo muy poco y con los dos viejos enemigos incrementando a marchas forzadas su potencial militar, políticos, periodistas e intelectuales derechistas encuentran audiencia en todas las generaciones vivas cuando reivindican el pasado histórico de Japón y la superación de la idea de que su patria solo pueda ser una potencia económica. A una parte de los ciudadanos les gusta escuchar que la guerra o guerras de Japón fueron justas, legítimas, pues luchaba por su supervivencia o por su derecho a ser una gran nación, como otras, en su espacio geográfico. También que la tutela o dominio militar de Estados Unidos debe terminar, que Japón tiene derecho a tener capacidades militares propias, incluso a ser una potencia en Asia, para garantizar mejor la continuidad de la prosperidad nacional, por derecho propio y para que las nuevas generaciones se sientan protagonistas y orgullosas de su patria.

Koizumi tiene un papel destacado en esta labor, y el testigo será recogido por el siguiente líder derechista. El gobierno de Koizumi restaura el canto del himno nacional en las escuelas y toma dos decisiones que no son innovadoras, pero que siempre agitan el debate nacional: modifica los libros de

texto de las asignaturas de Historia y programa la visita del primer ministro al santuario de Yasukuni. Lo visitó Nakasone después del traslado allí de los restos mortales de varios criminales de guerra de clase A, pero Koizumi acude seis veces, y en fechas emblemáticas, como el 15 de agosto, el día que marca el final de la Segunda Guerra Mundial. Si no lleva al parlamento la reforma o desaparición del artículo 9 de la Constitución es porque no existe consenso dentro del PLD y se oponen la mayoría de fuerzas de la oposición. Eso sí, antes de dejar el cargo, en septiembre de 2006, transforma la Agencia de Defensa en Ministerio. Koizumi significa una excepción en la vida japonesa de esos años, pues es sucedido por varios gobiernos cortos, una vez más de los liberales.

7.1.4. Japón tercera economía mundial. Continuidad política e incertidumbre económica

Las elecciones de ese año las gana otro conservador y nacionalista, Shinzo Abe, quien se convierte en el primer ministro más joven de Japón, con 56 años. Este halcón del PLD es licenciado en Políticas y ha proseguido estudios en la Universidad del Sur de California, ha ocupado la cartera de Exteriores y pertenece a una saga de políticos, pues su padre fue ministro de la misma cartera y un abuelo primer ministro. Abe solo dura doce meses en el cargo. Dimite por una cadena de escándalos que afectan a su gobierno y alegando motivos de salud. Quienes le suceden tienen mandatos aún más cortos, Yasuo Fukuda y Taro Aso.

Para sortear la crisis global de 2008, el gobierno lanza un programa de estímulo fiscal y de apuesta por sectores como salud e innovación verde, así como por la intensificación de intercambios con Asia, que permite cierta recuperación de la economía. De ese año data también el primer proyecto aeronáutico japonés desde los años cincuenta del pasado siglo (la producción del YS-11 fue suspendida por las presiones de sus vecinos asiáticos), el avión de pasajeros Mitsubishi Regional Jet, proyecto nacional en el que participan varias corporaciones, que va a contar con el apoyo financiero y político de los gobiernos y que entra en funcionamiento una década después. Sin embargo, la incertidumbre económica persiste en la mente de una parte de la sociedad, por la creencia asentada de que las grandes cifras de crecimiento

no volverán. El frenazo no ha sido algo repentino, ni poco duradero. Durante 2000-2010, la tasa de crecimiento medio es del 0,9%, cifra impactante comparada con las del pasado japonés y con las del presente mundial, ya que otras economías avanzadas crecen entonces entre el 1 y el 1,5% de promedio. Es esa tasa la que explica que durante 2000-2020, los tipos de interés permanezcan por debajo del 1%.

Hasta hace muy pocos años, en Japón parecía sobrar dinero. Sin embargo, las inversiones improductivas se han comido buena parte de los beneficios acumulados y, además, han generado deuda pública, que no para de crecer por las políticas de inversión para superar las fases de crecimiento mínimo o decrecimiento. La deuda pública es a la altura de 2010 del 240% del producto interior bruto. Sin embargo, los ahorros de las familias japonesas son enormes, aunque lógicamente repartidos desigualmente.

Así las cosas, la contracción de la economía mundial en 2009, con su efecto en la japonesa, y el persistente descontento por la corrupción o la permisividad ante la misma entre la derecha gobernante alientan un cambio de partido en el gobierno. En agosto de ese año gana por primera vez las elecciones el socialdemócrata Partido Democrático de Japón, nutrido con una parte del programa y el personal del socialista, que se ha ido hundiendo. Con 308 escaños en la cámara baja, los socialdemócratas terminan con cincuenta años de vida política dominada por el PLD, aunque su éxito va a ser efímero. Es durante el gobierno de Naoto Kan cuando, con motivo del 65º aniversario de la rendición japonesa, tanto él como el emperador Akihito expresan las condolencias más sentidas hasta la fecha por los daños y sufrimientos causados a naciones y pueblos durante la pasada guerra mundial. Ni Naoto ni sus ministros visitan el santuario de Yasukuni, lo que sí hacen los políticos liberales, acompañados de líderes ultranacionalistas europeos.

Por otro lado, en 2010 es noticia mundial algo tan esperado como impactante: China desplaza a Japón del puesto de segunda economía mundial por volumen de producto interior bruto; en renta per cápita, la diferencia es abismal, diez veces superior, a favor de Japón. Ese tercer puesto, por delante de las economías europeas más ricas, es una extraordinaria posición para un pequeño país, y sus industrias siguen siendo competitivas, no pocas muy competitivas, a escala internacional.

En 2012 regresa a la jefatura del gobierno Shinzo Abe, el líder del PLD, que derrota a los socialdemócratas, cuya imagen ha sido erosionada por los

daños causados por el tsunami y el accidente nuclear de Fukushima acontecido el año anterior, por la división interna y por los escándalos de financiación del partido, que, tal vez, salen a la luz por haber intentado rectificar las relaciones en materia de seguridad con Estados Unidos. Abe se va a convertir en el primer ministro que más tiempo ha gobernado durante las últimas décadas, y su gobierno puede entenderse como el regreso al sistema de partido predominante, si bien supone un debilitamiento de la lucha entre facciones en el PLD, aunque estén vivas. Pues Abe renueva su mandato en las elecciones adelantadas dos años después, pese al inicio de una nueva recesión. Es evidente que la permanencia de un partido en el gobierno ha sido y es una de las características del modelo político japonés, algo inusual en Occidente, aunque se pueden citar casos de dictadura, y el de la Democracia Cristiana en Italia, menos prolongado en el tiempo, y, por lo que se refiere a Asia, siempre ha gobernado el mismo partido en Singapur, Malasia y Taiwán, y lo mismo en los países bajo dictaduras comunistas.

El gobierno de Abe trata de alentar el crecimiento con una política monetaria expansiva, y parcialmente liberal, para poner fin a la deflación de precios, reducir la deuda pública y estimular el crecimiento empresarial mediante paquetes de estímulo fiscal y desregulación de sectores. Lo hace aumentando la liquidez, a través del Banco de Japón, y el impuesto sobre el consumo para recaudar fondos que permitan aumentar el gasto público sin incrementar la deuda; es una medida impopular pero que no restará votos, pues este impuesto sigue siendo de los más bajos en el mundo desarrollado. Se recupera parcialmente el crecimiento, hasta el 2-3%, y el desempleo se mantiene muy bajo. Sin embargo, el consumo privado apenas aumenta, pues las familias mantienen un alto nivel de ahorro pensando en la vejez o en la compra de una vivienda, que es carísima en casi todos los lugares, y porque el ambiente sigue dominado por la incertidumbre, cuando no por la desconfianza hacia el futuro económico.

El liderazgo de Abe tiende a consolidarse, lo que le permite señalar problemas, que es una forma de reconocerlos. Uno es la deuda pública, enorme, imposible de resolver a corto plazo, pues Japón es ya el segundo país por volumen de deuda, y el primero si el parámetro es cómo afecta a su PIB, y lo mismo si atendemos a la deuda per cápita. Otro problema es el de la seguridad, a causa del programa nuclear del dictador coreano Kim Jong-un. El tercero, el envejecimiento de la población, con sus consecuencias sociales

y económicas. Más difícil será acertar con la solución, como muestran la persistencia del consumo interior bajo y las dificultades para abrir nuevos mercados a las exportaciones.

En octubre de 2017, aprovechando las divisiones en las filas de la oposición, Abe adelanta un año las elecciones y las gana. La alianza de su partido con el conservador Nuevo Komeito, queda muy por delante del Partido Constitucional Demócrata, escisión del desaparecido Partido Demócrata, y de otro partido nuevo, y también conservador, el Partido de la Esperanza, dirigido por una mujer, Yuriko Koike, quien acaba de imponerse al PLD en la gobernación de Tokio; Yuriko ha despertado muchas expectativas, con su carisma y propuestas como, en un partido conservador, el fin del uso de la energía nuclear (mientras que el PLD propone volver a poner en marcha varias de las centrales que permanecen paradas tras el accidente en la de Fukushima) y del sacrificio de los animales domésticos abandonados, pero a su partido le han perjudicado su incapacidad para presentar un frente unido con otras formaciones y su renuncia a ser candidata. La jornada electoral se desarrolla durante un día de fuerte temporal, que obliga a la evacuación de miles de ciudadanos y a la suspensión de vuelos. Si la legislatura no se ve afectada por ninguna debacle, Abe se convertirá en el más duradero primer ministro japonés de la posguerra. Y lo principal: el PLD y Komeito disponen de una mayoría superior a dos tercios de la cámara, por lo que Abe podrá plantear una de sus grandes propuestas, la reforma de la Constitución, en concreto del denominado *artículo pacifista,* para sustituir las Fuerzas de Autodefensa por un Ejército que disponga de más capacidades militares. Cualquier enmienda debe ser aprobada por una mayoría de dos tercios en ambas cámaras y por mayoría simple en referéndum. Se dice que, si la reforma sale adelante, Japón se dotará de un ejército ofensivo, pero la verdad es que ya posee unas fuerzas armadas con esa capacidad y que el auge de China, los conflictos territoriales con Rusia y la amenaza de Corea del Norte han servido al actual gobierno para justificar el plan quinquenal de defensa 2019-2024 con un presupuesto récord, que permitirá a Japón construir su primer portaaviones desde la Segunda Guerra Mundial, o reformar dos portahelicópteros, y dotarse de casi 200 cazas. De lo que se trata ahora es de que la Constitución permita que las tropas salgan al extranjero para ayudar a un aliado, Estados Unidos, en caso de conflicto con Corea del Norte o China, incluso si el territorio nacional no se viese amenazado, cuestión sujeta a interpretación.

A comienzos de su nuevo mandato, Abe anuncia nuevas inyecciones de dinero público en la economía y la subida del impuesto al consumo, del 8 al 10%, medidas no muy liberales pese al nombre de su partido. Y piensa en seguir al frente del gobierno cuando se inauguren los Juegos Olímpicos de Tokio, previstos para 2020, pero que se han aplazado a causa de la epidemia de coronavirus.

A la espera de esa cita tan emocionante, los japoneses se preguntan por el futuro, sobre todo el relativo a la economía, con la mente ocupada por recuerdos muy positivos y los problemas del presente. Durante la década de 2010, Japón ha ofrecido un modelo con deflación de precios y crecimiento pobre. El cambio en el valor de su moneda, la paridad con el dólar, ha resultado determinante: en 1949, el Plan Dodge, norteamericano, había fijado el valor del yen en 360 por un dólar, para favorecer las exportaciones, a comienzos de la década de 1970 y a mediados de la década de 1980 el mismo país demandó su apreciación, y esta superó el 70%, y la depreciación una década después no procuró una recuperación económica apreciable, a causa de la necesidad de importar productos agrícolas y bienes de consumo y componentes, una parte producidos por empresas japonesas en el exterior. Tal vez esto no hubiera ocurrido si Japón hubiese tenido el peso que tiene Estados Unidos en las instituciones financieras mundiales, y si el yen fuera una moneda de liquidez mundial, como el dólar, y como lo es el yuan chino a día de hoy, y si su relación bilateral con Estados Unidos no fuera tan fuerte, de dependencia, económica y política, por las relaciones de dirigentes de la derecha y, en consecuencia, de transigencia cuando en Washington se acusa a Japón de mantener su moneda subvaluada frente al dólar o de no hacer lo suficiente para reducir el déficit comercial. Solo queda añadir que Estados Unidos frenó el crecimiento japonés y, además, consiguió que una parte de las reservas japonesas se emplearan para comprar dólares, para defender al yen, y en financiar inversiones norteamericanas (López y Uscanga, 2015: 29); y que el presidente Trump, en su última gira asiática, ha pedido que las compras de armamento se hagan fundamentalmente a Estados Unidos para reducir el déficit comercial americano.

El sistema japonés, el del *milagro,* dijo adiós hace tiempo. Ya no existe la relación entre burocracia-partido gobernante-gran empresa propia de la etapa 1960-1990. Ni el entorno internacional de esos años, por los mecanismos de defensa establecidos por las administraciones norteamericanas

para su economía y por la competencia de China y Corea del Sur, que han multiplicado su productividad, gracias a una mano de obra abundante y barata, el dinamismo del consumo interno y la exportación de bienes. Tal vez resida aquí la explicación de por qué la política de tipos de interés muy bajo para incentivar la inversión no haya dado el resultado apetecido. Tampoco existe ya el sistema de regulación y protección, del que han ido renegando las empresas, por sus costes, lo que explica, en parte, que el consumo interno no crezca. No todas han respondido de la misma manera a los problemas de crecimiento, pero, en general han aumentado la edad de retiro y la participación de mujeres en el mercado de trabajo. Esto no significa que una serie de empresas, apoyadas en la productividad, la calidad y la creatividad, no hayan sido capaces de aprovechar las nuevas oportunidades que la misma crisis y la economía global fabrican. El retrato de la sociedad actual japonesa muestra problemas, pero también muchas cosas positivas. Si de economía hablamos, en la actualidad cabe hacerse por lo menos tres preguntas: ¿basta con decir que la renta per cápita ha crecido, pese a la deflación y la baja tasa de crecimiento, y que el desempleo afecta en 2019 solo al 2,3% de la población activa?; para seguir siendo competitivo ¿tendrá que modificar Japón la estructura de su economía?; ¿podría hacerlo?

7.2. *Política exterior y de seguridad*

7.2.1. Las relaciones con las dos Coreas

La relación histórica de Japón y Corea ha estado marcada por su proximidad geográfica, la influencia económica y cultural y una historia de invasiones. La relación actual lo está por el recuerdo de la dominación japonesa, la competencia económica Japón-República de Corea y la amenaza militar de Corea del Norte a ambos países.

Las relaciones Tokio-Seúl han mejorado durante los últimos años, bajo el empuje de la diplomacia de Washington (que mantiene y cobra por el contingente que defiende a Corea del Sur de un ataque del Norte) y de los intereses comunes, básicamente relativos a seguridad, por lo que significa para ambos el potencial militar de China y Corea del Norte. Cuando surgen conflictos, el motivo suele ser estar relacionado con la competencia comer-

cial, y con las restricciones que Japón impone, fundamentalmente en las exportaciones para fabricar semiconductores, producto estrella de las ventas al exterior de su vecino, y el gobierno de Seúl suele responder no compartiendo datos de inteligencia militar. Pero tienen como trasfondo el trauma de la invasión japonesa, las mujeres empleadas como esclavas sexuales para satisfacer al ejército invasor, y los hombres obligados a trabajos forzados para lucro de empresas japonesas. En 2018, la Corte Suprema de Corea del Sur establece que los ciudadanos pueden solicitar reparaciones de daños a aquellas firmas. Por su parte, el gobierno japonés se remite al acuerdo bilateral de 1965, que estableció el pago de 717 millones de dólares en préstamos y cesiones, lo que habría servido para resarcir a las víctimas y zanjar el asunto, lo que niega el gobierno de Seúl, mientras que las supervivientes a la esclavitud sexual y varias asociaciones reclaman, desde hace veintiséis años, todos los miércoles en la capital, que el gobierno japonés reconozca el carácter oficial de los crímenes y presente una disculpa clara. Otro contencioso entre Japón y la República de Corea es por un asunto habitual en el este de Asia, la soberanía sobre islas y arrecifes, en este caso por las islas Takeshima, nombre japonés, y bajo soberanía surcoreana, ricas en recursos pesqueros y reservas de gas natural, y que fue vía de penetración japonesa en la península coreana (Mayumi, 2016: 10).

Es sabido que la propuesta de reformar el artículo 9 de la Constitución responde al deseo de una parte de la clase política y de la sociedad de que Japón sea un *país normal,* por si surge la necesidad de acudir en ayuda de un aliado y por la de atajar el peligro que representa Corea del Norte. Aunque la reforma constitucional sigue dividiendo a la sociedad y, en las encuestas, los opositores siguen por delante, Abe sabe que dispone de margen de maniobra. A finales de 2017, se declaran a favor de la reforma constitucional el 37% de los ciudadanos, y en contra un 40%. Las opiniones favorables crecen mientras acontece lo siguiente: después de desarrollar un programa nuclear y de dotarse de misiles balísticos de medio y largo alcance, el dictador coreano Kim Jong-un, el nieto del dictador comunista que fundó la República Popular Democrática de Corea, ordena en 2016 ataques simulados con misiles contra los puertos y bases aéreas de Corea del Sur, y declara que hundirá en el mar a Japón; de hecho, en marzo de 2017 el gobierno de Pyonyang lanza cinco misiles, de los que cuatro alcanzan el mar del Japón, para entrenar un ataque con cabezas nucleares, de saturación del escudo

antimisiles y contra objetivos determinados, y, en el verano, completa su sexta prueba nuclear y lanza dos misiles que sobrevuelan el territorio japonés antes de caer en aguas del Pacífico. Poco después, las palabras del presidente Donald Trump, amenazando con destruir por completo a Corea del Norte, son sustituidas por una negociación con el dictador coreano.

7.2.2. Las relaciones con Rusia y China

Existen otros temas de preocupación en materia de seguridad, pues en el este de Asia se vive un pulso de potencias que afecta cada vez más a Japón. Aparte de que el desafío coreano es una fuente de inquietud, el pulso que domina la región es entre China, Estados Unidos y Rusia.

Los dirigentes de Estados Unidos, que sigue siendo la primera potencia mundial, tienen la voluntad de hacer valer su primacía global y proyectan su fortaleza en una zona en la que cuentan con aliados y bases.

Por su parte, Rusia ha reorganizado sus fuerzas armadas, y las rearma bajo Putin, y mantiene una relación tensa con Estados Unidos, por diversas cuestiones, y con Japón, por la disputa sobre las islas Kuriles, que la URSS anexionó mientras finalizaba la guerra mundial y en las que ahora viven varios miles de ciudadanos rusos. La URSS había declarado que las cuestiones territoriales quedaron establecidas en el Acuerdo de Yalta y en la Proclamación de Postdam, mientras que en Tokio sostienen que ese acuerdo fue llevado a cabo por dirigentes de tres Estados en ausencia de Japón, por lo que carecería de legalidad internacional. Este es el motivo que sigue impidiendo la firma de un tratado de paz entre ambos países. No obstante, varias negociaciones conducen a la distensión. Japón acepta dialogar sobre la base de la declaración conjunta de 1956, que contempla la entrega a Japón de las dos islas más meridionales, y en Moscú están abiertos al diálogo; no, de momento, al acuerdo.

A los dirigentes japoneses les preocupa mucho más China que Rusia. Es así porque, en el ámbito internacional, el cambio fundamental es la consolidación de China como gran potencia económica, con alto nivel tecnológico, diplomática y militar. La sucesión a Hirohito abrió la posibilidad de mejorar las relaciones con China. Los primeros años del reinado de Akihito muestran el deseo de aproximación a los pueblos con los que siguen abiertas

heridas del pasado. Respecto a China, el emperador transmite sus disculpas por las atrocidades cometidas por el ejército imperial a la delegación de la China comunista que le visita en 1989, y lo mismo hace tres años después, durante la primera visita de un emperador japonés al coloso asiático. Entonces, las relaciones económicas están en fase de crecimiento, y el acercamiento comercial no hace sino intensificarse. En 2004, China sobrepasa a Estados Unidos como principal socio comercial de Japón. Y las relaciones económicas y por turismo tienden al alza.

Sin embargo, en general, las relaciones políticas Tokio-Pekín son tensas. Por motivos del presente y del pasado. Respecto al presente, China dispone de un poder económico que ha puesto al servicio del poder militar y ambos le sirven para extender su influencia sobre el que considera *su espacio*. China es el principal opositor a la reclamación japonesa de ocupar un asiento permanente en el Consejo de Seguridad. Además, las aspiraciones geopolíticas de China no han cesado de crecer desde el colapso de la URSS, que dio a China la oportunidad para una hegemonía regional, al tiempo que emergía como potencia mundial. En Japón preocupa su rearme, hasta ser el segundo país en gasto militar. Asimismo, el creciente control chino del mar del Sur de China, en una región que posee grandes reservas de petróleo y gas natural y que es una de las rutas marítimas más importantes del mundo, fundamental para el abastecimiento energético japonés. Por último, Tokio y Pekín (aunque también en Taiwán tienen algo que decir) disputan por las islas Senkaku (Diaoyu en mandarín), al sur de Okinawa, deshabitadas pero bajo vigilancia permanente de la marina japonesa, por albergar precisamente reservas de gas y petróleo. Respecto al pasado, la invasión japonesa de China sigue levantando ampollas, y los dirigentes japoneses no ayudan a cerrar las heridas. La visita del primer ministro Abe Shinzo al santuario de Yasukuni en 2014 es respondida con unas palabras del ministro de Exteriores chino, que incluyen la declaración de persona no grata en China en referencia al político japonés, y las siguientes sobre los criminales de guerra enterrados en el citado santuario: "Sus manos están cubiertas de sangre de las víctimas. Son fascistas. Son los nazis de Asia".

La tensión con China, y la amenaza de Corea del Norte son los argumentos japoneses para justificar no solo la reforma constitucional, sino también la escalada en el aumento del presupuesto de defensa para blindar el archipiélago por tierra, mar y aire, con nuevos sistemas de interceptación de misiles, y la adquisición de distinto tipo de armamento.

7.2.3. Estados Unidos: el principal aliado

Hoy, como ayer, la alianza con Estados Unidos es el pilar de la política exterior japonesa. Lo que ha cambiado es que la política de Japón se enfoca cada vez más hacia los vecinos asiáticos, y esto molesta en ocasiones en Washington, que trata de arrancar a Japón la máxima colaboración en la defensa de sus intereses en Asia.

Desde Washington se reclama a Japón que participe con tropas en la defensa de intereses que califica como comunes. Así lo hizo con motivo de la primera guerra del Golfo, en 1990, pero el gobierno nipón descartó esa posibilidad invocando el artículo 9 de la Constitución; no obstante, el gobierno entendió que estaba en juego el abastecimiento energético del país y, al igual que Alemania, abonó parte de los gastos militares norteamericanos. Además, en 1992, el gobierno aprobó la Ley de cooperación en misiones de pacificación de Naciones Unidas, que va a permitir el despliegue de las tropas en el extranjero: en Camboya y Angola ese mismo año, en los altos del Golán en 1996 y en Timor oriental en 1999. El cambio fundamental en esta política tiene lugar en 2003, durante el gobierno de Koizumi. Con motivo de la guerra de Irak, país invadido por Estados Unidos y Gran Bretaña, Japón aporta casi mil efectivos y, aunque la misión aparente de las tropas es la reconstrucción de Irak, sirven para asegurar el control de un país invadido.

Esa colaboración marca la tendencia, por las preocupaciones comunes, ya que el gobierno norcoreano ha mostrado su capacidad para lanzar ataques preventivos contra Corea del Sur, Japón y las bases norteamericanas en este país. De las 587 instalaciones militares que Estados Unidos posee fuera de su territorio, 122 están en Japón, y 83 en Corea del Sur, y son precisamente las más vulnerables, por su alto número y por la amenaza que representa Corea del Norte (González, 2017: 5). Una nueva fase del futuro compartido queda abierta con la visita de John Kerry, secretario de Estado, al memorial de las víctimas de Hiroshima, la primera de un alto cargo norteamericano. Es en abril de 2016, y le sigue, a finales de mayo, el presidente Obama, cuando asiste a la cumbre del G7, el grupo de países más industrializados. Durante la visita ninguno ofrece una disculpa por el ataque. Sí expresan pena por las tragedias que sufrieron los afectados y, recordando a los muertos, y en presencia de los *hibakusha*, los supervivientes, recuerdan el devastador coste humano de las guerras.

7.3. *Grandes retos a los que se enfrenta Japón*

7.3.1. La demografía. Una sociedad envejecida

Varios de los retos a los que Japón tiene que hacer frente, y no se dice en futuro porque hay cuestiones acuciantes, los comparte con otras sociedades desarrolladas. Pero algunos son específicos, entre estos la escasez de espacio, el hacinamiento en las ciudades, el enorme retraso en igualdad de género y conciliación laboral, el alto porcentaje de personas que dan el paso de la depresión al suicidio y la posibilidad de que la fuerza de la naturaleza dañe o destruya algunos de los grandes inventos energéticos humanos con los consiguientes efectos contaminantes e, incluso, de aniquilación de la vida humana.

Que otros retos sean similares, o los mismos, lo demuestra que desde la Unión Europea se hable hoy en día de riesgo de *japonización* para hacer referencia a la atonía en el crecimiento y en la inflación y al envejecimiento de la población. Este es un problema reconocido en Japón. En el país donde hace medio siglo se estudiaba el supuesto exceso de población, en función del territorio, ahora se analiza el vuelco en la pirámide de población, la denominada *revolución gris*.

Tres son, al menos, los elementos explicativos y tienen su raíz en los cambios sociales. El primero es el envejecimiento, que se acelera a partir de la segunda mitad de la década de 1990: la población de mayores de 65 era el 7% de la población en 1970, el 15% en 1996 y superior al 20% en 2005. Esta rapidez del envejecimiento "es incomparable en la historia de la humanidad" (López y Uscanga, 2015: 97). Los analistas afirman que en 2050 los mayores de 65 años serán casi el 40% de la población. El segundo es que Japón ha accedido hace varios años al primer puesto entre los países con más alta esperanza de vida, gracias a las características de su alimentación y el sistema sanitario, seguido por España y Suiza. Según datos del Ministerio de Salud, Trabajo y Bienestar, en 2009 era de 79 años para los varones, y de 86 para las mujeres, en 2017, de 81,09 para los hombres y 87,26 para las mujeres y en 2018 de 81,25 y 87,32, respectivamente; no obstante, desde mediados de los noventa, se percibe un incremento de las deficiencias en el sistema de bienestar y seguridad social, con el consiguiente aumento de las desigualdades y el empobrecimiento de un sector de la población, que impo-

sibilita que la citada esperanza de vida esté al alcance de todos. El tercer factor explicativo es que la población ha descendido por la bajada en la tasa de fertilidad, del 2,1 en 1970 al 1,26 en 2005, aunque después se ha recuperado, hasta el 1,46 en 2015. Los jóvenes japoneses cada vez se casan menos, lo hacen más tarde y tienen menos hijos. Sucede así porque su percepción del futuro económico es menos positiva que la de sus padres y, también, porque ha cambiado la escala de valores: en los jóvenes, la tendencia es a priorizar su independencia, por encima de las responsabilidades de la vida familiar o en pareja, lo que implica alejarse de las implicaciones de una relación amorosa, incluso de una relación sexual, sustituida por relaciones a través de la red informática o juguetes cibernéticos. Añádase que ha aumentado, mucho, la incorporación de mujeres al mercado laboral, pero en ausencia, o casi, de medidas de conciliación entre la vida laboral y la familiar. Precisamente, las solteras declaran en las encuestas que viven centradas en su trayectoria profesional por el temor a que la vida familiar, en una sociedad muy machista, las recluya en el hogar.

Así pues, si la población sumaba 125,4 millones de personas en 1995, 127,6 en 2010 y 127,1 en 2014, desde entonces ha descendido, a 126, 9 en 2016 y a 126, 5 en 2018, con una densidad muy alta, de 335 habitantes por kilómetro cuadrado. Y las previsiones oficiales apuntan a que, si se mantiene el actual índice de nacimientos, la población será en 2050 de 100 millones. Una consecuencia sería el mantenimiento del bienestar, pues serían menos para el reparto de la riqueza; otra que, con la tendencia constante de cada vez menos población en edad productiva y más población anciana, las pensiones del futuro están amenazadas. Por este motivo ha cobrado más actualidad un debate surgido en los años noventa, sobre si relajar, o no, la política de extranjería, para permitir que más personas no nacidas en Japón emigren al país; desde entonces, esta ha sido la tendencia, de forma que en la actualidad superan los 2,5 millones, aunque para una parte de la sociedad esto significa una amenaza para la *homogeneidad japonesa*.

Lo dicho convierte a Japón en el país más acuciado en la búsqueda de soluciones, al menos para afrontar los gastos en sanidad y pensiones y mantener el nivel de bienestar material; el aumento de mujeres en el mercado laboral es, por el momento, un recurso insuficiente. Va a ser objeto de estudio, máxime cuando los dirigentes japoneses tendrán que hacerlo partiendo de la realidad de una presión fiscal baja y un alto endeudamiento público.

7.3.2. Depresión y suicidios

Otro elemento destacable es el aumento de los casos de depresión, desde que frenara el crecimiento económico. Las causas son la pérdida del empleo, las circunstancias del trabajo a tiempo parcial, la imposibilidad de acceder a un empleo de calidad después de estudiar una carrera universitaria y lo que los afectados entienden como presión social. También influye que empobrecimiento y envejecimiento se junten para deteriorar las redes sociales, y lo mismo la despoblación de áreas del país, como en España, mientras sigue llegando gente a las grandes concentraciones urbanas, Tokio, Osaka y Nagoya.

En contraste, a diferencia de lo ocurrido en otros países desarrollados, donde organizaciones terroristas de diversas tendencias han actuado durante las décadas anteriores, y algunas se mantienen operativas, en Japón el terrorismo ha tenido menor relevancia. No se puede olvidar que, a mediados de los años noventa, hay episodios de violencia política y que aparece una organización terrorista. Es el caso de Aum Shinrikyo, Verdad Suprema, una secta neo budista, dirigida por hombres y mujeres con educación superior que practican un discurso apocalíptico. En 1995, un grupo de esta organización ataca con gas sarín a viajeros del metro de Tokio, matando a doce personas e hiriendo a más de 5.000; sería este un paso de su proyecto de destrucción de una sociedad tecnificada, ultramoderna y supuestamente carente de significado espiritual, y cuyo fin debería haberse producido, según sus cálculos, el año anterior. Afortunadamente, el terrorismo ha afectado muy esporádicamente a Japón.

No cabe decir lo mismo de los actos de suicidio. Mientras que el rechazo violento a la sociedad tecnificada es la manifestación de una ínfima minoría, el rechazo pasivo afecta a muchas más personas. Hace tiempo que occidentales de otros países expresaron su extrañeza por el hecho de que los japoneses no mostraran síntomas de fatiga por una productividad debida a una jornada laboral larga, a la que se suman horas extra y el tiempo empleado en llegar al trabajo y regresar al hogar. Pero lo cierto es que no todo el mundo lo aguantaba, que ya se hablaba hace unas décadas de casos de muerte por fatiga y que ahora se estudian el fenómeno del suicidio por trabajo extra, desde el punto de vista médico, y, por sociólogos, la erosión de la cultura centrada en el trabajo.

Japón ocupa la segunda posición mundial en tasa de suicidios, por detrás de Corea del Sur. En 1997 fueron 23.000 los muertos por esta causa, casi 30.000 al año siguiente. La mayoría son hombres y los motivos, manifesta-

dos o supuestos, casi siempre de índole económica y el creciente aislamiento social. Tal vez esto ocurra porque, para mucha gente, ese acto forma parte de las tradiciones del país y es percibido como aceptable moralmente, en tanto que fruto de una decisión coherente, para preservar el honor. El mayor número de suicidios se da en 2003, 34.427 casos, para a continuación empezar a disminuir, para ser en 2016 y 2017 en torno a 21.000, y decreciendo. Empero, los casos han aumentado entre los niños en edad escolar y, sobre todo, entre los adolescentes, siendo los factores explicativos el miedo a compañeros, el estrés por los estudios y la falta de atención en el hogar o problemas familiares; el suicidio es la principal causa de muerte entre los jóvenes.

7.3.3. La fuerza de la naturaleza

A) ¿El peligro es solo la naturaleza?

Al principio de estas páginas, se ha hablado de la importancia en la vida de los seres humanos de la fuerza de la naturaleza, en concreto de los japoneses. Ahora debe incidirse en este tema, y señalarse, además, que decisiones humanas erróneas para el bien del conjunto de una nación, incluso de la Humanidad, pueden aliarse con la fuerza destructiva de la naturaleza. Pues Japón ha sufrido casos de contaminación no distintos, pero sí más graves que los que han venido afectando a las sociedades occidentales más industrializadas, como varios de contaminación acústica y medioambiental durante el período 1960-1980, cuando se situaron complejos petroquímicos en zonas de costa de aguas profundas para abaratar el tratamiento y transporte del petróleo.

Sucede, además, que las catástrofes naturales han sido, y son, habituales en esta zona del mundo, y casi imposibles de predecir. Pero su capacidad destructiva se ve beneficiada en ocasiones por la mala planificación, o la ausencia de esta, en obras relacionadas con la actividad económica, como son los patrones de asentamiento en tierras bajas a nivel del mar, situación que afecta a numerosos distritos del Tokio metropolitano, Nagoya, Osaka y otras ciudades, y al grueso del sector industrial, una parte del cual se asienta, incluso, en zonas ganadas al mar.

Hasta fecha reciente, ningún gobierno ha querido reconocer que el fenómeno del cambio climático propiciado por la acción humana (incluso

algunos han negado esta realidad) podría tener consecuencias negativas para sus sociedades, y que el modelo de crecimiento podría aliarse con la fuerza destructiva de la naturaleza para ocasionar gravísimos daños humanos y materiales. Es decir, pensando en Japón, que el cambio climático incida sobre fenómenos de la naturaleza y que esta actúe sobre asentamientos humanos e industriales situados junto a la costa, incluyendo los recursos de un determinado modelo de abastecimiento de energía.

Japón ha sufrido durante las décadas anteriores fenómenos naturales, terremotos y tsunamis, debidos a los movimientos tectónicos y la brusca aparición de tempestades generadas por tifones, con los bautizados como Ida, en 1958, y Vera, en 1959, como mejores ejemplos, a modo de adelanto, de los daños que puede causar la variación en el nivel del mar. Pues, en efecto, las tormentas y las tempestades son fenómenos de la naturaleza, pero el ascenso del nivel del agua y la elevación de las temperaturas de los océanos han variado el patrón de las precipitaciones y aumentado la aparición e intensidad de las tormentas y la capacidad devastadora de los tsunamis. En enero de 1995, un potente terremoto destruye una parte de la ciudad de Kobe, en el noreste, y causa más de 6.400 muertos, y a este le sigue el de Chuetsu, en octubre de 2004, que destroza calles enteras, hace descarrilar trenes y destruye otras infraestructuras, causando 52 víctimas mortales y cientos de heridos.

B) El terremoto y tsunami de 2011

Se ha dicho que la mayoría de los principales seísmos o erupciones volcánicas submarinas se han producido en alta mar y generado un tsunami. Pues bien, varios de los principales han tenido su origen en el nordeste de Japón, a lo largo de una fosa oceánica que se crea cuando la placa del Pacífico desciende por la placa de Okhotsk frente a la costa de Sanriku. Ese fue el origen de los tsunamis que afectaron a Tonankai, en 1944, y a Nankaido, en 1946. También del terremoto acontecido el 11 de marzo de 2011 como consecuencia de una superposición de fallas cerca de la citada fosa oceánica. En esta ocasión, al desastre natural, terremoto y tsunami, se suma un accidente nuclear. La antesala de lo que podría ocurrir si un fenómeno natural afectara a una central nuclear construida en una zona de

riesgo sísmico, o con fallos en su sistema de seguridad, lo aporta el acontecido en la costa de Chuetsu en julio de 2007, que causa graves daños a la planta nuclear más grande del mundo, si bien un número bajo de muertos. No ocurre así en marzo de 2011. El día 9 tienen lugar sacudidas en ciudades del norte y el día 11 varias afectan al nordeste del país, culminadas con un megaterremoto, de magnitud 9 en la escala de Richter, a unos 130 kilómetros de la costa, que resquebraja el fondo del mar; es el mayor terremoto en la historia de Japón y el cuarto más potente del mundo desde el establecimiento de un sistema de registros en 1900, al que siguen una serie de réplicas. La zona cero del terremoto se encuentra bajo el mar y el temblor produce un tsunami de olas de más de quince metros, y algunas de más del doble, que llegan a la costa nororiental del país, a las regiones de Tohoku, Chubu y Kanto, al noreste de Honshu, la isla principal y más poblada del archipiélago, incluyendo el área de Tokio. Algunas olas llegan hasta diez kilómetros tierra adentro y una franja de 500 kilómetros de costa queda devastada y, dado que la gente no puede huir a tiempo, pese a la alerta, mueren 20.042 personas. Es el desastre natural más caro de la historia, y el de mayor impacto geológico, con alcance mundial, ya que el temblor desplaza 2,4 metros al este la isla de Honshu, y altera el eje de la Tierra unos diez centímetros.

C) La mano del hombre puede ser más destructiva

Lo dicho es solo una parte de lo sucedido. Pues acontece también el más grave caso de contaminación radioactiva desde la explosión en la central ucraniana de Chernóbil (URSS, 1986): el tsunami barre casas, hospitales, escuelas e impacta en la planta nuclear de Fukushima Daiichi, situada en la prefectura de Fukushima, justo en el centro de la zona afectada, provoca la fusión de tres reactores nucleares y, como consecuencia del accidente, el escape radiactivo contamina las zonas y poblaciones próximas; la central es propiedad de la cuarta mayor eléctrica del mundo, la Tokio Electric Power Company, la cual, pese a tener como eslogan "La energía atómica es el motor de nuestro brillante futuro", ha tenido dos accidentes graves en años previos y ha falseado informes de seguridad. Según los cálculos hechos por científicos, la fusión produce 170 veces más cesio y dos veces más estroncio

que la bomba sobre Hiroshima, y el material radiactivo permanece en todo, incluyendo suministros de agua y leche materna, y se extiende por todo el país, al tiempo que se infiltra en la cadena alimentaria nacional. La planta nuclear afectada proveía el 6% de la electricidad del país, y su paralización limita el suministro de energía y afecta a la cadena productiva. El gobierno responde con celeridad y bastante transparencia, algo que no hace la empresa; sin embargo, la desconfianza de la sociedad respecto a sus representantes, responsables de las decisiones, se agudiza. Durante más de dos años, todos los reactores, menos dos, permanecen parados, para una inspección de seguridad. Otras consecuencias económicas son el descenso de ventas de los productos japoneses en el mundo y de la tasa de crecimiento nacional. La otra parte negativa es la tragedia humana: los muertos, los heridos, los enfermos por daños radiológicos y psicológicos (diversas secuelas, enfermedades y aumento de los suicidios), y los 580.000 desplazados, una parte de los cuales sigue viviendo, ocho años después, en barracones prefabricados, unos por haber perdido su casa, otros por la radiactividad que persiste en los hoy pueblos fantasma. Otro problema pendiente es la situación en la planta de Fukushima 1, pues no se sabe cómo retirar el material radiactivo de los reactores; los gestores se limitan a mantener los reactores fríos y sellados. El desastre impulsa a recordar otros del pasado y las recomendaciones de filósofos antiguos, centradas en la reflexión sobre lo efímero de las posesiones terrenales, y a elaborar propuestas sobre la necesidad de cambiar la forma de pensar y de vivir. Asimismo, a recapacitar sobre el hecho de que el país haya destinado, durante los últimos años, el 95% del presupuesto nacional para investigación y desarrollo energéticos a la energía nuclear y que, antes del desastre, el 29% de la electricidad de Japón proceda de 54 reactores nucleares, sin que, aparte los percances sufridos en varias centrales, se hayan resuelto cuestiones como la eliminación de residuos y el almacenamiento del combustible gastado, que es apto para fabricar miles de armas nucleares. Pese a que varios científicos cuestionan la seguridad de las centrales, los políticos gobernantes vuelven a apostar por la energía nuclear, prefiriendo señalar a la naturaleza como responsable de este y otros daños. Hay excepciones, pues quien ejerce el cargo de primer ministro cuando tiene lugar el desastre, Naoto Kan, reniega de la energía nuclear, pasa a colaborar con Greenpeace y pide el cierre de los reactores. Pero, cinco años después, el gobierno de Shinzo Abe, presionado por grupos empresariales, defiende la idea de reactivar

todos los reactores posibles; en 2016 hay tres en funcionamiento. Y aunque varias poblaciones sufren una grave contaminación, esto no impide que las autoridades empujen a la gente a regresar, para así argumentar que es posible volver a poner los reactores en funcionamiento.

La fuerza de la naturaleza no ha dejado de causar daños en el país durante los últimos años, y obligado a seguir pensando en el riesgo que entrañan las plantas atómicas en cualquier lugar, y especialmente en aquellos de mucha actividad sísmica. En 2018, las intensas lluvias en el oeste causan varias muertes y un terremoto sacude Hokkaido causando 41 víctimas y un apagón en la región. En octubre de 2019 es el tifón Hagibis el que causa más de cuarenta muertos y deja a más de 100.000 hogares sin electricidad. En esta ocasión no sufren daños las plantas nucleares. No obstante, el miedo a la fuerza de la naturaleza ha aumentado durante los últimos daños, por su capacidad destructiva sobre la sociedad humana y por lo que pueda suceder cuando se asocie a la irresponsabilidad de los gestores de la sociedad.

Conviene estar atentos a las respuestas que da Japón a los problemas y a los retos contemporáneos, para aprender de sus aciertos, y de sus posibles errores. No será la primera vez que *otros occidentales* nos fijemos en su toma de decisiones.

7.4. *La cultura japonesa a la que mira el mundo*

7.4.1. Elementos propios de la cultura japonesa

En Japón se mantiene viva la pugna entre ser japonés asiático y japonés moderno. Una parte de la sociedad cree que ellos, los japoneses, forman una población única y homogénea étnica y culturalmente, y que una parte de sus particularidades son difíciles de entender por los extranjeros.

Y, desde luego, a los occidentales les sorprende el estilo de las relaciones interpersonales, que incluye una generalizada cortesía, *cierta rigidez*, a veces silencio, que desconcierta, así como el apego a la ética confuciana, de la que derivan las manifestaciones de vergüenza por defraudar con el comportamiento y los rituales de la diligencia en el trabajo. Ciertamente, la japonesa es una sociedad culturalmente homogénea, mucho si la comparamos con la española, y la heterogeneidad la apreciamos en la diversidad de las clases

sociales y laborales, y la regional, generacional y de género. Esto no impide que, cada vez más, las modas y gustos juveniles sean mucho más occidentales que asiáticos y que las elites culturales y económicas vivan impregnadas por la cultura europea, como muestra el gusto por su música clásica, sobre todo Beethoven, y por la estadounidense, expresada en el gusto por el jazz, antes de la guerra mundial y después, hasta hoy en día; y, entre las elites, autores como Goethe, Shakespeare, Tolstoi y Cervantes son tan conocidos como los grandes escritores nacionales.

Por supuesto, siguen existiendo elementos culturales propiamente japoneses. Algunos son pocos conocidos por los occidentales que no han viajado a Japón. Este es el caso de los estanques de carpas de colores como elemento decorativo de los jardines, y, más aún, el amor por las carpas, por sus tonos cromáticos, su buen carácter y unos movimientos que invitan al sosiego, *flores acuáticas* objeto de colección, que viven entre 40 y 50 años y pueden alcanzar precios estratosféricos. Y menos aún el Seijin no Hi, el ritual de transición a la madurez, la costumbre, que se remonta al siglo VIII, de consagrar cada segundo lunes de enero a aquellos que abandonan la adolescencia y se encaminan hacia la responsabilidad de la edad adulta: cuando cumplen veinte años acuden a sus respectivos ayuntamientos para escuchar un discurso de las autoridades, vestidos de sus mejores galas, y después salen a celebrarlo, a menudo a un parque de atracciones.

Otros elementos de la cultura japonesa son mucho más conocidos, incluso populares, en Occidente: los jardines, no dominados por la perfección geométrica sino por la recreación de la naturaleza y lo que inspira su poesía, las artes marciales, la cocina, el diseño, el manga, el anime y la literatura. Entre los escritores, uno de los autores vivos más conocido en el extranjero, y que además suena para el Nobel, es Haruki Murakami, el autor de *Tokio blues*, *La caza del carnero salvaje* y *1Q84*. Se le podría considerar uno de los escritores más occidentalizados, por la influencia de la cultura norteamericana, y por algunos de sus títulos, personajes y situaciones, como *Kafka en la orilla* y *La muerte del comendador*, que refiere a una escena de la ópera *Don Giovanni*. Pero, si bien su narrativa tiene una vertiente realista, es considerado un representante del realismo mágico, alguien capaz de convertir lo cotidiano, a veces a través del sueño, en mágico, y donde lo iniciático desempeña un papel fundamental en el relato, y lo mítico de su narrativa se fundamenta en la tradición japonesa (González, 2010: 512).

7.4.2. *Manga* y *anime*

Algunos productos de las llamadas industrias culturales han alcanzado popularidad mundial, promocionadas por los gobiernos, por su potencial económico y cultural. Destacan las películas de Godzilla, de 1954 a 2019, un monstruo ficticio, como un dinosaurio mutante que lo mismo genera el caos que salva a Japón y al mundo de diversos peligros. Y sobre todo el *anime* y el *manga*, que son palabras que utilizan los japoneses para referirse, respectivamente, a largometrajes o series de animación y a cómics o historias gráficas en un medio impreso de cualquier nacionalidad, pero que en el mundo occidental se emplean para hacer referencia a obras nacidas en Japón.

El manga, que tiene su origen en los dibujos sobre madera, vivió un nuevo impulso después de la guerra mundial y fue especializándose en diversas corrientes temáticas, como ciencia ficción, guerra, erotismo y pornografía sadomasoquista. Uno de los principales artistas es Tezuka Osamu, cuyos relatos protagonizados por personajes que se enfrentan a problemas que no pueden resolver han atraído a lectores adultos de nivel cultural medio y alto. Otro artista de renombre internacional es Jiro Taniguchi, gracias a *El caminante* (1991), varios álbumes de carácter autobiográfico, como *Barrio lejano* (1996) y, para los interesados en la gastronomía japonesa, *El gourmet solitario* y *Paseos de un gourmet solitario*. El manga no para de crecer como manifestación artística y es cada vez más plural y variada. Atrae a los jóvenes, chicos y chicas, y a adultos, con autores y autoras, estas también con series de éxito, como es el caso de Machiko Hasegawa; y existe una variedad de manga hecho por y para mujeres, el *shojo manga*, con argumentos casi desconocidos fuera de Japón.

Los *anime* han desarrollado temas de fantasía, siendo algunos de los más celebrados los dedicados a la muerte de la naturaleza y la batalla para evitarla y a explorar el lugar del ser humano en el mundo natural. Uno de los autores de más renombre es Miyazaki Hayao, a quien se deben *Nausicaa del Valle del Viento* (1984), con una muchacha intentando salvar el medio ambiente en un mundo tóxico, y *La princesa Mononoke* (1997), la historia de una joven criada por lobos-dioses de la naturaleza. Otros *anime* son historias de samuráis y de terror, varios de éxito internacional, y relatos pornográficos. En 2003, la película *El viaje de Chihiro* gana el premio de la Academia de Hollywood a la mejor película de animación; es la primera vez que ese premio no se lo lleva una obra hecha en Estados Unidos.

7.4.3. La soledad, tema del arte

Antes de que Japón se sumergiese en una fase de crecimiento lento, la depresión y la soledad eran situaciones que afectaban a un número creciente de personas que vivían, y viven, en una sociedad rica. En una reacción al materialismo consumista, una parte de los japoneses se preguntan por qué no sienten una gran satisfacción con el disfrute de esos bienes, por qué no son, o se consideran, felices o por qué no sienten con intensidad lo que se supone que es la felicidad.

Al parecer, se están manifestando dos tendencias, una que reclama más tiempo para vivir en sociedad, otra que consiste en el aislamiento, en limitar las relaciones con otros. Desde luego, lo que demandan muchos japoneses es más vida personal, más tiempo para sí mismos y para dedicarlo a sus familiares y amigos, otro estilo de vida. Así se reflejaba en un estudio oficial en 1990, el Libro Blanco de la Vida Ciudadana Japonesa, y esa demanda no ha parado de aumentar hasta nuestros días.

Al mismo tiempo, ha ganado terreno la tendencia a la soledad, a unas relaciones sociales escasas fuera del lugar de trabajo, lo que incluye la disminución de las prácticas sexuales. Los estudios señalan que han disminuido en varios países, o que, al menos, desciende el sexo en pareja, y sobre todo entre las parejas casadas, sustituido por el sexo con uno mismo y con las imágenes en la pantalla de un ordenador. Sin embargo, respecto a Japón se citan algunas características específicas, como es el descenso del sexo entre los jóvenes, la denominada *crisis de virginidad* y la drástica disminución del apetito sexual; un cuarto de su población joven por debajo de 40 años declara no haber tenido la experiencia de desear a otra persona.

También es significativo que hayan nacido en Japón algunas de las iniciativas para combatir la soledad, como pagar a un desconocido para que te acompañe a un funeral o a una cena familiar tras un divorcio, si bien es Estados Unidos el país donde más iniciativas están funcionando, y ganando dinero, para que gente combata su soledad, como comprar abrazos, paseos en compañía o actividades familiares. Tal vez ocurre que, sencillamente, Japón ha ido por delante en el camino hacia una sociedad de gente aislada, que interactúa más con las máquinas y menos con las personas. Uno de los artistas que mejor describe la soledad y la incomunicación, el uso excesivo de la tecnología y la ocupación casi total del tiempo de ocio por el consumo,

es decir, la deshumanización, es Tetsuya Ishida, fallecido en 2005, a los 32 años, aparentemente suicidado al arrojarse a las vías del tren, y cuyas obras, siempre con el mismo protagonista, un hombre genérico representado en todas las edades, han sido descritas como surrealismo kafkiano. Por ejemplo, el acrílico sobre tabla *Repostar comida,* o *Retirado,* una imagen atroz, un cuerpo troceado y empaquetado, como una mercancía más de la cadena de producción-destrucción, que denuncia los muertos por exceso de trabajo, y tal vez también la situación de los *hikikomori,* los jóvenes que viven casi totalmente aislados, encerrados en sus cuartos, parapetados en el anonimato con el que les blinda su ordenador. En otras obras, como *Invernadero,* nos presenta a personajes atrapados en espacios imposibles o transformados en máquinas antropomorfas.

7.5. *El comienzo de una nueva era*

En Japón acaba de comenzar una nueva era. El 30 de abril de 2019 abdica el emperador del trono del Crisantemo, Akihito, a sus 85 años, después de tres décadas en el trono, por sus problemas de salud; el último emperador que abdicó lo hizo en 1817. El relevo se orquesta en una serie de ceremonias que culminan con la proclamación oficial del nuevo emperador, en octubre. Termina así la era Heisei. Le sucede el príncipe heredero, Naruhito, de 59 años, que ha visitado España en seis ocasiones, y comienza la era Reiwa, a partir de dos ideogramas de origen chino, que pueden traducirse como *agradable* y *armonía,* que proceden de una colección de poemas japoneses del siglo VII que describen los cambios en las estaciones del año. Su significado debe interpretarse como el nacimiento de una civilización donde los seres conviven en armonía. Desde el 1 de mayo, fecha de su inicio, los calendarios, documentos oficiales, certificados e impresos llevan ese símbolo.

A uno de los actos tradicionales, la presentación de los tesoros imperiales a Naruhito por los chambelanes, no pueden acudir las mujeres de la Casa Imperial, sí el gobierno en pleno, con su única ministra. Se ha hablado de depresión, y debe señalarse que una de las personas afectadas, desde hace años, es precisamente la princesa Masako, una diplomática formada en Harvard a la que las normas de la familia imperial impidieron durante once años, hasta 2013, que acompañara a su esposo en los viajes oficiales al

extranjero, y desde ahora sometida a la agotadora actividad oficial que desempeña el emperador, que vivió con angustia la circunstancia de *no darles* a su marido y al país un heredero varón y cuya única hija ha sido excluida de la línea sucesoria, en la que sí están su tío, el príncipe Akishino, y el hijo de este, ya que en Japón rige la ley sálica. Es un indicativo más del machismo que sufren las japonesas: según el Foro Económico Mundial, el país ocupa el puesto 110 de 149 sobre igualdad de género.

Nunca está justificado, casi imposible creerlo en un país moderno, dinámico en otras muchas cosas. Esperan los Juegos Olímpicos y después, en 2025, la Exposición Universal, de nuevo en Osaka.

(En Pozuelo de Alarcón –Madrid–, 15 de noviembre de 2019, cuando el emperador ofrece por primera vez el grano de la cosecha de arroz a sus ancestros y divinidades de Japón, por la paz y prosperidad de la nación, durante el ritual shintoísta del festival de Daijosai).

Selección de textos

1. *El pensamiento Jôi, Aizawa Seishisai, 1782-1863*

Antes de la era Meiji, varios pensadores plantean la necesidad de reformas administrativas y económicas. Desean el mantenimiento de las tradiciones culturales y del orden social, de la esencia nacional, a partir de la idea de que Japón es la tierra amada y preferida por los dioses. Sin embargo, están atentos a la progresión en Asia de los intereses extranjeros y, sabido lo que acontece en China, les preocupa la falta de iniciativa de la clase dirigente para que Japón permanezca libre de la penetración de ideas foráneas y de la imposición de acuerdos comerciales. Sería preciso organizar la defensa con más y mejores medios:

> Nuestra Tierra Divina está situada donde se levanta el Sol, donde se origina la energía primordial. Los Herederos del Sol han ocupado el Trono Imperial de generación en generación sin interrupción desde los tiempos inmemoriales, y la posición del Japón en el centro de la tierra lo convierte en el punto de referencia de todas las naciones (...) Actualmente, los bárbaros del Oeste, los órganos inferiores, los pies y las piernas del mundo, recorren los océanos (...) y osan poner el pie sobre las naciones más nobles (...) Es evidente que los occidentales, por sus errores y por pasarse de la raya, están a punto de provocar su propia caída. Pero el proceso vital de la Naturaleza está compuesto de generación y corrupción, y el Cielo puede ser vencido por la fuerza colectiva de los hombres reunidos en gran número; a menos que aparezcan grandes hombres, asistidos por el Cielo, todo el orden de la Naturaleza será una presa para los bárbaros (...)

> Algunos dicen que los occidentales no son más que unos bárbaros extranjeros, que sus barcos son de comercio y pesca, que no son gente capaz de hacer grandes daños o causar serios trastornos: los que así opinan se fían en el hecho de que el enemigo no viene a invadir nuestro país (...); si les pregunto si están preparados para rechazar una invasión, se miran con aire ausente y no contestan. ¿Cómo esperar de tales individuos que defiendan el orden de la Naturaleza contra la subversión de los bárbaros occidentales?
>
> No he podido refrenar mi indignación y mi dolor ante esta situación. Por esto he osado publicar un plan de lo que nuestro país debería hacer. La primera parte se refiere a nuestra estructura nacional (*Kokutai*) (...); la cuarta trata de la defensa (...); la quinta es un plan a largo plazo de la educación del pueblo (...)
>
> *Shinron* (Nueva Doctrina), 1825,
> en Mutel, J., 1972, pp. 25-26

2. La Constitución de 1889. Entre la modernización y la tradición

La ley suprema de la era Meiji es una carta otorgada por la Casa del *Tenno*. Lo dicho invita a pensar en el liberalismo más conservador occidental y, de hecho, la era Meiji supone una reforma que afecta a casi todo lo japonés. Con una excepción. No modifica la condición del emperador, que sigue siendo de origen divino. Que el emperador sea descendiente directo de la diosa Amaterasu y se confunda la Casa del Tenno con la sustancia nacional tendrá consecuencias profundas en la vida cultural y política de los japoneses, rentabilizada por los políticos conservadores, y para sus relaciones internacionales:

> Preámbulo
>
> Habiendo ascendido al trono por sucesión lineal ininterrumpida a través de siglos y en virtud de múltiples glorias logradas por nuestros antepasados (...) de acuerdo con nuestro pueblo y contando con su apoyo, por este medio promulgamos –en cumplimiento de nuestro edicto del duodécimo día del décimo mes del año 14 de Meiji– una ley fundamental del Estado (...)
>
> Los derechos y la soberanía del Estado que legaremos a nuestros descendientes son los que hemos heredado de nuestros ancestros (...)

Capítulo I. El Tenno

Artículo 1. El Gran Imperio de Japón es regido y gobernado por una línea ininterrumpida de Tenno a través de decenas de miles de generaciones.

Art. 2. El trono imperial es heredado por los descendientes varones según lo establecido por la ley de la Casa del Tenno.

Art. 3. El Tenno es sagrado e inviolable.

Art. 4. El Tenno es la cabeza del Estado; reúne en su persona los derechos de soberanía, los que ejercita de acuerdo con las disposiciones de la presente Constitución.

Art. 5. El Tenno ejerce el Poder Legislativo con la colaboración de la Dieta Imperial.

Art. 6 El Tenno sanciona las leyes y ordena su promulgación y vigencia.

Art. 11 El Tenno ejerce el mando supremo del ejército y de la marina".

Preámbulo y comienzo del Capítulo I
de la Constitución de 1889,
en Michitoshi *et. al.*, 1992, pp. 69-72

3. *Directrices para la expansión en Asia*

Tras las victorias sobre China y Rusia, la consolidación de Japón como potencia internacional como resultado de la Primera Guerra Mundial y la posesión de un ejército de tierra poderoso y bien entrenado y de la tercera marina de guerra del mundo, en la segunda mitad de la década de 1920 los gobiernos japoneses apuestan por la obtención de recursos necesarios para su economía en China y zonas adyacentes mediante el empleo de la fuerza y por la expansión territorial. Es interesante, a este respecto, la Directiva del ministro de Exteriores, Tanaka, al ministro suplente Jori con motivo de la Conferencia de Oriente hacia China y de su perspectiva de acciones futuras en China, Mongolia y Manchuria, con fecha de 7 de julio de 1927:

Será fundamento de nuestra política con China asegurar la paz del Extremo Oriente y favorecer la coprosperidad chino-japonesa. En cuanto al método, teniendo en cuenta la posición especial de Japón en el área, la política hacia China continental y hacia Manchuria y Mongolia debe ser de diferente naturaleza (...)

1.Aunque en estos momentos es urgente que en China se estabilice la situación política y se recupere el orden político, lo más conveniente sería dejar que los propios chinos lo lograran.

Por lo tanto, en el marco de la guerra intestina o de la lucha política que se está librando en China, no debemos apoyar a ningún partido ni mostrar una inclinación especial hacia una u otra facción (...)

5. Mientras tanto, existe la posibilidad de que, aprovechando la intranquilidad de la situación política general de China, el sectarismo de las facciones pueda perturbar el orden público y conducir a algún incidente internacional desafortunado (...) en caso de que se cometan violaciones a los derechos e intereses del Imperio en China, así como a la vida y los bienes de los residentes japoneses, habrán de tomarse enérgicas medidas de autodefensa tendentes a protegerlos.

8. Si acaso los disturbios se extendieran a Manchuria y Mongolia, causando perturbaciones en el orden público y haciendo peligrar nuestra posición, o nuestros derechos e intereses especiales en la región, sin importar de dónde vengan, es necesario que tomemos todas las medidas adecuadas para defender y mantener la región tranquila, en aras de la convivencia de nativos y extranjeros.

En *Política y pensamiento político en Japón...*, pp. 34-35

4. *Japón ataca a Estados Unidos y la Segunda Guerra Mundial llega al Pacífico*

Tras el ataque a objetivos estadounidenses y británicos en el Pacífico, el primer ministro Tojo dirige a la nación un discurso que titula "Aceptamos el Gran Mandato Imperial", haciendo partícipe al emperador, o, más bien, haciendo emanar del Tenno la voluntad de ir a la guerra. La decisión se justifica mediante ideas enunciadas durante los años anteriores, desde que Estados Unidos exigiera a Japón la renuncia a expansionarse a costa de China y le impusiera sanciones económicas para doblegar su política imperialista:

Nuestros magníficos Ejército Imperial y Armada Imperial están librando una batalla desesperada. A pesar de que el Imperio ha hecho todos los esfuerzos posibles para salvaguardar la paz, ésta ha fracasado en la región de Asia oriental. En los últimos tiempos, el gobierno ha empleado

todos los medios a su alcance para normalizar las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Japón. Pero Estados Unidos no estaba dispuesto a ceder un ápice en sus exigencias. Todo lo contrario. Ha reforzado sus lazos con Gran Bretaña, Países Bajos y China, exigiendo concesiones unilaterales de nuestro Imperio, como la retirada completa e incondicional de las fuerzas imperiales de China, el repudio del gobierno de Nanjing y la revocación del Pacto Tripartito con Alemania e Italia. Incluso ante esas exigencias, el Imperio se ha esforzado en todo momento por llegar a un arreglo pacífico. Pero Estados Unidos se ha negado a reconsiderar su posición hasta este momento. Si el Imperio cediera a todas sus exigencias, Japón no solo perdería su prestigio y se vería imposibilitado de llevar a buen término el Incidente de China, sino que peligraría su existencia misma.

Discurso de Tojo la tarde del 8 de diciembre de 1941,
en Hotta, E., 2014, pp. 34-35

5. *Los efectos del bombardeo atómico desde los ojos de un japonés*

De entre los abundantes testimonios relativos a las consecuencias de los bombardeos atómicos sobre las ciudades japonesas, destaca el siguiente, de un médico japonés, quien se encontraba en Hiroshima en el momento del ataque:

(6 de agosto de 1945) "Yo estaba en ropa interior, tendido cuan largo era en el piso de la sala, exhausto después de pasar la noche en vela en el hospital cumpliendo mis funciones de guardián antiaéreo.

De pronto, un resplandor intenso me devolvió a la realidad; luego, otro (...) Las sombras del jardín se desvanecieron. El panorama poco antes luminoso y soleado era ahora oscuro, brumoso. A través de los remolinos de polvo pude apenas distinguir el pilar de madera que sostenía una esquina de mi casa; se estaba inclinando, y el techo oscilaba peligrosamente (...)

Me miré. Tenía todo el lado derecho del cuerpo cubierto de cortes pequeños y heridas, de los que manaba sangre en abundancia. Una astilla de tamaño respetable salía de un desgarrón en el muslo, y algo tibio me mojó los labios. Llevándome una mano temblorosa a la cara sentí que tenía un desgarrón en la mejilla (...) ¿Dónde estaría mi mujer? (...)

En la calle no se veía un ser viviente, tan solo cadáveres. A algunos la muerte parecía haberlos alcanzado en plena huida, congelándolos; otros

yacían despatarrados como si un gigante los hubiera revolcado por el aire para luego arrojarlos desde gran altura.

Hiroshima ya no era una ciudad, sino una inmensa pradera devastada. Al este y al oeste no se veía más que una vasta extensión llana. Nunca como entonces me habían parecido tan cercanas las montañas (...)".

(19 de agosto) "Después del *pika* habíamos pensado que con el tratamiento adecuado los quemados y heridos no tardarían en restablecerse. Pero ahora era indudable que no sería así. Aquellos que se recuperaban sin complicaciones terminaban por presentar otros síntomas que finalmente conducían al desenlace fatal. El hecho de que murieran tantos pacientes sin que acertásemos a explicarnos la causa de esas muertes era desesperante (...)"

(25 de agosto) "La señorita Kobayashi también estaba peor. Los dolores abdominales persistían, más aún, se habían extendido. Al examinarla, mi mano no encontró resistencia, pero en cambio le provocó dolores intensos. La pobre joven tenía la boca y la garganta tan llena de llagas e inflamadas que no podía tragar. Tenía 38º y clamaba por la muerte".

Diario de Hiroshima de un médico japonés,
en Hachiya, M., 2005,
pp. 17-18, 24-25, 96, 111, 131, 233-234

6. *Declaración del Tenno aceptando las condiciones de rendición incondicional de Japón, 14 de agosto de 1945*

Antes y después de la Declaración de Postdam, los negociadores japoneses han tratado de sortear la exigencia de rendición incondicional y, con esta, las duras condiciones para la paz. Sin embargo, las bombas atómicas y la continuación de los bombardeos en alfombra sobre distintas ciudades fuerzan la voluntad de los gobernantes japones. Japón se rinde y, exigido a ello por Estados Unidos, el emperador lo comunica a sus súbditos en el medio día del 15 de agosto de 1945, quedando así de manifiesto que el emperador acepta la rendición y las condiciones que imponen los vencedores. Es la primera vez que la mayoría de los japoneses escuchan la voz del emperador. Su voz es la de un humano, y también sus actos. El emperador solo se disculpa por lo sucedido ante sus antepasados:

Después de considerar profunda y detenidamente la situación mundial y la condición del Imperio, con el deseo de aprovechar la coyuntura actual y tomando una medida de emergencia, declaro por este medio, a todos vosotros, mis fieles súbditos, que:

Accediendo al comunicado conjunto de los cuatro países beligerantes, Estados Unidos de América, Gran Bretaña, la República de China y la Unión Soviética, he dispuesto que el Gobierno Imperial declare lo siguiente.

Muy preocupado por el bienestar de mis súbditos y por el goce de la coprosperidad de todas las naciones, según el ejemplo de mis antepasados imperiales, por desear fervientemente la autopreservación del Imperio y la estabilidad de Asia Oriental, me vi obligado a declarar la guerra a los Estados Unidos de América y a Inglaterra, sin que mi intención fuera quebrantar la soberanía de otros pueblos ni invadir su territorio. Sin embargo, las acciones de guerra ya han cumplido cuatro años y a pesar del valor de mis soldados y oficiales, del ardor con que mis empleados públicos desempeñan su función, y de que cada uno de los cien millones de ciudadanos ha dado lo mejor de sí mismo por su patria, la situación bélica no necesariamente se torna favorable, ni nos resulta provechosa la coyuntura mundial; además, el enemigo nuevamente ha recurrido al uso inhumano de bombas que han causado numerosos muertos y heridos entre la población inocente y cuyos destrozos son incalculables; continuar esta guerra no solo traería consigo finalmente la aniquilación de nuestra raza, sino también la destrucción de la civilización del género humano. Siendo así ¿cómo puedo proteger a los hijos de mi pueblo y disculparme ante los espíritus de mis antepasados imperiales? Esta es la razón que me ha llevado a ordenar al Gobierno Imperial que acceda a las demandas del comunicado conjunto.

(...) Vosotros, súbditos nuestros, sabréis hacer realidad mi decisión.

7. *Declaración del Primer Congreso de Madres Japonesas*

Este Congreso tiene lugar entre los días 7 y 9 de julio de 1955, en un auditorio del distrito de Toshima, en Tokio. Asisten más de mil madres japonesas que representan a las diversas tendencias de izquierda, para debatir sobre diferentes cuestiones, siendo una de las principales la paz en el mundo. Seguirán otros congresos, con periodicidad anual, hasta 1965, lo que represen-

ta el movimiento femenino más importante en la posguerra y con amplias conexiones con el movimiento pacifista internacional. Es un movimiento respetado, por ser Japón el único país del mundo sometido a bombardeo atómico, por los daños y sufrimientos de los civiles, y por el protagonismo de las mujeres, sin parangón en otros movimientos del mundo occidental. El documento tiene contenidos sociales, pacifistas y feministas:

> ¡Madres del mundo!
>
> Nosotras, las madres japonesas, nos hemos movilizado respondiendo al llamado de ustedes. Provenientes del norte y del sur, cargando a cuestas a nuestros niños, hemos traído flores moradas de iris y muguetes, mientras oramos por la paz del mundo y discutimos seriamente la decisión de velar por la felicidad de nuestros hijos.
>
> Somos madres que, aun cuando aborrecemos la guerra, no tenemos otra salida, debido a la pobreza, que enviar a nuestros hijos amados a las Fuerzas de Autodefensa.
>
> Somos madres que, ante la pérdida del esposo, tenemos la total responsabilidad de criar a nuestros hijos, hasta el extremo de tener que vendernos por las privaciones causadas por la falta de empleo. Somos madres que agotamos nuestras vidas realizando trabajos domésticos para otros, mientras se nos priva de asistencia social, de seguro médico y de leyes adecuadas del gobierno para combatir el desempleo. Somos madres campesinas que cultivamos el arroz, pero que no podemos alimentar con él a nuestros hijos (...)
>
> Hay que poner en claro que con nuestra colaboración podemos contribuir a la prohibición de las bombas atómicas y de hidrógeno, al fortalecimiento de la paz mundial y a la solidaridad de las madres de todo el mundo. Ya no somos mujeres solas, aisladas y débiles.
>
> (...) Discutimos sobre los problemas que atañen a los hijos, a nosotras mismas y a la paz. Acerca de esos problemas tomamos las siguientes resoluciones:
>
> Que no se nos aumente la prima del seguro social (...)
>
> Que se aumente el presupuesto para la construcción de guarderías (...)
>
> Que se aumente el presupuesto para la educación de los niños (...)
>
> Que se prohíban los juguetes, revistas y películas que puedan tener influencias negativas sobre los niños (...)
>
> Que se establezca una ley que prohíba la prostitución, protegiendo así los derechos humanos.

Que se impida el resurgimiento del sistema familiar tradicional, defendiendo así los derechos de la mujer (...)

Denunciemos ante las madres de todo el mundo el problema de las bases militares e iniciemos un movimiento de protesta para que sean eliminadas.

Denunciemos ante el mundo la situación de las víctimas de la bomba atómica y unamos nuestras fuerzas para salir en su defensa.

Extendamos el movimiento de oposición a las armas atómicas y luchemos por el triunfo del Congreso Mundial contra las Bombas Atómicas y de Hidrógeno.

Que cada persona comunique a otras diez el entusiasmo y emoción surgidos del Congreso de Madres Japonesas y dirijámonos hacia el Congreso Mundial de Madres para efectuar una magna reunión.

En *Política y pensamiento político en Japón*, pp. 324-326

8. La cooperación Estados Unidos-Japón en materia de defensa

La defensa es uno de los temas más polémicos en la vida política japonesa. Desde el final de la guerra mundial, Estados Unidos ha utilizado a Japón en beneficio del mantenimiento de sus intereses en el sureste asiático y en general en el Pacífico. A este fin responde el Tratado de Seguridad Nipón-norteamericano firmado en Tokio en 1952. También el texto revisado de 1960, aunque introduce algunos cambios demandados por la derecha japonesa gobernante, por ser ese su deseo y por la presión de los partidos de la izquierda:

Artículo tercero: Las partes contratantes mantendrán y desarrollarán, individual o mutuamente, mediante la utilización continua y efectiva de sus propios recursos, sus respectivas capacidades para oponerse a los ataques armados, teniendo como condición que se sujeten a los reglamentos constitucionales.

Artículo cuarto: Las partes contratantes, a solicitud de cualquiera de las partes que lo suscriben, discutirán todo lo relacionado con la ejecución de ese Tratado cuando se produzca una amenaza contra la seguridad de Japón o contra la paz y la seguridad internacionales en el Extremo Oriente.

Artículo quinto: Cada una de las partes considera que un ataque armado contra cualquiera de ellas, dentro del territorio comprendido bajo la administración de Japón, hará peligrar la paz y la seguridad de ambos países, y declara que actuará contra los peligros comunes conforme a los reglamentos y procedimientos constitucionales de cada uno de estos países.

Todas las medidas tomadas frente a un ataque armado o como resultado de él, deberán ser informadas inmediatamente al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, conforme a lo estipulado en el Artículo 51 de la Carta de dicha Organización. Las acciones se suspenderán cuando el Consejo de Seguridad haya tomado las medidas pertinentes para restaurar y mantener la paz y seguridad internacionales.

Artículo sexto: Para contribuir a la seguridad de Japón y al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales en el Extremo Oriente, se permitirá a Estados Unidos de Norteamérica que utilice las instalaciones de Japón para su ejército, aviación y armada.

La utilización de estas instalaciones y zonas, así como la posición de las fuerzas armadas de Estados Unidos dentro del Japón, se fijará de conformidad con acuerdos separados y con otros convenios mutuos que sustituyan los acuerdos administrativos (incluidos sus enmiendas) basados en el Artículo III del Tratado de Seguridad Nipón-norteamericano (...)

9. *La obra de Oe Kenzaburo, Premio Nobel de Literatura 1994*

Interesado por la realidad del Japón de la postguerra y por la problemática de los jóvenes intelectuales, Oe Kenzaburo viaja por su país, Europa, Estados Unidos y la URSS. Es autor de *Salto mortal* y de varias obras que hablan del bombardeo sobre Hiroshima, sus efectos y la amenaza nuclear. En 1958, dos novelas, *Nuestro tiempo* y *Noche, avanza despacio*, le convierten en autor de fama internacional. En 1960 recibe el ataque de los nacionalistas por dos relatos, *Seventeen* y *Los jóvenes de la política,* motivados por el asesinato del líder socialista Asanuma. Algunas de sus obras muestran una visión negativa del estilo de vida moderno, y los que considera inconvenientes de la vida en las grandes ciudades, como es el caso de *El muchacho que llegó tarde* y *Griterío*. Con 28 años pasa por la experiencia de un hijo discapacitado por una hidrocefalia y con diagnóstico de autismo, y varias obras giran en torno al tema de su hijo, más bien sobre, utilizando sus palabras, durante una conferencia en Tokio en 1988, "la manera

en que mí familia se las ha arreglado para vivir con este hijo minusválido", "de hecho, debo admitir que mis ideas sobre la sociedad y el mundo en general, incluso mis pensamientos acerca de aquello, sea lo que fuere, que pudiera trascender nuestra limitada realidad, se basan en la experiencia de vivir con él y en lo que he aprendido de ese modo". En *Una cuestión personal* (1964), los padres de un hijo que nace con malformaciones, solicitan, tras muchas dudas, que sea operado, la operación dura diez horas, y, durante esta, al padre le llaman tres veces para hacer transfusiones de sangre; les entregan a un niño convertido en un vegetal, y los padres vuelven a dudar sobre su decisión, pero acaban aceptándolo. Este es un acto de esperanza que tiene que materializarse en una perseverancia diaria; los padres y el hijo han decidido seguir adelante:

> –Venga inmediatamente al hospital. Hay ciertas anomalías en el bebé. Tenemos que hablar con usted (...)
>
> –¿Quiere ver la cosa antes? –la voz sonó excesivamente alta para las circunstancias.
>
> –¿El bebé está muerto? –preguntó Bird.
>
> Durante un segundo, el director lo miró con extrañeza, pero enseguida borró la expresión con una sonrisa ambigua (...)
>
> –Pues bien, ¿quiere usted ver la cosa?
>
> El doctor situado a la derecha del director se puso de pie (...) Bird, que también se había puesto de pie, se derrumbó en la silla al darse cuenta de que un ojo era de vidrio.
>
> –¿Podría informar antes, por favor? –dijo Bird con voz cada vez más atemorizada. En su mente, las palabras del director le inspiraban repulsión: "¡la cosa!"
>
> –Quizá tenga usted razón. Cuando se lo ve por primera vez, resulta chocante. Yo mismo me sorprendí cuando salió.
>
> Inesperadamente, los gruesos párpados del director enrojecieron y prorrumpió en una risita infantil (...) Aparte de lo que fuera la criatura, el doctor se sentía avergonzado por haberla traído al mundo (...)
>
> Inmóvil, Bird esperó a que el director se recuperara de su ataque de risa. Un monstruo. Pero ¿de qué tipo? La palabra empleada, "la cosa", se asociaba en Bird a "el monstruo" (...)
>
> –¿Qué es lo que resulta tan sorprendente?
>
> –¿Se refiere a la apariencia, el aspecto que tiene? Pues, verá usted..., parece que tuviera dos cabezas (...) lo llamamos hernia cerebral. El cerebro asoma por una abertura en el cráneo (...)

–¿Hay alguna esperanza de que se desarrolle con normalidad? –preguntó aturdido.

–¡Con normalidad! –la voz del director se elevó como si se hubiera enfadado– ¡Estamos hablando de una hernia cerebral! Se podría abrir el cráneo y meter dentro el cerebro, pero incluso así, y con suerte, solo conseguiríamos una especie de ser humano vegetal (...)

–¿Morirá enseguida? –preguntó Bird.

–No apresure los acontecimientos. Tal vez mañana, o quizá no tan pronto. Es un crío muy vigoroso (...)

Era el final del todo. Bird descendió las escaleras tras despedirse del cirujano, sus suegros le recibieron con una sonrisa frente a la unidad de cuidados intensivos. Su esposa estaba de pie en medio de ellos, con el bebé en los brazos.

–¡Enhorabuena, Bird! –exclamó su suegro–. Se parece a ti, ¿sabes?

–En cierto modo –dijo Bird con reserva.

Una semana después de la operación, el bebé había adquirido un aspecto casi humano. Y a la semana siguiente había comenzado a parecerse a Bird.

–La anomalía en el cráneo no tenía más que unos centímetros hacia dentro. Ahora parece estar cerrando definitivamente. Se lo enseñaré cuando lleguemos a casa; me han dejado las radiografías. Resultó que el cerebro no sobresalía de la cavidad craneal, así que, a fin de cuentas, no era una hernia cerebral sino un tumor benigno (...)

Bird y el profesor se fueron adelantando a las dos mujeres que se retrasaban haciéndole gracias al bebé.

–Esta vez sí que hiciste frente a los problemas –dijo el profesor.

–En realidad intenté zafarme varias veces. Y casi lo logro. Pero parecía que la realidad lo obligara a uno a vivir adecuadamente cuando se es parte del mundo real. Quiero decir que, aunque uno intente permanecer en la red del engaño, al final descubre que la única alternativa es salirse de ella –Bird se sorprendió de la amargura contenida en su tono de voz–. Al menos, eso es lo que he aprendido.

–Hay personas que en toda la vida van saltando de un engaño a otro, e igualmente viven en el mundo real.

–Bird volvió a rememorar el carguero que unos días antes había partido con destino a Zanzíbar, con Himiko a bordo. Se imaginó a sí mismo, después de matar al bebé, de pie a su lado en lugar de aquel hombre de aspecto juvenil (...)

–Existen probabilidades de que crezca con normalidad –dijo–, pero existe un alto riesgo de que su coeficiente intelectual sea muy bajo. Eso

significa que tendré que ahorrar todo lo que pueda para su futuro. Desde luego que no le pediré que me ayude a encontrar un trabajo, después de lo sucedido con el anterior. He decidido abandonar mi carrera docente… He pensado en trabajar como guía de turistas extranjeros. Siempre soñé con viajar a África y contratar a un guía, de modo que solo invertiré la fantasía: yo seré el guía local para quienes visiten Japón (…)

Fragmentos de los capítulos 2 y 14,
traducción de Anagrama, edición 2011

10. *Palabras del presidente de Estados Unidos, Barack Obama, en el Parque de la Paz de Hiroshima, el 27 de mayo de 2016*

Con un discurso de corte espiritual, apelando a los mejores instintos del ser humano, Obama, premio Nobel de la Paz 2009, rinde un conmovedor homenaje a los cerca de 140.000 muertos que dejó la primera bomba atómica, y a todos los caídos en las guerras, reitera su llamamiento a un mundo sin armas nucleares y a que la humanidad aprenda de sus errores. Además, convierte en realidad la esperanza de los supervivientes de ver y escuchar al primer mandatario de Estados Unidos en ese escenario. El presidente reconoce y lamenta el sufrimiento de las víctimas, aunque no la orden del bombardeo, y no pide perdón por sus efectos:

> En una mañana clara y sin nubes, la muerte cayó del cielo y el mundo cambió (…) ¿Por qué hemos venido a este lugar, a Hiroshima? Venimos a meditar sobre una terrible fuerza liberada en el pasado no tan distante. Venimos a rendir homenaje a los muertos (…) Sus almas nos hablan, nos piden que miremos para adentro, que analicemos quiénes somos (…) Estamos aquí, en el centro de esta ciudad, y nos obligamos a imaginar el momento en que la bomba cayó. El terror de los niños, confusos por lo que ven. Oímos un grito silencioso (…) Compartimos la responsabilidad de mirar directamente a los ojos de la historia y preguntarnos qué podemos hacer para evitar que ese sufrimiento se repita (…) Entre aquellas naciones que, como la mía, tienen armas nucleares, debemos encontrar la valentía para escapar a la lógica del miedo y buscar un mundo sin ellas.

Cronología

1603 El emperador concede el título de shogun a Tokugawa Ieyasu, y se instaura el último shogunato.

1853 Julio, enviado por el gobierno de Estados Unidos, el comodoro Perry llega al puerto de Uraga con la intención de que Japón ponga fin a su aislamiento.

1854 Marzo, el shogunato Tokugawa firma el Tratado de Kanagawa, primer acuerdo Japón-Estados Unidos.

1858 Varios países occidentales imponen a Japón los Tratados Ansei o Tratados Desiguales.

1866-68 Guerra civil entre partidarios del shogun y del restablecimiento del poder imperial.

1867 Febrero, entronización del príncipe Mutsuhito.

1868 Enero, señores feudales proclaman el fin del shogunato y la restauración del poder imperial.

1868 Octubre, el emperador escoge el nombre de Meiji, Gobierno Iluminado, para su era.

1876 Japón impone a Corea la firma de un tratado desigual.

1882 Enero, se emite el Edicto Imperial a Soldados y Marineros, código de conducta militar que será instrumentalizado por los ultranacionalistas.

1885 Marzo, se estrena en el teatro Savoy de Londres la ópera cómica *El Mikado o el pueblo de Titipu*.

1889 Febrero, Primera Constitución japonesa.

1890 Julio, primeras elecciones generales, con sufragio muy restringido.

1894-95 Guerra chino-japonesa, con victoria de Japón. Por el Tratado de Shimonoseki, Taiwán y la península de Liadong pasan a control japonés; la presión de Rusia, Alemania y Francia consigue que Japón devuelva Liadong, pronto arrendada por Rusia.

1902 Enero, Tratado de Amistad Japón-Gran Bretaña (antiruso).

1904-05 Guerra Japón-Rusia, con victoria japonesa.

1905 Noviembre, Japón impone a Corea un acuerdo de protectorado.

1910 Julio, acuerdo secreto Japón-Rusia para repartirse Manchuria.

1910 Agosto, Japón se anexiona Corea, territorio ocupado hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

1912 Julio, muere el emperador Mutsuhito, y le sucede en el trono su hijo Yoshihito, empieza la era Taisho.

1914 Agosto, Japón entra en la Primera Guerra Mundial, contra Alemania, y ataca las posesiones alemanas en China y el Pacífico.

1915 Enero, Japón presenta a China las Veintiuna Exigencias y obtiene una serie de concesiones.

1919 En la Conferencia de Paz de París, Japón ve rectificadas una parte de sus ventajas en China.

1919 Japón es la primera potencia económica y militar en Asia.

1922 Febrero, en la línea de mantener buenas relaciones con las potencias occidentales, Japón firma el Tratado de las Nueve Potencias y el Tratado Naval de Washington.

1923 Septiembre, un terremoto destruye la ciudad de Yokohama y más de la mitad de Tokio.

1926 Diciembre, muere Yoshihito y el príncipe Hirohito accede al trono, empieza la era Showa.

1929 Comienza la Gran Depresión.

1931 Septiembre, Japón inicia la ocupación total del sur de Manchuria.

1932 Marzo, Japón proclama el establecimiento de Manchukúo, Estado títere de Japón en la Manchuria ocupada.

1933 Febrero, Japón abandona la Sociedad de Naciones.

1936 Febrero, fracasa en Tokyo un golpe de Estado dirigido por militares ultranacionalistas.

1937 Julio, bajo el impulso de los ultranacionalistas, Japón se lanza a la invasión de China.

1937 Diciembre, el ejército japonés toma Nanking, capital de los nacionalistas chinos, e inicia el genocidio de su población.

1940 El gobierno japonés utiliza el término Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental para describir su deseo de crear un bloque regional bajo el liderazgo de Japón.

1940 El gobierno de Estados Unidos somete a control federal las exportaciones a Japón; después suspende la venta de determinados productos.

1940 Julio, segundo gobierno del príncipe Konoe Funimaro, avanza el diseño de un Estado autoritario.

1940 Septiembre, tropas japonesas penetran en la Indochina francesa.

1940 Septiembre, Pacto Tripartito Alemania-Italia-Japón.

1941 Julio, Estados Unidos rompe definitivamente las relaciones económicas con Japón.

1941 Octubre, Konoe dimite, indeciso sobre la guerra contra Estados Unidos.

1941 Diciembre, el gobierno del general Tojo ordena el ataque a Estados Unidos y Gran Bretaña en el Pacífico y el Índico.

1942 Junio, Estados Unidos se impone a Japón en la batalla aeronaval de Midway.

1944 Diciembre, terremoto y tsunami sobre Sanriku.

1945 Agosto, bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki.

1945 Agosto, Estados Unidos establece para el gobierno de Japón la Comandancia Suprema de las Potencias Aliadas.

1945 Septiembre, el gobierno japonés acepta los términos de la capitulación. El país regresa a las fronteras del comienzo de la era Meiji, con la pérdida de algunas pequeñas islas.

1946 Enero, el emperador Hirohito reconoce que no es un dios.

1946 Enero, creación del Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente.

1946 Octubre, la Dieta aprueba la nueva Constitución (vigente), que establece un modelo de monarquía parlamentaria y constitucionaliza el pacifismo.

1951 Septiembre, Tratado de Paz entre Japón, por una parte, y Estados Unidos, Gran Bretaña y sus aliados, por la otra.

1951 Septiembre, Tratado de Seguridad Nipón-norteamericano, da legitimidad a las bases estadounidenses.

1955 Julio, Primer Congreso de Madres Japonesas, para organizarse en defensa de la Paz.

1955 El Congreso de Paz de Helsinki acuerda celebrar, cada 6 de agosto, una reunión en Hiroshima, y convertir esa fecha en Día de la Paz Mundial.

1955 Agosto, Primer Congreso Mundial, en Hiroshima, del Movimiento Contra la Bomba Atómica y de Hidrógeno.

1955 Noviembre, nace el Partido Liberal Democrático (PLD), representante de la derecha política y económica, y el dominante en la vida política hasta la actualidad.

1956 Viaje del primer ministro Hatoyama a Moscú y establecimiento de relaciones diplomáticas URSS-Japón.

1956 Japón ingresa en la Organización de Naciones Unidas.

1958-59 Tifones de Ida y Vera.

1960 Junio, entra en vigor la renovación del Tratado de Seguridad Mutua con Estados Unidos (reformado).

1960 A comienzos de la década, Japón adelanta a Gran Bretaña y República Federal Alemana en producción de acero.

1962 Japón alcanza el primer puesto mundial en construcción naval, y el tercero en producción de acero.

1964 Japón ingresa en la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, siendo el primer país no atlántico en formar parte de esta.

1964 Otoño, Juegos Olímpicos de Tokio, para los que se estrena el Shinkansen, el primer tren de alta velocidad del mundo.

1965 Japón establece relaciones diplomáticas con Corea del Sur y firma un acuerdo de reparaciones.

1968 Premio Nobel de Literatura para Kawabata Yasunari, el primero para un escritor de lengua no occidental.

1968 Estados Unidos devuelve a Japón las islas Bonin.

1968 Japón es la segunda economía del mundo en producto nacional bruto.

1971 Estados Unidos abandona el sistema establecido en la conferencia monetaria de Bretton Woods. El yen irá apreciándose respecto al dólar.

1972 Mayo, Estados Unidos devuelve a Japón el dominio de las islas Ryukyu, pero conserva y amplía las bases militares en Okinawa.

1972 Visita del primer ministro Tanaka a Pekín y establecimiento de relaciones diplomáticas Japón-República Popular China.

1973 Comienza la primera crisis del petróleo. Japón resiste mejor y sale antes de la crisis que el resto de países desarrollados.

1976 Estalla el escándalo Lockheed por el cobro de comisiones, con amplia implicación de políticos del PLD; el ex primer ministro Tanaka es detenido.

1978 Agosto, Tratado de Paz y Amistad entre Japón y la República Popular China.

1980-89 Japón adelanta a Estados Unidos en la producción de acero y la fabricación de coches, y es el segundo país en el campo de la informática y robótica. Las empresas japonesas se ponen a la cabeza en el campo de la electrónica.

1985 Septiembre, los representantes de las cinco primeras economías capitalistas acuerdan la depreciación del dólar y la apreciación del yen y del marco.

1985-89 Tras años de grandes inversiones en el sector inmobiliario, especulación financiera y bienes de lujo, estalla la burbuja económica.

1989 Desplome de la Bolsa de Tokyo.

1989 Enero, fallece el emperador Hirohito. Le sucede su hijo Akihito y comienza la era Heisei.

1990-99 La media del crecimiento económico es del 1%, después deflación y bajo crecimiento. Pero Japón consolida el liderazgo mundial en las industrias de alta tecnología.

1993 Agosto, el PLD pierde las elecciones frente a una gran coalición, por primera vez el cargo de primer ministro no lo ocupa un político del principal partido de la derecha.

1994 Junio, coalición de gobierno PLD-Partido Socialista.

1994 Premio Nobel de Literatura a Oe Kenzaburo.

1995 Enero, un terremoto destruye una parte de la ciudad de Kobe, más de 6.400 muertos.

2000 El PLD vuelve a ganar las elecciones por mayoría absoluta.

2004 Octubre, terremoto de Chuetsu.

2006 Septiembre, el primer ministro Koizumi transforma la Agencia de Defensa en Ministerio.

2007 Julio, terremoto y daños en la central nuclear de Chuetsu.

2009 Agosto, gana las elecciones el socialdemócrata Partido Democrático de Japón, beneficiado por el descontento por la acumulación de casos de corrupción y el bajo crecimiento económico (0.9% durante la década).

2010 China desplaza a Japón como segunda economía mundial por volumen de producto interior bruto.

2011 Marzo, terremotos, megaterremoto y tsunami sobre la costa nororiental del país, mueren 20.042 personas, daños en la planta nuclear de Fukushima, las poblaciones próximas sufren contaminación radiactiva, 580.000 desplazados.

2012 Shinzo Abe, líder del PLD, regresa a la jefatura del Gobierno (sigue en el puesto en 2020) y se convierte en el primer ministro que más tiempo ha gobernado durante las últimas décadas. Se recupera el crecimiento hasta el 2-3%.

2017 Marzo, el gobierno de Corea del Norte lanza cinco misiles, de los que cuatro alcanzan el mar del Japón.

2019 Abril, abdica el emperador Akihito, le sucede el príncipe Naruhito y comienza la era Reiwa.

2019 Octubre, tifón Hagibis, más de cuarenta muertos.

Bibliografía

Allen, G. C. (1980): *Breve historia económica del Japón moderno (1867-1937) con un capítulo suplementario sobre recuperación económica y expansión (1945-1970).* Tecnos. Madrid.

Arrupe, P. (1952): *Yo viví la bomba atómica*. Ediciones Studium de Cultura. Madrid-Buenos Aires.

Arrupe, P. (1959): *Este Japón increíble. Memorias del P. Arrupe*. El Siglo de las Misiones. Bilbao.

Asomura, T. (1997): *Historia política y diplomática del Japón moderno*. Monte Ávila Editores Latinoamericanas. Caracas.

Barcia, C. (1998): "La nueva escena política japonesa. ¿Gran cambio o limitada modificación?", en F. Rodao y A. López Santos (eds.), *El Japón contemporáneo* (pp. 23-29). Universidad de Salamanca.

Barlés, E. y Almazán, D. (coords.) (2008): *La mujer japonesa. Realidad y mito.* Prensas Universitarias de Zaragoza.

Beasley, W. G. (1972): *The Meiji Restoration*. Stanford University Press. Stanford, California.

Beasley, W. G. (1995): *Historia contemporánea de Japón*. Alianza Editorial. Madrid.

Bergamini, D. (1971): *Japan's Imperial Conspiracy*. William Morrow & Co. Nueva York.

Bianco, L. (comp.) (1983): *Asia contemporánea*. Siglo XXI. Madrid.

Bix, H. P. (2000): *Hirohito and the Making of Modern Japon*. Harper Collins. Nueva York.

Bourke, J. (2008): *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*. Crítica. Barcelona.

Brackman, A. (1983): *The Other Nuremberg. The Untold Story of the Tokyo War Crimes Trials*. William Morrow & Co. Nueva York.

Buruma, I. (2003): *La creación de Japón, 1853-1964*. Mondadori. Barcelona.

Cabezas, A. (1990): *La literatura japonesa*. Hiperión. Madrid.

Carpintero Santamaría, N. (2007): *La bomba atómica. El factor humano en la Segunda Guerra Mundial*. Díaz de Santos. Madrid.

Chang, I. (2016): *La violación de Nanking. El holocausto olvidado de la Segunda Guerra Mundial*. Capitán Swing. Madrid.

Chesneaux, J. (1976): *Asia oriental en los siglos XIX y XX. China-Japón-India-Sudeste asiático*. Labor. Barcelona.

Cornevin, H. (1984): *Japón*. Ediciones Grech. Madrid.

Daws, G. (1994): *Prisoners of the Japanese: POWs of World War II in the Pacific*. William Morrow & Co. Nueva York.

Delage, F. (1998): "La transformación del sistema político japonés", en F. Rodao, y A. López Santos (eds.), *El Japón contemporáneo* (pp. 32-42). Universidad de Salamanca.

Dower, J. (1999): *Embracing Defeat: Japan in the Aftermath of World War II*. W. W. Norton. Nueva York.

Drea, E. J. (2003): *In the service of the Emperor. Essays on the Imperial Japanese Army*. University of Nebraska Press.

Evans, D. C. (1997): *Kaigun: Strategy, Tactics and Technology in the Imperial Japanese Navy, 1887-1941*. Naval Institute Press. Annapolis.

Gardini, W. (1995): *Religiones y literatura del Japón*. Editorial Kier. Buenos Aires.

Goldstein, A. y Mansfield, E. D. (2012): *The Nexus of Economics, Security and International Relations in East Asia*. Stanford University Press.

González Gonzalo, A. J. (2010): "El realismo mágico en la narrativa de Haruki Murakami", en E. Barlés y D. Almazán (eds.), *Japón y el mundo actual* (pp. 501-523). Prensas Universitarias de Zaragoza.

González Martín, A. (2017): "Las bases norteamericanas en Japón bajo amenaza de ataque norcoreano", *Documento de Análisis*. Instituto Español de Estudios Estratégicos, 18.

González Valles, J. (2000): *Historia de la filosofía japonesa*. Tecnos. Madrid.

Gourou, P. (1976): *Asia*. Labor. Barcelona.

Hachiya, M. (2005): *Diario de Hiroshima de un médico japonés (6 de agosto-30 de septiembre, 1945)*. Turner. Madrid.

Hall, J. W. (1973): *El imperio japonés*. Siglo XXI. Madrid.

Hicks, G. (1994): *The Comfort Women: Japan's Brutal Regime of Enforced Prostitution in the Second World War*. Norton. Nueva York.

Hotta, E. (2014): *Japón 1941. El camino a la infamia: Pearl Harbor*. Galaxia Gutenberg. Barcelona.

Iriye, A. (1995): "Japan's drive to great-power status", en M. B. Jansen (ed.), *The Emergence of Meiji Japan* (pp. 268-329). Cambridge University Press. Nueva York.

Jansen, M. B. (2000): *The Making of Modern Japan*. The Belknap Press of Harvard University Press. Cambridge.

Junqueras i Vies, O. *et. al.* (2012): *Historia de Japón. Economía, política y sociedad.* UOC. Barcelona.

Keiichi, T. (1998): "Política del Japón contemporáneo. Cambio y continuidad", en F. Rodao y A. López Santos (eds.), *El Japón contemporáneo*. Universidad de Salamanca.

Kipling, R. (2004): *Viaje al Japón* (edición a cargo de Emili Olcina). Ediciones Folio. Madrid.

Lanzaco Salafranca, F. (2000): *Introducción a la cultura japonesa. Pensamiento y religión*. Universidad de Valladolid.

Lanzaco Salafranca, F. (2008): *Religión y espiritualidad en la sociedad japonesa contemporánea*. Prensas Universitarias de Zaragoza.

López Villafañe, V. y Uscanga, C. (coords.) (2015): *Japón después de ser el número uno. Del alto crecimiento al rápido envejecimiento*. Siglo XXI. México.

McCargo, D. (2000): *Contemporary Japan*. Macmillan. Houndmills.

Maki, J. M. (1945): *Japanese Militarism. Its Cause and Cure*. Alfred A. Knopf. Nueva York.

Martin, E. M. (1948): *The Allied Occupation of Japan*, Stanford University Press. Stanford.

Mayumi Yasunaga, M. E. (2016): "Japón y Corea del Sur, posible deshielo tras 50 años de tensiones", *Documento de Análisis*. Instituto Español de Estudios Estratégicos, 57.

Michitoshi, T., Knauth, L. y Tanuka, M. (comps.) (1987): *Política y pensamiento político en Japón, 1926-1982*. El Colegio de México. México.

Michitoshi, T., Knauth, L. y Tanuka, M. (comps.) (1992): *Política y pensamiento político en Japón, 1868-1925*. El Colegio de México. México.

Morishima, M. (1984): *Por qué ha "triunfado" el Japón. Tecnología occidental y mentalidad japonesa*. Crítica. Barcelona.

Mutel, J. (1972): *Historia del Japón. 1 El fin del shogunato y el Japón Meiji 1853/1912*. Vicens Vives. Barcelona.

Myers, R. y Peattie, M. (ed.) (1984): *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945*. Princeton University Press. Princeton.

Perkins, D. (1997): *Japan Goes to War. A Chronology of Japanese Military Expansión From the Meiji Era to the Attack on Pearl Harbor (1868-1941)*. Diane Pub Co. Nueva York.

Pleshakov, C. (2003): *La última armada del zar. El épico viaje a la batalla de Tsushima*. Turner. Madrid.

Ramírez Ruiz, R. (2018): *Historia de China contemporánea. De las guerras del Opio a nuestros días*. Síntesis. Madrid.

Rees, L. (2001): *El holocausto asiático. Los crímenes japoneses en la Segunda Guerra Mundial*. Crítica. Barcelona.

Reischauer, E. O. (1985): *El Japón. Historia de una nación*. Fondo de Cultura Económica. México.

Renouvin, P. (1982): *Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX*. Akal. Madrid.

Rhodes, R. (1996): *The Making of the Atomic Bomb*. Simon & Shuster. Nueva York.

Rodao, F. (2019): *La soledad del país vulnerable. Japón desde 1945*. Crítica. Barcelona.

Rodao, F. y López Santos, A. (eds.) (1998): *El Japón contemporáneo*. Universidad de Salamanca.

Rubio, C. (2007): *Claves y textos de la literatura japonesa. Una introducción*. Cátedra. Madrid.

Ruiz, J. M. (1999): "Trilogía sobre Hiroshima: *Hiroshima* de John Hersey, *Hiroshima Notes*, de Kenzaburo Oe, y *Yo viví la bomba atómica* del P. Pedro Arrupe", en P. Cabañas, A. Santos y Mª D. Rodríguez del Alisal (eds.), *Japón. Un enfoque comparativo* (pp. 91-115). Asociación de Estudios Japoneses en España. Madrid.

Shaffer, R. E. (1991): *Toward Pearl Harbor: The Diplomatic Exchange between Japan and the United States, 1899-1941*. Princeton University Press. Princeton.

Söderberg, M. y Reader, I. (2000): *Japanese Influences and Presencies in Asia*. Curzon Press.

Walker, B. L. (2017): *Historia de Japón*. Akal. Madrid.

Weller, G. (2007): *Nagasaki. Las crónicas destruidas por MacArthur*. Crítica. Barcelona.

Wiley, P. B. (1990): *Yankees in the Land of the Gods*. Viking. Nueva York.

Young, L. (1998): *Japan's Total Empire*. University of California Press. Berkeley.

Yuki, T. (1996): *Hidden Horrors: Japanese War Crimes in World War II*. Westview. Boulder, Colorado.